

power
play
rivals



USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

IVY FOX

rivals

pucking hearts • 2

ESTE LIBRO LLEGA A TI
GRACIAS A



¡Descubre tu próxima aventura!



2



power
play

IVY FOX

IMPORTANTE

Esta traducción fue realizada por un grupo de personas fanáticas de la lectura de manera **ABSOLUTAMENTE GRATUITA** con el único propósito de difundir el trabajo de las autoras a los lectores de habla hispana cuyos libros difícilmente estarán en nuestro idioma.

Te recomendamos que si el libro y el autor te gustan dejes una reseña en las páginas que existen para tal fin, esa es una de las mejores formas de apoyar a los autores, del mismo modo te sugerimos que compres el libro si este llegara a salir en español en tu país.

Lo más importante, somos un foro de lectura **NO COMERCIALIZAMOS LIBROS** si te gusta nuestro trabajo no compartas pantallazos en redes sociales, o subas al Wattpad o vendas este material.

¡Cuidémonos!



rivals

pucking hearts • 2

CRÉDITOS

TRADUCCIÓN

MoNA

CORRECCIÓN

NIKI26

DISEÑO

KAET



4



power
play

IVY FOX

rivals

pucking hearts • 2

ÍNDICE

IMPORTANTE	3
CRÉDITOS	4
NOTA DE LA AUTORA	9
SINOPSIS	10
PROLOGO	11
CAPÍTULO 1	16
CAPÍTULO 2	22
CAPÍTULO 3	34
CAPÍTULO 4	43
CAPÍTULO 5	53
CAPÍTULO 6	64
CAPÍTULO 7	76
CAPÍTULO 8	86
CAPÍTULO 9	97
CAPÍTULO 10	105
CAPÍTULO 11	114
CAPÍTULO 12	125
CAPÍTULO 13	134
CAPÍTULO 14	142
CAPÍTULO 15	153
CAPÍTULO 16	159
CAPÍTULO 17	169
CAPÍTULO 18	175
CAPÍTULO 19	184
CAPÍTULO 20	193
CAPÍTULO 21	207
CAPÍTULO 22	218
CAPÍTULO 23	228
CAPÍTULO 24	236



5



power
play

IVY FOX

rivals

pucking hearts • 2

CAPÍTULO 25	246
CAPÍTULO 26	252
CAPÍTULO 27	261
CAPÍTULO 28	270
CAPÍTULO 29	281
CAPÍTULO 30	292
EPÍLOGO	297
PENALTY TO THE HEART	304
ACERCA DE LA AUTORA	305



rivals

pucking hearts • 2

power
play
rivals

BY

IVY FOX



7



power
play

IVY FOX

rivals

pucking hearts • 2

EL KARMA SIEMPRE GANA



8



power
play

IVY FOX

NOTA DE LA AUTORA

Estimado lector,

En primer lugar, muchas gracias por leer Power Play Rivals.

Estoy muy contenta de que hayas decidido sumergirte en este mundo de hockey y romance lleno de angustia que es Puckered Hearts.

Ten en cuenta que Puckered Hearts es una serie independiente interconectada.

Aunque no es necesario leer el primer libro de la serie para empezar Power Play Rivals, es muy recomendable hacerlo para disfrutar al máximo. Sobre todo, porque la línea de tiempo de esta historia de amor tiene lugar más o menos al mismo tiempo que el primer libro, Perfect Pucking Match.

Por lo tanto, habrá spoilers significativos en este libro.

No digas que no te lo advertí. *guiño*

Además, a diferencia de su predecesor, Power Play Rivals comienza caliente desde el primer momento.

¡Y quiero decir, abrasador!

Piper y Trent no hacen nada a medias. Cuando van por todo, ¡VAN POR TODO!

Sin embargo, tardan un minuto en darse cuenta de lo que realmente sienten el uno por el otro.

Pero no se preocupen, señoritas.

El universo les dio la patada en el trasero que necesitaban para llegar hasta allí.

Me aseguré de ello. Jejeje.

Si no te convence este tipo de libro, lee las reseñas o únete a mi grupo de lectores en Facebook-Ivy's Sassy Foxes y pide opiniones.

Si te parece bien todo lo que he mencionado arriba, ¡entonces levanta los tacones y disfruta!

¡La historia de amor de Trent y Piper empieza ahora!

Con mucho amor,

Ivy



rivals

pucking hearts • 2

SINOPSIS



NUNCA TE ENAMORES DE UN CLIENTE.

Es sólo una de las muchas directrices que se debe seguir cuando representa a los mejores atletas del deporte.

LA REGLA NUNCA ME MOLESTÓ.

Una bonita sonrisa de un jugador engreído no me serviría de nada.

Como AGENTE DEPORTIVA SIN PELOS EN LA LENGUA, lo he visto todo en este despiadado mundo de negociaciones y juegos de poder. Y digan lo que digan de mí, SÉ CÓMO MANEJAR LOS NEGOCIOS.

La única persona que finge que no soy una mujer de cuidado es Trent Nichols, el exasperante, AUNQUE SEXY A MÁS NO PODER, director general de los Boston Guardians.

Con SUS OJOS OSCUROS Y SU ALMA AÚN MÁS OSCURA, Trent no se pliega a mi voluntad como el resto de ellos, lo CUAL ES UN PROBLEMA.

Sobre todo, porque uno de mis jugadores de hockey está amenazado de suspensión.

ESO NO PUEDE PASAR. NO BAJO MI VIGILANCIA.

Si Trent quiere jugar duro, ESTOY MÁS QUE FELIZ de darle una buena lección. Le enseñaré cómo es un verdadero rival.

¿Y quién sabe? QUIZÁ YO TAMBIÉN ME DIVIERTA UN POCO.

Aunque la primera ley para ser un buen agente es no enamorarse nunca de un cliente, NO HAY NINGUNA NORMA ESCRITA que diga que no puedo meterme con su jefe a puerta cerrada.



10



power
play

IVY FOX

PROLOGO



PIPER

—iVamos! Vamos —grito al atasco que tengo delante, golpeando el volante con todas mis fuerzas como si eso fuera a intimidar a los coches que me preceden para que no avancen más deprisa.

Lágrimas calientes empañan mi visión mientras maldigo al sol de la madrugada por burlarse de mi dolor atreviéndose a brillar con tanta intensidad, sin importarle en absoluto la desgarradora noticia que he recibido hace tan sólo unos minutos. Rodeada por un mar de luces de freno y atrapada en el tráfico de hora punta, mi estómago se revuelve de miedo.

La voz compasiva de la enfermera aún resuena en mi cabeza, mientras el recuerdo de sus palabras me produce un escalofrío inoportuno.

«Ha habido un accidente de auto.»

«Es imperativo que sus familiares acudan al Hospital General de Massachusetts de inmediato.»

«Los médicos están haciendo todo lo que pueden, pero...»

Agarro con fuerza el volante y mis nudillos adquieren un fantasmagórico tono blanco mientras mi imaginación se desboca. Imagino el sonido de los latidos de su corazón volviéndose peligrosamente débil mientras amenaza con alejarse hacia lo desconocido. Imagino a completos desconocidos con sus batas blancas y sus batas azul claro, alrededor de una camilla en urgencias, esperando el familiar sonido de una línea plana.

Se me hunde el corazón ante la aterradora idea de que cada minuto que pasa puede ser otro que no tiene.

Tic.

Tic.



||



Tic.

Cada momento que pasa parece una eternidad, haciendo que el peso del miedo paralizante me oprima el pecho con una fuerza tan insoportable que me duele físicamente respirar.

Los bocinazos de los conductores impacientes y los lejanos pitidos de las sirenas que intentan atravesar este tráfico infernal no hacen sino aumentar mi ansiedad.

Así no le serviré de nada.

Así no le serviré de nada a nadie.

Contrólate, Piper.

Para él, tienes que ponerte las pilas.

Por mucho que me duela, intento respirar hondo mientras hago todo lo posible por concentrarme en los otros sonidos que suenan de fondo en mi querida ciudad, con la esperanza de que puedan sacarme de mis pensamientos de bajón.

Se oye el zumbido de un autobús que se detiene para dejar a sus pasajeros de camino al trabajo. Veo a algunos peatones hablar más alto por el móvil mientras caminan por la acera que rodea la obra, con el ruido ensordecedor de martillos neumáticos, taladros y otra maquinaria pesada que les impide hacerse oír. Los vendedores ambulantes se afanan en su trabajo, vendiendo de todo, desde café a periódicos, mientras otros buscavidas callejeros pregonan sus mercancías más recientes y bienes robados. E incluso a través de todos esos ruidos maníacos y artificiales, puedo oír el canto de los pájaros, acompañado por el susurro de las hojas de un parque cercano.

Los sonidos de la ciudad son una mezcla diversa de ruidos que se unen para crear este paisaje auditivo único al que la mayoría de los bostonianos se han acostumbrado a diario. Pero a pesar de que parezca un día de primavera cualquiera, sé a ciencia cierta que será uno que nunca olvidaré.

No si él mue...

¡No lo digas!

¡Ni se te ocurra!

¡Ponte las pilas, Piper!

¡Contrólate de una puta vez!

—¡Joder! —grito histérica, golpeándome repetidamente la frente contra el volante.

Esto no puede estar pasando.

Ahora no.

No cuando la vida es buena.

Esto debe ser un error.



El hospital debe haberse equivocado.

Esto... no puede estar pasando ahora.

Sigo reproduciendo ese mantra en mi cabeza en bucle mientras los coches que tengo delante empiezan por fin a moverse.

Una parte de mí quiere conducir como una loca hasta el hospital sólo para demostrarme a mí misma que se han equivocado. Que no es él. Que está bien. Pero otra parte de mí, la que teme lo peor, me susurra al oído que dé media vuelta y escape de la pesadilla que me espera.

Porque, en este preciso momento, estoy en el limbo.

Entre saber y no saber.

Entre la verdad y la esperanza.

Podía creer lo que me decían o fingir que sólo había sufrido algunos rasguños y magulladuras sin importancia.

Quizá lo más sensato para mí sea estacionar este puto auto y tomarme un tiempo para calmarme. Aunque sólo sea para usar ese pequeño respiro para fingir que lo peor que podría haber pasado, de hecho, no pasó.

No.

Está bien.

Está más que bien.

Está contento.

¿Y por qué no iba a estarlo cuando tiene el mundo a sus pies?

Mi mente se remonta a ayer mientras bailábamos en la boda de Lottie y Nate.

Estaba tan feliz.

Tan malditamente feliz que calentó mi frío corazón ver lo felizmente contento que estaba. El amor brillaba en sus ojos y me hacía creer que todo era posible.

No.

Está bien.

Tiene que estarlo.

No puede ser...

Una nueva tanda de lágrimas corre por mis mejillas mientras la premonitoria idea de que se haya ido invade todos mis pensamientos, destruyendo cualquier esperanza que pudiera quedar.

Los coches de delante empiezan a acelerar y, durante un minuto, me quedo quieta, sin querer moverme. Detrás de mí suenan bocinazos mientras yo permanezco inmóvil, necesitando permanecer en mi pequeña burbuja de negación un poco más.



Pero cuando el molesto sonido de las bocinas se hace más fuerte que mis propios pensamientos, se abre paso a través de mi solemne neblina, instándome a salir de ella.

No es él.

Está bien.

Tiene que estarlo.

Porque ¿qué clase de Dios le daría a una persona todo lo que siempre quiso, sólo para arrancárselo tan cruelmente?

Un Dios ausente.

No.

No lo acepto.

Todo esto podría ser sólo un terrible error.

Ya está.

Es sólo un error.

Decidida a enderezar el rumbo del hospital, finalmente giro la llave del auto y el motor ronronea en cuestión de segundos. Pero justo cuando conduzco en dirección al hospital, los dedos crueles y fríos del miedo se enroscan en mi garganta, estrechando su agarre cuando veo más adelante lo que ha provocado el tráfico de esta mañana.

Ha habido un accidente de auto.

El corazón se me acelera al pasar despacio por delante del lugar donde se ha producido un terrible accidente y veo un Aston Martin plateado que me resulta familiar completamente destrozado. El metal destrozado y los cristales rotos que rodean la zona reflejan con crudeza la violencia de la colisión que debió de producirse no hace ni una hora. Las luces intermitentes de los coches de policía iluminan la escena, proyectando un brillo espeluznante sobre los escombros esparcidos por la carretera. Si la vista de los restos no era suficiente confirmación, entonces lo es la cantidad impía de sangre salpicada por toda la tapicería de cuero blanco del asiento del conductor.

Nadie podría haber salido vivo de aquello.

Nadie.

Lo que significa que todo lo que me espera en el hospital no es esperanza.

Es una bolsa para cadáveres.



rivals

pucking hearts • 2

SEIS MESES ANTES



15



power
play

IVY FOX

CAPÍTULO 1



PIPER

Ni siquiera intento reprimir un bostezo mientras Ethan Flynn sigue despotricando sobre su último logro al fichar al nuevo cliente de *moda*, Henri “La Pared” Girard, para su agencia —y el mayor competidor de mi agencia—, ProStar Athlete Representation.

Incapaz de deshacerme de mi aburrimiento, mis dedos empiezan a golpear impacientemente mi copa de champán, necesitando desviar mi atención a cualquier otra cosa que no sea escuchar un segundo más de su discurso auto celebratorio.

Pero Ethan no me lo pone fácil, ni a mí ni al público que ha elegido para que desviemos la atención de él. El volumen de su bulliciosa voz parece aumentar y animarse a medida que divaga, afirmando haber superado todas las expectativas de su agencia con tan codiciado fichaje, asemejándose a un pavo real alardeando de sus plumas. Mi mente pide divagar, anhelando desesperadamente escapar de su monólogo egocéntrico. Sin embargo, parece que no he estado haciendo lo que él esperaba, y le insto a que lo remedie llamándome la atención.

—Estás muy callada, Piper. Espero que mi historia de éxito no te haya intimidado para que hagas un voto de silencio perpetuo —bromea, ocultando su ligera sonrisa al resto del pequeño grupo de personas que nos rodea dando un sorbo a su champán.

—Oh, ¿sabes lo que dicen? Si no es bueno, ¿para qué decirlo? Al fin y al cabo, el silencio es oro —me burlo—. Aunque es una lástima que algunas personas pierdan esa virtud. No todo el mundo es tan consciente de sí mismo como para saber que a veces el silencio es preferible al sonido de su propia voz.

Aunque su barba cubre la mayor parte, ningún vello facial podría ocultar por completo el ardiente carmesí que tiñe ahora sus mejillas.

—Entendido —replica bruscamente después de aclararse la garganta—. Supongo que me dejé llevar un poco contando a todo el mundo cómo conseguí que Henri fichara para ProStar. Pero siempre he oído que una persona debe celebrar sus



victorias, por pequeñas que sean. Aunque, llamemos a las cosas por su nombre. Todas las agencias del país estaban deseando que firmara. Algo habré hecho bien para que prefiera la representación de mi agencia y no, por ejemplo, la de ESA. Así que discúlpennme si disfruto del momento un poco más. No todos los días consigo una pasada de la gran y talentosa Piper Lee.

Necesito todo lo que hay en mí para no poner los ojos en blanco ante ese cabrón engreído.

Lo entendemos.

Eres *así de bueno*.

¿Pero adivina qué?

Yo también.

Simplemente no siento la necesidad de contárselo a todo el mundo y regodearme en ello.

Aunque admito una cosa. Ethan tiene una ventaja sobre mí: puede pasarse toda la noche departiendo con todos los presentes, presumiendo de lo gran agente deportivo que es, y nadie lo despreciará por ello.

Es de esperar que un hombre presuma de sus logros.

Pero si lo hace una mujer, se la percibe como demasiado engreída o tan insegura que necesita difundir sus logros sólo para satisfacer algún tipo de necesidad de aprobación.

Suspiro.

A veces, me pregunto por qué sigo viniendo a este tipo de fiestas.

Quiero decir, si todo Boston no sabe que soy una agente deportiva de primera, entonces es su pérdida, no la mía.

Pero entonces los imbéciles como Ethan Flynn me recuerdan por qué debo asistir a casi todos los eventos deportivos y fiestas relacionadas que hay. Porque si me pierdo, aunque sea uno, me arriesgo a que gente clave se trague la propaganda de mierda de Ethan y su ProStar. Gente importante podría ser persuadida para beneficiar a los atletas de ProStar, sin importarles si al hacerlo dejan fuera a los jugadores de Elite Sports Agency.

En este negocio, todo es cuestión de contactos.

Si no me relaciono y me codeo con entrenadores, directores generales y propietarios de clubes, mi vida y la de mis clientes será mucho más difícil cuando llegue el momento de negociar sus contratos. Y no soy más que una experta en conseguir grandes cheques para mis jugadores. Se dejan la piel para ser los mejores entre los mejores, así que lo menos que puedo hacer es ser también la mejor para ellos.

Y aunque no soy como Ethan, que siempre presume de sí mismo cada vez que puede, me aseguro de que todo el mundo sepa que si quieren un trato auténtico, sólo deben llamar a una puerta: la mía.



Dicho esto, después de pasarte la mayor parte del verano asistiendo a fiestas, eventos y galas sólo para codearte con la gente adecuada, empieza a resultar tediosamente aburrido. Hay un número limitado de conversaciones que puedes tolerar tener con la misma puta gente.

Por ejemplo, Rex Jones, el propietario de los Boston Guardians, o como su equipo le llama cariñosamente, el viejo.

Debo de haber oído su historia sobre montar toros en la granja de su padre en Texas al menos cien veces este verano. Y, sin embargo, cada vez que se pone a recordar su alborotada infancia, sonrío y me hago la sorprendida, fingiendo que es la primera vez que lo oigo.

Puede que no haya tomado clases de interpretación en mi vida, pero sigo creyendo que merezco un puto Oscar por la actuación que hago a diario.

—Hablando de eso —empieza mi némesis tras una breve pausa—. Creo que Henri sería un gran fichaje para los Guardians —concluye, lo bastante alto como para que Rex, que casualmente se encuentra a unos metros de nosotros, lo oiga—. Está pensando en dejar su equipo, los Ontario Blizzard y Canadá para trasladarse a Estados Unidos. Creo que él y los Boston Guardians podrían encajar bien, ¿no crees?

—¿Tú crees? No lo veo. Para nada —replico, desinteresada, antes de dar un sorbo a mi champán.

—¿Estás de broma? Es uno de los mejores trituradores de la liga. Los Guardians tendrían suerte de tenerlo en su alineación.

—Pero él no es el mejor. Los Guardians ya *tienen* al mejor.

—¿Te refieres a Wilder? —bromea con tono burlón—. Por favor. Ese tipo es un barril de pólvora a punto de explotar. Todo el mundo sabe que tiene grandes problemas de ira, y es sólo cuestión de tiempo que haga alguna estupidez que acabe suspendiéndolo o despidiéndolo.

Agarro la copa de champán con tanta fuerza que me sorprende que no se me rompa en la mano.

No puedes golpear a este imbécil, Piper.

Demasiados testigos.

Por mucho que quieras, no le pegues al bastardo arrogante.

Respiro con fuerza y esbozo una sonrisa falsa que rivalizaría con la mismísima Mona Lisa.

—Dices que todo el mundo lo sabe, y sin embargo yo no sé tal cosa. Lo que sí sé es que las supuestas tendencias de ira de Nathan ayudaron a los Guardians a ganar el segundo lugar en la liga el año pasado. Y este año, él ayudará al equipo a ganar toda la maldita cosa. Eso es lo que sé.

—Mmm. No lo veo —objeta con apatía, esforzándose por utilizar contra mí exactamente las mismas frases y el mismo tono que yo he empleado hace un minuto.



rivals

pucking hearts • 2

—La gente que no ve el verdadero talento casi nunca ve nada. Ni siquiera si se les cruza por la cara —replico, mostrándole mis dientes blancos.

—Ya, ya. No hay necesidad de ponerse a la defensiva. Sé lo protectora que eres con tus jugadores. Es lindo lo mucho que te importan.

—¿Lindo? —Arqueo una ceja.

Me pregunto si pensaría que soy linda si le metiera la flauta por la garganta.

—Bien. Mala elección de palabras. No es lindo... es admirable. —Se ríe, lanzando una sonrisa burlona a los otros hombres del grupo para que sepan que está hablando con el culo—. Pero no podemos olvidar que esto es un negocio. Cuando un jugador no funciona, debemos tener a otro, ojalá mejor, en el bolsillo para ocupar el puesto vacío. Tal y como yo lo veo, no es por los jugadores por los que debemos rompernos la espalda. Son los clubes. Ellos son los verdaderos a los que debemos mantener contentos porque, sin ellos, podríamos tener al mejor jugador de nuestra plantilla y a nadie le importaría una mierda. Es a ellos a quienes debemos nuestro tres por ciento. No a los jugadores.

—¿Sabes tus clientes el desprecio que les tienes? —casi le gruño.

—Me agradan mis jugadores. Pero no me apegó emocionalmente a ellos. Quizá sea cosa de hombres —insiste, asegurándose de que, en su opinión, el hecho de que yo sea mujer me convierte en una agente deportiva inferior.

Bebo lo que me queda de champán y dejo la copa en una mesa cercana.

—No es cosa de hombres. Es una cosa de idiotas, Ethan. Si no tratas bien a tus clientes, estaré encantada de quitártelos de las manos.

—¿Crees que podrías robarme clientes? —cacarea incrédulo, ya que se cree el hombre y tal.

—Dudo que me costara mucho trabajo hacerlo. Si hablas así a sus espaldas, tarde o temprano se enterarán. Aunque estoy segura de que los más listos ya saben que no eres de fiar. ¿Y adivina qué? Ser agente es cuestión de confianza y de velar por los intereses de nuestros jugadores. Algo que has dejado muy claro que no tienes intención de hacer. Si no eres lo suficientemente hombre para el trabajo, no te preocupes. Estoy más que cualificada para hacer el trabajo por ti. Ah, y otra cosa: mis jugadores me pagan el cinco por ciento, no el tres. Supongo *que* algo estoy haciendo bien.

Me mira con el ceño fruncido mientras me alejo, sabiendo muy bien que ese imbécil me está mirando como un puñal mientras maldice mi nombre, sin importarle quién le esté escuchando.

Ese es el otro inconveniente de asistir a este tipo de fiestas.

Siempre hay algún imbécil que acaba colmando mi paciencia.

¿No es de extrañar que, la mayoría de las veces, acabe cerrando la noche en busca de un trago fuerte y un poco de maldita soledad?



19



power
play

IVY FOX

Sé en qué instante he abandonado mentalmente esta fiesta cuando mis pies deciden caminar hacia uno de los varios bares abiertos de este local, eligiendo el que parece más apartado, donde mi presencia no será detectada tan fácilmente por los ojos persistentes. En otras palabras, los de Ethan. Con paso decidido, me dirijo hacia la esquina, buscando refugio en el reconfortante abrazo de la cálida, aunque poco iluminada, zona. De espaldas a la multitud, se me cae la máscara.

Joder... me duelen las mejillas de tanto sonreír.

Una mujer como yo no puede sonreír tanto durante una noche.

Especialmente cuando hay muy poco por lo que sonreír.

Puede que Ethan sea un imbécil pretencioso, pero no se equivoca en su valoración de mis jugadores. Más importante aún, un jugador en particular.

Desde que fiché a Nathan para ESA hace unos años, no me ha dado más que problemas.

Y eso es mucho decir, ya que también represento a Caleb Donovan, y ese chico vive para portarse mal.

La única razón por la que siempre apoyo a Nathan es porque sé que tiene corazón. Y pone ese corazón en la pista de hielo, donde le hace más bien. Pero lo más importante es que sé que en el fondo es un buen tipo bajo su comportamiento rudo y su vocabulario gruñón. Sólo tiene un poco de mal genio, eso es todo.

¿Y quién soy yo para juzgar?

Es como juzgarme a mí misma.

Tampoco soy precisamente de modales suaves.

Sólo que tengo más práctica que él en camuflarlo.

Todo lo que Nathan necesita es tiempo y paciencia.

Por suerte, tengo mucha paciencia con mis clientes.

Para el resto del mundo, no tanto.

Doy dos golpecitos en la encimera de mármol de la barra, ansiosa por pedir algo más fuerte que el champán que he tenido que aguantar bebiendo durante casi toda la noche.

—Whisky escocés. Sin hielo.

La guapa morena que está detrás de la barra me hace un gesto con la cabeza y se apresura a servirme el pedido. Cuando vuelve hacia mí, me dedica una sonrisa radiante y me tiende la bebida.

—¿Una noche dura? —coquetea, mirándome de arriba abajo de forma sugerente.

—Ahora está un poco mejor. —Le guiño un ojo, feliz de seguirle la corriente.

—Tal vez pueda hacerla aún mejor.

—Tal vez. —Sonrío mientras bebo—. ¿Qué tenías pensado?



rivals

pucking hearts • 2

—Salgo en treinta minutos.

—Hmm. Tentador, pero es una noche de escuela para mí. Tengo que levantarme temprano por la mañana.

Se apoya aún más en el mostrador, con los pechos apretados contra el mármol para que yo pueda ver mejor su escote.

—No me dejaste terminar. —Se relame los labios coquetamente—. Salgo en treinta minutos. Puedo asegurarme de que salgas en cuarenta.

Aunque no aceptaré su salaz oferta, no puedo negar que un buen polvo mejoraría mi noche.

Y mi estado de ánimo.

Pero antes de que tenga la oportunidad de decirle que no me interesa, oigo un gruñido bajo a mi lado, el sonido familiar que me provoca un delicioso cosquilleo que me recorre la espina dorsal y me calienta la piel más de lo que podría hacerlo el brillo ardiente de los ojos de la guapa camarera.

—Whisky. En las rocas.

—Enseguida, señor —dice la camarera, echándose hacia atrás para traerle su bebida.

Ella menea el culo por la barra mientras yo tengo que sentarme aquí junto al único hombre cuya mera presencia siempre me enciende.

Trent Nichols.

Si pensaba que esta noche no podía ser peor... estaba muy equivocada.



CAPÍTULO 2



PIPER

—saluda Trent con su habitual tono distante.

—Nichols —imito, colocándome de nuevo la máscara antibalas.

—Un poco joven para ti, ¿no? —dice con un deje de aburrimiento en la voz mientras clava su oscura mirada en la guapa morena que le está preparando la bebida.

—¿Lo es? —musito mientras mi mirada sigue a propósito su línea de visión hacia la mujer en cuestión—. Si está detrás de una barra, entonces es lo suficientemente legal. Además, parece tener mi edad.

—Es verdad. Siempre me olvido de lo joven que eres —reflexiona, sonando descontento por el recordatorio—. Aunque suponía que los preferías un poco mayores. Más sabios —añade, y por primera vez desde que decidió sentarse a mi lado, se gira para mirarme de frente—. Alguien que pueda enseñarte un par de cosas en vez de necesitar que le enseñes.

—¿Parezco una mujer a la que le gusta que le digan lo que tiene que hacer, aunque sea por propósitos educativos? —Levanto una ceja inquisitiva.

La mirada negra como el carbón de Trent se desliza lentamente por mi cuerpo como si mi burla fuera una invitación para que lo hiciera. Recorre cada centímetro de mi vestido de lentejuelas verde azulado, fijándose en la abertura que deja ver mi pierna desnuda cruzada sobre la rodilla. Después de saciarse, sube la mirada hasta que sus penetrantes ojos vuelven a clavarse en los míos.

—Te sorprendería lo que puedes llegar a disfrutar bajo la tutela adecuada —afirma con tanta seguridad que me inclino a creerle.

Oh, vaya.

Lo que pasa es que no cago donde como.



Esto significa que cualquiera que esté involucrado en mi línea de negocio está completamente fuera de los límites. Es una regla que me inventé cuando entré en este juego, y me ha servido hasta ahora.

Pero cuando me inventé esa regla, nunca imaginé que conocería a un hombre como Trent Nichols.

Es diez años mayor que yo, si es que lo es un día, pero no es nuestra enorme diferencia de edad lo que me intimida.

Es como sus ojos negros parecen oscurecerse siempre que estoy cerca de él.

Es terriblemente desconcertante.

Y jodidamente caliente.

Por suerte para mí, basta con que abra esa preciosa boca suya para que pierda todo su atractivo.

Porque Trent Nichols es un cabrón a sangre fría.

Sí, lo he dicho.

Las chicas pueden llamar cabrones a los chicos cuando actúan como tales.

Y Trent es un cabrón de primer grado.

Es el tipo de hombre que, al crecer, probablemente utilizaba una lupa sobre inocentes hormigas en una colina sólo para verlas arder vivas.

El hombre no tiene corazón.

Ninguno.

Pero tiene estilo.

Excepto en fiestas como ésta, en las que tiene que llevar el esperado esmoquin, nunca le he visto con otra cosa que no sean sus tradicionales trajes de tres piezas. Lo único que distingue a Trent del resto de la élite de la fiesta es la tinta que intenta ocultar bajo sus caros trajes. He babeado sobre sus grandes y musculosos antebrazos suficientes veces como para haber memorizado la tinta celta que hay en ellos. Es el tatuaje de llamas negras que asoma bajo su camisa de cuello blanco y le besa la nuca lo que aún no he admirado del todo. Pero conociendo a Trent, no me sorprendería que tuviera tatuado en la espalda al mismísimo Satanás sentado en su trono.

Sólo cuando la camarera vuelve con la bebida de Trent me doy cuenta de que le he estado mirando el cuello tan descaradamente como él me había estado mirando las piernas.

—Whisky en las rocas. Justo como lo pidió, señor —anuncia con ánimo mientras, no tan discretamente, me dirige una mirada de acercamiento con sus grandes ojos marrones.

—Gracias —replica Trent de forma ártica—. Eso es todo.

Asiente con la cabeza y se retira al otro lado de la barra, donde se han congregado otros invitados, no sin antes lanzarme un coqueto guiño.



Es descaradamente persistente. Eso se lo reconozco.

Y si no tuviera al único hombre —que me hace mojar con sólo existir— sentado en el taburete a mi lado, podría haberla llevado a casa esta noche. Aunque sería agradable para los dos, no sería justo acostarme con ella pensando en Trent.

—Entonces, ¿estás considerando su oferta? —pregunta Trent inquisitivamente mientras pasa el pulgar por el borde de su vaso de whisky sin dejar de clavar su penetrante mirada en la mía.

—Puede que sí —miento.

—Qué pena. Y yo que esperaba que estuvieras abierta a considerar una oferta mejor.

—¿Una oferta mejor?

—Sí. Si no me equivoco, le he oído decir que mañana tiene un día ajetreado y que el tiempo apremia.

—¿Y qué si lo hice? —replico, observando cómo ni siquiera le importa disculparse por haber espiado una conversación privada.

—Estoy bastante seguro de que dijo que no fichaba hasta dentro de media hora o así.

Reprimo una sonrisa.

—Tienes buen oído.

—Créeme, Piper, el buen oído no es mi único punto fuerte.

—Muy bien. Tienes mi atención. ¿Qué más has oído?

—Que te lo podría hacer en cuarenta minutos —dice antes de inclinarse más hacia mí—. Pero yo puedo hacerlo en cinco.

—¿Cinco? —Me río, agradeciendo que no pueda oír cómo se aceleran mis latidos—. Sabía que eras arrogante, pero nunca supuse que también delirabas.

—¿Crees que estoy delirando? —Sonríe, completamente indiferente a la parte en la que le llamé arrogante.

—Debes estarlo. Ni siquiera podríamos salir de esta fiesta en cinco minutos, mucho menos hacer otra cosa.

—¿Quién dice que tenemos que irnos? —Sus ojos negros brillan.

¡Uff!

¡Las jodidas Cataratas del Niagara!

Y todo lo que necesitó fue ese brillo arrogante en sus ojos de obsidiana.

—De nuevo —digo sólo después de haberme recompuesto—, estoy intrigada. ¿Cómo crees que serías capaz de lograr semejante hazaña?

—Sólo hay una forma de averiguarlo —me explica despreocupado antes de romper el contacto visual conmigo para dar un sorbo a su líquido ámbar, dándome tiempo de sobra para considerar su indecente propuesta.



Ves, ahora es cuando el pensamiento racional debería venir a mi rescate y decirme que me aleje lo más posible de este hombre.

Por desgracia, Trent me pilló en una noche en la que tengo demasiada frustración, demasiada energía contenida corriendo por mis venas y ninguna salida para expulsarla. Probablemente la olió en mí desde el otro lado de la habitación, como un depredador olfateando a su presa.

Porque, no nos equivoquemos, Trent Nichols es un depredador, una bestia asombrosamente apetitosa.

Se nota en su forma de caminar y de hablar.

Cómo tiene la capacidad de entrar en cualquier habitación y adueñarse de ella sin decir una palabra.

Una amenaza premonitória enmascarada tras una elegancia calculada.

Un peligro ominoso oculto bajo un toque de sofisticación.

Es veneno.

Letal en su encanto.

Pero sucede que siempre me ha gustado un poco de peligro en mi vida. La hace mucho más interesante.

En mi vida profesional, me aseguro de no correr nunca riesgos equivocados o no calculados.

En mi vida personal, sin embargo, soy un poco más... imprudente.

Y viendo lo aburrido que ha sido últimamente, con todos esos molestos y anodinos eventos veraniegos a los que he tenido que asistir por el bien de mi profesión, la verdad es que me apetece un poco de diversión aventurera.

A diferencia de mi mejor amiga, Lottie, mi trabajo no puede darme muchas satisfacciones.

Sí, soy tan adicta al trabajo como ella, pero una chica necesita quitarse los tacones y divertirse de vez en cuando. Lottie se contenta perfectamente con vivir, día tras día, siendo totalmente desinteresada, deseosa de dar una brizna de felicidad a todos los que la rodean en lugar de buscarla para sí misma.

Soy un poco más egoísta que eso.

Las únicas personas por las que sacrificaría una pizca de mi felicidad son mi madre y Lottie.

Todos los demás pueden pasar a un segundo plano.

Así que Trent ofreciéndose a ocuparse de mis necesidades, sólo para demostrar que puede, de hecho, me interesa.

Aunque sepa que no debería.

—¿Tan seguro estás de ti mismo? —pregunto con el tono más displicente que puedo conjurar, pero cuando veo un pequeño levantamiento de la comisura de su

boca, sé que le he enseñado la mano al necesitar oírle confirmar su afirmación una vez más.

Error de novato.

Maldita sea.

Ahora sabe que estoy más que interesada.

La cuestión es... ¿me echo atrás y finjo que no lo hago, o apuesto todo y veo qué pasa?

—Pruébame y verás —responde con suficiencia.

—Realmente estás muy seguro de ti mismo, pero no has tenido en cuenta una cosa. ¿Qué pasa si no te encuentro lo más mínimo atractivo? ¿No daría eso al traste con tu plan de seducirme para que me corra a velocidad récord?

—¿Esa es tu forma indirecta de decir que no me encuentras atractivo? —Tiene el descaro de sonreír.

—No lo sé. ¿Lo es? —respondo con una sonrisa de satisfacción.

Se inclina un poco y me roza el muslo desnudo con los nudillos, lo que me pone la piel de gallina y me hace respirar entrecortadamente.

—Si fuera cierto, eso no habría ocurrido —replica con conocimiento de causa.

—Bien jugado —refunfuño antes de levantar mi whisky y darle un buen trago, cabreada con mi cuerpo traidor por haberle dado pruebas de su efecto sobre mí sin oponer mucha resistencia—. Eres extremadamente perspicaz.

—Otra vez... eso no es lo único que se me da bien —explica con seguridad, sus ojos oscuros se vuelven negros como el carbón.

—Para que lo sepas, tu arrogancia tiene un efecto negativo en mi libido.

—No, no es así.

—Oh, ¿ahora sabes lo que me excita? —Me río nerviosamente.

—Sí —contesta con tal seguridad que me dan ganas de borrar de un bofetón la expresión de seguridad de su preciosa cara.

—Bien. Hazlo entonces —cedo, cabreada, sacando mi teléfono para poner un temporizador—. Cinco minutos.

La sonrisa triunfante que no intenta ocultar me enfurece aún más. Me digo a mí misma que, sea lo que sea lo que este hombre está a punto de hacerme, aguantaré fuerte solo para demostrar mi punto de vista.

Pero cuando Trent se levanta de su asiento y me pone las manos en las caderas, mi cuerpo traicionero zumba expectante, ansioso por la maldad que está a punto de infligirle.

—Sé que te enorgulleces de ser el epítome de la profesionalidad, así que me aseguraré de que nadie a nuestro alrededor entienda lo que está pasando —empieza, colocando mi culo más arriba en el taburete. Luego desliza su mano bajo mi rodilla,



descruza mi pierna y coloca mi pie en el suelo. Todavía aturdida por el hecho de que me haya tocado tan íntimamente, ni siquiera hago un escándalo cuando me sujeta la otra pierna por la pantorrilla y me coloca el talón en la barandilla de plata que hay debajo de la barra.

Es como si de repente se hubiera convertido en un titiritero y me hubiera hecho su marioneta, colocando mi cuerpo en la posición más ideal que él desea.

Estoy tan sumida en el trance que me ha provocado que sólo reacciono cuando empieza a subirme el vestido y separa mis muslos lo suficiente como para que pueda sentir el aire fresco del local con aire acondicionado golpear mi apertura.

—Nos estamos acobardando, ¿verdad? —bromea, y sus ojos se posan en el lugar donde mis manos sujetan sus muñecas.

Como si me regañara, le quito las manos de encima y cuadro los hombros para parecer indiferente.

—En absoluto.

Apoya la espalda en la barra para tener una mejor visión de la multitud que hay detrás de mí, la sonrisa diabólica de sus labios hace que se me apriete el corazón.

A cualquiera que nos viera, le parecería que estábamos teniendo una conversación inocente.

Nadie podría sospechar que este hombre acaba de colocarme de la mejor manera que cree que garantizará que me corra esta noche.

Ahora se eleva sobre mí y se inclina un poco, lo suficiente para que su boca llegue a mi oreja; el aliento caliente sobre mi piel hace que mi respiración se detenga por completo.

—Pareces tensa —susurra.

—Si por tensa quieres decir aburrida, entonces supongo que lo estoy.

—Te aburro, ¿verdad? —dice divertido. Noto cómo su sonrisa de tiburón me besa el pliegue del cuello antes de que vuelva a enderezarse, siempre con cuidado de que nadie se haga una idea de lo que está tramando.

—Inmensamente —respondo secamente.

Mi coño, sin embargo, está en total desacuerdo con la indiferencia que intento mostrar.

Esa libertina está tan mojada como un charco de lluvia.

—Supongo que debería remediarlo, ¿no?

—Realmente me da igual. Todo lo que sé es que el tiempo corre. Y hasta ahora, escuchar las repetitivas historias de infancia de tu jefe esta noche ha sido más apasionante que esto. Y yo que pensaba que eras un hombre de acción. Qué decepción estar equivocada.

Se me escapa un pequeño chillido cuando sus fuertes manos me agarran ambas rodillas, separándolas aún más. Desesperada por mantener mi apatía, trago saliva



lentamente e inclino la cabeza hacia un lado lo suficiente para mirarle a los ojos sin luna y llenos de noche.

—Pero bueno, probablemente no soy la única que se aburre como una ostra, ¿verdad?

—Eres todo menos aburrida, Piper. Todo lo contrario, de hecho —dice sin perder el ritmo.

Y aunque los elogios calientan cada rincón de mi frío corazón, no excusan el hecho de que no quiero que él tenga la sartén por el mango aquí.

—Oh, soy plenamente consciente de ello. De hecho, ¿no es esa la razón por la que me has buscado esta noche?

Sus cejas se fruncen confusas ante la pregunta.

—No tengo ni idea de lo que quieres decir —responde, con el pulgar empeñado en mantenerme distraída de mi misión trazando pequeños círculos en la cara interna de mi muslo.

—Creo que sí. —Finjo un bostezo.

—Piper, si tienes algo que decir, dilo. Como tan amablemente me has recordado, el tiempo corre.

—Muy bien. —Fabrico una sonrisa—. Como yo, te has pasado la mayor parte de la noche manteniendo conversaciones triviales con gente pequeña que tiene grandes egos. Cansado de escuchar una conversación egocéntrica y ególatra más, decidiste que esta noche no podía acabar como todas las demás. Necesitabas un cambio.

Cuando deja de acariciarme el muslo y frunce el ceño, sé que lo tengo bien agarrado.

Sé que estoy siendo un poco dura, sobre todo teniendo en cuenta que comparto su sentimiento. Sin embargo, esto es una partida de ajedrez, no de damas. Si está demasiado distraído para hacer su jugada y acaba agotando el tiempo, es culpa suya.

Una victoria es una victoria.

No importa cómo la consigas.

—Así que ahí estás, necesitando desesperadamente un limpiador de paladar antes de poder dar por terminada la noche e irte a casa, una que sólo puedo suponer que debe ser una especie de mazmorra o cueva de murciélagos, lo suficientemente grande como para albergar tu ominosa figura. Entonces pensaste, ¿por qué no entretenerte un poco? Viendo la cantidad de mujeres hermosas que hay aquí, no debería resultarte muy difícil elegir a alguien con quien jugar, aunque sólo fuera unos minutos. Lo suficiente para quitarte el mal sabor de boca de la noche. ¿Debería sentirme halagada por haber llamado tu atención esta noche o insultada por haber pensado que podías conquistarme tan fácilmente?

—Sé lo que intentas hacer —regaña, su expresión se vuelve letal.

—¿Y qué es eso?



rivals

pucking hearts • 2

—Estás intentando quemar tiempo para que yo pierda.

—Y no te gusta perder, ¿verdad? —lo provoqué.

—Me gusta tanto como a ti.

Touché.

Me tiene ahí.

Echo un vistazo al temporizador de mi teléfono y sonrío.

—Tres minutos.

—Te crees muy lista, ¿verdad?

—Tanto como tú me consideres.

Esto me hace sonreír de oreja a oreja, lo que no sólo es inesperado, sino que además me hace sentir algo. Puede que Trent Nichols sea un imbécil arrogante, pero también es el hombre más sexy que he visto en mi vida.

Con su cabello oscuro y sus ojos aún más oscuros, es la encarnación del pecado.

Y la forma en que su fuerte mano se desliza por mi vestido mientras mira al público como si estuviera hablando de las estadísticas de hockey del año pasado me pone cachonda.

Me pregunto si follo con este aspecto, todo estoico e impasible.

El único indicio que muestra de que le gusta tocarme es el color de sus ojos, que se vuelven un tono más oscuros, dos charcos negros que reflejan un abismo sin fin.

—Dos minutos —me burlo cuando lo único que hace es mirarme fijamente a los ojos.

—Mentí —dice de sopetón.

—No me sorprende. No me extrañaría que mintieras. La pregunta es, ¿sobre qué mentiste?

—Cuando dije que podía hacer que te corrieras en cinco minutos.

La sonrisa de mis labios se ensancha.

—Te rindes, ya veo.

—No. Nada de eso. —En sus labios se dibuja una sonrisa que sugiere que está en posesión de un secreto que sólo él conoce.

Siento que se me arruga la frente cuando vuelve a inclinarse y me presiona la oreja con los labios.

—No necesito cinco minutos. Sólo uno.

Estoy a punto de echarle en cara su comentario cuando su mano serpentea por mis muslos hasta que la yema de su pulgar encuentra la tela de encaje de mis bragas.



Con la mandíbula abierta, lo miro atónita mientras desliza mis bragas a un lado con un movimiento experto y suave. Antes de que pueda decirle que pare, siento una ligera presión en el clítoris, como si le hubiera hecho señas para que lo encontrara.

La mayoría de los hombres no pueden encontrar el clítoris de una mujer ni con una hoja de ruta, y este cabrón fue a ciegas y lo encontró en su primer intento.

Jadeo cuando pasa dos dedos por mi húmeda apertura, aprovechando la humedad para empapar sus dedos antes de hacer sonar la campana que hará que todo pensamiento y razón me abandonen por completo.

Oh, mierda.

No.

No.

No...

¡Claro que sí!

Mis párpados caen mientras intento recuperar el aliento, haciendo todo lo que está en mi mano para evitar que vea que sus dedos expertos me están tocando como a un violín.

Ningún hombre debería tener tanto poder sobre una mujer, y menos yo.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —se burla, sabiendo perfectamente que me cuesta un esfuerzo inhumano mantener la coherencia.

Jadeando, me digo que sólo necesito un segundo para recuperar la compostura. Sólo uno, para poder insultarlo y llamarle de todas las formas que se me ocurran. Sólo un pequeño segundo de lucidez para decirle que no siento absolutamente nada y que ha perdido.

Mi pecho se agita con cada respiración jadeante mientras intento contar los segundos, rezando para que el temporizador suene antes que yo.

Percibiendo mi estado de ánimo, Trent se inclina de nuevo hacia mi oreja y me roza el lóbulo con los dientes.

—Sabes... siempre me he preguntado qué aspecto tendrías cuando vinieras —provoca.

—Supongo que nunca lo sabrás —digo, molesta, aunque cuando mis manos se aferran al borde de la encimera de mármol para mantenerme sujeta, él sabe que estoy mintiendo.

—Tengo que admitir que eso no es todo lo que me preguntaba de ti —añade, y su voz ronca no hace más que aumentar la ardiente necesidad que siento en mi interior.

—¿Oh? —medio digo, medio gimoteo.

—Hmm —tararea en respuesta, totalmente imperturbable porque su mano está completamente dentro de mi vestido, sus dedos empapados en mis jugos—. Desde el primer día que entraste en mi despacho, me dejaste una gran impresión. Pero no sólo



eso. Llevabas un perfume que olía a magnolias. Dulce y ácido al mismo tiempo. Me hizo preguntarme si olía así por todas partes.

—De nuevo, nunca lo sabrás.

—Todo lo contrario, gatita. En unos diez segundos, te vas a correr en mis dedos, y voy a probar por primera vez lo dulce que eres.

—¿Muy arrogante?

Lo sé.

Es una respuesta infantil.

Pero admitámoslo, no es precisamente uno de mis momentos de mayor orgullo, así que...

—Oh, gatita... —Se atreve a hundir sus dientes en el lóbulo de mi oreja antes de volver a acercar su cara a la mía—. La única forma de que hubieras ganado era si mi polla hubiera estado en esta ecuación. No te habría hecho correrte en tan poco tiempo. Te habría hecho suplicar por ello. De manos y rodillas, gatita. Durante horas y horas. Y te encantaría.

¡Oh, Dios todopoderoso!

La amenaza en sus ojos de hacerme suplicar, junto con el aumento de la presión sobre mi clítoris, es lo que me lleva al límite.

Mis dientes se clavan en el labio inferior, impidiendo que mi gemido orgásmico atravesase el gran recinto. El corazón me martillea en el pecho mientras el mundo se inclina sobre su eje a causa de este inesperado orgasmo que Trent ha arrancado tan fácilmente de mi cuerpo.

Este hombre es el diablo.

Es la única explicación que se me ocurre que tenga sentido.

Con los párpados pesados, levanto la mirada para contemplar su rostro impasible. Me dan ganas de darme una patada por haber sido tan estúpida de dejarme engañar, sobre todo cuando su aspecto es tan bueno como la lluvia.

Como si nada de eso hubiera hecho mella en él.

—Yo gano —dice sin miramientos antes de dar la espalda a la multitud de fiesteros y encararse a la barra del bar.

Justo cuando está a punto de tomar su vaso de whisky, se detiene para pasar los dos dedos —que utilizó para jugar con mi coño— por encima de la condensación del vaso y luego se los mete en la boca, tomándose su dulce tiempo para chuparlos.

—Justo como lo imaginaba. Decadentemente dulce.

Cabrón.

Mis fosas nasales se agitan, decepcionada conmigo misma, no sólo por perder, sino también por ser tan débil de voluntad.

Así se hace, Piper.



Seguro que le has enseñado.

En menos de un minuto, me hizo ver las estrellas.

Y ahora todo lo que siento es despojo y vacío.

—Felicidades por tu victoria —digo bruscamente, arreglándome el vestido antes de bajarme del taburete.

—Te daría las gracias si alguna vez lo dudara —replica, sin molestarse siquiera en mirarme.

Respiro hondo y esbozo una fina sonrisa.

—Bueno, si el puesto de GG no funciona, siempre puedes apoyarte en esas habilidades. Estoy seguro de que hay un montón de mujeres solitarias por ahí que pagarían generosamente por un *conocido* tan dotado.

Cuando no encuentro más que silencio, mi ira se multiplica por diez.

Pero como ya he dado suficiente espectáculo por una noche, lo más inteligente sería marcharme antes de hacer lo impensable: verterle el whisky en la cabeza, cegándole el tiempo suficiente para que yo le dé una patada en la espinilla hasta que sea él quien se ponga de rodillas.

Me gustaría ver si a él le gustaría que le llamaran gatito.

—Nichols —me despido—. Siempre es un placer.

—Lee. —Asiente, sin levantar la cabeza del vaso para mirarme.

Idiota.

Salgo de allí como un murciélago del infierno, rozando el hombro de Ethan Flynn por el camino.

Ya he tenido bastantes idiotas por una noche.

Es hora de que me vaya a casa y deje atrás esta noche desastrosa.

Cuando llego al vestíbulo, todavía estoy cegada de rabia y murmuro todas las palabrotas que se me ocurren. Por suerte, cuando llega mi Uber, ya me he calmado lo suficiente como para no parecer una loca.

Por desgracia, esta noche horrible no parece querer terminar cuando mi teléfono vibra a la vida a mitad de camino a casa con un texto entrante de mi némesis.

Ethan: ¿Adivina quién acaba de tener una gran charla con el gerente general de los Guardians?

Ethan: Al parecer, también debe ser miope en lo que respecta al talento.

Ethan: Porque acaba de aceptar quedar conmigo mañana para comer y hablar de Henri.

Ethan: Supongo que el cinco por ciento de nada es igual a nada.

Ethan: Dulces sueños.



rivals

pucking hearts • 2

—¡Hijo de puta! —grito, tirando mi teléfono al suelo.

—¿Disculpe? —pregunta apresuradamente el conductor del Uber—. ¿Está todo bien, señorita?

—Todo está lejos de estar bien —murmuro mientras me agacho para recoger el teléfono.

—¿Qué? —pregunta confundido.

—Nada. No pasa nada. Todo está de puta madre. Sólo lléveme a casa.

Vuelvo a meter el teléfono en el bolso y me dejo caer en el asiento trasero, con la mirada perdida en las luces de la ciudad que pasan ante mí.

Estupendo.

Simplemente genial.

Por lo que parece, Trent Nichols ha pasado esta noche intentando joderme en más de un sentido.



CAPÍTULO 3



TRENT

H ay algo que decir sobre el juego del hockey.

La mayoría diría que es un deporte crudo y brutal, pero a mí siempre me ha reconfortado su brutalidad.

Incluso elegante en su salvajismo.

Pero siempre me han gustado las cosas primitivas y poco refinadas.

Quizá tenga algo que ver con haber crecido en un entorno que fomentaba esas cosas. Un vecindario que había sido preparado para recompensar a los que abusaban de sus instintos primarios y básicos frente a los que preferían reprimir los suyos.

Roxbury nunca ha sido para los débiles de corazón.

De hecho, tener corazón se consideraba un inconveniente molesto. Aprendías rápidamente a matar esa parte de ti. Y si no lo hacías, las calles se encargaban de matar por ti.

Los cultivan duro ahí abajo.

Malvado y cruel.

Es la única forma de sobrevivir.

Desde muy joven aprendí bien esta lección: mostrar cualquier tipo de debilidad acabaría siendo tu fin.

Y en el hockey, esa lección se mantiene.

Vacila aunque sea un segundo, y puedes estar seguro de que tus enemigos lo aprovecharán.

Ahora bien, podría haberme quedado en Roxbury y convertirme en un pandillero más, intentando meterme unos cuantos cientos de dólares en los bolsillos, sabiendo que mi suerte se acabaría tarde o temprano, y que pasaría el resto de mis



días entre rejas o abatido a tiros en la calle por una banda rival o por un trato que salió mal.

O podía tomar el camino menos transitado, que me obligaría a salir de la cuneta por todos los medios, aunque nunca hubiera garantías de éxito.

Habiendo crecido en esa vida, no veía que hubiera muchas opciones.

No una que me mantuviera respirando más allá de los treinta, al menos.

Así que, aunque las probabilidades estaban en mi contra, tomé un desvío en el camino que sin duda me habría llevado a la perdición.

Sin embargo, cuando te han inculcado ese tipo de sed de sangre desde una edad tan temprana, es extremadamente difícil encontrar algo que pueda saciarla.

Fue entonces cuando el hockey entró en mi vida.

Como la mayoría de los gerentes generales que me precedieron, primero pagué mis deudas en el hielo.

Jugaba, sabiendo que eso me abriría las puertas, pero sabía que no tenía el talento necesario para ser profesional. Lo que sí tenía era una mente analítica que ayudaba a mis entrenadores a decidir con quién debían jugar y reclutar para el equipo.

Se me daba bien.

Muy bien.

Tan bien que equipos de renombre empezaron a prestarme atención, lanzándome absurdas ofertas de dinero para que me uniera a sus filas y mejorara sus equipos desde dentro.

¿Ha visto alguna vez la película *El Juego de la Fortuna*?

Sustituye el béisbol por el hockey y Brad Pitt podría haberme interpretado en la gran pantalla.

Excepto que no soy tan limpio como Brad.

Joder.

Si Brad alguna vez me viera caminando hacia él en una calle, estoy seguro de que correría en la otra dirección.

Pero esa no es la única diferencia entre nosotros.

No voy a trabajar en chándal.

A la mierda.

Llevo trajes.

Caros.

Mis colegas pueden pensar que es vanidoso por mi parte, pero me importa un carajo. A un hombre de traje se le toma en serio y no se le pregunta de dónde viene o qué ha tenido que hacer para llegar a donde está ahora.



¿Un hombre en chándal?

Joder, bien podría ser otro imbécil sin trabajo que se pasa el día masturbándose con porno malo en el sofá de su madre en cualquier casa de mierda infestada de ratas en la que vivan en Roxbury.

Así que sí... sólo trajes para mí.

Es mi propio truco de vida, por así decirlo.

Mientras su atención se centra en mi traje de Tom Ford, ni se les ocurre cuestionarme a mí o a mis habilidades. Por supuesto, si se atreven a hacerlo, sólo tengo que arremangarme para darles un vistazo a mi tinta duramente ganada para alertarles de que no somos iguales.

No se juega conmigo.

Dicho esto, se puede decir que no soy el tipo de hombre accesible.

Cuando la gente me conoce, me encuentra... intimidante.

No me importa.

En absoluto.

Si te intimidó, perfecto, entonces... he hecho bien mi trabajo.

Pero, de vez en cuando, aparece una persona que no se amedrenta ante mí en ningún sentido.

Y cuando esto ocurre, suelo encontrarlos bastante fascinantes.

Piper Lee es una de esas personas.

Y la encuentro... jodidamente desconcertante.

La mujer exasperante no sólo no me ve como una amenaza, sino que actúa como si yo debiera sentirme intimidado por ella y no al revés.

Es bastante... exigente.

Más aún, porque creo que Piper Lee podría ser una de las mujeres más bellas que han pisado la faz de la tierra.

Y eso es mucho decir, ya que no suelo dejarme sorprender por una cara bonita.

Pero Piper... no es sólo guapa. Es jodidamente luminosa.

Especialmente cuando discute conmigo.

Y ella... *siempre* está discutiendo conmigo.

Al fin y al cabo, es su trabajo.

Mientras yo protejo al equipo que amo, ella protege a sus jugadores.

No siempre van de la mano. De hecho, a menudo chocan.

Si tengo que prescindir de un jugador o venderlo a otro equipo para poder llenar el hueco con un jugador mejor, no me quita el sueño.



Piper, por otro lado, cortaría, arañaría y mutilaría a una perra, sólo para asegurarse de que sus jugadores no estuvieran cerca de mi bloque de carnicero.

Soy implacable en mi fría ejecución.

Piper es una fuerza ardiente en su protección.

Como dije, no congeniamos bien.

De hecho, creo que lo único que tenemos en común es que no jugamos bien con los demás.

Rivales, eso es lo que somos el uno para el otro.

Rivales en el juego de poder.

Y que Dios me ayude, pero discutir con esta mujer exasperante y testaruda es a veces lo único destacado de mi día.

Como ahora mismo.

Desde el momento en que mi secretaria la dejó entrar por la puerta de mi despacho, no me ha dejado decir ni una palabra. Está furiosa porque esta tarde he quedado para comer con uno de los agentes de ProStar. No estoy seguro de cómo ha conseguido esa información, pero conozco a Piper desde hace tiempo y sé que tiene sus maneras. Entretenido por su apasionada tenacidad, me recuesto en mi asiento y me limito a verla insultarme como si no tuviera el destino de su jugador en mis manos.

—¡Ni se te ocurra cortar a Wilder por Henri Girard! Sé que Ethan ha estado olfateando tu trasero sin parar, tratando de ver si caes en el aceite de serpiente que está vendiendo, pero te lo digo ahora, Wilder es tu mejor oportunidad de ganar la liga este año y clasificarte para las eliminatorias de la Copa Stanley. Sin él, no tienen ninguna oportunidad.

A continuación, se explaya sobre las estadísticas y el análisis de los partidos, haciendo que Nathan Wilder parezca el segundo advenimiento de la NHL.

Aprieto los labios, no quiero revelar nada. Al menos no hasta que ella termine. Aunque cada vez me cuesta más concentrarme con cada palabra que sale de su bonita boca.

Esa es la otra cosa que encuentro bastante exasperante de la mujer: tiene esa voz profunda, como de Jessica-Rabbit, que te recuerda al whisky rico y fundido que se desprende de la lengua. Incluso sus gritos agudos se sienten como terciopelo acariciando mi piel.

Y anoche, podrías haberla oído gritar tu nombre, con esa voz aterciopelada, mientras estabas a veinte centímetros de profundidad dentro de ella, pero fuiste demasiado gallina para pedirle que volviera a casa contigo.

—¿Ya has terminado? —Me sobresalto, de repente con la necesidad de poner fin a su visita.

Sus fosas nasales se agitan y apoya las manos en el borde de mi escritorio.

—¿Me lo dices a mí? ¿He terminado?



Me paso el pulgar por el labio inferior, sintiendo el calor correr por mis venas ante el desafío de sus ojos azul cristalino.

Como anoche.

—Puedo asegurarte que no tengo ninguna intención de apartar a Wilder del equipo y sustituirlo por Henri Girard. Es como has dicho. Aunque Henri esté arrasando en Canadá y esté mostrando un inmenso potencial, todavía es joven y está verde, mientras que Wilder tiene una gran experiencia a sus espaldas. Tampoco está de más que Wilder tenga hambre de título. Prefiero que mis jugadores tengan esa mentalidad de ganadores ardientes, en lugar de jugar como si tuvieran que demostrar que no son sólo un prodigio. Sin embargo, incluso tú debes admitir que ha tenido algunos golpes en contra. No puedo prometerte que si Wilder se mete en algún lío, pueda guardarle el puesto. Es demasiado temperamental y, bueno... a veces, agresivo.

—Todos los jugadores de hockey son agresivos. Eso es lo que los hace buenos —dice, echándose hacia atrás y cruzando los brazos bajo su impresionante pecho.

—Dentro de la pista, sí. Fuera de ella, no tanto. Mientras Wilder no se meta en líos, no tendrá problemas. Al menos no conmigo.

—¿Me das tu palabra? —pregunta desconfiada.

—¿Te basta con mi palabra? ¿Seguro que no preferirías que firmara algo con mi propia sangre, tal vez? —me burlo.

—La comedia no es tu fuerte, Nichols. —Pone los ojos en blanco.

No me río porque sé que lo dice en serio.

—Me parece justo. Mantén a raya a tus jugadores y todo irá bien. Además, me gusta el equipo que tenemos este año, y a menos que me provoquen, no tengo intención de cambiarlo.

—Oh, es verdad. Se me olvidaba. Tú eres el único que provoca por aquí sin sufrir ninguna consecuencia —reprende.

—¿Se supone que es una indirecta hacia mí, Lee?

—No lo sé, Nichols. ¿Lo es?

La boca que tiene la meterá en problemas algún día. La mujer no tiene filtro.

Oh, lo intenta. Impecablemente.

Con los demás, es la encarnación misma de la elocuencia, la clase y la corrección.

Una sofisticada máscara que le gusta sacar del bolso, creyendo que transmitirá el mensaje de que es irreprochable.

No sé qué dice de mí que me halague que saque lo peor de ella. Que conmigo no le importe mostrar las grietas bajo su fría fachada y prefiera quemarme con su lengua mordaz y su ingenio tempestuoso.

Un ingenio que me parecería encantador si no fuera tan joven.



—Si no necesitas nada más de mí —le digo tajantemente antes de desviar la mirada de ella a la pantalla del ordenador, mi forma no tan sutil de decirle que hemos terminado.

No tengo que mirarla para sentir sus ojos clavados en mí, esos orbes azul claro que se clavan en mi cabeza. Finjo estar embelesado con la hoja de cálculo que tengo en la pantalla, pero en realidad hago todo lo que está en mi mano para no respirar hondo con la esperanza de oler su perfume de magnolia.

—Nichols —dice por fin, girando sobre sus talones para salir de mi despacho, no sin antes agitarse la coleta para demostrar que no le molesta en absoluto mi indiferencia ante su presencia.

La señorita sabelotodo no se da cuenta de que su presencia me afecta de un modo muy primario.

A veces, nada me gustaría más que apretarle el cuello por desafiarme tan abiertamente y, al mismo tiempo, sentir el impulso de hacerla callar dándole un beso estúpido. A veces el impulso va más al sur, mi polla tiene ideas más deliciosas de mantener su boca demasiado ocupada para responderme.

Saber que el impulso existe me hace mantener las distancias con ella.

Anoche fue la primera vez que cedí a ello. Un error por el que todavía me estoy castigando.

Pero, como en la mayoría de las cosas, Piper tenía razón y me tenía calado.

Me aburría.

Aburrido de las interminables tonterías que he tenido que aguantar toda la tarde.

Me encanta mi trabajo.

Me encanta todo.

Excepto cuando tengo que asistir a alguna estúpida fiesta por motivos de relaciones públicas.

Sobre todo, fuera de temporada.

Es entonces cuando se espera que pase la mayor parte de mis noches de verano mezclándome con frívolas personalidades de la alta sociedad y otros esnobs imbéciles que no reconocerían un duro día de trabajo ni aunque les diera por el culo.

Intento inventar excusas para no asistir a todas las veladas a las que me invitan, pero a veces hasta a mí se me acaban las razones plausibles para no ir. Y cuando el propio viejo te ordena asistir a una fiesta, pues no hay manera de librarse.

Anoche fue una ocasión así. Una recaudación de fondos para algo. Sinceramente, después de asistir a una, pierdes interés en todas los demás.

Siempre es el mismo evento de etiqueta. Con la misma gente aburrida que has visto cientos de veces y con la que has tenido cientos de conversaciones iguales.



La población de Boston puede ser enorme, pero cuando se trata de gente con dinero y poder, sólo hay unos pocos elegidos que ostentan tal privilegio y, por tanto, siempre son invitados a tales cosas.

Yo mismo sólo he tenido el disgusto de formar parte de este grupo de élite durante menos de una década. Y mi consenso sigue siendo el mismo desde la primera a la que me vi obligado a asistir. Estas fiestas no son más que una forma superficial que han encontrado los ricos de alardear de su dinero y sus privilegios entre compañeros que no les juzgarán por ello.

Así que sí. Piper tenía razón.

Me aburría.

Hasta morir.

Lo único que me entretenía lo suficiente como para quedarme toda la noche era ver a quién se llevaba después a casa la impermeable Piper Lee.

Oh, ella siempre ha sido muy discreta sobre sus escapadas sexuales, pero para una persona que la ha vigilado atentamente en estas fiestas como yo, no podría ser lo suficientemente discreta.

Siempre es lo mismo.

La veo hablar animadamente por toda una sala, prestando toda su atención a todo el mundo y haciendo que se sientan escuchados y vistos, aunque sólo sea durante diez minutos. Es un espectáculo ver a Piper trabajando con una multitud. Es una auténtica maravilla lo bien que lo hace.

Pero después de una larga noche haciendo que todos se sientan especiales y conquistándolos con su sonrisa, siempre acaba yendo al bar más cercano a tomar una copa para relajarse.

Y cuando eso no funciona, se escabulle del local con algún camarero o barman, que está deseando seguirla hasta su casa.

Sin embargo, nunca lleva invitados a casa.

No.

Ese es su pan de cada día. Nunca se acostaría con alguien de quien pudiera necesitar un favor.

Las ayudas, sin embargo, son desechables y se olvidan rápidamente.

Cuando ayer le dije que pensaba que su tipo era alguien mayor, quizá con más experiencia, sólo la estaba provocando. A decir verdad, no tengo ni idea de qué tipo le gusta. He visto demasiados hombres y mujeres sin rostro de todas las razas, credos y edades como para atreverme a aventurar semejante conjetura.

Pero, de nuevo, es joven.

Tremendamente.

Es absolutamente normal que una chica de veinticuatro años experimente sexualmente. Que se haya ganado la posición de poder y respeto que tiene en ESA,



sobre todo a una edad tan temprana, me hace pensar que Piper tuvo que madurar muy rápido. Demasiado rápido para haber sido imprudente en su juventud.

¿No es de extrañar que ahora esté recuperando el tiempo perdido?

Anoche se suponía que iba a ser la rutina habitual.

Mirar a todo el mundo comer de la mano de Piper mientras ella trabajaba en la sala, y luego retroceder al final de la noche para ver a quién elegiría como su próxima aventura de una noche.

Sea por puro aburrimiento o por curiosidad morbosa, anoche pensé: ¿qué hay de malo en hacerle una oferta?

Ni en un millón de años pensé que me aceptaría.

Lo hice sólo por diversión.

Pero al parecer, a Piper no le gusta echarse atrás ante un reto, algo de lo que me he asegurado de tomar nota en el futuro.

Fui demasiado lejos con ella. Demasiado lejos, pero algo se apoderó de mí y no me soltó. No hasta que la vi correrse en mi mano.

Y joder si no fue espectacular, aunque si siento que me robaron la experiencia completa.

Todavía puedo verlo ahora.

La forma en que sus labios rosados se entreabrieron por la sorpresa.

El brillo del sudor que cubría su frente arrugada.

La forma en que su cuerpo tembló cuando su orgasmo la golpeó tan inesperadamente.

Cómo sus dientes se hundieron en su labio inferior, sin importarle si perforaba su carne, sólo para que nadie pudiera oírla correrse.

Y luego, por si fuera poco, fui un paso más allá y lamí su esencia de mis dedos, llevándome tan cerca del límite que pensé que me la follaría allí mismo.

Pero no lo hice.

Me mantuve firme e hice lo correcto de apartarla antes de abrir la boca y ordenarle que volviera a casa conmigo.

Tenemos demasiados intereses comunes como para enturbiar las aguas con el sexo. Esta rivalidad entre nosotros ya es suficiente obstáculo.

Si añadimos el sexo a la ecuación, quién sabe si saldríamos indemnes.

Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo.

Que hice lo honorable de mantenerla a distancia.

Pero me pregunto... ¿habría aceptado una oferta así?

De sólo una noche de nosotros aprovechando nuestra animosidad hacia los demás y follando nuestros cerebros.



Supongo que ya ha pasado el momento de conocer la respuesta a esa pregunta.

—Basta —refunfuño, ya he pasado bastante tiempo de mi mañana pensando en degradar a Piper Lee, de entre todas las personas.

Me hago tronar el cuello y decido centrar mi atención en el trabajo del día que tengo por delante.

Pero entonces me acuerdo de la cita para comer que aún no he cancelado con el agente deportivo de ProStar. No estaría bien quedar con él para comer cuando no me interesa lo más mínimo su cliente.

—¡Brigitte! —llamo a mi secretaria cuando no encuentro en mi mesa la tarjeta de visita de Ethan Flynn con su número de teléfono—. ¡Brigitte! —vuelvo a gritar, pero como no entra corriendo en mi despacho como yo esperaba, me levanto de mi asiento detrás del escritorio y voy a ver a qué se debe el retraso.

Desafortunadamente para mí, el obstáculo es Piper Lee.

Mi secretaria se está riendo de algo que ha dicho. La expresión relajada y entrañable de Piper contrasta totalmente con la de cabreo con la que había salido de mi despacho.

—¿Tienes que estar bromeando? ¿Te abandonó cuando le conseguiste entradas para Hozier para el concierto de mañana? —Brigitte pregunta—. No me importa si es tu mejor amiga. Tienes que dejar a esa chica lo antes posible.

—Oye, esa chica es como una hermana para mí. No hables mal de Lottie en mi presencia —contesta Piper con una risita, pero incluso desde este ángulo oculto puedo ver que lo dice muy en serio.

—De acuerdo, pero la primera regla del código de chicas es no abandonar nunca a una amiga por un chico —insiste Brigitte, sin darse cuenta de que ha dado en el clavo.

—Como dije. Es familia. Y perdonas a la familia pase lo que pase.

—Te los quito de las manos si ya no vas —sugiere rápidamente mi secretaria, que ve una oportunidad para pasar su noche de sábado.

—En realidad, ya vendí el boleto de Lottie. Todavía voy a ir, sin embargo. No me lo perdería.

—¿Vas a ir sola a uno de los conciertos más románticos que existen? —pregunta Brigitte, asombrada por la idea.

—¿Por qué no? —Piper se encoge de hombros—. Disfruto mucho de mi propia compañía. ¿Y quién sabe? Quizá conozca a alguien allí. Cosas más raras han pasado. —Piper guiña un ojo sugerentemente antes de despedirse de Brigitte con la mano.

Sí.

Cosas más raras han pasado.

Y por más raro, me refiero a mí asistiendo a ese concierto.



CAPÍTULO 4



PIPER

Nunca he sido el tipo de persona que rehúye destacar entre la multitud. Pero incluso yo me siento un poco incómoda por la atención que estoy recibiendo.

¿Hay algo más peculiar que una mujer bailando felizmente sola en un mar de parejas de enamorados con ojos saltones?

Me siento como si estuviera atrapado en medio de una especie de versión deformada y extraña de Dónde está Waldo.

Ese lúgubre pensamiento no deja de retumbar en mi cabeza, más fuerte que la preciosa melodía que Hozier canta a su entregado público.

Se suponía que esta noche no iba a ser así.

El plan original era que Lottie y yo empezáramos nuestra noche de chicas con el concierto y pintáramos la ciudad de rojo después. Con su ajetreada agenda buscando almas gemelas para medio Boston y mi ajetreado horario asegurándome de que mis jugadores están bien atendidos, hacía tiempo que necesitábamos un rato de intimidad.

Por desgracia para mí, me abandonó para irse a Nueva York a pasar el fin de semana con su baboso novio, Cooper. Han pasado diez años desde que consiguió clavarle las garras y, por mucho que le diga que es un canalla, sigue sin darse cuenta de la mierda que es en realidad.

Lottie puede hacerlo mucho mejor que ese imbécil pretencioso.

Supongo que es verdad lo que dicen: el amor es ciego.

No es que yo sea una experta en la materia. El amor es el área de especialización de Lottie, no la mía.

Pero he dado varias vueltas a la manzana para saber un par de cosas cuando se trata de hombres.



Normalmente, cuanto más grande es el ego, más pequeña es la polla.

También tengo la extraña habilidad de ver a través de las estupideces de la gente, y no me cabe duda de que Cooper Adams debería ser coronado rey de las estupideces. Cada vez que me veo obligada a pasar un rato con ese imbécil pomposo, siento que necesito darme una larga ducha caliente para quitarme el hedor a mierda que sale de su boca. La mitad de lo que dice es una mentira inventada o una versión distorsionada de la verdad.

Realmente no entiendo lo que Lottie ve en ese imbécil.

Pero así es Lottie.

Siempre leal hasta la exageración, incluso con los imbéciles que no se lo merecen.

No importa.

Estoy segura de que me divertiré esta noche a pesar de que mi mejor amiga me deje plantada.

No es que no me guste pasar tiempo sola.

Ya paso bastante tiempo tolerando a gente que no me cae bien en el trabajo, así que pasar algo de tiempo de calidad a solas a veces es más una necesidad imperiosa que una falta de opciones.

Es mi propia forma de autocuidado, por así decirlo.

Pero a veces, en ocasiones como ésta, en las que el romanticismo está en el aire, puede resultar un poco... descorazonador.

Pero bueno, podría ser peor.

Podría estar encadenada a una relación sin futuro con un novio idiota como Cooper.

Puaj.

Como no quiero seguir con ese pensamiento deprimente, cierro los ojos y dejo que la melódica voz de Hozier me lleve a un lugar donde reinan el deseo y la pasión.

Okey, puede que no me sienta sola de por sí. Sin embargo, estoy empezando a pensar que el verdadero problema de estar rodeada de tantas parejas enamoradas es que aumenta el hecho de que últimamente me siento... dolorida.

En otras palabras, jodidamente cachonda.

Ni siquiera recuerdo la última vez que tuve sexo caliente, sin sentido, sin ataduras y sucio.

Debe haber sido hace semanas.

Y si no puedo recordarlo, es que no fue nada del otro mundo.

Hace un par de noches estuve a punto de acostarme con la camarera morena de la fiesta, pero Trent Nichols se encargó de estropearlo todo. Fue tan fácil para él joder lo que ya había sido una noche mediocre.



Y todo lo que tomó fueron cinco malditos minutos.

Todavía me atormenta la forma en que me miraban esos ojos negros suyos, como si yo fuera una especie de juguete con el que le hubieran prohibido jugar, pero no pudiera resistirse a pincharlo un poco, sólo para asegurarse de que era tan divertido como parecía.

Con su imponente figura sobre mí, me hacía sentir pequeña y frágil en comparación. Estaba tan cerca, tan malditamente cerca, que aún podía oler su aroma en mí. Notas de madera de cedro y bergamota recién cortada bailaban de repente tentadoramente en el aire, haciéndome recordar cada segundo de nuestra indecente interacción.

Cómo jadeé cuando me agarró las rodillas sin miramientos para separarme los muslos.

Cómo se me salió el corazón del pecho cuando su fuerte mano serpenteó por mi vestido con facilidad, sin importarle si alguien veía lo que estaba haciendo.

Y cómo me arrancó un orgasmo estremecedor sin sudar la gota gorda.

Dios, ese desgraciado sabía lo que hacía.

Si es tan bueno con los dedos, me estremezco al pensar lo que puede hacer con la polla.

Si lo que necesito es sexo caliente y sucio, estoy segura de que Trent sería un maestro en ello.

No.

No cagas donde comes, Piper.

Esa es la regla.

Bueno, técnicamente, la norma es no liarse nunca con un cliente. No hay nada escrito en piedra que diga que no podría tontear con el jefe de un cliente. Sin embargo, estoy más que segura de que sería mal visto por mi propio jefe en ESA.

Aun así, cuando entré en su despacho ayer por la mañana para convencerle de que no comiera con ese asqueroso de Ethan, me asaltaron imágenes prohibidas de él haciendo lo peor. Me lo imaginé tirando al suelo todo lo que había en su escritorio para poder follarme encima. Aquellas imágenes escabrosas me hicieron casi imposible mantener el hilo de mis pensamientos.

Menos mal que había vuelto a ser el cabrón frío e insensible que es, o podría haberle hecho mi propia proposición.

Estoy segura de que Trent no rechazaría un rollo de una noche si se lo ofreciera.

El Señor sabe que el hombre debe estar acostumbrado a escuchar tales propuestas a diario, y algo más.

Aunque... en realidad nunca lo he visto salir con nadie.

No en los dos años que lo conozco. He visto a muchas mujeres guapas adularle en las fiestas, pero nunca lo he visto llevarse una a casa.



Quizá se haya impuesto la misma regla que yo.

Quizá él tampoco cague donde come.

Mmm.

Puede que en nuestro sector nos consideren enemigos, pero no puedo negar que compartimos demasiadas similitudes.

Ninguno de los dos acepta mierda de nadie.

Ambos parecemos un poco intimidantes

Es un lobo solitario.

Y yo también.

Las personas como nosotros prosperamos en nuestra propia compañía, y hace falta un tipo especial de persona para que entremos en nuestro espacio seguro.

Aparte de mi madre, las únicas personas que he dejado entrar en la mía son Lottie y su familia.

A todos los demás los mantengo a distancia.

Incluso a mis clientes.

Así es más seguro.

Sin riesgo de decepción. O desamor.

Aprendí pronto que un golpe en el corazón puede paralizar un alma.

Pero si mantienes a la gente a raya y nunca la dejas entrar de verdad, nunca te sentirás decepcionado.

O peor aún, herido.

Sí, puede que sea una mentalidad cínica, pero me ha mantenido entera.

O tan entera como nunca lo estaré.

Como no quiero ir allí, intento concentrarme en la melodía que suena, sólo para ser mal recompensada con una canción de dolor y sufrimiento. Mientras Hozier canta sobre el desamor y el amor perdido, se me aprieta el pecho, incapaz de evitar recordar a la única persona que me enseñó cómo se siente la verdadera miseria.

—Disculpe. ¿Es usted la señorita Lee? ¿Piper Lee? —pregunta una chica con gafas de montura roja y forma de corazón tras tocarme el hombro.

—¿Puedo ayudarle? —pregunto, agradecida por la distracción.

—Me han pedido que le dé esto —dice, entregándome una especie de placa—. Es un pase entre bastidores.

Miro la placa durante una fracción de segundo antes de quitársela de las manos.

—¿He ganado algo? No recuerdo haber participado en ningún concurso para pases entre bastidores.



—No. —Sonríe, sacudiendo la cabeza—. Uno de nuestros invitados VIP me pidió que le diera esto. Está esperando que la lleve con él.

—¿Ah, sí? —murmuro, con las cejas fruncidas por saber quién podría ser este invitado VIP.

—Dice que es un amigo del trabajo.

—¿Y este amigo te dio un nombre? —pregunto escéptica.

—Creo que dijo que se llamaba Nick —responde ella, distraída, mirando a todos lados—. Siento meterle prisa, señorita Lee, pero no puedo tardar mucho en obtener una respuesta. Me necesitan entre bastidores. ¿Quiere volver conmigo, o le digo a su amigo que está usted bien disfrutando del concierto desde aquí mismo?

Me muerdo el labio inferior, pensando si debo aceptar el amable regalo de este supuesto amigo o rechazarlo y quedarme exactamente donde estoy.

Aunque el regalo es una grata sorpresa, ya que he estado destacando como un pulgar dolorido entre la multitud, me da un poco de miedo aceptarlo cuando no tengo ni idea de quién es. Es la curiosidad, más que cualquier otra cosa —de quién podría ser este Nick— lo que me hace asentir, y seguir a la chica a través de las hordas de parejas enamoradas entre bastidores.

Nick.

Nick.

¿A quién conozco que se llame Nick?

En mi profesión, es perfectamente normal que conozca a mucha gente nueva cada día, pero me enorgullezco de recordar todos sus nombres y caras por si nuestros caminos vuelven a cruzarse.

Pero por mi vida, no puedo recordar haber conocido a ningún Nick.

Aun así, dejar pasar la oportunidad de ver actuar entre bastidores a uno de mis cantantes favoritos me parece un desperdicio.

La sigo de buena gana a través de la multitud de parejas, notando cómo están todas envueltas la una en la otra, con estrellas en los ojos.

Caramba.

Tal vez sea bueno que alguien me sacara de aquí cuando lo hizo.

Este festival de amor enfermizo iba a cansarme rápido.

La chica me guía por la puerta trasera de la sala de conciertos y gira a la derecha por el concurrido pasillo, que nos lleva a unas escaleras que conducen al escenario. Mientras subimos, empiezo a sentir un hormigueo premonitorio en la nuca y, cuando mi talón toca el último escalón, tardo dos segundos en darme cuenta de por qué.

A pocos pasos de nosotros, se alza una figura oscura con jeans negros y chaqueta de cuero.



Aunque no lleva su tradicional traje de tres piezas, sus grandes y anchos hombros y su cabello negro azabache lo delatan.

La persona que me espera no sólo no es mi amigo, sino que tampoco se llama Nick. Es Nichols.

—Lee —saluda Trent cuando me deslizo hasta situarme a su lado, sin apartar la mirada de la cantante en el centro del escenario.

—Nichols.

—Empezaba a pensar que rechazarías mi oferta —dice con suficiencia.

—Lo consideraré. Si hubiera sabido que estabas detrás de semejante regalo, quizá me habría tomado más tiempo para considerarlo.

—¿Y perderte todo esto? —replica, haciendo un gesto con la mano hacia el escenario, sin mirarme todavía.

—Tienes razón. —Me encojo de hombros, fijando mi mirada en la presentación que tenemos delante—. Tu compañía es un pequeño precio a pagar.

—Me alegra oírlo —responde con indiferencia, pero no me pierdo el rastro de una sonrisa que empieza a rozar sus labios, haciendo que los míos sean difíciles de mantener a raya.

—Pero tengo curiosidad.

—La curiosidad mató al gato —bromea.

—No pasa nada. Este gato tiene siete vidas.

—Y garras —añade.

—Afiladas —añado.

—Eso lo juzgaré yo —reprende, bajando una octava el timbre de su voz.

Me aclaro la garganta e inclino la barbilla hacia arriba para parecer inmune a su insinuación sexy.

—Como iba diciendo —me aclaro la garganta—. No tenía ni idea de que esto fuera lo tuyo. Si hubiera sabido que habías conseguido entradas VIP, ayer habría sido más amable contigo —me burlo.

—¿Quién dice que tenía entradas entonces?

—Bueno, debes haberlas tenido, considerando que estás aquí.

—Quizá soborné a alguien para que me dijera dónde estarías esta noche e hice algunas llamadas para conseguir entradas VIP.

—¿Es eso lo que pasó?

—¿Qué crees? —me dice, girándose esta vez para mirarme, con sus ojos negros brillando con la iluminación procedente del escenario.

Trago en seco al notar cómo mi piel se calienta al instante con una sola mirada.

Y no me hagas hablar de lo cautivador que se ve esta noche.



Trent Nichols, con un traje de tres piezas, es endemoniadamente guapo.

Pero con una chaqueta de cuero negro, es un caramelo para la vista que pide a gritos que lo lamen.

—Creo que dirás cualquier cosa para presionarme.

—¿Ah sí? —Se ríe amenazadoramente.

—Sí. Eres el tipo de hombre al que no le gusta que lo desafíen, y por lo tanto, me ves como un reto. Uno que quieres cortar de raíz.

—Un reto —susurra suavemente antes de dar un paso más hacia mí—. ¿Crees que mi ego es tan frágil que no puedo sufrir la insubordinación de una mujer? ¿Incluso una tan exquisita como tú?

—Creo que te gusta que te acaricien el ego —replico acusadoramente.

—No es mi ego el que quiere tu atención, gatita.

Debería decirle que no me llame así, pero las palabras me fallan cuando acorta la pequeña distancia que nos separa hasta que estamos tan cerca que básicamente respiramos el mismo aire.

—Y aunque puedes ser desafiante, no te veo como un reto.

—¿No? —Arqueo una ceja.

—No. —Sacude lentamente la cabeza—. Yo sólo... te veo.

No sé si es la mirada de deseo en sus ojos o la lujuriosa canción que suena de fondo lo que hace que mis labios se acerquen a los suyos.

—¿Y qué ves tú cuando me ves? —pregunto, sin importarme si mi voz está llena de la lujuria desenfrenada que me acosa.

—¿Quieres mi respuesta honesta?

—Si la honestidad está dentro de lo que eres capaz de hacer.

La forma en que se lame seductoramente los labios me aprieta las entrañas, imaginando esa misma lengua comiéndome.

—Te veo de rodillas, con esa preciosa boca con la que le encanta contestarme, envuelta alrededor de mi polla.

Mi clítoris palpita ante la imagen que me ha metido en la cabeza, haciendo que mis pensamientos se vuelvan aún más confusos por el deseo.

—Que gracioso. Yo también estaba pensando en darle un buen uso a tu boca.

—¿Y qué te lo impide? —replica bruscamente, apretando su pecho contra el mío.

Aunque la atracción eléctrica entre nosotros es demasiado evidente como para fingir que no existe, hago todo lo posible por actuar como si no me afectara en absoluto.

—He venido por el concierto. No para follar —susurro seductoramente en su boca cerrada antes de rozar mis labios con los suyos a propósito. Retrocedo un paso



y vuelvo a centrarme en el escenario, manteniendo la expresión más inexpresiva posible tras oír el gemido de frustración que sale de su boca.

—Lástima. Y yo que pensaba que podría convencerte para que *vinieras* a ambos —refunfuña Trent.

Ni siquiera intento ocultar mi sonrisa burlona cuando se da por vencido y se gira hacia un lado, con el hombro pegado al mío.

Afortunadamente, Trent me deja disfrutar del resto del concierto sin pronunciar ni una palabra más. De hecho, la única vez que abre la boca es para tararear algunas letras en voz baja.

Nunca lo consideré un amante de la música, y mucho menos alguien que fuera a conciertos en su tiempo libre.

Cuando dijo que había sobornado a alguien para que le dijera dónde estaría esta noche, casi creí que hablaba en serio. Pero ahora, al ver que se está divirtiendo, me siento un poco tonta al pensar tal cosa.

Es sólo una coincidencia que esté aquí.

Sin embargo, plantea la cuestión de cómo supo que estaría aquí para mandar a buscarme.

¿Y por qué iba a tener una entrada VIP extra si venía solo?

Estupendo.

Ahora me tiene paranoica.

Trent Nichols no me está acosando.

Es una casualidad, o en mi caso, un golpe de mala suerte que esté aquí.

Porque seamos sinceros, esto es lo peor que podría haberme pasado esta noche.

Con este romántico escenario, sumada a lo bien que se me hace la boca agua, estoy obligada a romper mi única regla y encontrar un rincón oscuro sólo para poder saltar sobre sus huesos y acabar con mi sequía.

Con cada canción que suena, me tortura la forma en que su olor invade todos mis sentidos, pero mi agonía no acaba ahí.

No.

Trent puede fingir que su única atención se centra en el concierto que está teniendo lugar frente a nosotros, pero la forma en que sus nudillos acarician discretamente el dorso de mi mano me dice que, en realidad, yo soy su único punto de interés esta noche.

Me da la razón cuando siento que su paciencia se agota, que necesita tocarme como sea.

Las yemas de sus dedos empiezan a jugar ligeramente con los míos hasta que su gran mano engulle por completo la mía.



Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios cuando su contacto me transmite una oleada de calor. El escenario se desvanece mientras me concentro en la sensación de sus dedos entrelazados con los míos. Es como si esta pequeña e íntima conexión fuera un lenguaje secreto que sólo nosotros entendemos y que promete una noche llena de depravación y éxtasis salvaje.

Le echo un vistazo y veo en sus ojos un brillo que me resulta familiar y que coincide con el aleteo de mi pecho. Incluso en este espacio abarrotado, estamos en nuestro pequeño mundo privado, oscuro y depravado, en el que nuestros cuerpos llenos de sudor se aprovechan al máximo el uno del otro.

Cuando termina oficialmente el concierto y se desata el caos entre bastidores, soy una bola de deseos y necesidades.

Cuando nos invitan a los dos a una fiesta para conocer a la cantante, me niego agradecida.

—¿Segura que no quieres ir? —pregunta Trent con suspicacia después de que hayamos salido del local.

—Ya tengo bastante con codearme con famosos en el trabajo. Esta es una de las pocas noches que tengo libres, y pienso disfrutarla. A mi manera.

Con el ceño fruncido en los labios, asiente con la cabeza, mientras me mira llamar a un taxi.

Cuando llega uno, abro la puerta y subo rápidamente, dejando a Trent en la acera, con cara de fastidio por haber subido al taxi sin despedirme.

—¿Adónde, señorita? —pregunta el taxista.

Antes de darle mi dirección, me inclino hacia la puerta abierta, haciendo contacto visual con un Trent nervioso.

—¿Vienes o qué?

El ceño fruncido de Trent es rápidamente sustituido por una sonrisa torcida antes de deslizarse hasta el asiento de al lado.

—¿Y adónde vamos exactamente?

—A mi casa —respondo, antes de dar indicaciones al taxista.

Ninguno de los dos dice una palabra en todo el trayecto, pero siento la electricidad en la cabina crepitar y estallar.

El aire está caliente y pesado.

Las noches de verano en Boston suelen ser frescas, pero esta noche no.

Parece un presagio.

Como esta cosa entre nosotros.

Caliente y pesada.

Como si nos fuera a quemar vivos si no actuamos. Y pronto.



rivals

pucking hearts • 2

Cuando pongo la mano en el asiento que hay entre nosotros, Trent no tarda en hacer lo mismo y roza el mío con el meñique, como hizo en el concierto. Cuando llegamos a mi edificio, Trent paga el taxi antes de bajarse del auto y extenderme la mano para que se la tome.

Se me seca la garganta mientras miro fijamente la amenaza en sus ojos mientras sostengo su mano para que me saque.

Está todo ahí.

Todas las formas en que este hombre va a devorarme, de pies a cabeza.

Con las manos entrelazadas, entramos en el vestíbulo en fila india, directos al ascensor.

Ninguno de los dos se atreve a mirar a los ojos ni a decir una palabra.

Una vez que entramos en el ascensor, pulso el botón de la planta de mi apartamento, con la adrenalina subiendo por mis venas, sabiendo que en el momento en que estemos encerrados juntos en esta caja de cemento, se acabaron todas las apuestas.

El pecho de Trent se tensa contra su camiseta negra con cada respiración, mientras que la mía se eleva con anticipación mientras cuento los segundos que tardan en cerrarse lentamente las puertas del ascensor.

Tres.

Dos.

Uno.

Empieza el juego.



52



power
play

IVY FOX

CAPÍTULO 5



TRENT

En el instante en que las puertas del ascensor se cierran sobre nosotros, estoy sobre ella.

Nuestro beso, al igual que nuestras grandes personalidades rivales, es todo fuerza bruta y dominación. Incluso aquí brilla la competitividad de Piper, que quiere ser quien controle la situación en lugar de ceder un ápice de sumisión. Somos todo labios, lenguas y dientes, desesperados por aprender cada secreto que se esconde tras nuestros muros cuidadosamente contruidos, un mordisco cada vez, sólo para usarlo contra el otro más tarde.

Nuestro beso parece una pelea.

Uno para el poder y el control.

Pero no me molesta.

Me gusta un poco de dolor mezclado con mi diversión.

Cuando Piper intenta apartarse para orientarse, la agarro por la nuca y la obligo a mantener los labios exactamente donde están: pegados a los míos.

Ahora que la tengo justo donde quiero, ni un tren podría detener esta colisión.

—Tranquilo, Trent —exhala después de que me apiade de ella y la libere de nuestro violento beso. Estoy más que contento de darle un respiro si eso significa que puedo pasar un buen rato chupando y lamiendo la pendiente de su largo cuello.

—Si querías algo tranquilo, gatita, no deberías haberme invitado a venir a casa contigo —murmuro mientras nos acerco a un lado del ascensor, y sólo me detengo cuando ella apoya la espalda contra la pared de espejos.

—Realmente odio ese nombre —gimotea, levantando la pierna para engancharse en mi cadera y presionando su caliente coño contra mí ya dura polla.



—¿Qué nombre? —pregunto, distraído, mientras desvío mi atención de su cuello para echarle la chaqueta hacia atrás y poder mordisquearle el hombro desnudo.

—Gatita —ronronea, pasándome los dedos por el cabello y tirando de los mechones.

—Mmm. —Tarareo cuando siento que empuja mi cabeza hacia abajo, hacia su pecho, su forma no tan sutil de decir que también ahí necesita mi boca sobre ella.

—Creo que el nombre te queda muy bien —replico antes de morderle el pezón por encima del top.

—Mmm —gime excitada, clavándome sus afiladas uñas en el cuero cabelludo.

—Como ya te he dicho, el nombre te queda muy bien, gatita —me regodeo cuando usa sus garras contra mí.

—Siempre y cuando no te acostumbres a llamarme así. Esta es una oportunidad única para ti. No se repetirá —advierde entre gemidos lujuriosos.

—Entonces supongo que tengo que hacer que esta noche cuente —contraataco, completamente enamorado de los diamantes incandescentes de sus ojos que centellean en mi dirección.

—Eso sí. —Ella sonríe.

Y con esa sonrisa, hace su primera mella en mi armadura.

He prestado suficiente atención a Piper como para haber memorizado todas sus sonrisas.

La falsa que reparte en fiestas y conferencias.

La protectora y orgullosa cuando habla de sus clientes.

La que utiliza para que los demás se sientan cómodos a su alrededor.

¿Pero esta?

Apostaría cada centavo que tengo a que sólo usa ésta con un puñado de personas.

Esta es la sonrisa genuina de Piper.

No me molesta en absoluto que sea algo puntual. De todas formas, no esperaba que fuera más que eso. De hecho, me favorece que sea algo puntual, ya que evitará que las cosas se pongan... feas después.

Pero después de haber sido obsequiado con una sonrisa tan sincera, hay una parte de mí que desearía que no hubiera dicho eso.

Que no nos hubiera puesto un reloj.

Sólo me dan más ganas de hacer todo lo que pueda en una noche.

Lo cual es imposible.

Dudo que una vida sea suficiente para disfrutar plenamente de todos los tesoros ocultos que Piper tiene escondidos.



—¿Cuánto falta? —pregunto bruscamente, diciéndome a mí mismo que lo que siento es impaciencia por este interminable viaje en ascensor, no decepción.

—Faltan diez pisos —me explica antes de tirarme de los mechones de cabello para poder capturar mis labios con los suyos, asegurándose de que todos los pensamientos de descontento y decepción se desvanecen de la existencia.

Joder, esta mujer sabe besar.

La suavidad de su tacto y el sabor de sus labios sólo sirven para embriagarme aún más, enviando rayos de electricidad por todo mi cuerpo. Y cuando sus dientes empiezan a mordisquearme el labio inferior antes de darle un buen mordisco, mi polla se hincha hasta el punto de dolerme.

—Nueve pisos más —bromea entre mordiscos—. ¿Crees que puedes aguantar para follarme hasta entonces?

Presiono mi polla hinchada contra lo que ya sospecho que es un coño empapado y sonrío.

—¿Tú puedes?

Ninguno de los dos quiere echarse atrás. Sin embargo, en nuestras caras se ve cómo cada segundo que pasa se vuelve jodidamente insoportable para nosotros.

Los ojos de Piper se abren en dos finas rendijas al sentir mi polla apretada contra ella, y cuando empieza a frotarme el coño, pierdo la puta cabeza.

—A la mierda —rujo, extendiendo el brazo lo suficiente para pulsar el botón de emergencia.

—¿Qué... qué demonios estás haciendo? —grita con repentino pánico, la niebla llena de lujuria se disipa de sus ojos—. Mi portero será alertado por la alarma y comprobará las cámaras para ver qué pasa.

—Entonces supongo que estamos a punto de darle todo un espectáculo —gruño, poniéndome de rodillas y colocando su bota de cuero de caña alta sobre mi hombro izquierdo.

Piper me aprieta el cabello para mantener el equilibrio mientras le subo la minifalda. Se me aprieta el pecho al ver su tanga negra completamente empapada. Ansioso por probarla, aparto el endeble material y hundo la cabeza entre sus muslos, olfateando largamente su excitación.

—Trent —empieza, pero sus palabras se cortan cuando le doy una larga y dura lamida en la raja.

Decadente.

Jodidamente decadente.

Como miel pura.

Basta un bocado para derribar todas mis defensas. Me sumerjo en el postre más delicioso conocido por el hombre, tomándome mi tiempo para saborear cada pizca de su esencia. Su precioso coño rosa se abre ante mí como una flor que necesita ser



adorada. Por suerte para ella, estoy más que dispuesto a quedarme de rodillas toda la noche, adorándola, si eso significa que puedo lamerle todos sus jugos.

Cuando Piper empieza a gemir y a restregar su coño contra mi cara, me atrevo a levantar la vista para mirarla a la cara. Veo que ya no le importa si nos observan o no. Sus párpados están caídos de lujuria que es difícil rastrear el azul cristalino de sus ojos.

Pero justo cuando pienso esto, sus ojos se abren un poco para mirarme.

—¿Te has perdido, Trent? Mi coño no se lame solo, ¿sabes?

Joder, esta mujer es más que perfecta.

No se avergüenza de pedir lo que quiere y como lo quiere.

De buena gana, vuelvo a mi festín, necesitando saborear cada pedacito de ella, mi polla goteando cada vez que su respiración se entrecorta y pequeños gemidos de abandono brotan de sus labios llenos de cereza.

A eso sabía su boca.

Como dulces cerezas de verano, maduras para la cosecha.

¿Pero su coño?

Su coño sabe mil veces más dulce.

Y yo, por mi parte, no veo cómo alguien podría hartarse de comérsela.

Estaría perfectamente contento si todo lo que me dejara hacer fuera esto. Si solo me dejara tener este momento con ella corriéndose en mi lengua.

Cuando siento que Piper me agarra la cabeza con fuerza para que su otra pierna se deslice sobre mi hombro libre, sonrío dentro de su coño.

Me aseguro de sujetar sus muslos para que mi cabeza no quede aplastada entre ellos.

Sin embargo, si así es como tengo que morir, entonces hay peores maneras de hacerlo.

Si mi último recuerdo en esta tierra es comiéndole el coño a Piper con desenfreno, considérame uno de los afortunados.

—¡Trent! —grita, tirándome del cabello con cada movimiento de su clitoris.

Piper está cerca.

Muy cerca de romperse en mis brazos. Todo lo que necesita es un pequeño empujón.

Un empujón para llevarla al límite.

—Agárrate a la barandilla —le ordeno, no quiero que pierda el equilibrio cuando suelte mi agarre de uno de sus muslos. Por suerte, está lo bastante lúcida como para hacer lo que le digo, agarrándose a la barandilla del ascensor con una mano mientras la otra permanece agarrada a mi cabello.



Me meto el clítoris en la boca mientras empapo dos dedos por su raja, lubricándolos bien. Cuando la respiración de Piper se vuelve más errática, rozo la sensible punta de su protuberancia con los dientes antes de introducirle dos dedos en el coño húmedo y enganchárselos de tal forma que provoca que se golpee la cabeza contra el espejo, amenazando con romperlo en pedazos.

Necesitado de verla deshacerse en mis dedos, me aparto lo justo para mirarla, enloquecido por la forma en que se mira en el espejo de enfrente, observando atentamente cómo mis dedos le follan el coño.

Esa imagen por sí sola hace estragos en mi compostura, incitándome a follármela con los dedos con tal brutalidad que siento que mi polla va a correrse antes que ella.

—Trent... —suplica, tirando con éxito de la alfombra debajo de mí.

Nunca pensé que oiría a Piper Lee suplicar por algo.

Apostaría todo el dinero ganado en mi vida a que tal cosa ni siquiera es posible. Pero aquí está.

Rogando por correrse.

Y esa dulce súplica enciende un fuego en mi culo como nada antes.

—Ronronea para mí, gatita. Ronronea —le ordeno, introduciendo un dedo más en su coño empapado y follándomela como si estuviera a punto de follármela en cuanto salgamos de este maldito ascensor y volvamos a su casa.

El fuerte grito que suelta es música para mis oídos, y mi boca vuelve instintivamente a la fuente de su poder para poder lamerla durante su orgasmo. Gimo y gruño mientras alabo su precioso coño con la lengua, prometiendo volver a él una vez más antes de que acabe la noche.

Cuando Piper está lo bastante lúcida, la pongo lentamente en pie, asegurándome siempre de rodearla con un brazo para que sus débiles rodillas no cedan. Me relamo los labios, me levanto y me acerco a ella hasta que nuestras caras están a un pelo de distancia.

Antes de que pueda abrir la boca para arruinar el momento, la beso, largo y fuerte, para que pueda saborear su propio sabor en mis labios. Cuando Piper me rodea el cuello con los brazos y me atrae hacia ella, vuelvo a sonreír, porque me encanta que ella tampoco haya terminado conmigo.

No.

Esto es sólo el principio.

Un aperitivo para el evento principal.

De mala gana, rompo nuestro febril beso para volver a arrancar el ascensor, ansioso por que lleguemos a nuestro destino.

—¿Cómo te sientes, gatita? ¿Mejor? —pregunto, salpicando besos en sus labios y mejillas.



—He tenido peores —responde, ganándose una rápida palmada en el culo que hace que sus ojos se entrecierren.

—Ahora, gatita. Retira esas garras hasta que te diga que las uses conmigo. No queremos desperdiciarlas.

—¿Ah sí? —provoca ella, mordiéndose el labio inferior—. ¿Y qué tienes en mente exactamente?

—Nena, si esta noche no salgo de tu casa con marcas de garras por toda la espalda, me llevaré una gran decepción. —Beso la punta de su nariz.

—Qué asco. Y lo estabas haciendo tan bien —se lamenta, arrugando la nariz—. No me llames nena. Puedo soportar gatita, pero nena es tan... poco inspirado.

—¿Dices que no estoy inspirado? —Mi sonrisa se ensancha cuando oigo el familiar tintineo de las puertas del ascensor abriéndose—. Entonces supongo que tendré que buscar otras formas de ser más imaginativo. Después de ti, gatita. Tú primero.

—Oh, eso pretendo —se regodea, pero no se me escapa cómo su sonrisa decae un poco cuando entrelazo sus dedos con los míos antes de salir del ascensor.

Le doy un ligero apretón en la mano mientras me lleva por el pasillo hacia su apartamento, pero en cuanto llegamos a la puerta me ofrece una de sus famosas sonrisas falsas. Me suelta la mano con impaciencia, fingiendo que necesita las dos manos para sacar las llaves del bolso.

Me pregunto de qué se trata.

En el concierto se conformaba con tomarme de la mano, pero ahora que la he hecho venir, tomarme de la mano parece algo que ha tachado de su lista, al parecer algo demasiado íntimo para mí en nuestras nuevas circunstancias.

Empiezo a darme cuenta de que Piper es toda una paradoja.

Nunca sabes realmente lo que está pensando o cómo va a actuar.

La idea aún me ronda la cabeza cuando entramos en su apartamento y me encuentro de nuevo con otra de sus muchas contradicciones.

No estoy seguro de lo que esperaba, pero nunca fue esto.

Su amplio salón es cálido y acogedor, con muebles suaves y afelpados en tonos crema y rosa pálido. En una esquina hay un sofá grande y cómodo con mantas y cojines esparcidos por todas partes. Una suave alfombra con un sutil estampado floral une los asientos y añade un toque de feminidad al espacio. Delante del sofá hay una mesa de centro con un acabado blanco desgastado, adornada con una pila de libros y un jarrón de flores frescas.

Las paredes están pintadas en un relajante gris claro, con algunas obras de arte en delicados marcos que añaden un toque personal a la zona. Unas cuantas macetas y plantas frescas dan vida y vitalidad a la habitación, convirtiéndola en un oasis de paz.



En general, la sala de estar de Piper desprende una sensación de confort y calidez, todo lo que sé que ella no es.

De alguna manera, me la imaginaba viviendo bajo colores atrevidos, como el todopoderoso rojo y negro, así que me sorprende un poco ver tanta calidez cuando Piper se ha empeñado en mostrar sólo frialdad.

—Voy a prepararme una copa —dice, se quita la chaqueta y se dirige al otro lado de la habitación, donde una gran isla de mármol blanco separa la sala de estar de la cocina.

Me quito la chaqueta de cuero y la tiendo junto a la suya sobre el sofá mientras la vigilo atentamente mientras saca una botella de vodka de la nevera y se la sirve en un vaso.

—¿Quieres algo de beber o de comer? —dice, sin querer establecer contacto visual conmigo por alguna razón.

—Piper —empiezo conmovido.

—¿Sí?

—No soy un invitado. No estoy aquí para que me entretengas con conversaciones ociosas entre copas y aperitivos.

Esto le devuelve el brillo a los ojos.

—¿Ah, no? —se burla, con cara de volver a ser la chica a la que acabo de meterle mano en el ascensor.

—No. —Sacudo la cabeza antes de tomar asiento en su sofá—. Estoy aquí por una cosa y sólo una cosa.

—¿Y qué es eso? —Sus ojos arden.

—Siéntate en mi regazo, gatita, y descúbrela.

Pero cuando empieza a caminar en mi dirección, le tiendo la mano para detenerla.

—Pensándolo bien... arrástrate hasta mí.

—¿Qué carajos has dicho? —dice, asombrada por mi petición.

—Ya me has oído, gatita. Como fuiste tan diligente en recordarme, esta noche es todo lo que tenemos. Así que, si eso es verdad, entonces me aseguraré de que sea una noche que nunca olvides.

Que nunca olvidaremos.

—Si crees que voy a recibir órdenes tuyas en mi propia casa, Trent Nichols, estás muy equivocado —dice, pero hay un brillo de curiosidad en sus ojos claros que me anima a descartar sus patrañas.

—Me parece justo —digo antes de levantarme de mi asiento, fingiendo estar listo para irme.



—Espera —dice, mordiéndose el labio inferior, odiando incluso estar pensando en ello.

—Esperaré tanto como necesites. Pero de una forma u otra, te arrastrarás por mí esta noche. Es decir, si todavía quieres que te folle. —Me reclino en mi asiento y abro las piernas.

—Desde mi punto de vista, tú eres el que sale ganando en todo esto. ¿Qué obtengo yo a cambio?

—¿Aparte de los orgasmos múltiples, quieres decir? —replico con suficiencia.

—Dios, eres arrogante. —Pone los ojos en blanco.

—Cierto. Aunque eso no quita que lo que he dicho sea cierto. Pruébame y verás.

Veo los engranajes de su mente trabajando duro, enumerando todos los pros y los contras de someterse a una orden así.

»No muerdo, gatita. A menos que me lo supliques —me burlo, dando dos golpecitos en la rodilla.

—Qué gracioso. Eres un barril de risas esta noche —refunfuña antes de beber un trago de vodka.

Cuando respira hondo, sé que ha decidido dejar que la noche se desarrolle como quiera.

Pero cuando empieza a acercarse, sacudo la cabeza y le digo que no dé ni un paso más.

—A partir de ahí, gatita. Quiero ver cuánto deseas ser follada esta noche.

Cabreada, además de excitada, cae poco a poco de rodillas.

La visión de ella arrastrándose lentamente hacia mí me tiene duro como una piedra.

Sus pechos parecen dos melocotones maduros, y nada me gustaría más que hincarle el diente. Y la forma en que su culo se eleva, asomando por debajo de la falda, me hace tomar notas mentales de todas las formas en que lo devoraré también antes de que acabe la noche.

Cuando por fin está a mi alcance, me inclino hacia delante y la detengo fijando mi mirada en la suya.

—¿Ves hasta dónde te has rebajado por mi polla, gatita? ¿Ves cómo te has arrastrado voluntariamente sobre tus manos y rodillas sólo para probar un poco? ¿Qué se siente?

—Que te jodan —espeto, con las mejillas sonrojadas por la rabia y la humillación.

—Oh, tengo la maldita intención de hacerlo. Todavía puedo saborearte en mi lengua. Qué dulce eres. Y ahora, mientras te miro... después de someterte a mis exigencias... sólo me pone más duro.

Cuando sus ojos bajan hasta el bulto duro de mis pantalones, se convierten en dos rendijas cerradas de deseo.

—Ven aquí, gatita, y dame tu boca.

La agarro por el cuello y acerco su cara a la mía para castigar sus labios con un beso. Ella suelta un pequeño gemido al ver cómo mi lengua somete la suya con facilidad.

—Gracias por el espectáculo. Será uno que no olvidaré —elogio, lamiendo la comisura de su labio inferior antes de mordisquearlo.

—Que te jodan —suelta bruscamente, pero de todos modos vuelve por otro beso.

Mi polla se tensa en su encierro con cada beso apasionado.

Nunca me han gustado los besos, prefiero disfrutar de otros juegos preliminares.

Pero besar a Piper es de lejos una de las cosas más sexys que he experimentado.

Tanto es así que si no pongo fin pronto a esta sesión de besos, no estoy seguro de cuánto tiempo más podré aguantar.

Y hay tantos juegos a los que todavía quiero jugar con ella.

De mala gana, solté el agarre de la garganta de Piper, empujándola a caer sobre sus talones, aún jadeante por el beso sin aliento.

—Bájame la cremallera, gatita. Aún no he terminado con este juego.

Demasiado ansiosa, coloca las palmas de las manos sobre mis rodillas, deslizando su cuerpo entre mis duros muslos. Todo el tiempo me mira a la cara mientras juega a bajarme la cremallera muy despacio, sabiendo perfectamente que ahora es ella quien tiene el control.

Me concentro en mi respiración, prefiero centrarme en eso que en el tormento que siento por no poder tocarla.

Este es su programa ahora.

No el mío.

—Sácame la polla. —Es una orden, no una petición.

Y por la forma en que Piper se relame los labios con el brillo de la picardía en sus ojos azules, ya no se opone a que le den órdenes.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con ella? —se burla de mí.

—Lo que tú quieras. Es tu recompensa por hacer lo que se te dice.

—¿Ahora me llamarás buena chica? —se burla.

Me inclino hacia él con una expresión tan letal como nuestras bocas, que están a escasos centímetros la una de la otra.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que te llame mi buena chica?



Un escalofrío recorre su espalda cuando las palabras salen de mis labios. Sonríe y le froto el labio inferior con el pulgar.

—Responde a la pregunta, Piper. ¿Quieres ser mi buena chica?

Como no contesta, la suelto y me recuesto.

—Lástima. Las chicas buenas reciben recompensas.

—Eso puede ser cierto. Pero las chicas malas no necesitamos que nos den permiso. Tomamos lo que queremos.

Y antes de darme cuenta, siento su boca en mi polla. Suelto un sonoro silbido cuando me pasa la lengua por la polla antes de rodearla con su preciosa boca.

¿Cuántas veces me he permitido fantasear con este mismo momento?

Demasiadas veces para contarlas.

Pero ahora que está pasando, no sé qué hacer conmigo mismo.

Es incluso mejor en esto que en besar.

No me sorprendería que profesionales cualificados le pidieran a Piper consejos sobre cómo chupar pollas.

Jesucristo, ella es buena.

Tan jodidamente buena.

Mis dedos se entrelazan con su cabello rubio y todo mi ser desea tirar de esa maldita goma elástica que siempre lleva para atarse el cabello en una coleta. Pero si lo hago, no podré ver su preciosa cara mientras me la chupa.

Y esa es una vista en la que no me atrevo a interferir.

—Esa boca tuya sí que da problemas —alabo—. Joder, Piper. Esa boca...

Siento su sonrisa mientras me toma más profundamente. Más profundo de lo que la mayoría de las mujeres han podido debido a mi tamaño. Es enloquecedor lo versátil que es dando mamadas. De repente, las imágenes de todos los hombres a los que habrá dado placer antes que a mí se me vienen a la cabeza, provocándome para que agarre mis grandes manos por los lados de su cabeza y la empuje hacia abajo hasta que se atragante con mi grosor.

La saliva le corre por las comisuras de los labios mientras jadea, pero no hace nada por detener el asalto.

No se rinde.

Nada de mirarme con veneno.

Nada de morderme la polla.

Nada.

En lugar de eso, lo único que oigo son sus gemidos y arcadas mientras veo cómo aprieta las piernas con fuerza, como si necesitara fricción para aliviar el dolor de su clítoris.



Mi gatita es una cosita juguetona.

Le gusta duro.

Pero, de nuevo, la mayoría de las chicas malas lo hacen.

Cuando le suelto la cabeza, y ella no para con el ritmo errático, sé que estoy a dos segundos de correrme en su boca.

Y no podemos permitirlo, ¿verdad?

No.

Piper merece ser recompensada, no castigada.

Y tengo la recompensa perfecta.

—Basta —gruño, sacándole de la boca su nuevo juguete favorito.

Piper se seca las lágrimas de las mejillas, y una parte de mí se siente culpable por haberla degradado así. No importa el arranque de celos que haya podido tener, no es mía para tener ese tipo de sentimientos territoriales.

Le limpio la saliva de los labios y le paso la mano por detrás del cuello. Le beso la sien y la suelto con suavidad antes de levantarme, sujetándola de la mano para que se ponga de pie conmigo.

—¿Dónde está tu habitación, gatita?

Cuando desvía la mirada hacia atrás, hacia un pasillo, la levanto en brazos y me dirijo en esa dirección.

—Estoy cansado de jugar. Prefiero follarte.



CAPÍTULO 6



PIPER

No puedo creer que esto esté pasando de verdad.

Estoy a punto de tener sexo con Trent Nichols, de todas las personas.

El mismo hombre que he apodado como el mayor cabrón sin corazón de toda la NHL.

Aunque mi opinión sobre él apenas ha cambiado en la última media hora, diré una cosa sobre él: sabe muy bien lo que quiere y no tiene miedo de conseguirlo. Y aunque sé que es una mala idea, no puedo negar que estoy deseando que se salga con la suya conmigo.

Si el trayecto en ascensor hasta mi apartamento sirve de indicio, es que me lo voy a pasar de puta madre.

Y por la forma en que Trent se precipita por el pasillo hacia mi dormitorio y abre la puerta de una sólida patada, parece que tampoco puede esperar para empezar.

Ja.

¿Quién iba a pensar que esto de ser alfa me excitara tanto?

Cuando me ordenó que me arrastrara hasta él, tuve la tentación de echarlo de mi apartamento y terminar lo que había empezado con los juguetes que tengo en la mesilla de noche. Pero debo admitir que arrastrarme hasta él y ver cómo sus ojos oscuros se convertían en dos pozos negros de deseo me puso las pilas.

—¿Sigues conmigo, gatita? —me pregunta, mirándome intensamente mientras me baja a la cama.

No hay otro lugar en el que preferiría estar.

Asiento con la cabeza en lugar de decirle lo que se me pasaba por la cabeza.



64



rivals

pucking hearts • 2

—Bien. Porque ahora es cuando tenemos la charla.

—¿Charla? —pregunto con curiosidad—. Y yo que pensaba que eras más un hombre de acción que de entablar conversaciones educadas.

La risita que suelta me enciende por dentro.

Maldita sea, es sexy.

—Te mostraré en un minuto qué tipo de acción te espera —dice con suficiencia—. Pero sería de mala educación si no hiciera mi debida diligencia primero.

—Caray, qué romántico. —Pongo los ojos en blanco.

—Los dos sabemos que el romanticismo no tiene nada que ver con lo que vamos a hacer el uno con el otro, así que no te hagas la tímida, gatita. —Me guiña un ojo.

Me pongo las manos detrás de la cabeza y levanto la pierna para que la agarre.

—Bien. Haz lo que debas. Pero también podrías usar esas manos y desvestirme mientras hablas.

La comisura de su labio se levanta mientras sigue mis instrucciones, pasando la cremallera por mi pantorrilla y echándose la bota por detrás del hombro una vez que ha terminado.

—¿Tomas la píldora? —me pregunta, antes de besarme el tobillo hasta la rodilla.

—Sí.

—Bien. ¿Cuándo fue la última vez que te examinaron?

—¿Esta es tu manera indirecta de preguntarme si estoy libre de ETSs?

Asiente antes de plantarme otro dulce beso en el tobillo.

—He visto demasiado como para no saber que no eres muy exigente cuando se trata de amantes.

—Menos mal que no lo soy, o no estarías aquí —le reprocho con una sonrisa burlona.

—Me parece justo. —Sonríe y me agarra la otra pierna con su gran mano para quitarme la bota. Una vez que me la quita, coloca mi pie descalzo justo sobre su pecho, pasando sus dedos arriba y abajo por mi pantorrilla—. ¿Vas a contestarme, Piper, o me dejarás en suspenso toda la noche?

—Ahora soy Piper, ¿verdad? ¿Ya no gatita? —me burlo.

—En un segundo. Después de que hayamos aclarado todas las reglas de la casa.

—Mmm. Eso suena siniestro. ¿Vamos a tener una palabra de seguridad, también? —insisto, moviendo los dedos de los pies sobre su pecho.

—Sí —contesta sin perder el ritmo.



65



power
play

IVY FOX

Se me seca la garganta al instante al ver la amenaza en sus ojos de obsidiana, mientras mi coño se retuerce de placer. Me pregunto qué clase de perversiones me tiene preparadas este hombre que requieren una palabra de seguridad.

En cualquier caso, me apunto.

—Muy bien —replico con frialdad, sin querer dejar traslucir que ha despertado mi curiosidad—. Me hice la prueba hace dos semanas. Estoy limpia, si eso te preocupa.

—Bien. —Sonríe, mostrando esa sonrisa torcida que promete todo tipo de problemas. Cuando empieza a abalanzarse sobre mí, le meto el pie descalzo en el pecho y lo empujo.

—No-oh. —Sacudo la cabeza—. No hasta que me digas cuándo fue la última vez que te hiciste la prueba.

Su sonrisa perversa se ensancha.

—Probablemente hace un año.

—Tienes que jodiendo —escupo, subiéndome a la cama por los codos—. ¿Cómo sabes que no eres tú el que tiene una ETS? —le pregunto, asombrada de que le dé tanta importancia a saber si tengo el carnet de buena salud mientras él no ha sido tan meticuloso con sus pruebas.

—Porque no he estado con una mujer desde entonces.

—Y una mierda —grito, ganándome otra risita suya.

—¿No me crees?

—Si lo hiciera, entonces también podría creer en el Papa Noel. Es imposible que no hayas estado con nadie durante un año entero.

—¿Por qué dices eso? —Ladea la cabeza.

—Porque... porque, bueno... ¡mírate! Eres...

—¿Soy qué? —incita.

—Bueno... eres Trent Nichols, por el amor de Dios.

—Soy muy consciente de mi nombre, Piper. Eso no explica por qué te cuesta creer que no me he acostado con una mujer en más de un año....

—No. No me lo creo. He visto a muchas mujeres lanzarse sobre ti.

—Sí. No negaré que alguna que otra mujer me ha hecho proposiciones. Pero ¿alguna vez me has visto aceptarlas?

Arrugo las cejas.

No. No lo he hecho.

De hecho, es algo que me ha dejado perpleja durante bastante tiempo.

—¿Por qué no lo hiciste entonces? —pregunto con curiosidad—. Acepta, quiero decir.



—Porque, a diferencia de ti, soy muy exigente con quién me llevo a la cama.

—¿Se supone que eso es un insulto? ¿Estás intentando avergonzarme?

—Todo lo contrario. De hecho, admiro la libertad que tienes para actuar según tus necesidades más básicas. Cómo no las domesticas, sino que te dejas llevar por tus impulsos. Yo, por desgracia, no tengo el lujo de hacer lo mismo. Demasiadas mujeres me ven y ven signos de dólar. Para ellas, no soy más que un esquema para hacerse ricas rápidamente. He visto demasiado en este negocio para no ser... cauteloso.

Tiene razón.

¿Cuántas veces he visto a atletas convertirse en papás de la noche a la mañana?

O vídeos sexuales filtrados en Internet por alguna amante despechada o alguien con quien se han enrollado en alguna fiesta, con la única intención de ganar dinero rápido.

No sólo eso, sino que también hay deportistas en este deporte que dan mala fama a los demás. Hombres malvados que hacen cosas indescriptibles a las jóvenes aficionadas, desde degradarlas hasta agredirlas.

Lo peor es que no todos ellos comparecen ante la justicia.

Peor aún son las estafadoras que utilizan ese conocimiento para seducir a hombres buenos y luego tratar de chantajearlos gritando violación, burlándose de quienes realmente han sufrido tales horrores.

Es un negocio jodido.

Pero, de nuevo, es un mundo jodido.

—¿Así que esto tiene que ver con la confianza? —pregunto, yendo a la ruta de su celibato autoimpuesto.

—Sí.

—Y si estás aquí... en mi habitación... eso significa que confías en mí.

—Sí —repite en voz baja, pasando los nudillos por mi pierna.

No sé por qué, pero saber que confía en mí lo suficiente como para no usarlo en su contra después, me hace algo. De alguna manera, esto ha aumentado las apuestas para esta noche.

Puede que Trent y yo seamos rivales, pero confía en mí lo suficiente como para follarme y que mañana no se entere todo el mundo. Quiere discreción. Y sucede que soy una maestra en ser discreto.

—Necesito que te pongas un condón —le exijo, mi manera de decirle que estoy de acuerdo.

—Eso es indiscutible.

—Bien. Entonces supongo que lo único que me queda por preguntar es cuál va a ser mi palabra de seguridad.



—Lo que te venga bien, gatita —me dice, apartándose el pie de su pecho y agarrándose los dos tobillos, deslizándolo mi culo hasta el borde de la cama. Me rodea la cintura con las piernas y me pasa la mano por detrás del cuello para acercarme a su pecho.

—Eso habrá que pensarlo —musito, recorriendo con los dedos su ancho pecho—. ¿Tienes una?

—Mavericks.

—¿Mavericks? ¿Como los Mavericks de Nueva York? —Suelto una risita al enterarme de que la palabra clave de Trent es el nombre del equipo rival de los Guardians.

—Hace el trabajo. —Sonríe, jugueteando con el extremo de mi coleta.

—Entonces, Mavericks —arrullo, tirando del dobladillo de su camiseta para que baje la cara y se encuentre con la mía—. Ahora que nos hemos ocupado de los preliminares —susurro contra su boca—. ¿Qué tal si me follas de una vez?

El fuerte gemido que suelta antes de aplastar sus labios contra los míos me empapa el coño. Su lengua se abre paso a través de la costura de mis labios, decidida a dominar a la suya. Su mano me agarra la garganta, apretándola lo justo para mantenerme dócil mientras mis manos se deslizan bajo su camiseta, mis dedos recorriendo cada borde duro y cada apretado abdomen. Cuando veo que la tinta negra asoma bajo su camiseta, mis manos hacen doble esfuerzo para levantársela, y Trent se separa de nuestro beso para tirársela por la cabeza.

De acuerdo.

Esto es lo que pasa.

Trent siempre ha sido sexo en un palo, vistiendo sus caros trajes de diseñador.

¿Pero con el torso desnudo?

¡Este hombre le da un nuevo significado a *caliente*!

El arte celta que lleva tatuada en los brazos se extiende hasta la parte superior del pecho, dejando un lienzo vacío donde residen sus seis abdominales. El intrincado búho sabio que tiene tatuado en la entrepierna indica que si sigo sus garras hasta su entrepierna, recibiré mi premio.

Beso cada una de sus alas mientras le bajo más los pantalones y los bóxers para ver mejor su polla. Sí, no hace ni unos minutos que la tenía en la boca, pero ahora puedo aprovechar al máximo para follarme con los ojos su ancha circunferencia y su longitud.

Supongo que mi idea de que un hombre tiene un gran ego, para que nadie sospeche que tiene una polla pequeña, no se aplica a Trent.

Porque este hombre es enorme por todas partes.

Estoy a punto de darle otro beso en la cabeza, cuando siento que Trent tira de mi cabeza hacia atrás tirándose de la coleta.



—Nada de eso, gatita. Ya te has divertido. Ahora me toca a mí —me advierte antes de empujarme de nuevo sobre la cama.

Se me entrecorta la respiración cuando se quita los zapatos, los pantalones y los calzoncillos, para luego arrancarme la falda de un fuerte tirón y tirarla a un rincón de la habitación con el resto de la ropa amontonada. Sin nada más que la camiseta y las bragas, me quedo tumbada, expectante, esperando a ver qué hace a continuación.

—Tantas opciones y tan poco tiempo —musita más para sí mismo que para mí, plantándome besos efusivos en las pantorrillas y subiendo por los muslos hasta que su nariz alcanza mis bragas empapadas.

—Joder, qué bien hueles. Y sabes aún mejor —gime.

Suelto un sonoro chillido cuando sus dedos rompen mis bragas por los lados, destrozándolas por completo.

—Esas eran caras.

—Puedes enviarme la factura —replica antes de darme la vuelta y ponerme de rodillas.

—¿Qué estás...?

Pero mi pregunta muere en la punta de la lengua cuando siento su aliento abanicarse sobre mi coño, sus dedos de nuevo sobre mi clítoris.

Joder.

Sus ministraciones en mi sensible nódulo empiezan deliberadamente despacio mientras su lengua me folla el coño empapado. Empuño la funda del edredón mientras sigue comiéndome, y cuando su lengua se retira sólo para trazar círculos en el borde de mi culo, pierdo la maldita cabeza. La estimulación de sus dedos moviéndome el clítoris de izquierda a derecha mientras me come mi lugar más íntimo me pone a mil.

Siento que mis piernas empiezan a temblar mientras un orgasmo inminente intenta salir a la superficie. Maldita sea, pero me los saca del cuerpo con tanta pericia que parece que haya tomado alguna clase sobre cómo hacerme correr.

Estoy tan cegada por la lujuria, necesitando ese empujón extra para poder alcanzar el precipicio de mi deseo, que cuando retira su boca de mí, golpeo el colchón con frustración.

—Ya, ya, gatita. Todo a su tiempo —dice roncamente.

Giro la cabeza por encima del hombro y lo veo rasgando con los dientes el envoltorio de un condón.

La visión tiene mi coño aplaudiendo de alegría, ansioso por sentirlo dentro de mí.

—Date la vuelta —ordena una vez que ha enfundado su polla hasta la empuñadura.



No suelo aceptar órdenes, pero esta noche haré una excepción. Me giro hacia la pared, jadeando cuando siento sus manos en mis caderas, tirando de mi culo hacia arriba.

—Podría comerme este melocotón durante días —dice besándome las nalgas.

—Un hombre culo, ya veo —me burlo—. Lástima que sólo tengas este culo una noche. Mejor haz que cuente, Nichols. No tendrás una oportunidad como esta otra vez.

Me muerdo el labio cuando me golpea las nalgas con fuerza, tanta que no me extrañaría que la huella de su mano quedara tatuada en mi trasero.

—Sé buena, gatita. Eso si quieres que sea amable contigo.

—¿Y si no quiero que seas amable?

—Ah, gatita, te queda mucho camino por recorrer antes de estar preparada para eso —advierte.

Estoy a punto de gritarle cuando siento la corona de su enorme polla besar mi entrada.

»Mmm, para alguien con tanta experiencia, eres terriblemente estrecha, gatita. No estoy seguro de si debería lamentar que tus anteriores amantes te dejaran así o agradecer que lo hayan hecho.

—Que te den.

—Oh, cariño. Ya hemos cubierto que estás a punto de hacer precisamente eso.

Y sin previo aviso, siento su polla introducirse en mi coño con tanta violencia que no tengo más remedio que gritar.

—¡Ahh!

—Lo sé, cariño. Lo sé. Pero tenía que estirarte, o estaríamos aquí toda la noche. Y como no dejas de recordarme, voy contrarreloj.

Las lágrimas corren por mis mejillas mientras jadeo en busca de aire.

Joder.

Sabía que era grande.

Pero supongo que olvidé darle el memo a mi coño, porque esa zorra no está contenta.

Nunca había estado tan llena. Nunca.

Y es jodidamente abrumador, por no decir otra cosa.

Subo y bajo el pecho, temerosa de que Trent empiece a penetrarme, pero, para mi sorpresa, empieza a besarme la espalda y sus dedos vuelven a jugar con mi clítoris. Mis tensos músculos empiezan a relajarse por la invasión y, demasiado pronto, siento que me aprieto alrededor de su circunferencia, necesitando que se mueva.

Pero cuando no lo hace y se limita a acribillarme a besos largos y dulces, empiezo a impacientarme.



rivals

pucking hearts • 2

—Trent —tartamudeo—, te... te necesito... necesito que te muevas.

—¿Segura que puedes soportarlo? —pregunta, sonando tan dolido como me siento yo.

Echo la cabeza por encima del hombro y veo la expresión de agonía que se dibuja en su rostro.

Quiere follarme tanto como yo lo necesito, pero no se lo permitirá, no hasta que esté seguro de que estoy bien.

—¿Me has oído decir la palabra de seguridad? —le pregunto, a lo que él niega con la cabeza—. Bueno, eso debería decirte algo. Estoy bien. Estoy más que bien.

—¿Estás segura? —pregunta con severidad.

—Sí —le prometo, pero cuando vacila, subo y bajo lentamente por su pene para demostrarle lo bien que estoy.

Libera su atención de mi clítoris, de modo que sus dos manos pueden agarrar mis caderas, ayudándome lentamente a follarme sobre su polla. Me relamo los labios y veo cómo su expresión se vuelve letal con cada lánguida embestida. Es tan excitante como verme a mí misma empalándome voluntariamente en su polla.

—Al otro lado —gruñe cuando por fin se le acaba la paciencia—. Y agárrate.

Hago lo que me ordena y me agarro al edredón mientras Trent toma el relevo. Nuestros lentos empujones ganan ritmo hasta que siento toda la longitud de su polla dentro de mí. Sus dedos se clavan en mi piel mientras empieza a penetrarme el coño.

—Joder, qué bien te siento. Tan jodidamente bien —maldice como si deseara que no lo hiciera.

Siento cada centímetro de él dentro de mí, su polla asegurándose de que mi coño nunca estará satisfecho con nada menos que esto. Me muerdo la mejilla mientras mis pechos turgentes rozan el edredón, creando una fricción deliciosa con cada empujón.

—Realmente eres jodidamente exquisita. Te ves tan jodidamente hermosa ahora mismo, tragándote toda mi polla con tu apretado coño. Nunca te había visto tan jodidamente hermosa.

Sus palabras de elogio me conmueven, ya que Trent no suele elogiar a nadie.

—Dios, me follaría cada centímetro tuyo si pudiera —dice, su boca sucia hace que mis pensamientos se nublen—. Eres tan jodidamente hermosa, gatita. Tan jodidamente hermosa —repite en un bucle enloquecedor, incitando a mi coño a estrecharse alrededor de su circunferencia, haciéndonos sisear de placer—. Joder —gruñe antes de levantarme del colchón por la coleta y envolverla en su puño—. Dame esa boca a la que le encanta desafiarme —me ordena antes de morderme el labio inferior y ahogar el aire de mis pulmones.

Gimo cuando desliza la mano bajo mi camiseta para agarrarme uno de mis turgentes pechos.



71



power
play

IVY FOX

Así, en esta posición, donde siento cada centímetro de su polla golpeando todas mis paredes, me convierto en una mujer poseída.

—No pares. No pares —le suplico, arqueando el cuello torpemente para poder seguir besándolo.

—Ah, gatita, después de sentir cómo tu apretado coño está hecho para mi polla, creo que nunca podré dejar de follarte —amenaza, y aunque la amenaza debería alarmarme, me lo tomo como lo que es: sólo palabrotas para llegar a la meta.

Y así es.

Me lleva al límite hasta que una luz blanca me nubla la vista, impidiéndome momentáneamente ver a este hermoso hombre que folla como un dios. Mi fuerte grito debe de excitarlo porque, en cuatro embestidas de castigo, siento cómo la polla de Trent dobla su tamaño dentro de mí antes de deshacerse.

Sigo sumida en la euforia, jadeando mientras me besa la sien con fuerza, como su forma de decirme que he estado a la altura de sus expectativas. Sus brazos me rodean la cintura y me sostienen, lo cual es bueno, porque dudo que mis piernas y mis rodillas estén a la altura después de semejante orgasmo. Sigue dándome dulces besos en las mejillas, luego en la punta de la nariz, después en la barbilla y, por último, toma mis labios como rehenes. El beso es duro y posesivo, pero es exactamente lo que quiero y necesito en este momento.

—Mmm —tarareo, sintiéndome declarada y relajada ahora que mi alma ha vuelto por fin a mi cuerpo.

—Me encanta oírte ronronear, gatita —me arrulla en el pliegue del cuello.

—Sí, ¿verdad? —me burlo, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—Mucho —confirma antes de tirarme de la camiseta por la cabeza y desabrocharme el sujetador con facilidad.

Entonces Trent nos empuja para que caigamos sobre la cama, dándome la vuelta hasta que su cuerpo se eleva sobre el mío.

—Ahora, veamos si puedo sacar esas garras.



Cuando salgo de la ducha y me envuelvo en una toalla, me siento extrañamente fresca, aunque me duelan todos los miembros del cuerpo después del polvo de cuatro horas que acabo de echar.

Esta noche dormiré como una bebé.

Después de lavarme los dientes y secarme el cabello con una toalla para que no parezca un completo desastre por la mañana, abro la puerta del baño, sobresaltada al encontrarme a Trent dormido en mi cama.



Debe de estar muy oxidado con los rollos de una noche porque, normalmente, cuando una chica dice que se va a duchar sola, es la señal para que el chico se vaya.

No sólo no se fue, sino que se puso tan cómodo que se quedó dormido.

Dios, odio esta parte.

Cuando un ligue se pasa de la raya.

Sólo que nunca supuse que Trent entraría en esa categoría.

Ay.

Pero mientras estoy allí de pie y lo observo felizmente dormido, no puedo evitar preguntarme si siempre duerme tan profundamente después de haber sido un cabrón justiciero con todo el mundo durante todo el día o si yo he tenido algo que ver en ello.

Pero parece tranquilo.

Incluso feliz.

Sin poder contenerme, dejo que mis ojos recorran las pendientes y los senderos de su cuerpo.

Me encanta la forma en que su brazo cae sobre su cabeza mientras la sábana blanca cae sobre la V de sus caderas, haciendo todo lo posible para cubrir su monstruosa polla. Pero es la tinta detallada que adorna su piel la que pide una inspección más detallada.

Sus audaces líneas negras cuentan la historia de su juventud malgastada y su duro pasado. Me pica el gusanillo de pasar los dedos por encima de cada imagen, cautivada por el arte grabado en su pecho y sus antebrazos. Su verdad, sea cual sea, está impresa en su piel olivácea, asegurando que sólo unos pocos la vean. Los diseños celtas hablan de fuerza y resistencia, de dolor y crecimiento, creando una atracción tan magnética que es imposible no sentirme atraída por ellos. Pero es la imagen familiar de un águila calva en su pectoral izquierdo, que retrata su devoto patriotismo, la que me saca de la niebla y me despierta de un bofetón.

—Levántate —le ordeno, dándole un buen empujón—. He dicho que te levantes, Trent. Es hora de que te vayas a casa.

Sé que me ha oído en cuanto abre los ojos. Sus orbes negros pasan de la privación del sueño a la confusión y, finalmente, a la conciencia de que lo he echado. Y por la forma en que brillan con retribución, sé que voy a pagar por despertar a la bestia de su sueño tan bruscamente.

Por suerte, no me pregunta por qué lo he despertado en mitad de la noche para mandarlo a casa.

Tampoco pone excusas para querer pasar la noche o incluso seducirme para que lo deje.

En realidad, estoy bastante agradecida de que no usara su magia negra conmigo. No estoy segura de que sería lo suficientemente fuerte como para decirle que se vaya si su boca estaba en mí de alguna manera.



Observo en silencio cómo recoge su ropa, pero vuelvo la cabeza cuando empieza a vestirse. Me acerco al otro lado de la cama y me deslizo dentro, dándole la espalda en todo momento. Cuento los segundos que tarda en vestirse del todo, y mi ansiedad aumenta cuando un silencio ensordecedor se apodera de mi habitación, tan tenue en el aire que podría ahogarme en él.

—Estoy segura de que aún recuerdas dónde está la puerta. Si no te importa irte por tu cuenta, sería estupendo. Estoy bastante cansada. —Finjo un bostezo, necesitando romper el inquietante silencio.

Cuando oigo unos pasos débiles que se acercan a mi lado de la cama, cierro los ojos y finjo estar demasiado cansada para mantenerlos abiertos. Todo mi cuerpo está tenso, esperando a que Trent me insulte de todas las formas posibles por haberlo echado de la cama tan cruelmente.

Me estremezco cuando siento que sus labios me dan un beso dulce y tierno en la frente.

Mis párpados se abren por sí solos y veo a Trent mirándome, no con odio en los ojos, sino con algo que parece aprobación.

—Buenas noches, Lee —dice, su voz fuerte y suave como la seda.

—Buenas noches, Nichols.

Me ofrece una pequeña sonrisa antes de salir de mi habitación, lanzándome una mirada más antes de apagar las luces. Solo cuando oigo cerrarse la puerta unos segundos después, suelto el aliento que estaba conteniendo.

Aunque me comporté como una auténtica zorra —después de que me regalara lo que sólo puede describirse como una de las mejores noches de mi vida—, no me reprochó nada, ni tampoco se ofendió por ello.

Esperaba que dijera algo.

Decir cualquier cosa que insultara mi reacción instintiva de echarlo.

Pero en cambio, parecía casi orgulloso de que lo hubiera hecho.

¿Qué carajos?

Si Trent Nichols no era ya un enigma a mis ojos, su reacción ante lo mal que acababa de tratarlo se multiplicó por diez.

—Ya, Piper. Deja de pensar en él y duérmete. Estarás hecha polvo por la mañana si no lo haces —me digo.

Y como mañana es domingo, y suelo almorzar con mamá, me vendría bien no poner cara de estar bien follada cuando la vea a primera hora de la mañana.

Por desgracia para mí, el sueño se me escapa durante toda la noche.

No cuando aún puedo sentir sus ojos de carbón sobre mí.

Cuando su olor está por todas mis sábanas y almohadas.

No cuando cada miembro adolorido y saciado de mi cuerpo aún ansía el fantasma de su tacto.



rivals

pucking hearts • 2

Oh, diablos no.

De ninguna manera toleraré obsesionarme con un hombre que lo único que ama es torturarme.

Esto fue algo excepcional.

Sólo el típico rollo de una noche. Nada más.

«No hubo nada típico en ello, Piper, y lo sabes» oigo el fantasma de su voz ronca susurrarme al oído.

Oh, no.

Esto es malo.

Esto es realmente malo.

Si Trent sospecha siquiera que estoy algo... digamos... *intrigada* por él, entonces sin duda usará ese conocimiento contra mí de alguna manera. Y, como el infierno, le daré cualquier munición para usar en mi contra. Sobre todo, porque se supone que tengo que negociar la renovación del contrato de Jack Donovan con los Boston Guardians el mes que viene.

Trent estará preparado para jugar duro conmigo, y no podré enfrentarme a él golpe a golpe si sigo fantaseando con cómo su lengua diabólica ha sido capaz de hacerme correr esta noche más veces de las que puedo contar.

No sólo no me tomaría en serio si sospechara siquiera que me obsesiono con nuestra noche juntos, sino que podría metérsele en la espesa cabeza que tiene una oportunidad con otra.

Y eso sentaría un mal precedente.

Una noche es todo lo que puedo ofrecer.

¿Verdad?

No.

No está sucediendo.

Hay que acabar con esto. Sea lo que sea. Y rápido.

No puedo conseguir un buen trato para Jack o cualquiera de mis jugadores si se corre la voz de que estoy... distraída.

Necesito recuperar mi poder.

Mmm.

¿Qué es eso que dice la gente?

Para superar a alguien, tienes que pasar por debajo de otra persona.

¿Es ese el dicho?

Bueno, parece un plan tan bueno como cualquier otro.

Me lo sacaré de encima, y en un santiamén diré: ¿Trent qué?



75



power
play

IVY FOX

CAPÍTULO 7



TRENT

Nueva fiesta.

La misma gente de siempre.

Al menos el escenario es un poco diferente esta noche.

Normalmente, estos eventos se celebran en algún ostentoso hotel de cinco estrellas del centro de la ciudad, pero éste tiene lugar en el Museo de la Ciencia, que ofrece una espectacular vista del río Charles desde su balcón. Esta noche, el río aparece vibrante y animado de color al reflejarse en su superficie las encantadoras luces de la ciudad de Boston, creando un brillo hipnotizador.

—Pareces muy alegre para estar aquí esta noche, Trent. No recuerdo la última vez que asististe por voluntad propia a una de estas estiradas recaudaciones de fondos, y mucho menos que te gustara estar aquí —bromea Rex mientras se desliza hasta colocarse a mi lado, prefiriendo contemplar el sereno paisaje en lugar de prestar atención a la elegante multitud que nos sigue.

—La pretemporada empieza la semana que viene. No podré asistir a estas veladas tan a menudo cuando empiece. Será mejor que aparezca ahora para que la gente *importante* no me olvide después —explico con sarcasmo, dándome la vuelta para apoyarme en la barandilla del balcón que da al río.

—Oh, dudo mucho que alguien pueda olvidarte. —Se ríe divertido y me da un empujoncito en el hombro.

No hay malicia detrás de la broma, pero con Rex, casi nunca la hay.

A diferencia de mí, él siempre ha sido de naturaleza burbujeante. Siempre de buen humor.

Hasta que no lo es.

A diferencia de la mayoría de la gente, Rex tiene mal genio cuando las cosas no salen como él quiere. He visto al viejo perder los nervios muchas veces. Yo, sin



embargo, nunca he sido el receptor de su ira, lo que es un motivo de orgullo para mí. Aunque él y yo tengamos orígenes muy distintos y generaciones opuestas, hemos encontrado puntos en común y nos entendemos.

Tanto él como yo tuvimos que luchar para conseguir lo que tenemos hoy.

Rex era un peón más en el rancho de su padre antes de decidir que quería algo más en la vida. Y yo, bueno, tengo un recordatorio de Roxbury tatuado por todo el cuerpo por si alguna vez olvido dónde están mis orígenes. La mayoría de la gente de aquí heredó su buena fortuna, mientras que Rex y yo tuvimos que luchar con uñas y dientes para garantizar la nuestra. Ese tipo de vínculo a lo largo de los años ha fortalecido nuestra relación laboral. Saber que la persona con la que haces negocios tiene los mismos valores fundamentales que tú ayuda mucho en esta industria.

Por ejemplo, si no confiara plenamente en mis capacidades, probablemente no estaría aquí. No todos los propietarios de clubes son tan pacientes con sus gerentes generales como Rex lo ha sido conmigo.

Hice muchas promesas cuando conseguí este trabajo y aún no se las he cumplido.

Pero este año va a ser diferente.

Los Guardians tienen el mejor equipo de la liga con diferencia, con los jugadores más voraces. Mis jugadores tienen hambre de título y de copa, y no me cabe duda de que este año cumpliré todas las promesas que le hice a Rex.

Este año, nuestro equipo saldrá victorioso.

Y que se jodan todos los que intenten interponerse en nuestro camino.

—¿De qué va esta recaudación de fondos? ¿De dinosaurios? —pregunto, inclinando la barbilla hacia la representación realista de las antiguas criaturas que hay en el centro de la sala.

—Nada de eso. Pero es por el bien de la ciencia. Es para recaudar fondos para uno de los muchos proyectos de divulgación a los que Martha era aficionada —explica con nostalgia al mencionar a su difunta esposa—. Tenía más proyectos como éste que zapatos en el armario. Que Dios la bendiga.

Aprieto los labios porque nunca sé qué decir en estas ocasiones. Su mujer falleció de cáncer hace casi un año, pero cada vez que sale su nombre en una conversación, me doy cuenta de que sigue doliéndole.

—Te sorprendería saber que éste es para construir otro centro juvenil en Roxbury. Éste estará dedicado a los muchachos interesados en la ciencia —añade con una sonrisa desolada—. Cuando hace unos años le conté de dónde venías y cómo te las habías arreglado para hacer algo por ti mismo, a pesar de tu educación, Martha insistió en que ayudara a más chicos jóvenes, como tú, a salir de las terribles circunstancias en las que se encontraban. La mujer rivalizaría con Madre Teresa si pudiera. Gracias a Dios que tengo bolsillos profundos para ayudar a sus objetivos filantrópicos, o probablemente me dejaría por alguien que tuviera lo justo para poder ayudar a los menos afortunados. —Se ríe, aunque no hay alegría en ello.



—Martha nunca te habría dejado, Rex. Era una esposa demasiado obediente.

—No, hijo. No fue el deber lo que la mantuvo atada a mí. Fue el amor —explica, con una sombra de tristeza oscureciendo sus ojos—. Quizá algún día, cuando te enamores de una buena mujer, entiendas de lo que hablo. Sabía que no la merecía, pero alimenté ese amor de todos modos porque ella lo era todo para mí. Aún lo es. Te sorprendería saber hasta dónde eres capaz de llegar para mantener feliz al amor de tu vida. Aunque ella ya no esté aquí para verte hacerlo.

Asiento en silencio porque ¿qué otra cosa podría decir a eso? ¿Que no tengo intención de enamorarme nunca, ni de una buena mujer ni de una mala? ¿Que el amor suena demasiado complicado para mi gusto? ¿O que mi vida ya es bastante estresante dirigiendo a los Guardians, así que para qué añadir una mujer a la ecuación? ¿Que el amor me desviaría de mis objetivos, y que he trabajado demasiado como para desviarme ahora?

No.

Rex no apreciaría mis puntos de vista sobre el amor. No cuando todavía está de luto por la pérdida del suyo.

En lugar de eso, digo lo que sé que es cierto, con la esperanza de que sea suficiente para disuadirle de hablar de un sentimiento tan caótico y desagradable como el amor.

—Martha era única, Rex.

—Eso sí —murmura, y noto que el humor alegre y despreocupado de Rex adquiere un tono más oscuro—. Pero ahora que se ha ido, debo admitir que estoy un poco perdido sin ella.

—Estoy seguro de que eso cambiará cuando empiece la temporada —intento asegurarle—. Estarás demasiado ocupado para pensar en esas cosas.

—Si las cosas fueran tan sencillas —refunfuña en voz baja.

Frunzo el ceño al ver cómo su mirada fija se desplaza por la gran sala hacia un grupo de personas apiñadas en torno a un hombre bien vestido que nunca había visto antes. Están pendientes de cada una de sus palabras y se ríen de algún chiste que ha debido de decir como una manada de hienas.

—Últimamente, siento que necesito un cambio —continúa diciendo Rex mientras su mirada permanece fija en este desconocido—. Esta ciudad me guarda demasiados recuerdos. Y está empezando a pasarme factura.

Se me ponen los pelos de punta al oír esa ominosa afirmación, pero antes de que pueda preguntarle a Rex a qué se refiere, me pone la mano en el hombro y me la aprieta con fuerza, recuperando su alegre sonrisa.

—Pero ese es un tema para otro día. Ya has tenido bastante con oír a un viejo quejarse de su vida por una noche. Mejor me sigo mezclando y te dejo. Estoy seguro de que encontrarás formas más placenteras de pasar la noche que escuchándome desahogarte. —Sonríe afectuosamente—. Ah, ser joven. Cómo te envidio, hijo.

—No eres tan viejo, Rex. Todavía tienes muchos años por delante.



rivals

pucking hearts • 2

—Dios, espero que no. —Sonríe, pero nunca llega a sus ojos.

Con una palmada en la espalda, Rex se aleja de mí hacia un desconocido al que todo el mundo parece adular esta noche.

Cuando un camarero pasa a mi lado, le detengo antes de que dé un paso más.

—¿Desea algo, señor? —pregunta amablemente, pero su acento del sur de la ciudad lo delata.

—Creo que sí. ¿Cómo te llamas?

—Soy Timothy, señor. —Fuerza una sonrisa.

—Eres tan Timothy como yo soy el puto George Washington. Dame tu verdadero nombre, chico.

—Connor. ¿Qué pasa? —responde con su profundo acento.

—Mucho mejor. —Sonríó—. Ahora, Connor. ¿Quieres hacer un par de dólares esta noche?

—Eso depende. ¿Qué tengo que hacer para conseguirlo y de cuánto estamos hablando? —pregunta con suspicacia.

—Hay un crujiente billete de cien dólares con tu nombre si puedes averiguar quién es ese invitado de ahí —señalo al hombre en cuestión—. Necesito un nombre.

—¿Eso es todo? —pregunta, mirando atentamente al hombre.

—Eso es. —Asiento con la cabeza.

El joven camarero reacciona con rapidez y empieza a caminar hacia el otro extremo de la sala, seguro de su capacidad para hacer el trabajo. Sonríó cuando vuelve cinco minutos más tarde, con cara de suficiencia y confianza.

—¿Tienes un nombre para mí?

—Sí, tengo un nombre para usted. ¿Tiene mi dinero?

Saco la billetera y le enseño el billete de cien dólares a la cara.

—Primero el nombre —ordeno antes de arrebatarse el billete de las manos.

—Lawrence Preston III. Por lo que parece, es un pez gordo que llegó de Inglaterra hace unas semanas. Sólo otro esnob para añadir a la pila. Eso es todo lo que tengo.

Saco otros cien por el extra de información y se los doy.

—¿Puedo ayudarle en algo más, señor? —dice, volviendo a utilizar la pulcra etiqueta que se espera del personal de sala.

—Sí. Me gustaría un whisky en las rocas, si puedes.

—Enseguida, señor. —Sonríe ampliamente antes de ir a hacer otro recado para mí.

Lawrence Preston III.

Hasta el nombre suena rico.



79



power
play

IVY FOX

Debe de ser un niño con un fondo fiduciario que vuelve a casa del otro lado del charco. Hay muchos de esos paseando por aquí, pero Rex nunca les ha mostrado mucho interés.

Entonces, ¿por qué este hombre?

¿Qué podría intrigar a Rex sobre este particular niño de papá?

Me erizo de fastidio cuando veo a Lawrence despedir a su atento público para alejarse con Rex en busca de una zona más apartada para hablar, decidiendo abandonar por completo la abarrotada sala del museo para no ser interrumpido.

Algo pasa.

Definitivamente, algo pasa.

El qué, sin embargo, aún está por verse.

Cuando Connor vuelve con mi bebida, le digo que se quede cerca, por si vuelvo a necesitar sus servicios esta noche. Sigo algo preocupado por el misterioso desconocido que ha despertado el interés de Rex cuando veo una coleta rubia que me resulta familiar y que se aleja entre la multitud.

Hmm.

Estaba más que seguro de que Piper estaría aquí esta noche. No se perdería la última fiesta del verano, donde podría hacer nuevas conexiones mientras fortalecía las anteriores.

Y tampoco dejes que te engañe su vestido negro ceñido a la piel.

La mujer es todo negocios.

Eso, hasta que el reloj marca la medianoche, y ella se descontrola en busca de su próxima víctima.

Me paso el pulgar por el labio inferior, observándola hacer lo suyo como he hecho los últimos años que la conozco.

Pero esto nunca pasa de moda.

Nunca deja de impresionar cómo navega sin esfuerzo entre la multitud, asegurándose de marcar a cada persona de su lista y ganándose su lealtad con unas pocas palabras cuidadosamente elegidas y una sonrisa radiante que podría vender pasta de dientes.

Me río para mis adentros cuando veo que mi nombre no ha entrado en la lista de personas con las que necesita ponerse en contacto. Quizá debería sentirme insultado de que me considere tan indigno de su tiempo, pero sé la verdadera razón por la que mantiene las distancias. Al igual que el sábado por la noche, cuando me echó de su casa después de que me asegurara de profanar cada centímetro de ella, quiere asegurarse de que está estableciendo unos límites claros entre nosotros.

Sentí una extraña sensación de orgullo cuando descubrí que, una vez que había terminado con sus polvos, ya no le servían para nada. Piper no es el tipo de mujer que quiere cuchichear o hablar de sus sentimientos después de un buen polvo.



No.

Prefería dormir cómodamente en su cama sin tener que sufrir la incomodidad de tener que compartirla con un desconocido sólo por educación. No le preocupó cómo la percibirían después. Obtuvo lo que quería. Y eso era lo único que le interesaba.

Me gusta eso de ella.

Su actitud de que no le importa una mierda.

Pero después de esa noche, hay otras cosas de Piper que me han gustado.

Afortunadamente, no tengo que fiarme sólo de la memoria para recordar cómo empezó aquella noche o el extraordinario aspecto que tiene cuando se corre después de que le hayan devorado el coño como es debido.

Cuando Piper me echó de su casa aquella noche, me alegré de marcharme. No sin antes hacer una pequeña visita a cierto portero. Necesitaba tener en mi poder una cinta de vigilancia del ascensor y, por nada del mundo, me iría de su edificio sin ella. No iba a permitir que esa cinta se pasara de mano en mano como si fuera una porno y que miradas inoportunas se detuvieran en su cara mientras se rompía en mil pedazos. Ningún hombre iba a excitarse viendo a Piper en su posición más vulnerable.

A la mierda.

Tal y como yo lo veía, era yo quien había trabajado para darle ese orgasmo eufórico y, por tanto, el único que tenía derecho a ello.

Mi pequeño recuerdo de esa noche.

Por suerte, no me costó demasiado conseguirlo. El portero no sólo estaba profundamente dormido cuando llegué al vestíbulo, sino que, por lo que parecía, llevaba así horas. El tiempo suficiente para no saber el premio que tenía en sus manos.

Ni siquiera se removió en su asiento mientras yo borraba todo rastro del vídeo, no sin antes hacer una copia para mí.

Me pregunto si ella tuvo los cojones de pedirlo a la mañana siguiente.

Seguro que sí.

Una mujer así no querría que algo tan privado estuviera en manos de alguien en quien no confiara. Ojalá hubiera podido ver su cara cuando el portero no tenía ni idea de lo que estaba hablando y, tras la inspección, se dio cuenta de que toda la vigilancia de esa noche había sido manipulada y destruida.

Est  impresionante esta noche.

Con ese pequeño vestido ajustado con una abertura en el muslo para mostrar sus largas piernas, parece refinada y devastadoramente sexy sin esforzarse demasiado.



Me pregunto si planea usar ese vestido para entregarse a sus viejos hábitos. Mi sospecha se confirma cuando la veo lanzar miradas insinuantes a Connor, de entre toda la gente.

—Ah, gatita... eso no va a pasar. No esta noche. Ni nunca. —Sonrío.

Connor no tarda mucho en ver el vaso vacío en mis manos y vuelve a mí con otro.

—¿Te estás divirtiendo? —pregunto, inclinando la barbilla hacia Piper, que ahora está preocupada con alguna socialité.

—¿Qué puedo decir? —Se atreve a sonreír—. No sólo las propinas son buenas, sino que las chicas están buenas.

—A esa no *te la vas a tirar* —le explico, asegurándome de que entiende que esta noche se va a casa con las manos vacías.

—Vas a tener que pagarme mucho más para que le diga que no a eso. —Se ríe—. Quiero decir, mírela. Es un buen culo que el dinero no puede comprar.

—¿Ah, sí? —contesto con una sonrisa siniestra—. Entonces, ¿qué tal si te hago otra oferta? En vez de dinero, no te romperé las rótulas. ¿Qué te parece ese trato?

Suelta otra carcajada, pero su sonrisa cae al suelo cuando ve que voy en serio.

—Mire, ella es la que me ha estado jodiendo con los ojos toda la noche. Yo no he hecho una mierda.

—Y así es exactamente como seguirá siendo. Al final de la noche, ella hará sus intenciones más obvias. Y cuando eso ocurra, quiero que la rechaces. Cuando te pregunte por qué, dile que venga a verme.

—¿Y usted quién es? —pregunta, sin poder ocultar el miedo en su voz.

—El hombre que tiene tus pelotas en sus manos y puede arrancártelas si se me antoja —amenazo con una sonrisa premonitoria—. Si quieres que tus pelotas se queden exactamente donde están, deja que coqueteo contigo todo lo que quiera esta noche, siempre y cuando la rechaces al final. Díselo a tus amigos, Connor. Que no la toquen. O tendrás que responder ante mí.

La amenaza en mis ojos es suficiente para convencerle de que meta el rabo entre las piernas y salga corriendo.

La mayoría de estas noches de recaudación de fondos son tan terriblemente aburridas que el tiempo parece alargarse, pero jugar con Piper se ha convertido en mi forma favorita de pasar el rato.

A medida que pasa el tiempo, mantengo mi atención dividida entre comprobar regreso de Rex de su conversación privada con Lawrence y comprobar cada nuevo desarrollo entre Piper y Connor.

Rex es el primero en reaparecer, su expresión es demasiado plana para que yo pueda leerla.



Lawrence, sin embargo, parece que lo que discutieron fue exactamente como lo planeó.

Me alejo de la esquina de la habitación y me acerco a Rex. Me intriga saber qué puede haberle sacado de una recaudación de fondos que tanto apasionaba a su amada esposa solo para hablar con un hombre al que estoy seguro de que ni siquiera ha visto antes de esta noche.

—¿Disfrutando de la noche? —pregunto cuando llego a él.

—En realidad, fue más agitado de lo que esperaba —responde Rex, guardándose todo en secreto.

—¿Algo que deba preocuparme? —le pregunto sin rodeos.

El repentino silencio de Rex aumenta mis sospechas, haciendo que se multipliquen por diez.

—¿Rex? ¿Hay algo que deba preocuparme? —repito con más fuerza.

—Ahora no, Trent. Pero pronto —dice antes de saludar a alguien a lo lejos—. Debería ver cuánto hemos podido recaudar para Martha. Que pases una buena noche, hijo. Por favor, intenta divertirme, ¿quieres?

Y con ese comentario de despedida, Rex me deja para atender los deseos de su difunta esposa.

Ya que no voy a obtener información del propio Rex, mejor me reúno con el hombre que captó su atención durante casi toda la noche. Recorro la multitud en busca de Lawrence, pero me decepciona verlo abandonar la fiesta.

Esta recaudación de fondos está sólo a la mitad, pero parece que después de su charla con Rex, no ve ninguna razón para quedarse.

¿Por qué?

¿De qué demonios podían estar hablando?

Necesito algunas respuestas ahora mismo, así que saco mi teléfono y busco en Google a Lawrence Preston III. Todo lo que aparece es información genérica sobre que es hijo del gran magnate de Boston, previsiblemente llamado Lawrence Preston Junior. Hay artículos periodísticos sobre la familia Preston, uno de los cuales especifica que Lawrence es hijo único y el único en la línea de sucesión para heredar la fortuna de los Preston, una que envidiarían algunos países pequeños.

Tal y como me contó Connor, parece que Lawrence llevaba unos años viviendo en el extranjero y que su regreso, aunque bienvenido, fue también muy inesperado. El artículo del periódico parece una revista de chismes de pacotilla, insinuando que su padre podría no estar ya a la altura de la tarea de supervisar todos sus negocios. Otros rumores sugieren que Lawrence regresó por su propia voluntad, habiendo decidido volver a Boston para dejar su particular huella en la ciudad. Una nueva aventura empresarial que no tiene nada que ver con las actuales vacas lecheras de Rex.

Es esta última suposición la que me preocupa.



Después de mi reciente conversación con Rex, está muy claro que ha perdido el amor por vivir en Boston. Sólo espero que no haga nada prematuro que pueda afectar a los Guardians de alguna manera por ello. Puede que Rex no tenga hijos propios de los que hablar, pero sé que el club ha sido como una familia para él. Temo que lo haya olvidado y que, con el fallecimiento de Martha, no sólo haya perdido el amor por esta ciudad, sino que también haya dejado de sentir apego por el legado que ha construido aquí.

Tenso y cabreado por no haber podido sacarle mucho más, la noche adquiere un tono inquieto, así que cuando Connor intenta pasar volando a mi lado, estoy más que alterado.

—Oye hombre, hice lo que me dijiste —me explica apresuradamente cuando le agarro del brazo—. Que sepas que la rubia no está contenta. Estaría más preocupado por tus pelotas que por las mías. Es un decir.

—Deja que yo me ocupe de eso —refunfuño, pasándole los billetes que me quedan en la billetera—. Yo diría que has terminado por esta noche.

Sus ojos se iluminan al ver la cantidad de dinero que ha ganado sólo por mantenerse alejado de las insinuaciones de Piper.

—Un placer hacer negocios con usted, señor. Espero verle en el futuro.

—Por tu bien, mejor que no.

Su rostro palidece ante la amenaza, pero tiene el buen sentido de alejarse y marcharse a paso apresurado.

Con mi bebida en la mano, me dirijo a la terraza abierta con vistas al Charles, agradecido de que sea una noche demasiado fría para que los invitados se aventuren a salir de la fiesta.

Pero no todo el mundo tiene miedo al frío.

No cuando la rabia ciega los mantiene perfectamente calientes.

En cuestión de segundos, Piper se pone a mi lado, con cara de mujer que está a punto de cortarme las bolas y dárselas de comer a los peces.

—Lee —saludo—. Empezaba a preocuparme que te hubieras olvidado de mí.

—¡Déjate de tonterías, Nichols! ¿A qué crees que estás jugando exactamente? —exige.

—Tendrás que ser un poco más precisa que eso.

—¡Oh, ni se te ocurra! Sabes muy bien de lo que estoy hablando.

—Si estás deduciendo que tuve algo que ver con que el joven que pretendías llevar a casa esta noche te rechazara, entonces sí. Culpable de los cargos.

—¿Ni siquiera vas a negarlo? —tartamudea asombrada.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —Me encojo de hombros, dando un sorbo a mi whisky.

—¿A qué estás jugando, Nichols? ¿Qué crees que vas a ganar con esto?



A ti.

Pero justo cuando el pensamiento se cuela en mi cabeza, me encojo de hombros.

—Deja que yo me preocupe de eso. Estoy seguro de que puedes tener una noche perfectamente adecuada a pesar de todo.

—Tendría una noche *adecuada* si no me hubieras bloqueado la polla. —Ella frunce el ceño—. ¿Crees que interponerte en mi camino hará qué? ¿Romperme?

Esta vez, me giro para mirar a Piper de frente mientras ella traga en seco ante la intención de mi mirada.

—No estoy interesado en romperte, Piper. Sólo doblégarte un poco. —Sonrío.

—Vete a la mierda, Nichols, y tus juegos mentales. No estoy jugando.

Me inclino más hacia ella y se me aprieta el pecho al oír esa pequeña respiración entrecortada.

—Eso es, gatita. Se acabó jugar con tus juguetes. A partir de ahora, siempre que quieras jugar, debes venir a mí. A nadie más.

—Preferiría hacer voto de celibato —casi susurra.

—Eso ya lo veremos.

Su mirada llena de veneno hace arder mi torrente sanguíneo. Si fuera un hombre que aún se dejara llevar por sus impulsos, la inmovilizaría a esta barandilla aquí y ahora para demostrarle que un polvo *adecuado* está completamente por debajo de ella.

Piper se merece algo extraordinario.

Nada más debería bastar.

—Ahora, ¿hay algo más que quieras discutir? —me burlo.

Si las miradas mataran, ahora estaría muerto.

Por la mirada de sus ojos azules, Piper me ha matado de diez formas distintas en otros tantos segundos.

En lugar de seguir discutiendo conmigo, se marcha mientras maldice mi existencia en voz baja.

Yo, en cambio, me quedo en el mismo sitio, mirando a la ciudad de Boston, preguntándome cómo puede alguien desenamorarse de ella.

Especialmente cuando tal ciudad lleva a una mujer como Piper Lee.



CAPÍTULO 8



PIPER

Mis pesados párpados luchan por abrirse mientras busco el teléfono en la mesilla de noche, el estridente sonido de mi tono de llamada intenta despertarme. Cuando veo el nombre de mi asistente parpadear en la pantalla, me acerco el teléfono a la oreja y contesto.

—Más vale que esta llamada sea de vida o muerte, Toby. Estaba soñando con Henry Cavill sin camisa y un cubo lleno de nata montada.

Ojalá fuera cierto.

Por desgracia, después de una tórrida noche con Trent, no he podido soñar con otro hombre en mi cama. Ni siquiera con Henry.

—Lo siento, jefa —contesta Toby, no un poco agotado por mi confesión de haber tenido un sueño sexual con un actor de primera—. Pero en cierto modo, tenemos una situación de vida o muerte entre manos. Creo que Nate Wilder acaba de cometer un suicidio social grabado.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, más alerta.

—Acabo de enviarte el enlace al vídeo. Mejor que lo veas por ti misma a que yo te lo explique.

En cuanto oigo el ping en mi teléfono, lo abro inmediatamente. Tardo unos diez segundos en ver que mi jugador imbécil y malhumorado ha decidido que sería una buena idea desahogarse yendo a un bar a buscar pelea con un tipo de la mitad de su tamaño.

Por el amor de Dios.

¿En qué estaba pensando?

—Esto es malo, ¿no? —Toby pregunta, todavía en la línea.

—Esto es más que malo. Esto es mucho más que malo —refunfuño molesta y frustrada.



—¿Y qué hacemos?

—Control de daños. Y un montón de ellos. Espero que no estuvieras planeando dormir nada esta noche porque, por lo que parece, vamos a estar toda la noche sólo para asegurarnos de que Wilder todavía tiene trabajo por la mañana.

—Lo que necesites, jefa —replica Toby con determinación.

No es que me sorprenda.

Quiere ser agente por encima de todo, y sabe que limpiar los desastres de nuestros clientes es la mitad del trabajo. Si lo conseguimos y Wilder queda libre, su carrera en la empresa mejorará mucho. Y ahora mismo, su afán por demostrar su valía es la ventaja añadida con la que necesito contar para arreglar este desaguisado.

Y rápido.

—En primer lugar, necesito que despiertes a los chicos de nuestro departamento de redes sociales y les pidas que rastreen Internet para ver cuántos de esos malditos vídeos hay por ahí. Además, tenemos que averiguar quién es el propietario del vídeo original y ver si podemos convencerlo de que lo retire. Aunque dudo que nos sirva de algo ahora —refunfuño, mientras veo cómo se multiplican las visitas y las comparticiones del post a cada segundo que pasa.

—Entendido. ¿Qué más? —Toby pregunta.

—En el futuro inmediato, necesito saber cada movimiento de Wilder. Me refiero a todo. Si va al baño a orinar, quiero saberlo. Veinticuatro horas de vigilancia. Si la prensa se entera de esto, créeme que harán lo mismo. No me sorprendería que ya tuvieran furgonetas aparcadas delante de su casa, esperando a que les dé un espectáculo por la mañana cuando le digan que se ha convertido en una sensación de Internet de la noche a la mañana.

—Pobre cabrón —murmura Toby en voz baja—. Su vida nunca será la misma después de esto.

—Es por eso que nos pagan mucho dinero, Toby. Para asegurarnos de que mantiene el rumbo. Esto es sólo un pequeño contratiempo en su camino a la grandeza. No vamos a dejar que este pequeño percance suyo destruya lo que le llevó años lograr.

—Sí, lo siento —responde, avergonzado por su lapsus linguae.

En este trabajo, no tenemos tiempo para regodearnos en una cagada.

Esto es lo que llamamos una situación de hacer o romper. Y yo nunca me rompo.

—Que nuestros mejores redactores preparen un comunicado, por si acaso esto llega a la portada de todos los periódicos y plataformas deportivas que existen. Tenemos que estar preparados para lo peor y, al mismo tiempo, hacer todo lo que esté en nuestra mano para evitarlo —añado con severidad, quitándome las mantas de encima y saltando de la cama.

—Entendido. ¿Algo más?



—Mantén tu teléfono cerca de ti y espera mi llamada —respondo asertivamente.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Tú qué crees? —replico con sarcasmo—. Voy a ver si me pongo al frente de este lío con los peces gordos. Si nosotros sabemos lo del vídeo, ellos también lo sabrán. Tengo que entrar ahí y defender su caso antes de que hagan una tontería como despedir a Wilder por su comportamiento.

—¿No deberíamos hablar con Nate primero?

—¿Quieres hacer esa llamada? —Arqueo una ceja.

Puedo oír a Toby reconsiderar su pregunta, preguntándose por qué no sería la mejor idea decirle a un hombre con grandes problemas de ira que acaba de meter la pata hasta el fondo. Cuando la línea se queda en silencio, pongo los ojos en blanco.

—No lo creía —me burlo.

Si Toby quiere triunfar en este negocio, va a necesitar bolas más grandes que las que tiene actualmente. La mayoría de las veces, los agentes deportivos como nosotros debemos ser portadores de malas noticias. Si no mantenemos la compostura y aprendemos a asumir las cosas, nuestros clientes nos comerán vivos.

—De todas formas, no importa. Tendremos mucho tiempo para hablar con Wilder *cuando* tengamos buenas noticias para él. Ahora mismo, dejémosle dormir su borrachera. Mañana, su resaca será el menor de sus problemas.

—Me parece justo —reconoce Toby con timidez.

—Mantenme al corriente de la lista de tareas —ordeno antes de colgar.

Entonces cierro los ojos y respiro hondo, haciendo acopio de toda mi fuerza y coraje antes de sacar a relucir el único nombre de mis contactos con posibilidades reales de evitar que mi jugador sea expulsado del equipo que tanto ama.

Por desgracia, el hombre que tiene el futuro de Nathan en sus manos es también el mismo al que he estado intentando evitar: Trent Nichols.

Qué irónico que lo haya estado esquivando a cada paso durante el último mes, y ahora, aquí estoy, preparándome a propósito para llamarle.

Le va a encantar.

Idiota.

Sabiendo que la animosidad que pueda tener hacia él debe dejarse de lado por ahora, busco en mi teléfono hasta que encuentro su número. Pero tras la primera llamada, salta el buzón de voz.

Mierda.

Un hombre como Trent no apaga su teléfono.

Esto me hace pensar que rechaza mis llamadas a propósito.

Y eso acarrea problemas de todo tipo.



No rechazó mi llamada.

No si le daba la oportunidad de joderme como lo ha hecho desde esa noche.

No.

Si rechaza mi llamada, significa que está haciendo sus propias llamadas.

Lo que no presagia nada bueno para Nathan.

Me apresuro a ir al armario y me pongo unas zapatillas, sin importarme seguir en pijama. Si no fuera porque el tiempo apremia, estaría mucho más presentable. Pero ahora mismo, cada segundo cuenta.

En este caso, Trent podría estar cometiendo el peor error para los Boston Guardians.

Echar a Nathan del equipo no sólo sería perjudicial para la carrera de mi jugador, sino que también arruinaría cualquier posibilidad de que mi equipo se clasificara para las eliminatorias de la Copa Stanley.

Es cierto que Nathan es un poco brusco y que tiene problemas para controlar su ira, pero es uno de los mejores jugadores del equipo. Si Trent se atreve a lanzar una piedra a la línea defensiva de los Guardians, estará preparando el fracaso de todo el equipo este año.

Ahora bien, a la mayoría de los agentes les importaría un bledo, ya que su principal preocupación son sus clientes y nadie más. En la mayoría de los casos, estaría de acuerdo con ellos, pero los Guardians ocupan un lugar especial en mi corazón. De ninguna manera me quedaré sentada viendo cómo una tonta pelea de bar arruina sus posibilidades de ganar.

Me pongo una sudadera con capucha, recojo las llaves del auto y salgo corriendo por la puerta con un único objetivo en mente: llegar hasta Trent antes de que se pegue un tiro en el pie y cometa el peor error de su vida.

Por suerte, a estas horas no hay tráfico, así que llego a su lado de la ciudad en quince minutos.

Tengo otro golpe de suerte cuando llego al vestíbulo, y el portero no aparece por ninguna parte, lo que me facilita mucho subir en ascensor hasta el penthouse de Trent sin que me paren.

De camino a la última planta, aprieto las manos a los lados, rezando para no llegar demasiado tarde y evitar lo que podría ser un gran desastre.

Cuando por fin llego a su piso y me acerco a su puerta, vuelvo a respirar hondo y me coloco mi máscara de tranquilidad. No sería buena idea que Trent se diera cuenta de mis altos niveles de ansiedad. Tengo que mantener la calma y la serenidad si quiero tener algún margen de maniobra con él esta noche. Me refiero a invocar el espíritu del maldito iceberg que hundió el Titanic. Más fría incluso, ya que es más probable que Trent responda a una demostración de fuerza que esté dispuesto a escuchar una palabra mía si percibe algún sentimiento detrás de ella.



Después de animarme, llamo al timbre y contraigo los hombros, manteniendo la cabeza alta. Solo tarda unos segundos en abrir la puerta, pero yo tardo un maldito minuto en recuperarme de la visión.

Y qué espectáculo: Trent, con el torso desnudo y un pijama de seda negro, quedará grabado en mi memoria durante muchos años.

Parece que no fui a la única a la que sacaron de la cama esta noche.

Pero mientras yo parezco un completo desastre, él parece preparado para la cámara.

Es la sonrisita que se dibuja en sus labios lo que me saca de mi mirada llena de lujuria.

—Dame un segundo, Arnold —dice antes de tocarse la oreja y atraer mi atención hacia el auricular de su teléfono—. ¿Vas a entrar pronto, Lee, o has venido hasta aquí sólo para quedarte en el pasillo y mirarme boquiabierta?

Le lanzo una mirada sucia antes de entrar.

Trent se apresura a cerrar la puerta tras de mí cuando me adentro en lo que sólo puede llamarse el apartamento de soltero de un asesino en serie. Las paredes blancas y los fríos muebles negros de la espaciosa habitación recuerdan mucho a *Psicópata Americano*.

Sólo blanco y negro.

Completamente ausente de color.

Me sorprende que se decidiera por esos dos colores. Siempre me lo he imaginado solo de negro puro.

Pero entiendo por qué se siente cómodo aquí. El estilo moderno de la arquitectura y la decoración alude a las características que Trent desea en su propia vida: sencillez, limpieza y prestigio.

—Ponte cómoda —dice antes de pulsar de nuevo el auricular para volver a su conversación telefónica—. Te escucho, Arnold, y comparto tus preocupaciones. Sí, el club adoptará una postura, ya que sus seguidores esperan algún tipo de reconocimiento por nuestra parte. Sí, estoy de acuerdo. No, no podemos consentir este tipo de comportamiento. Sí, dar ejemplo... este tipo de comportamiento debe tener consecuencias. Sí, claro. No, no podemos ser vistos mostrando favoritismo hacia ningún jugador. Sí, estoy de acuerdo.

Se me hiela la sangre con cada frase que sale de su boca.

Joder.

Realmente van a clavar a Nate en la cruz.

No puedo permitirlo.

Supongo que mis instintos de venir aquí primero dieron en el clavo.

—Déjame hablar con Rex y Byrne primero. Ellos también tendrán que opinar sobre este asunto. Te volveré a llamar cuando pueda —dice Trent antes de colgar.



rivals

pucking hearts • 2

—¿Era Arnold Ziegel el que estaba al teléfono contigo? ¿El comisionado de la NHL? —pregunto, pero sólo obtengo silencio mientras veo a Trent escribir furiosamente en su teléfono—. ¿Trent?

—Siéntate, Piper. Estaré contigo enseguida, te lo prometo —responde como en piloto automático, concentrándose únicamente en su texto.

—Prefiero quedarme de pie si no te importa.

Esto llama su atención.

—Bueno, desde luego tienes el calzado adecuado para ello. —Se ríe entre dientes, colocando su teléfono boca abajo sobre la mesita—. Creo que nunca te había visto con algo que no tuviera una suela roja y un tacón de diez centímetros. Además, la sudadera con capucha y el pantalón de pijama rosa también son una agradable sorpresa. Hubiera pensado que sólo llevabas alta costura a la cama. Eso cuando no te dan una buena razón para dormir desnuda.

—Qué lindo —me burlo—. ¿Has terminado de burlarte de cómo voy vestida?

—No me estaba burlando, Piper. Es que no estoy acostumbrado a verte sin tu armadura habitual. Créeme, verte con el cabello suelto no es ninguna broma —dice, su mirada penetrante recorriendo mis mechones rubios con aprobación—. Deberías llevarlo así más a menudo. Te sienta bien.

—Cuando el infierno se haya congelado y decida seguir los consejos de belleza de un hombre, pensaré en tomar en serio tus consejos.

—Me alegra ver que sólo ha cambiado tu atuendo. Veo que tus respuestas ingeniosas siguen siendo buenas. —Se ríe, se deja caer en su sofá de cuero y estira los brazos sobre el reposacabezas—. Y aunque me he convertido en un gran admirador de tu lengua afilada, tengo más curiosidad por saber cómo sabías dónde vivía. Me estás vigilando, ¿verdad?

—No te hagas ilusiones —le reprocho poniendo los ojos en blanco—. Mi trabajo es saberlo todo sobre la gente importante con la que hago negocios.

—¿Sólo negocios? ¿Nada de placer?

—¡Ay! ¿De verdad eres tan molesto, o es sólo para mi beneficio?

—¿Molesto? —repito con una sonrisa socarrona—. Y yo que pensaba que habías venido a mi casa en mitad de la noche para engatusarme y que mantuviera a *tu* jugador en *mi* equipo. Por lo visto, me he equivocado.

Me rechinan las muelas de atrás mientras le ofrezco una sonrisa falsa. Sabe perfectamente por qué estoy aquí y disfruta con la idea de tenerme arrastrándome.

Se está buscando otra cosa si espera que le ruegue.

No ruego.

Para cualquier cosa.

Pero estoy dispuesta a ceder si eso ayuda a Nathan a permanecer en el equipo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto, necesitando saber dónde tiene la cabeza.



—Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo. Hacer caso a mi instinto. Wilder es una bomba de relojería, y sólo dañará la reputación de mi equipo si no se le mantiene a raya. Te di mi palabra de que Wilder no tendría ningún problema conmigo mientras mantuviera su nariz limpia. Y desde mi punto de vista, uno de nosotros se equivocó por dejarlo a su aire. Y no fui yo. Y ahora estás aquí, probablemente para pedirme que le dé una segunda oportunidad cuando ha desperdiciado todas las demás que le he dado a lo largo de los años —explica Trent, su tono ya no es juguetón sino totalmente serio.

—¿Así que eso es todo? ¿Vas a echarlo del equipo? ¿Dejarlo en la nada, completamente indefenso ante el circo mediático al que se va a enfrentar sin el respaldo de su club? —pregunto sin rodeos.

—Es una posibilidad muy real —explica, sin endulzar en absoluto el golpe.

—Los Guardians son la vida de Nate.

—Entonces debería haberlo pensado antes de emborracharse y pegarle a un hombre de la mitad de su tamaño —acusa con un gruñido.

—Conozco a Nate. Debe haber una razón para que haya actuado de esa manera. No es un matón.

—No, es peor. Es descuidado. Descuidado con su imagen y con la reputación de su equipo. Es un problema, Piper. Y la única forma que conozco de tratar los problemas es cortarlos de raíz.

—¿Incluso a riesgo del rendimiento de tu propio equipo? —cuestiono con la misma pasión—. Porque eso es lo que ocurrirá si lo echas. Nadie en la liga tiene una décima parte del talento de Nathan, así que si lo despides, tendrás que traer un sustituto.

—Si no recuerdo mal, Ethan Flynn ha estado llamando a mi despacho todos los días con un jugador así en mente.

La furia me ciega cuando menciona el nombre de esa comadreja.

Me como la distancia que nos separa y echo la cabeza hacia atrás hasta mirarlo fijamente a los ojos.

—Podrías hacerlo. Contratar a “la Pared” para Los Guardians para ocupar el lugar de Nathan. Definitivamente es una opción que podrías seguir.

Trent aprieta los labios en una fina línea mientras espera el remate. Dejo que se pudra un poco más, disfrutando de ver la duda en sus ojos sin luna un poco más.

—Sin embargo, Henri no tendrá mucho tiempo que aprender. Tendrá que adaptarse rápidamente a la dinámica del equipo, lo que puede resultar difícil si los demás jugadores creen que él es la verdadera razón por la que su compañero ya no está con ellos en el hielo. Ya sabes cómo son esos chicos. Son una familia hasta la médula. Puedo decirte ahora mismo que a los hermanos Donovan no les hará ninguna gracia que hayas echado a su amigo del equipo y lo hayas sustituido por un completo desconocido.



—Vivirán —replica, y sus ojos negros se oscurecen hasta convertirse en pura lava fundida.

—Puede que sí. Tú, sin embargo, puede que no. —Sonríe, cerniéndome sobre él—. Aunque todos jueguen bien, Henri tardará meses en entender la dinámica del equipo dentro de la pista. Meses que no tiene si quiere ganarlo todo este año. Estarás acabando con las posibilidades de los Guardians incluso antes de que tus jugadores se pongan los patines. Y cuando los Guardians tengan el peor año imaginable, los fans, así como Rex y la junta directiva, necesitarán a alguien a quien culpar. Sin Nate, sólo queda una persona a la que señalar con el dedo: tú. ¿Estás tan seguro de tu puesto como gerente general que estás dispuesto a correr ese riesgo?

Cuando veo girar las ruedas de su cabeza, me cuesta un esfuerzo inhumano no chillar de alegría.

¡Lo tengo!

—Hay que dar el ejemplo con Wilder. Los aficionados no estarán contentos si nos ven no hacer nada. La suspensión podría...

—No. No hay suspensión. —Sacudo la cabeza—. Todo el mundo sabe que la suspensión es sólo un código para decir que los días del jugador en el equipo están llegando a su fin.

—Entonces, ¿qué sugieres que haga? —pregunta, sonando realmente curioso por saber cómo abordaría el problema.

—Si creyera que Nathan es un verdadero problema, no me lanzaría por él como acabo de hacer. Todo lo que necesita es orientación. Está sólo un poco...

—Perdido —responde Trent por mí.

—Sí —respondo, con la frente arrugada por lo intuitivo que es. No creía que Trent conociera tan bien a sus jugadores como para hacer semejante suposición. Pero ha dado en el clavo con Nathan. Está un poco perdido. Desde hace un par de meses.

—Bueno, si lo que necesita es orientación, creo que conozco a la persona que puede proporcionársela.

Mi sonrisa ni siquiera se ha dibujado del todo en mi cara cuando Trent me la roba con sus siguientes palabras.

—Pero si te hago este favor, voy a necesitar uno a cambio.

Y aquí están las cuerdas metafóricas de mi buena acción. Las mismas que se sienten como una soga atada a mi cuello.

—Si crees que me acostaré contigo sólo para asegurar que Nathan mantenga su trabajo, entonces lo que estás proponiendo suena mucho a acoso sexual.

Es cuando se ríe cuando veo que el sexo es lo más alejado de su mente.

No sé por qué siento el rechazo como si me hubieran tirado piedras a la boca del estómago, pero ahí está.



—No, Piper. No es eso. Es sólo que no quiero que me dejes en la bancarrota ahora que el contrato de Jack ha terminado.

Siento todo tipo de calor en las mejillas. Me avergüenzo de lo rápido que se me ha ido la cabeza cuando él ni siquiera ha hecho ademán de tocarme. De hecho, estoy por encima de él, invadiendo su espacio de seguridad y actuando como si tuviera derecho a hacerlo.

—Prefiero follarte a ti que joder a Jack en su trato —replico, dando un amplio paso atrás y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Es bueno saberlo. —Sonríe—. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo que no implique mezclar negocios con placer.

—¿Un acuerdo? ¿Sobre el contrato de Jack o sobre la indulgencia de Nathan?

—Tú eliges.

—No está sucediendo. Ambos son mis clientes. No dañaré a uno para beneficiar al otro.

—Pues lo suspendo —dice mientras empieza a levantarse del sofá. Antes de que pueda levantarse del todo, lo vuelvo a empujar con firmeza y lo aprisiono con las manos a ambos lados.

—He dicho que no lo suspendas —exijo enérgicamente.

—Entonces, ¿cuánto estás dispuesta a negociar por Jack?

Ya tengo un número en la cabeza.

Sé que los Guardians pueden pagar una suma considerable para que su capitán siga jugando para su equipo local, pero también sé que los Titans de Chicago han echado el ojo a Jack desde hace unos años. Algo de lo que estoy segura que Trent, siendo el hombre que es cuando se trata de diligencia debida, también debe estar al tanto.

—Veinte millones al año por un contrato de diez años —suelto.

Es el doble de lo que Chicago ofrecería, pero apuesto a que no cederá tan fácilmente. Si consigo diez millones al año por Jack, será más que una victoria. Será un maldito milagro.

—Demasiado. Ahora le pago siete millones al año. Eso es casi tres veces más. —Trent frunce el ceño.

—Puede ser, pero Jack vale cada centavo.

—Si eso es cierto, ¿por qué no consiguió un trato mejor hace años? —incita.

—Porque yo no era su agente entonces. Pero ahora lo soy, así que no voy a dejar que tu jugador estrella salga perdiendo sólo porque su gerente general sea un tacaño.

—Auch —Trent finge un insulto poniéndose la palma de la mano sobre el pecho.

Su pecho tatuado y musculoso...

¡Concéntrate, Piper!

—Nueve millones al año durante diez años —contesta.

—Dieciocho durante diez años —me apresuro a replicar.

—Diez por diez.

—Quince por nueve años.

—No puedo subir ni un dólar por encima de once, Piper —refunfuña, como si tuviera tantas ganas de besarme como de retorcerme el cuello con sus propias manos.

—Es una lástima. Sé que Chicago lo quiere y pagará doce millones al año por un contrato de ocho años. Si puedes igualar eso, entonces tenemos un trato.

Cuando Trent guarda un silencio inusual, casi creo que me va a pillar. Y eso no terminará bien. Ni para mí ni para Jack.

Bueno, ya que he llegado hasta aquí, será mejor que llegue hasta el final.

—¿Tenemos un trato o no, Nichols? ¿Sin suspensión para Nathan y doce millones al año durante los próximos ocho años para Jack? ¿Qué dices?

—Trato hecho.

Antes de que me dé tiempo a celebrarlo, su mirada —oscura como las joyas de obsidiana más deslumbrantes— se clava en la mía durante un suspiro de segundo antes de que sus manos me agarren con firmeza la cara y me acerquen para reclamar mis labios con un beso intenso. Todo ocurre tan de repente que mi instinto de huir o luchar no se activa hasta que me tiene sentada en su regazo.

—Llevo deseando hacerlo desde que abrí la puerta de mi casa —dice entre ardientes besos mientras sus dedos recorren posesivamente mi cabello.

—Trent —jadeo mientras me echa la cabeza hacia atrás para tener mejor acceso a mi cuello.

—Casi albergaba la esperanza de que vinieras por mí esta noche —confiesa, mordisqueándome la piel antes de llegar a lamerme el lóbulo de la oreja y darle un fuerte mordisco—. Y no para salvar a uno de tus jugadores. Debería haberlo sabido.

—Mmmfff —maúllo cuando siento su duro bulto hurgando en mi culo.

—Pero no pude resistirme a probar un poco. No después de esa actuación. Eres tan jodidamente sexy cuando tienes los guantes puestos, lista para una pelea. Tan jodidamente sexy.

—Mmm —gimo cuando una de sus manos empieza a deslizarse por mi muslo.

Oh, no.

Oh, no, no, no.

No puedo permitirlo.

No puedo.

Si lo hago, estoy acabada.



rivals

pucking hearts • 2

Torpemente, me bajo de su regazo y casi caigo de rodillas. Me arreglo rápidamente y me paso el cabello por detrás de los hombros.

—No doy puñetazos por debajo de mi peso —me burlo mientras intento controlar mi agitada respiración—. Esta nunca fue una pelea justa. Siempre iba a ganar. —Sonrío y retrocedo unos pasos para no caer de nuevo en la tentación.

—Ah, gatita —empieza, frotándose el pulgar sobre el labio inferior hinchado mientras su otro brazo se descuelga sobre el sofá—. Es adorable cómo crees que ya has ganado. ¿Nadie te ha enseñado que un combate de boxeo acaba cuando suena la campana? —se burla, poniéndose la mano en la oreja—. Y yo no oigo nada, ¿y tú?

—En realidad, creo que he oído suficiente. Buenas noches, Nichols. Hemos terminado aquí.

Mientras me apresuro hacia su puerta para salir, le oigo reírse por lo bajo, pronunciando lo que parece una maldición, más que una simple premonición.

—No, gatita. Estamos lejos de terminar. Esto... es sólo el principio.



96



power
play

IVY FOX

CAPÍTULO 9



TRENT

El entrenador Byrne entra en mi despacho visiblemente agotado. Cuando se deja caer en la silla frente a mi escritorio por puro agotamiento mental, casi siento lástima por él.

—Así de mal, ¿eh? —pregunto, sabiendo cuál será su respuesta con sólo mirarle.

—Niños. A veces me siento como si hiciera de niñera —se lamenta con un ronco suspiro, pasándose la mano por la calva—. ¿Es demasiado temprano para que me ofrezcas una copa? Porque después de la sesión de entrenamiento de esta mañana, creo que me debo una.

Me levanto y me acerco al pequeño bar que guardo en mi despacho para estas ocasiones.

—Déjame adivinar... ¿Wilder?

—No. —Byrne sacude la cabeza—. Sorprendentemente, después de nuestra pequeña charla de esta mañana, Nathan pasó la mayor parte del entrenamiento con la cabeza gacha, haciendo lo que le decían. Aunque me inclino a creer que su repentina y mansa obediencia se debe más al miedo a una posible suspensión del equipo que a remordimientos por su reciente comportamiento —explica mientras me mira servir un poco de whisky en un vaso—. Wilder no me ha provocado esta migraña adormecedora. Donovan es el que me pone de los nervios.

Ni siquiera pierdo el tiempo preguntando de qué Donovan está hablando.

Jack es demasiado profesional para hacerle pasar un mal rato a su entrenador. Su hermano menor Caleb, por otro lado...

—Si el chico pudiera evitar que los discos entraran en la red con la misma tenacidad que tiene para hablar, seríamos imparables.



—Conoces las reglas. Jack y Caleb son un paquete. Si queremos que Jack siga jugando para nosotros, debemos aguantar a su hermano sabelotodo. Además, es un gran portero. Podríamos haber hecho mucho peor que ficharlo.

—¿Estás seguro? Porque casi podría jurar que tenía toda una mata de cabello en la parte superior de la cabeza antes de que ese chico entrara en mi vida.

Le doy su bebida, que se bebe de un trago.

—¿De qué iba la pelea de hoy? —le pregunto.

—¿Te doy una oportunidad para adivinar?

Wilder.

—Ese maldito vídeo ha causado un gran revuelo en el equipo. La mayoría de la vieja guardia sabe que Nate nunca se metería en una pelea sin causa justificada, pero algunos de los jugadores más nuevos tienen sus dudas. Especialmente los calentadores de banquillo. Uno de ellos debió de decir algo en ese sentido y, por desgracia, Caleb lo oyó por casualidad. El chico se aseguró de dar a todos un mal rato en la práctica. No podía mantener la boca cerrada ni aunque le metiera un disco por la garganta.

—¿Y Wilder? ¿Hizo algo?

—No. —El entrenador se desploma en su silla—. Después de regañarle, el chico estaba demasiado deprimido como para prestar atención a lo que se decía a sus espaldas. Pobre chico.

—Es un hombre adulto, Byrne. No es un niño. Ya debería saber que sus acciones tienen consecuencias.

—Soy consciente —replica Byrne descorazonado.

Cruzo los brazos sobre el pecho mientras Byrne cuida el vaso vacío sobre su regazo.

—¿Así que Wilder se tomó todo lo que le dijiste al pie de la letra? ¿No te desafió cuando le dijiste que viera al Dra. Seymour? —pregunto, queriendo saber dónde está la cabeza de Wilder.

—Oh, me retó bien, pero tiene más miedo de que lo echen del equipo que otra cosa. Él la verá. También le parece bien hacer alguna obra de caridad que sugeriste.

—Me alegra oírlo. —Sonríe, sabiendo que eso apaciguará a Rex, ya que últimamente está volcado en sus obras benéficas. Pero cuando mi entrenador se calla, intuyo que hay algo más en su conversación.

—¿Tienes algo más en mente? —pregunto rotundamente

—Sólo me preguntaba —dice vacilante—. Si tal vez podríamos haber tomado un enfoque diferente.

—¿Como qué?



—No lo sé. —Suspira bruscamente mientras coloca su vaso vacío sobre mi escritorio—. Quizá... no lo sé. ¿Quizá estamos siendo demasiado duros con él? Puede que tenga mal genio, pero ambos sabemos que no es un matón.

—No es así como los medios de comunicación están dando vueltas a esto —replico con firmeza—. No olvidemos que debemos asegurarnos de que la reputación de los Guardians no se vea empañada por la mala elección de acciones de ningún jugador. Wilder incluido.

—Lo sé. Lo sé. Todavía me duele verlo. Nate no se merece este bombo mediático. Es un buen jugador y un mejor hombre. Tan bueno como se puede ser. Apostaría mi último centavo a que la pelea de anoche fue provocada. Nate no golpearía a un pobre imbécil sólo por diversión —defiende.

—Ese no es nuestro problema —replico fríamente—. Nuestra única preocupación es que los Guardians ganen la liga y se clasifiquen para la Copa Stanley este año. Todo lo demás es irrelevante. Si Wilder no puede controlar su temperamento, entonces no me deja otra opción. Me niego a dejar que mi equipo se desvíe porque uno de sus jugadores no pueda mantener la cabeza fría.

Desplomado en mi silla, Byrne parece tan derrotado como probablemente lo estaba Wilder cuando salió de esta oficina hoy mismo.

No lo entiendo.

La verdad es que no.

Tanto Byrne como Wilder deberían estar jodidamente eufóricos por cómo han salido las cosas, teniendo en cuenta que anoche estuve a punto de despedir a Wilder.

Si no hubiera sido porque Piper llamó ayer a mi puerta y me dijo lo que había, además de hacerme una oferta justa, aunque muy cara, para mantener a Jack en el equipo, Wilder estaría ahora mismo en la calle. Como la astuta agente que es, Piper utilizó su influencia para proteger a su problemático jugador mientras yo aprovechaba la oportunidad de asegurar al capitán de nuestro equipo con los Boston Guardians durante otros ocho años.

Todo el mundo debería estar jodidamente extasiado, pero por la expresión de la cara del entrenador, parece que esperaba más de mí. Comprensión, tal vez. No, esperaba empatía.

Ah.

No es que tenga nada en contra de Wilder. Me gusta tanto como cualquier otro jugador de mi equipo. Pero mi lealtad está con el club, ante todo. Los Guardians siempre son lo primero. Siempre.

Es crucial que Byrne y yo estemos en la misma página, lo que significa que tiene que dejar de ser un corazón sangrante al respecto y ocuparse del asunto.

—Vigila a Wilder, Byrne. Yo haré lo mismo. Si se atiene a las reglas y limpia sus actos, no deberíamos tener más problemas en lo que a él respecta.

—¿Y si no lo hace? Si se mete en más problemas, ¿qué hacemos entonces? —pregunta, con una mezcla de miedo, y algo que parece mucho a esperanza en los ojos.



—Ese es mi problema. No el tuyo, entrenador. Yo me encargo.

—Eso es lo que me preocupa. Cómo... lo manejarás —murmura en voz baja, pero no lo suficiente como para que no me dé cuenta—. Sólo espero que la doctora Seymour haga su magia para ayudar a combatir cualquier demonio que ese chico tenga dentro. Es la única forma en que veo que algo bueno saldrá de todo esto.

Yo también lo espero.

Por su bien.

Se oyen unos suaves golpes en la puerta que acaban desviando mi atención de un angustiado Byrne.

—¿Sí?

—Siento mucho interrumpir su reunión, señor Nichols, pero Rex Jones solicita su presencia en su despacho inmediatamente —informa Brigitte.

—¿Ahora? —Levanto una ceja, curioso por saber por qué Rex no se puso en contacto conmigo directamente.

—Me temo que sí. Sonaba bastante urgente.

—¿Dio alguna indicación sobre a qué se refiere?

Ella sacude la cabeza.

—Muy bien entonces. Dile que voy para allá.

Asiente cortésmente antes de salir de mi despacho para volver a su mesa.

—Lo siento, Byrne. Parece que me necesitan en otra parte.

—Hmm. Mejor no hacer esperar a Rex. Ha estado actuando muy raro últimamente —reflexiona Byrne.

—Tú también te diste cuenta, ¿eh?

Asiente con la cabeza.

—Este año no ha venido a los partidos de pretemporada con sus habituales palabras de ánimo. En el pasado, siempre acudía junto a Martha para levantar la moral del equipo expresando su absoluta fe en ellos. Su ausencia la hemos sentido todos.

—Ha sido un año duro para él —intento defender la repentina apatía de Rex.

—Lo sé. —Byrne suspira tras levantarse de su asiento—. Si la santa de mi mujer muriera tan inesperadamente, tampoco estoy seguro de recuperarme nunca.

Incapaz de identificarme con semejante sentimiento, mis cejas se tensan aún más sobre mi frente.

No puedo imaginarme llegar a estar tan desamparado emocionalmente por culpa de una mujer, por mucho que me importara.

Parece que todo lo que hace el amor es lisiar a la persona que una vez fueron.

No veo ningún beneficio en ello.

Sólo dolor.



—Bueno, supongo que te dejaré con ello, Trent. Espero que tengas mejores noticias para Rex que yo.

Veo a Byrne salir de mi despacho en peor estado que en el que llegó, lo que me hace preguntarme si está a la altura de los retos que el club tiene por delante.

Necesito un entrenador en el que pueda confiar. Uno que quiera ganar, sin importar el sacrificio.

No uno que prefiera mimar a los jugadores después de que se hayan cagado en la cama.

Como no quiero pensar en eso, me dirijo a mi escritorio para recoger la chaqueta del traje. Después de asegurarme de que mi aspecto vuelve a ser impecable, subo al despacho de Rex.

La única razón por la que Rex podría estar llamándome para verlo tan de repente debe tener algo que ver con Wilder y esta tormenta de mierda en la que ha metido al club.

Es la única razón que veo para que no me haya llamado directamente o no haya bajado a verme.

Debe de estar de mal humor y no quiere que nadie le vea en su peor momento.

Al pasar junto al escritorio de mi secretaria, engancho el dedo para que Brigitte me siga hasta el ascensor.

—Antes de que vuelva, asegúrate de averiguar cuándo es la primera sesión de terapia de Nathan Wilder con la Dra. Seymour. Una vez que tengas esos detalles, quiero que nos reserves un almuerzo en Étoile d'Or la semana siguiente. Eso debería darle a la buena doctora tiempo suficiente para conocer a Wilder.

Brigitte asiente mientras anota todo en su fiel bloc de notas.

—También quiero estar al tanto de todo lo que haga Wilder. Quiero tener su itinerario completo en mi mesa al final del día.

—Sí, señor. ¿Hay algo que deba vigilar con respecto a él?

—Sí. Si habla con un periodista, necesito saberlo.

—Por supuesto, señor. Estoy en ello.

—Bien. Gracias.

—¿Necesita algo más de mí, Sr. Nichols? —pregunta una vez que llegamos a las puertas del ascensor.

Una sonrisa se dibuja en mis labios cuando aflora cierto recuerdo.

No creo que vuelva a mirar un ascensor sin pensar en *ella*.

—En realidad, sí. Hay una cosa más que puedes hacer por mí. Me gustaría que enviaras flores a Piper Lee a la sede de ESA.

—¿Flores, señor? —dice Brigitte confundida.



—Sí. Envía un arreglo de rosas rosa pálido. —Sonrío, recordando el color de los muchos cojines que Piper tenía decorando su casa.

—Muy bien. —Brigitte asiente mientras entro en el ascensor—. ¿Quiere una tarjeta para ella también?

—Sí. Que diga: “Me debes, Lee. Y tengo toda la intención de cobrar”.

No se me escapa cómo la mandíbula de mi secretaria cae al suelo ni lo rápido que vuelve a levantarla para no ofenderme, justo a tiempo para que las puertas del ascensor se cierren sobre su rostro semi asombrado.

No es que su opinión sobre mí sea de mi incumbencia.

De hecho, la percepción que la gente tiene de mí nunca me ha molestado. Sin embargo, entiendo que se sienta desconcertada. Nunca le he pedido que haga un recado así en los años que lleva trabajando para mí.

No soy el tipo de hombre que compra flores.

Debo de estar poniéndome sentimental con la edad.

Ja.

Si tuviera algo de vergüenza o una pizca de decencia, no le enviaría flores a una mujer diez años más joven que yo sólo para molestarla un poco. Dejaría a la pobre chica en paz y dejaría que la tórrida noche que compartimos se acabara.

Ojalá pudiera borrar esa noche de mi memoria con la misma facilidad con la que descarto los juicios de los demás sobre mí.

Una vez llego al piso de Rex, me aseguro de contener la sonrisa que siempre me brota cuando pienso en follarme a la dulce Piper Lee.

—Ah, aquí estás. Me preguntaba cuándo llegarías —me saluda Rex cuando entro en su despacho—. ¿Todo bien en la pista?

—¿Estás realmente interesado? Porque el entrenador Byrne tiene la impresión de que ya no te importa lo que pasa en tu propio estadio.

—¡Tonterías! —replica insultado—. Claro que me importa.

—Entonces tendrás que explicarle por qué no apareciste en la pretemporada para dar tu tradicional charla de ánimo este año. Si parecía enfadado por ello, me imagino cómo se habrán sentido los jugadores cuando se dieron cuenta de que no estabas allí para animarlos.

—Tenía intención de ir... —empieza a decir, con su ánimo alegre ya olvidado.

—¿Pero surgió algo más importante que tu equipo? —termino por él.

—Sabes muy bien que no. Es sólo que... demasiados recuerdos —dice como si fuera toda la explicación que necesito. Para otra persona, puede que no lo fuera, pero para mí, es suficiente.

—¿Por qué no te sientas, Trent? —dice, queriendo alejar el tema de por qué ha estado tan apartado últimamente de los asuntos del club.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me va a gustar la noticia que me vas a dar? Quizá debería quedarme de pie por si tengo que salir corriendo —intento bromear, pero cuando Rex ni siquiera esboza una sonrisa, sé que va en serio.

—Confía en mí, Trent. Querrás sentarte para esto.

—Bueno, eso es un comienzo tranquilizador —replico con sarcasmo—. ¿Esta charla tiene algo que ver con un tal Lawrence Preston III?

Cuando los ojos de Rex se abren de par en par, tengo mi respuesta.

—Me lo imaginaba —refunfuño, sentándome en su sofá de terciopelo verde y extendiendo los brazos sobre el reposacabezas—. Últimamente te comportas de un modo muy extraño desde que volvió.

—No me di cuenta de que había sido tan obvio. Ni siquiera estaba seguro de que supieras quién era.

—Me ocupo de saber todo lo que pueda afectar a mi equipo. Y eso incluye a su propietario. Por eso me has contratado para ser el gerente general de los Guardians, después de todo.

—Muy cierto. —Suelta una larga exhalación—. Tengo que reconocerlo, Trent. Siempre has ido un paso por delante de todos. Incluso yo.

—Ese no debería ser el caso. Debería estar al tanto de todo lo que pasa por aquí.

—Puede ser, pero yo sigo siendo el que manda. Por el momento, al menos.

¿Qué mierda?

—Rex... ¿Qué has hecho? ¿Por qué este niño bonito del fondo fiduciario tiene conversaciones secretas contigo? ¿Qué le prometiste exactamente? Dime, Rex. ¿Qué demonios hiciste?

—Nada que no sospecharas que ya hacía.

—No lo hiciste —suelto, atónito, levantándome de mi asiento—. Por favor, dime que no vendiste a los Guardians.

—No, no. No he vendido el club —replica—. Al menos no todavía. Pero es verdad. Preston me hizo una oferta. La primera vez que vino a mí con la propuesta fue hace unas semanas en la recaudación de fondos de Martha, y ha sido muy... insistente en que considere su generosa oferta.

—¿Y lo estás? ¿Considerándola?

—Mentiría si dijera que no.

A la mierda.

Mierda.

Mierda.

—Pero sólo porque un hombre me haga una oferta no significa que no vaya a dejar que otros hagan sus ofertas también. Si voy a dejar todas las organizaciones

benéficas en las que Martha ha invertido tanto tiempo y energía, entonces tengo que hacer el mejor trato posible. Sólo así me veo vendiendo el club.

Estupendo.

No sólo está pensando en vender el equipo a un desconocido, sino que lo hace para cumplir los últimos deseos de su difunta esposa.

¿Cómo carajos voy a competir con eso?

—Nada está escrito en piedra, Trent. Ahora mismo, Lawrence y yo estamos en la fase de luna de miel de las negociaciones. Dicho esto, tengo toda la intención de dejarme cortejar por tantos pretendientes ricos como Boston pueda proporcionarme. Me niego a acostarme con el primero que me diga que soy guapo —bromea, aunque oigo la advertencia en su voz.

—Mierda. Realmente estás empeñado en esto.

—Lo estoy. Es hora de que vuelva a casa. Boston era de Martha. Ella es la única razón por la que vine al este para empezar. Ahora que ya no está aquí, creo que es hora de hacer las maletas y volver a mi rancho de Texas. El ganado y los caballos dan menos trabajo que estos jugadores de hockey. Hablando de eso, ¿has manejado la situación de Wilder?

—Sí. Está controlado —refunfuño, aun asimilando el bombazo que me acaba de soltar.

—Bien. Porque escucha, Trent, y escucha bien —empieza con un brillo amenazador en los ojos—, si no consigo lo máximo por este club por culpa de una manzana podrida, te haré personalmente responsable. El nuevo propietario querrá saber quién merece quedarse y qué cabeza debe rodar. No me hagas darle tu nombre, hijo, sólo porque no pudiste domar a un Mustang fuera de control —advierte—. Ya sabes cómo funciona esto. Basta con que un caballo salvaje ande suelto para que los demás se hagan la tonta idea de que ellos también pueden desbocarse. Necesitan una mano dura que les enseñe que ésta sigue siendo *mi* casa. No la suya. ¿He sido claro?

—Como el agua —respondo apretando los dientes.

—Me alegro de que nos entendamos.

Sí, entiendo.

Entiendo que no sólo tendré que aguantar a un niño rico engreído que quiere jugar a ser dueño de un club, sino que tengo que asegurarme de que ninguno de los jugadores le joda el negocio a Rex si quiero salvar mi propia cabeza.

Sí.

Lo entiendo perfectamente.

Y no me gusta una mierda.



CAPÍTULO 10



PIPER

—Esto es malo. Quiero decir, esto es realmente malo. ¿Verdad? — Toby aparta los ojos del portátil para mirarme nervioso.

No respondo y mantengo los ojos fijos en la pantalla, leyendo cada absurda entrada de blog que pinta a Nathan como lo peor que le ha pasado a la NHL.

Está la mala publicidad. Y luego está esto: una chapuza con la única intención de arruinar la vida de mi jugador.

Cierro la pantalla del portátil de un manotazo, no quiero leer ni una frase más de esa porquería y empiezo a pasearme por el suelo de la oficina.

—¿Se lo decimos? —pregunta Toby, moviéndose en su asiento con ansiedad.

—Mejor que no lo hagamos. Nathan ya tiene bastante con lo suyo. Si le decimos que la persona que le grabó en vídeo aquella noche en el bar no solo lo subió a todas las plataformas sociales que existen, sino que además creó una página web decidida a arruinar su carrera, bueno... digamos que podría ser la gota que colmara el vaso.

—Al menos no lo han suspendido ni despedido. Eso significa que Wilder está a salvo. O al menos que aún hay esperanza para él, ¿verdad? —Toby pregunta con el optimismo inocente de un niño que ve Bambi por primera vez: todo son arco iris de colores y flores de dibujos animados hasta que la madre de Bambi recibe dos balazos en la cabeza.

—Despierta, Toby. —Le chasqueo los dedos en la cara para que vuelva a la realidad—. Vamos a necesitar mucho más que esperanza si este tipo de páginas web empiezan a aparecer como setas. Lo único que tenemos a nuestro favor es que la memoria de la gente es voluble. La mayoría tiene la capacidad de atención de un pez. Pero si lo primero que la gente encuentra cuando busca a Nathan en Google son entradas de blog como la que acabo de leer, entonces su cagada bien podría ser la

letra escarlata que acabe llevando el resto de su vida. Nunca lo superará, lo que nos traerá todo tipo de problemas.

—Entonces, ¿qué hacemos? No podemos ignorarlo, ¿verdad? —pregunta Toby, abriendo de nuevo su portátil para echar un vistazo más a la sórdida página web.

—No, no podemos ignorarlo. Pero tampoco podemos ser vistos legitimándolo. —Me muerdo el labio inferior, intentando pensar en una forma de aclarar esto sin que Nathan se entere—. No. Nos lo guardamos para nosotros y lo controlamos de cerca. Dejemos que los muchachos expertos en informática rastreen la dirección IP y encuentren a quienquiera que esté detrás del sitio web. Quizá si tenemos una dirección, podamos hacerles una visita y hacerles entrar en razón.

—Eso podría funcionar —interviene Toby, que parece encantado con la idea—. Tal vez si les explicamos que estas tangentes en línea tienen repercusiones en la vida real, se detendrán. Sólo tenemos que explicarles que Nathan no es sólo una figura de hockey. También es un hombre. Un hombre con sentimientos reales y emociones humanas. Quizá si jugamos con su naturaleza humana, retiren la página web.

Miro fijamente a mi joven ayudante y parpadeo dos veces para asegurarme de que le oigo bien. Pero cuando Toby mantiene esa expresión de bobo en la cara, como si acabara de resolver el calentamiento global o algo así, es demasiado para mí.

—Bambi —digo.

—¿Eh? —pregunta Toby confundido.

—Así empezaré a llamarte si no dejas de ser tan malditamente ingenuo. —Dejo escapar una exhalación exagerada—. No, Toby. Esto no es una pelea de parvulario. No somos los padres de Nathan, y estos no son unos putos niños con teclado bravucón con los que estamos tratando. No vamos a su casa a pedirles que dejen de meterse con Nathan porque el acoso está mal. Somos putos agentes deportivos, y quienquiera que esté detrás de esta web es un puto adulto. Así que hacemos lo adulto. Los compramos. Les tiramos suficiente dinero a la cara para que ni se les ocurra volver a escribir una reseña en Yelp, y mucho menos un artículo mordaz en un blog.

—¿Y si se niegan? —Toby hace un mohín.

—Entonces, Bambi, emprendemos acciones legales y pillamos a los idiotas por difamación. —Sonrío amenazadoramente.

—Hasta ahora, nada de lo que ha escrito esta persona me parece falso —bromea Toby, buscando una mentira en la web—. Quizá un poco exagerado, pero nada que podamos decir es una mentira descarada.

—¿Vas a insistir en solo darme problemas hoy? —refunfuño, levantando los brazos—. Lo que necesito son soluciones. Problemas que ya tengo.

—Lo siento, jefa —se lamenta, agachando la cabeza.

Dejo escapar un suspiro frustrado porque Toby sigue pareciendo un cachorrito herido, y yo necesito que sea un maldito Rottweiler feroz.



—¿Qué hay de la chica? ¿La que Nathan dice que rescató en el bar? ¿Alguna novedad al respecto? —pregunto, necesitando concentrarme en algo que no sea esa maldita página web.

Toby niega con la cabeza.

—Pagó en efectivo, y el vídeo sólo captó un atisbo de su espalda al salir corriendo del bar. No hay forma de que la encontremos. A menos que ella se presente, no estoy seguro de que tengamos una oportunidad de saber quién es.

Mis hombros se tensan porque eso es lo que me temía.

Ese vídeo ya se ha hecho viral.

Si yo estuviera en su lugar, tampoco querría participar.

El hecho de que la gente no sepa quién es la mantendrá en el anonimato por el momento. Cuando salga a la luz y haga saber al mundo lo que realmente ocurrió aquella noche, su vida cambiará drásticamente. Quedará vinculada para siempre a la noche en que Nathan la salvó de ser agredida y siempre se la considerará la víctima.

Nadie merece vivir así.

—No importa. Olvídate de la chica. Concentrémonos en lo que podemos hacer. De todos modos, es mejor pasar el tiempo así —digo después de recoger mi chaqueta—. Tengo una comida importante a la que ya llego tarde. Si me necesitas, llámame.

—Lo haré, jefa.

Salgo de la sede de ESA y pido un taxi que me lleva a la Étoile d'Or, donde estoy segura de que Lottie lleva esperándome diez minutos. Normalmente, estaría encantada de pasar un buen rato con mi mejor amiga, pero, por desgracia, he reservado este almuerzo con un motivo oculto.

Si fuera una buena persona, me sentiría mal por lo que voy a hacer, pero no soy así.

Tiempos desesperados requieren medidas desesperadas, y en este momento, Lottie podría ser mi única esperanza.

La idea me vino a la cabeza con algo que Nathan me dijo cuando la mierda golpeó el ventilador. El entrenador Byrne le sugirió que se buscara una buena chica para mantenerse ocupado y alejado de los problemas. Aunque su sugerencia fuera de lugar podría haber sido hecha con las mejores intenciones, vi la simple brillantez en ella.

Nathan está siendo representado como el chico del póster de la masculinidad tóxica en ese horrible sitio web. Sé a ciencia cierta que Nate no es Andrew Tate. No representaría a semejante basura si lo fuera. Nathan puede parecer intimidante y rudo, pero todo es una fachada. Para un hombre de su tamaño y complexión, es bastante sensible y, sospecho, también solitario, justo los atributos que mi mejor amiga, con un corazón sangrante y una actitud de todo el mundo merece amor, busca en un cliente.



De nuevo, debería sentirme algo culpable por haber concertado esta cita para comer con segundas intenciones.

Pero no lo hago.

Supongo que eso dice mucho del tipo de persona que soy.

Sin querer profundizar demasiado en los motivos, me centro en la misión que tengo entre manos y rezo para que mi mejor amiga no me rechace.

Al bajar del taxi y entrar en Étoile d'Or, veo fácilmente a Lottie. Con el aspecto de una muñeca de uno de esos viejos carteles de los años cincuenta, mi mejor amiga me saluda con la mano y su brillante sonrisa elimina todo el estrés que me ha agobiado durante los últimos días.

Esa es la magia de Lottie: una sonrisa y todo está bien en el mundo.

En cuanto llego a la mesa, me abraza, sin importarle quién vea esas muestras de afecto. Nunca me han gustado mucho los abrazos. A excepción de mi madre y... bueno... Lottie es la única persona a la que dejo que me abraze así. La única forma en que puedo soportar ese tipo de intimidad es durante el sexo. Fuera de eso... se siente demasiado real para mi comodidad.

—Todavía estoy cabreada por haber tenido que concertar una cita con tu asistente para verte para comer —le digo, liberándola del abrazo del oso y tomando asiento en nuestra mesa.

—¿Es tu forma sutil de decir que me has echado de menos? —Parpadea.

—Sabes que lo hice. Siempre lo hago —le digo con seriedad.

—Yo también te he echado de menos.

Se me hincha el corazón al ver la sinceridad en sus ojos.

Esa es la otra característica de mi mejor amiga: aparte de mi madre, es la única persona en la que confío implícitamente y a la que quiero con todo mi corazón. Lottie es buena hasta la médula. Ve lo bueno en las personas que ellas no ven en sí mismas. Quizá por eso somos amigas desde que éramos pequeñas. Ella ve mi bondad, incluso cuando creo que estoy en bancarota.

—Cuéntamelo todo —pregunta Lottie después de que hayamos pedido la comida—. Ponme al día de lo que te ha estado pasando —dice entusiasmada—. ¿Cómo va el trabajo? ¿Algún cliente nuevo? ¿Cómo están tus padres? ¿Algún hombre nuevo en tu vida?

—Apenas tengo tiempo para respirar, mucho menos para salir. —Me río, pasando la yema del dedo por el borde de mi vaso de agua, imaginando el líquido claro contaminado por aceite oscuro de obsidiana.

—Lo harías si me dejaras emparejarte con uno de mis clientes —se apresura a replicar Lottie mientras me mueve las cejas de forma sugerente.

—No, ni se te ocurra, Lottie. Estoy demasiado ocupada para echar un polvo, mucho menos para encontrar al *elegido*. El elegido puede esperar. Tengo demasiado en mi plato como es. Sólo el pensamiento de entrar en una relación seria en este



momento me enviaría directamente a un manicomio. Estoy loca, pero no *tanto*. —Finjo una sonrisa de satisfacción, sin querer contarle la verdadera razón por la que hace más de un mes que no consigo ligar.

No tiene nada que ver con mi apretada agenda, sino más bien con cierto gerente general de ojos oscuros que se ha empeñado en poner un alto a cualquier enganche en el horizonte.

Odio mentirle a Lottie, pero es una romántica de corazón.

Simplemente no lo entendería.

Lottie quiere que todo el mundo tenga una oportunidad en esa vida de cuento de hadas, con sus vallas blancas y sus 2.5 hijos.

Pero ese tipo de vida me da mucho miedo.

Creo que nunca estaré preparada para ese espectáculo de terror.

O incluso quererlo, para el caso.

Afortunadamente, nuestra conversación se aleja de mi vida amorosa —o más bien de la falta de ella— y se centra en la suya. Solo cuando sale el tema del concierto de Hozier siento como si la conversación se hubiera desviado hacia mí sin que ella se diera cuenta. Me alegro de poder concentrar toda mi energía contenida en mi odio hacia su novio, Cooper, y en cómo esa rata bastarda fue la razón por la que Lottie me abandonó aquella noche. Omíto a propósito el pequeño detalle de ver actuar a nuestro cantante favorito entre bastidores y de llevarme a Trent Nichols a casa después para follarle los sesos.

Sí.

Lottie no me dejaría salir de este restaurante hasta que le contara todo el meollo si sospechara que tal cosa había sucedido.

Y como el tiempo apremia para un jugador de hockey en apuros, tampoco tengo tiempo de explicar cómo una noche con Trent ha hecho que no pueda volver a follar con nadie en un futuro próximo.

Ansiosa por llegar a la verdadera razón por la que he concertado esta cita para comer, empiezo a quejarme de mis problemas actuales y le enseño el vídeo de Nathan para que vea por sí misma el lío que tengo que desenredar. Por dentro, estoy hecha un manojo de nervios porque necesito que ella vea más allá de Nathan pegando a un hombre con gafas y se concentre en su verdadero potencial.

Con lo que no contaba era con que Lottie se diera cuenta de la farsa y me llamara la atención.

—Espera... ¿me estás pidiendo que lo acepte como cliente... para un truco publicitario? No. Por supuesto que no.

Atrapada.

Esa es la otra cosa sobre Lottie, es demasiado inteligente para su propio bien. O, en este caso, para *mi* propio bien.



Para hacer un rápido control de daños, me pongo a despotricar, explicando la mierda profunda en la que Nathan se ha metido y que no veo cómo su imagen será reparada sin su ayuda. También destaco las buenas cualidades de Nathan y por qué creo que se beneficiaría de un poco de compañía femenina.

—Piper, esto no es de lo que va mi negocio. Intento encontrar el amor para gente que lo busca de verdad. Gente que está preparada para construir una vida con alguien. No es un truco o algo que puedas utilizar para engañar a los medios de comunicación —continúa regañando—. Si tu jugador de hockey necesita una mujer que le cuelgue del brazo, como tú bien dices, hay un montón de servicios de acompañantes por ahí a los que puedes llamar y darle la experiencia de novia.

—Eso no es lo que necesito, y eso no es lo que te estoy pidiendo, Lottie. Has visto el vídeo. ¿Puedes decir honestamente que el hombre que acabas de ver no se beneficiaría de estar en una relación cálida y amorosa?

Cuando veo que se muerde la mejilla, sé que casi la tengo.

»Lo único que saben estos jugadores de hockey es abrirse paso a golpes contra sus rivales en una pista de hielo para meter un disco en el fondo de la red. Muy pocos de ellos tienen tiempo para salir con alguien y, menos aún, para encontrar una buena mujer dispuesta a aguantar sus apretados horarios de arduos entrenamientos y viajes por todo el país a todas horas. Estos chicos necesitan un descanso en el hielo, pero también en la vida. Todo lo que te pido es que al menos entrevistes a Nathan. A ver si encaja. Si no, no lo aceptes como cliente. Pero al menos habla con él —le suplico mientras rezo para que le dé una oportunidad.

Sólo una.

—¿Eso es todo lo que quieres? —Me mira con suspicacia—. ¿Sólo quieres que lo entreviste?

—Sí, eso es. Lo juro por Dios —prometo, haciendo un signo de cruz sobre mi corazón para demostrar que lo digo en serio.

—Y si me da malas vibras o no pasa mi cuestionario de bandera roja, ¿no me echarás la bronca si lo mando a volar?

—No oírás ni pío de mí. Te lo prometo, meñique —le digo, tendiéndole el dedo para que lo enlace.

—Tienes mucha suerte de que te quiera —refunfuña derrotada, entrelazando su meñique con el mío.

—¿No lo sé? Te deberé una por esto. —Me río, sintiendo que me he quitado un peso de encima.

—Oh, mejor que lo creas. —Ella gime—. Y puedes empezar pagando el almuerzo.

—¡Sin problema!

Pagaría por eso y algo más.

Diablos, si esto funciona, le compraría un maldito auto.



Hice mi parte.

Conseguí que mi mejor amiga de corazón de oro cediera al entrevistar a Nathan.

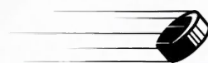
Le corresponderá a él hacer el trabajo duro para ganársela.

Con Lottie ahora en la bolsa, todo lo que tengo que hacer ahora es convencer a Nathan.

Esa será otra conversación dolorosa.

Por suerte para mí, tengo una cita en la iglesia este sábado.

¿Cuánto infierno puede darme dentro de una iglesia de todos modos?



Aparentemente, mucho.

En cuanto la palabra casamentera salió de mi boca, Nathan se asustó.

Tanto es así que las únicas palabras que me dirigió durante todo el bautizo fueron un murmurado «me lo pensaré».

En serio, a veces pienso que mis jugadores son unos bebés que necesitan a alguien que les limpie el culo cada vez que se cagan en la cama.

Lo único que no te enseñan en la escuela es que esa es la definición correcta de agente deportivo la mitad de las veces.

Cuando por fin termina el bautizo, me apresuro a salir de allí.

Los bebés y la iglesia no son lo mío.

Sólo vine por Jack.

Y, bueno... Nathan.

Pero como parece que me va a dar la callada por respuesta el resto del día, no veo por qué debería quedarme a la fiesta de Jack, que tendrá lugar en su apartamento después.

—¿Ya te vas? —pregunta Jack en el umbral de la iglesia.

—Ya me conoces. Puede que Dios descansara el séptimo día, pero no hay días libres para un agente deportivo.

—Lo entiendo. —Se ríe entre dientes—. Gracias por venir de todos modos.

—No hay problema. —Sonríe cálidamente—. Sé que has estado ocupado con las niñas y planeando el bautizo de la pequeña Fiona, pero ¿has tenido tiempo de revisar el contrato que te envié?

—¿Espera? ¿Ese contrato era de verdad? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Por supuesto, es de verdad. ¿Crees que bromearía con eso?



—No lo sé. Sólo pensé que tal vez era algún error tipográfico —dice, pareciendo un poco abrumado—. Quiero decir, noventa y seis millones por un contrato de ocho años me parece obsceno.

—No es obsceno. Tú vales eso y mucho más —le digo, y lo digo en serio.

—Piper... con esa cantidad de dinero mi familia estará preparada para toda la vida. Podré jubilarme después de esos ocho años sin preocuparme de si tengo suficiente dinero para enviar a mis hijas a la universidad o no. No... no tengo palabras —dice, con la voz temblorosa.

—Oye, no te ablandes conmigo ahora, Donovan. Recuerda que te cubro la espalda. Siempre cuidaré de ti y de los tuyos.

Cuando sus ojos empiezan a abrirse, empiezo a sentirme incómoda.

—Oye, nada de eso. No quieres ser el padre que llora sin razón.

—Pero hay una razón. Los noventa y seis millones. —Y antes de que pueda detenerlo, Jack me abraza tan fuerte que se me sale el aire de los pulmones.

»Gracias, Piper. Esto... esto significa todo. Para mí. Para mis chicas. No tienes ni idea.

Me esfuerzo por zafarme de su abrazo de oso y le ofrezco una tímida sonrisa.

—Todo en un día de trabajo. Hiciste lo más difícil. Si no hubieras sido un capitán de equipo tan increíble, no habría podido conseguir una cifra tan alta. Todo esto se reduce a ti y a tus habilidades. Yo sólo fui la intermediaria.

—La humildad no te sienta bien, Piper. Sé lo duro que es Trent cuando se trata de negociar contratos. Si está dispuesto a poner el dinero, es porque tú lo convenciste de que lo hiciera.

Mis mejillas se tiñen de carmesí al recordar cómo le convencí.

—Yo... eh... debería irme. Quiero decir, antes de que tu pesado hermano me vea. Ya sabes cómo se pone de coqueto —intento bromear, sintiendo que mi pecho está a punto de derrumbarse sobre sí mismo.

Jack se ríe y me ofrece otra cálida sonrisa, completamente ajeno a que estoy a dos segundos de sufrir un ataque de pánico.

—Sí, definitivamente no queremos eso.

—Eres un hombre valiente, Jack. Si alguna vez tuviera una hija, no haría a ese chico su padrino. Sabes que le enseñará todas las palabrotas que existen antes de que pueda andar, ¿verdad? —bromeo, tratando de contener el dolor que me sube lentamente por todo el cuerpo.

—No sólo lo sé, sino que lo espero. —Jack se ríe—. Puede que mi hermano sea un poco bruto, pero conoce el verdadero significado de la familia. Preferiría morir por mis hijas antes que verlas sufrir un ápice de dolor. Ese es justo el tipo de persona que quiero que cuide de mis hijas.



—¿Qué más querría un padre, verdad? —Me ahogo, sintiendo en el pecho como si alguien me hubiera hecho un agujero.

Recuerdos largamente olvidados de otro hombre que habría hecho cualquier cosa por su niña me asaltan en estruendosas oleadas. El rabillo del ojo empieza a escocerme con lágrimas calientes. Antes de perder la compostura nada menos que a las puertas de una iglesia, me despido rápidamente de Jack y corro hacia mi auto.

Sólo cuando estoy a salvo dentro de casa me dejo llevar por la euforia.

No lloro.

O al menos me digo a mí misma que no soy el tipo de mujer que llora fácilmente.

Pero algunos temas... algunos recuerdos... son demasiado dolorosos para revisitarlos, haciendo que las lágrimas corran por mis mejillas hasta que todo lo que hay... es dolor.

Recojo el teléfono y envío un mensaje a la única persona que comprende mi miseria y mi sufrimiento.

Yo: Mamá... ¿puedo volver a casa? Es uno de esos días.

Mamá: Estaré aquí con una tetera fresca de té de manzanilla.

Mamá: Ven a casa, cariño.

Y cuando me siento con fuerzas para conducir, lo hago.

Me voy a casa.

Sabiendo muy bien que el dolor y la agonía también me esperan allí.



CAPÍTULO 11



TRENT

El ambiente de Étoile d'Or se llena con el sonido melódico del tintineo de copas y cubiertos, acompañado del suave zumbido de la música francesa que suena de fondo mientras los comensales disfrutan de su comida.

Por supuesto, no elegí este restaurante sólo por su ambiente relajado, ni por su marco ideal para promover la conversación. No. Lo elegí estratégicamente porque sé que a *ella le gusta bastante* venir aquí siempre que tiene ocasión.

Y ahora mismo, necesito que la Dra. Roxanne Seymour esté dispuesta y abierta a aceptar la petición que tengo en mente para ella. Si almorzar en el Étoile d'Or puede hacerme ganar puntos con ella, que así sea.

—Gracias por reunirme conmigo con tan poca antelación —digo después de que el camarero se vaya a buscar nuestro pedido.

—Bueno, Trent, no es que me hayas dejado muchas opciones. Tu secretaria insistió mucho por teléfono en que me reuniera contigo hoy. Pero tengo que reconocerlo. Invitarme a comer aquí, de entre todos los sitios, ha sido un bonito detalle —replica sarcástica.

—No tengo ni idea de lo que quieres decir. —Finjo ignorancia.

—Por favor, Trent. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo como para que empieces a jugar conmigo ahora. No insultes mi inteligencia pretendiendo que esto es sólo otro almuerzo entre amigos. Sé exactamente lo que intentas hacer. —Frunce el ceño mientras endereza los cubiertos sobre la mesa.

—¿Y qué es eso exactamente? —Le sonrío.

—Manipularme —murmura decepcionada—. Quieres algo de mí, y estoy bastante segura de que ya sé lo que es —añade antes de bajar la voz—. Quieres que te dé información muy personal sobre Nathan Wilder sin que parezca que me has obligado a romper mi juramento de confidencialidad médico-paciente. Es muy retorcido por tu parte llevarme a comer a uno de mis restaurantes favoritos donde sabes que no podré montar una escena.

—Había olvidado lo bien que me conocías. —Agarro mi vaso de vino tinto para beber un sorbo.

—También fui tu terapeuta hace tiempo. Lástima que no cuajara. —Sonríe burlonamente.

—Sabes que eres una de las pocas personas que se sale con la suya al hablarme así.

—Eso es porque conozco todos tus secretos. —Sonríe más.

—No todos —sonríe.

—Y supongo que debería estar agradecida por ello. —Se ríe—. Pero aunque lo hubieras hecho, seguiría estando obligada por mi juramento a mantener confidencial todo lo que compartieras conmigo. Al igual que estoy legal y moralmente obligada con Nate.

—Si eso fuera cierto, no habrías aceptado mi oferta para comer.

—¿Por qué no? Una comida gratis es una comida gratis —bromea, recogiendo su propia copa de vino.

—Tú y yo sabemos que en esta ciudad no hay comidas gratis. Todo tiene un precio —respondo con firmeza.

—Todo excepto mi palabra a mis clientes. Ese juramento nunca lo romperé.

—Roxanne, sí que sabes cómo colmar mi paciencia —gimo, viendo que extraer cualquier tipo de información útil de mi terapeuta interna va a ser más difícil de lo que pensaba.

—Eso espero, ya que nadie más parece estar a la altura. Alguien tiene que mantenerte alerta, Trent. Oír la palabra “no” de vez en cuando, forja el carácter. Y tú, amigo mío, deberías oírla más a menudo.

Cuando me viene a la mente la imagen de cierta rubia testaruda y tocapelotas, mis labios se transforman en un ceño profundamente fruncido.

Odio la palabra “no”.

Es demasiado limitada y... definitiva.

—Oh, conozco esa mirada —acusa Roxanne, que siempre se da cuenta enseguida de mi disgusto, despertando de inmediato su curiosidad.

—De nuevo, no tengo ni idea de lo que estás hablando —reprendo, bebiendo el resto de mi vino.



—Ni siquiera intentes negarlo. Hace más de dos años que veo ese brillo oscuro en tus ojos. ¿Otra vez la mandona agente deportiva te está dando guerra? ¿Sigues siendo inmune a tus encantos? —me incita, bajándose las gafas de montura negra por el puente de la nariz para irritarme aún más.

Esto.

Por eso limito mis interacciones con la buena doctora a que sean lejanas y espaciadas.

Puede que la considere una amiga, pero eso no significa que no me cabree.

—Había olvidado la memoria tan aguda que tienes. ¿No hay nada que no olvides?

—No cuando se trata de mis clientes. O de mis amigos. —Sonríe—. ¿Te importaría explicar por qué tu mente viajó a ella de repente? O mejor aún, ¿te has dado cuenta por fin de que la famosa Piper Lee es más que una distracción? ¿Que es una obsesión?

—Ya estás otra vez, lanzando palabras como obsesión. Ya te he dicho que la señorita Lee me divierte. Nada más —me defiende, cansado de la misma discusión de siempre—. Eres tú la que parece consumida por esa fijación incontrolable de que yo sienta algo por la señorita Lee que no sea pura diversión.

—Siento discrepar. Si no recuerdo mal, ella fue la razón por la que dejaste de venir a terapia. —Arquea una ceja cómplice—. ¿Por qué tomaste esa decisión si tus sentimientos eran tan superficiales?

—Eso es porque empezaste a usar palabras como obsesión para describir un simple enamoramiento.

—Es la misma cosa. —Tiene la audacia de sonreír—. Me atengo a mi evaluación anterior. Si tus sentimientos por Piper fueran, de hecho, tan inocentes, no habrías terminado nuestras sesiones de terapia tan abruptamente. Ni seguirías todos sus movimientos cada vez que ves a la pobre chica.

—Genial. Ahora haces que parezca un acosador. —Dejo escapar una fuerte exhalación de exasperación—. Y no es una niña. Es una mujer adulta.

Roxanne se echa hacia atrás en su silla, con una amplia sonrisa triunfal en la cara, lo que me pone más nervioso.

—Bueno, eso es un progreso. La última vez que hablamos de Piper, su corta edad te preocupaba. Tengo curiosidad por saber qué te hizo cambiar de opinión.

Follármela de seis maneras en una sola noche me hizo cambiar de opinión.

Nuestra diferencia de edad ya no tenía sentido después de que me dejara corromperla tan a fondo.

—Maldita sea, Roxanne. No te pedí que vinieras para escuchar tus tonterías.

—No, me has hecho venir porque quieres que rompa mi juramento y te cuente detalles personales sobre uno de tus jugadores que compartió conmigo en confianza. De nuevo, no te daré lo que quieres —responde con severidad, ya sin ánimo de burla.



—Puedes decirme si es una amenaza. Sé que puedes decirme eso, al menos.

Se detiene un momento y asiente.

—Sí, supongo que no sería muy poco ético por mi parte. Teniendo en cuenta toda la mala prensa que el pobre hombre ha estado recibiendo, supongo que mucho puedo decirte para tranquilizarte.

Gracias a Dios.

Por último, algo de margen.

—¿Entonces lo es? ¿Es Wilder una amenaza?

—Sólo para sí mismo. —Frunce el ceño.

—Voy a necesitar un poco más que eso de ti, Roxanne —insisto impaciente.

Aprieta los labios y se lo piensa mucho antes de ceder. O todo lo que una mujer testaruda como Roxanne es capaz de ceder cuando se cuestiona su código moral.

—Muy bien. Te diré sólo las cosas que él no se opondría a que yo revelara. De todas formas, tiene la impresión de que sus sesiones se graban en tu beneficio. Pero que él crea que mi lealtad es hacia el club, ante todo, no significa que sea cierto —advierte, dejando claro que sólo divulgará lo mínimo.

—Entendido. —Asiento con la cabeza.

—Muy bien. —Toma otro sorbo de vino antes de decirme lo que quiero.

»Nathan es un ejemplo perfecto de alguien que ha sufrido enormemente en su juventud, tanto en abandono como en abusos. Su trastorno de estrés postraumático se desencadena cuando ve que se cometen injusticias delante de él. Si ve que alguien sufre algún tipo de abuso, es mentalmente incapaz de evaluar con calma la situación antes de actuar. Y cuando la rabia y la ira se apoderan de él, es seguro decir que el impacto emocional de esos sentimientos abrumadores se interpone en su camino para tomar las mejores decisiones.

—¿Así que esa pelea de bar fue qué? ¿Una reacción instintiva a algo que experimentó cuando era niño? —pregunto, tratando de juntar las pistas.

—Me temo que sí —confirma Roxanne.

—¿Y no lo ves como una amenaza para mi equipo?

—No, no es así —se defiende con total convicción—. La única relación sana de Nathan, de la que depende ferozmente, es la que comparte con los demás jugadores de su equipo. Haría cualquier cosa por ellos. Por lo tanto, no es una amenaza para ellos.

—Sólo su reputación —murmuro.

—Ten paciencia con él, Trent —suplica—. Nathan ha estado privado de un sentido de pertenencia y aprobación durante la mayor parte de su vida. Ese tipo de cicatrices tardan años en curarse. Cuando se dé cuenta de su autoestima fuera del hockey y empiece a entablar relaciones que le acepten tal y como es, no deberías tener más problemas con él en el futuro.



—Genial —refunfuño—. ¿Sabes que la paciencia no es mi fuerte?

—Eso es mentira. Eres más que paciente cuando la recompensa te conviene.

—Esboza una sonrisa—. Aunque me sorprende que no veas las similitudes entre tú y Nathan.

—Por lo que sé de él, vivía en un hogar biparental en una zona de clase media-alta de Nueva York. Dime, ¿en qué se parece un tipo así a un tipo nacido y criado en Roxbury? —me burlo.

—Ambos se enfrentaron a adversidades atroces y aun así consiguieron hacer algo de ustedes mismos.

Bueno, ahí me ha pillado.

—Sin embargo, tiene una sobre ti —añade.

—Oh, ¿y qué es eso?

—Nathan no se ha cerrado como tú. Al menos su corazón sigue siendo puro.

—¿Y el mío no? —pregunto divertido, sin sentirme ofendido por su astuto comentario.

—¿Has antepuesto alguna vez las necesidades de otra persona a las tuyas?

—Sabes que no.

—Pues ahí lo tienes —responde con una sonrisa molesta, de “ese es mi punto”.

—Sabes que a veces haces muy difícil que me caigas bien —me burlo, feliz de ver que el camarero ha vuelto con nuestra comida.

—Ya lo sé. Pero ya que estoy aquí, podrías disfrutar de mi compañía. —Ella guiña un ojo, viendo al camarero colocar nuestros respectivos platos delante de nosotros.

Aunque me irrita sobremanera, es una compañía extraordinaria.

Y por las pocas miradas masculinas que capto de un puñado de clientes, probablemente estén de acuerdo conmigo.

Roxanne Seymour es una hermosa mujer de cabello castaño corto que casi besa sus delgados hombros y ojos color whisky fundido que le gusta ocultar bajo unas gruesas gafas de montura negra.

Aparte de su aspecto, Roxanne no sólo es inteligente, sino que también sabe mantener una conversación. Nunca se ha sentido intimidada por mí, pero ella nació y creció en Roslindale, a tiro de piedra de West Roxbury. Por fuera, su barrio parecía mucho más bonito que el mío, pero estaba podrido hasta la médula, igual que el mío.

Tal vez por eso congeniamos desde el primer momento, lo suficiente como para que me convenciera de ir a terapia cuando el estrés de ser el gerente general de uno de los clubes más importantes de la liga me estaba afectando.

Pero es como ella dijo, no cuajó.



Especialmente después de cometer el tonto error de hablar de Piper en una de nuestras sesiones.

Después de eso, perdí la paciencia.

—Parecías preocupado —afirma Roxanne, sacándome de mis pensamientos pensativos.

—Si por preocupado te refieres a molesto, entonces tienes razón —respondo mientras corto mi filete bourguignon en pequeños trozos.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta antes de dar un bocado a su pisto.

—¿Me lo vas a facturar después?

—¿Es necesario?

Dios, odio cuando hace eso.

Desde que señaló que soy aficionado a responder a las preguntas con otra pregunta, me imita en cada oportunidad para que yo sepa lo molesto que es. Dice que lo hago para evitar responder directamente a las preguntas. Yo digo que lo hace sólo para cabrearme.

—Todo va bien —miento.

—Si eso es cierto, ¿por qué pareces tan desanimado? Esto no tendría nada que ver con la venta del equipo por parte de Rex, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, incapaz de disimular mi sorpresa.

—Sé muchas cosas, Trent. Te sorprendería ver cómo la gente confía en una persona cuando esa persona se preocupa de verdad —se burla, clavando el cuchillo siempre que puede.

—Rex te lo dijo, ¿eh?

—Lo hizo —confirma—. Y considerándolo todo, creo que es la elección correcta para él.

Mi cuchillo y mi tenedor golpean mi plato en cuanto dice esas palabras.

—Joder, Roxanne. Por favor, no me digas que lo animaste.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —bromea sin pudor—. Rex merece vivir sus días en paz. Vivir aquí en Boston este último año sólo ha servido para causarle más dolor. Si puede ir a un lugar donde no le recuerden constantemente que la mujer que ama ya no está aquí con él, entonces yo digo, ¿por qué no?

—Porque nunca olvidará a Martha. ¿Has olvidado a Gregg?

Maldita sea.

Eso fue un golpe bajo.

Si las miradas mataran, este Boeuf Bourguignon habría sido mi última comida.

Veo cómo su expresión pasa del dolor a la rabia antes de tomar la decisión de levantarse de su asiento y convencerme de que yo también lo haga.



—Lo siento. Lo siento, Roxanne. Eso... estuvo fuera de lugar —me disculpo profusamente ya que sé que fue un maldito golpe bajo. Incluso para mí. ¡Joder!—. No quise decir eso. Por favor, Roxanne, siéntate. Por favor, Roxanne, siéntate. Termina tu comida al menos.

Hace una pequeña pausa, pero al final vuelve a sentarse frente a mí.

—Realmente eres un idiota sin corazón cuando quieres, Trent Nichols. ¿Lo sabías?

—Eso me han dicho. De nuevo, lo siento. Eso estuvo fuera de lugar.

—Sí, lo estuvo. No... no... vuelvas a decir su nombre.

Asiento con la cabeza, porque ¿qué otra cosa puedo decir después de haberme ido de la lengua y haberla herido justo donde más daño podía hacerle?

Soy un idiota sin corazón, de acuerdo.

—Eh... c-como... Rex —comienza tartamudeando, su voz temblorosa me hace sentir aún más como un pedazo de mierda—. No tengo medios para recoger mis cosas y marcharme de Boston sin más —añade una vez que recupera el control total de su voz—. Créeme, si pudiera, ya lo habría hecho. Pero mi familia y mis amigos están aquí. Mis clientes, mi trabajo, incluso mi insoportable jefe, están aquí. Todo lo que Rex tiene es un club que ya no le da ninguna alegría. No cuando todos sus recuerdos están atados a Martha. Así que sí, Rex no debería ser obligado a permanecer en un lugar donde sólo reside el dolor. Y esta no es sólo mi opinión profesional, sino también personal.

—Una vez me dijiste que nuestros problemas nos siguen a todas partes —señalo—. Que no debemos huir de ellos, sino afrontarlos de frente.

—No es de nuestros problemas de lo que necesitamos escapar. Son los recuerdos los que consumen nuestra cordura.

Me reclino en mi asiento y pienso en ello un momento.

Quiero decir, pienso realmente en lo que está tratando de explicar.

—Rex necesita un respiro de su miseria, Trent —añade cuando ve que realmente intento entender de dónde vienen los dos—. La mayoría de los hombres en su situación intentarían cualquier cosa por un momento de paz. La mayoría encontraría ese adormecimiento al final de una botella o prostituyéndose por la ciudad con tal de sentir cualquier cosa que no fuera el dolor aturdidor de perder a la persona que más amaban. Rex no hace eso. Su forma de sobrellevar la pérdida es mudarse a un lugar que alberga algunos de sus recuerdos más preciados. Recuerdos que no están manchados por la ausencia de Martha.

—¿En el rancho, quieres decir?

—Sí. Es cierto que nunca olvidará a Martha y que siempre sentirá su ausencia, pero en el rancho, al menos puede despertarse sin el pedrusco en el pecho que lo asfixia todo el tiempo.

—¿Y no puede hacerlo aquí?



—No cuando todo le recuerda a ella. —Deja escapar un suspiro triste—. Necesito saber algo.

—¿Qué?

—¿Es tu seguridad laboral más importante que la felicidad y el bienestar mental de tus amigos?

—¿Quién da puñetazos por debajo del cinturón ahora? —bromeo ante el insulto.

—Ahí vas otra vez. Evadiendo constantemente la pregunta. Por una vez en tu vida, permítete ser vulnerable y admite que la verdadera razón por la que te opones a vender el club no es sólo por miedo a perder tu trabajo, sino porque tampoco quieres ver marchar a Rex.

—Tienes razón —admito, desolado—. No quiero eso.

—¿Se lo has dicho?

—No.

—¿Y por qué crees que es eso? —Frunce el ceño cuando me niego a responder—. La vulnerabilidad no es un signo de debilidad, Trent. Decirle a alguien que lo quieres y que lo echarás de menos no te hace menos hombre. Pero en este caso, no estar ahí para tu amigo, un hombre al que una vez confiaste que querías más que a tu propio padre, te haría menos que él. Un hombre que no está al lado de los que ama no es un hombre en mi opinión.

—No me lo endulces. Dime lo que sientes de verdad —refunfuño con sarcasmo.

—Acabo de hacerlo. —Sonríe victoriosa—. Haz lo correcto, Trent. En el fondo, quieres hacerlo de todos modos.

—¿Y el club? ¿Mi equipo?

—Lo resolverás. Siempre lo haces.



Tras mi tardía cita para comer con Roxanne, paseo por el estadio, sumido en tumultuosos pensamientos. Ni siquiera me lo cuestiono cuando me encuentro sentado en las gradas, tropezando con el programa de divulgación de Wilder, que enseña a niños menos afortunados de toda la ciudad a jugar al deporte que tanto nos gusta a los dos. Es uno de los requisitos de rehabilitación que le impuse. Sé que Rex se alegrará de que haya salido algo bueno de ese miserable vídeo viral, el mismo que no sólo pretende manchar la reputación de Wilder, sino también la de los Guardians.

Veo al grupo de preadolescentes deslizarse por el hielo, con sus patines creando una melodía rítmica que parece un bálsamo calmante para mi alma inquieta. La inocencia y la alegría de verlos jugar al hockey bajo la dirección de Wilder me recuerdan cómo este juego me salvó la vida y me llevó a donde estoy hoy. La pureza



de sus risas y la determinación en sus ojos mientras persiguen el disco me recuerdan también tiempos más sencillos, cuando lo único que importaba era la emoción del juego. Al contemplar la escena, me invade un sentimiento de nostalgia y añoro aquellos días de despreocupación que nunca tuve en mi juventud.

Y si la valoración de Roxanne es acertada, parece que Wilder tampoco tuvo nunca esos días de despreocupación.

¿Cómo de jodido es que nuestra infancia determine tanto en lo que nos convertimos de adultos?

¿Que esas experiencias nos moldean de maneras que ni siquiera nos damos cuenta de que afectarán a todos los aspectos de nuestra vida en el futuro?

En el caso de Wilder, su desdichada infancia se encargó de crear un hombre antisocial, incapaz de manejar la ira a menos que se trate de un disco y un palo.

¿Qué me hizo mi infancia?

Me convirtió en un corredor.

Corrí tanto y tan rápido, ansiando poner distancia entre quién era y quién quería ser, que a veces ya ni me reconozco.

Cambiamos y crecemos.

Pero a veces, nos convertimos en personas que nunca debimos ser.

Apuesto a que Wilder nunca quiso crecer y ser representado como el matón furioso al que no se podía dejar solo en un bar.

Y yo... odio haberme convertido en ese bastardo sin corazón que hacía la vista gorda ante el dolor de su amigo sólo porque era demasiado incómodo hablar de ello.

Sin embargo, tengo que reconocérselo a Wilder.

Al menos se esfuerza por cambiar y ser un hombre digno de la camiseta verde y blanca.

La pregunta es: ¿me esforzaré tanto por estar ahí para mi amigo si eso significa perder el trabajo que amo?

Mis turbulentos pensamientos se interrumpen cuando siento a ese amigo sentarse a mi lado.

—Pobre chico. —Rex se ríe—. Tal vez suspenderlo hubiera sido más misericordioso que hacerlo pasar por tantos aros por nosotros.

—¿Tiene pinta de estar molesto? —pregunto cuando ambos vemos a Wilder reírse de algo que le ha dicho uno de los mocosos del hielo.

—Supongo que no. —Rex se ríe—. Me cae bien.

—¿Es esa tu manera de decir que se ha librado?

—Oh, ese es tu problema. No el mío. —Rex se ríe, lavándose las manos del calvario—. Todo lo que digo es que me gusta el chico. Odiaría perderlo. Tiene corazón.



rivals

pucking hearts • 2

—Eso me dice la gente. —Frunzo el ceño.

Rex se vuelve hacia un lado, fijando su mirada en la mía antes de dedicarme una de sus sonrisas paternales.

—Tú también tienes corazón, hijo. Aunque no te guste que la gente lo sepa.

—¿Ah, sí? —Hago una mueca, ya que me he pasado casi toda la tarde debatiendo si tenía una piedra en el pecho donde debería haber un corazón.

—Ajá —canta Rex asintiendo con la cabeza—. Lo supe el primer día que nos conocimos. Un gran corazón.

—No comparado con el tuyo, viejo —respondo con seriedad.

—No, hijo. Mi corazón me abandonó hace un año. Todo lo que tengo ahora es un agujero donde solía vivir.

—Rex...

—Lo sé. Lo sé —se lamenta, sacudiendo la cabeza—. No hace falta decir nada. Hasta yo sé que parezco un disco rayado.

—No. Eso no es lo que iba a decir.

—¿Oh? —Levanta las cejas.

—Lo que iba a decir es que te voy a echar de menos.

Los ojos de Rex se abren de par en par.

—Eh... ¿qué?

—Déjame decir mi parte, viejo. Mientras tenga la fortaleza para hacerlo. Sé que he sido poco comprensivo cuando me dijiste que ibas a vender el club. Puede que incluso haya sido un poco idiota al respecto.

—Sólo un poco. —Rex sonríe.

—Pero lo entiendo. Necesitas hacer esto para que las cosas te resulten más fáciles. No puedo decir que sepa lo que sientes ni siquiera que me ponga en tu lugar, pero soy tu amigo. Debería haberte mostrado más compasión que eso.

Rex me pone la mano en la rodilla y me da una palmadita.

—Gracias, hijo. Te agradezco que lo digas.

—Sí, bueno, lo digo en serio. Aunque te echaré de menos. Pero espero que esto te dé la paz que buscas.

Cuando se le llenan los ojos de lágrimas, siento que se me aprieta el pecho.

—Joder, no me llores ahora, viejo. Ya tengo fama de cabrón. Si alguien te ve llorando a mi lado, pensarán que soy la peor mierda.

Rex suelta una carcajada, una risa que le sale directamente de las tripas, incluso cuando las lágrimas corren por sus mejillas.

Y de repente me doy cuenta de que solía reír mucho más cuando Martha estaba viva.



123



power
play

IVY FOX

rivals

pucking hearts • 2

Y me lo perdí.

Supongo que mi amigo se fue hace mucho tiempo, y sólo he tardado hasta ahora en darme cuenta.

Dios, soy un idiota.

—¿Así que estás de acuerdo con este trato? —dice Rex mientras se limpia las lágrimas de su rostro sonriente.

—Lo estoy, si tú lo estás. Mantenme informado. Te ayudaré en lo que pueda.

—Te lo agradezco, hijo. Más de lo que crees.

—Bien. Me alegro. —Le sonrío—. ¿Ya sabes a quién te inclinas por venderle el equipo?

—Tengo una idea bastante buena.

—¿Me lo vas a decir pronto? No te estás haciendo más joven, viejo.

—Haré más que eso. —Se ríe—. Te presentaré al hombre en persona esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí. Espero que te guste la ópera, hijo. Y si no, mejor aprende a fingirlo, chico.



124



power
play

IVY FOX

CAPÍTULO 12



TRENT

Si le hubieras dicho a Trent, de quince años, que de mayor pasaría la noche del viernes en la Ópera de Boston, se habría reído en tu cara y probablemente te habría robado la cartera por ser tan malditamente crédulo.

Pero aquí estoy.

Fingir entender la letra en italiano de *La Bohème* sentado en un palco privado propiedad nada menos que de la familia Preston.

Las cosas que hago por un amigo.

Aun así, estoy aquí.

Tras mi charla de hoy con la buena doctora y con el propio Rex, se hizo evidente que sería un amigo de mierda si no apoyara la decisión de Rex de vender el club.

Por supuesto, ya sabía que Lawrence fue quien le metió la idea en la cabeza a Rex de vender a los Guardians. Sin embargo, ahora que lo he conocido a él y a su padre, Lawrence Preston Junior, no estoy tan seguro de que el trato vaya a llevarse a cabo.

Lawrence Junior no estaba muy contento de compartir sus prestigiosos palcos de ópera con la gentuza. Y por gentuza, me refiero a mí.

Le bastó una rápida mirada a mi alta estatura para saber todo lo que necesitaba saber sobre mí.

Supongo que el dinero viejo puede oler el dinero nuevo a una milla de distancia. Y por la forma en que arrugó la nariz al verme, no es partidario de que los pobres se abran camino en este mundo y salgan de la cuneta para asistir a acontecimientos de los que sólo deberían poder disfrutar los ricos.



Incluso Rex se ganó una mirada de desagrado por parte del imbécil, pero como la edad de Rex es más parecida a la suya, supongo que el viejo pedorro es más tolerante con él.

No es que me duela su valoración de mí.

Incluso con su aspecto débil en la silla de ruedas, yo también lo desprecié nada más verle.

Su hijo, en cambio, sigue siendo un enigma para mí.

No ha hablado mucho desde nuestra llegada y ha dejado que su padre hable por él. No estoy seguro de poder respetar a un hombre que deja que su acaudalado padre monopolice la conversación mientras no hace absolutamente nada por dar la bienvenida a sus invitados. Ahora que lo pienso, es probable que su invitación a la ópera de esta noche sólo se extendiera a Rex, y yo soy el intruso imprevisto con el que no contaba.

Quizá por eso ha guardado silencio.

Para hacer su propia evaluación.

Cuando termina el primer acto de la ópera y empieza el intermedio, me levanto rápidamente, deseando estirar las piernas. Saber que Preston Junior no puede levantarse tan fácilmente y tiene que forzar el cuello para lanzarme sus miradas de desaprobación es solo la cereza del pastel.

—¿Te está gustando el programa hasta ahora? —me pregunta el joven Lawrence, que por fin reconoce mi existencia.

—Inmensamente —miento.

—Bien. Me alegro. Sé que la ópera no es para todo el mundo. —Sonríe—. También me alegro de que Rex te invitara a unirme a nosotros esta noche. Por fin tuvimos la oportunidad de conocernos.

—No sabía que querías conocerme.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —pregunta con un tenue acento británico que estoy cien por cien seguro de que sólo utiliza para presumir.

—Bueno, para empezar, no diste ninguna indicación de que lo hicieras. No soy un hombre difícil de encontrar, Preston. Si de verdad querías conocerme, podías haberme llamado a mí o a mi secretaria y organizar algo que no requiriera usar esmoquin —replico con sarcasmo—. Pero tengo entendido que has estado viviendo en Londres los últimos años, así que quizá no sepas muy bien cómo se hacen los negocios de verdad. Normalmente se hacen en una sala de juntas, no en un teatro de ópera.

En lugar de sentirse insultado, como yo pretendía que se sintiera, la sonrisa de Lawrence se ensancha.

—Rex me dijo que eras directo. Me gusta eso en una persona.



—Ah, ¿pero te gusta en un gerente general? Esa es la verdadera razón por la que querías conocerme, ¿no? Para ver si mi personalidad es compatible con la tuya y así facilitarte la vida a la hora de meterte con mi equipo.

—¿Y yo que pensaba que era el equipo de Rex? —replica con una sonrisa dentada antes de darme la espalda para reunirse con Rex y su prejuicioso padre.

También me rechinan las muelas de atrás mientras camino hacia ellos, no quiero ser el extraño en ninguna conversación esta noche.

—¿Texas, dices? —oigo que le pregunta con curiosidad el mayor de los Preston a Rex cuando llego hasta ellos—. ¿No tendrás, por casualidad, alguna relación con la familia Du Bois?

—Diablos, no. —Rex se ríe desde sus entrañas—. Aunque mi bisabuela trabajó como criada para ellos en su día.

Me llevo las manos a la espalda para esconder los puños cuando veo que el interés en los ojos del viejo muere rápidamente y sus fosas nasales se inflaman de asco.

—Qué suerte para tu *abuela* —añade con ese tono esnob de su voz, el mismo que empieza a sacarme de quicio.

—No seas grosero, padre. El señor Jones ha recorrido un largo camino desde sus humildes comienzos —se apresura a defender Lawrence.

—Y si le compras su tonto club, llegará aún más lejos —gruñe su padre con desagrado—. ¿Cuál fue la cifra aproximada que me mencionaste antes? ¿Mil quinientos millones? Sí, creo que el señor Jones ha recorrido un *largo* camino en su vida si va a embaucar sin esfuerzo a mi hijo para que pague una cantidad tan extorsionadora.

—¿Embaucar? ¿Extorsión? —dice Rex, ofendido—. No soy un estafador, Sr. Preston. Soy un hombre de negocios. Y un orgulloso tejano. Uno que no se toma a la ligera que se usen esas palabras para definir su carácter.

—Mis disculpas, Rex. Estoy seguro de que mi padre no quería ofenderte —Lawrence intenta controlar los daños antes de que Rex acabe dándole un puñetazo al imbécil de su padre—. Y puedo garantizarte que el señor Jones es un empresario respetable, padre. De hecho, es una maravilla que ustedes dos no se hayan conocido antes de esta noche, ya que tienen mucho en común en lo que respecta a la construcción de un imperio conglomerado.

—Por favor. —Su padre se burla—. Cavar un hoyo en la tierra no convierte a un hombre en empresario. Sólo le hace afortunado. Pensé que te había enseñado mejor que eso.

Este cabrón.

—Sí, es cierto que gané mi dinero con el petróleo —interviene Rex con orgullo—. Y aunque muchos puedan pensar que es un trabajo sucio, me enorgullece decir que mis manos están limpias de cualquier derramamiento de sangre, al menos. La ilustre familia Du Bois, a la que tanto aprecias, hizo fortuna vendiendo pólvora a



ambos bandos en la Guerra Civil y armas en las dos Guerras Mundiales. Prefiero ser conocido por mi suerte que por haber hecho mi fortuna con la sangre de inocentes.

—Gracias, hijo —murmura el imbécil, rechinando los dientes contra su hijo—. Has conseguido arruinar uno de los pocos placeres que tengo en la vida invitando a *esta gente a mi palco*. Espero que estés satisfecho.

—Una cosa que me has enseñado, padre, es que la satisfacción es algo a lo que los Preston no tenemos derecho —replica Lawrence, con la misma sonrisa que lleva usando toda la noche.

No sé qué pensar de la dinámica entre padre e hijo.

Pero de lo que puedo estar seguro es de que meterme en la cama con gente así no será un buen augurio para mi equipo.

Por suerte, el intermedio llega a su fin y comienza el segundo acto de *La Bohème*. No digo nada cuando veo a Lawrence excusarse del palco y volver media hora más tarde. Si yo tuviera un padre como el suyo, probablemente también necesitaría unos minutos para mí, sólo para no empujar su silla de ruedas por el balcón.

Cuando llega el segundo intermedio, Rex es el primero en levantarse de su asiento.

—Necesito tomar el aire. Esto está demasiado cargado. Trent, ¿me acompañas?

—Por supuesto. —Asiento con la cabeza, siguiéndolo rápidamente fuera de la cabina.

Una vez fuera, en el pasillo, lejos del alcance de ambos Preston, Rex suelta un gruñido frustrado.

—Si tenía que pasar otro segundo con ese imbécil pomposo, no podría hacerme responsable de mis actos. Estuve a punto de darle un puñetazo en la cara a ese imbécil pretencioso. Y odiaría ser conocido como el tipo de hombre que golpearía a alguien atado a una silla de ruedas.

—Silla de ruedas o no, no creo que nadie te culpe por ello. Creo que su propio hijo estuvo a segundos de hacer precisamente eso. —Me río.

—Sí. Yo también lo he pillado. —Rex exhala ruidosamente mientras bajamos el largo tramo de escaleras que conduce a un gran vestíbulo en la primera planta con el resto de la gente de la ópera—. Supongo que debería alegrarme de que sea el hijo quien esté interesado en comprar el club y no el viejo petulante.

—Sobre eso —interrumpo con mis propias preocupaciones—. Si realmente estás decidido a vender, creo que tendrás que seguir con tu plan original de lanzar una red más amplia. No estoy convencido de que Preston pueda hacerte semejante oferta si es su padre quien sigue al mando de la empresa.

—Tú también tienes esa sensación, ¿eh? —Rex frunce el ceño.

Asiento con la cabeza.



—Creo que tienes razón. Ese imbécil pudo haberme irritado sobremanera, pero lo que más me preocupó fue ver cómo su hijo se mostraba tan sumiso en su presencia. Quiero dejar a los Guardians en manos fuertes y capaces. No estoy seguro de que Preston tenga el estómago para ello si ni siquiera puede enfrentarse a su propio padre.

—Concuerdo —le digo.

—Haré algunas llamadas —dice Rex con firmeza—. Tengo una lista en la oficina de algunos inversores que podrían estar interesados.

—Bien. Si yo fuera tú, los invitaría a nuestro primer partido la semana que viene. Ponlos a todos juntos en una sala para que sepan quién es su competencia.

—Inteligente. Que los tiburones vean que hay otros más grandes y malos en el tanque con ellos. Empecemos una guerra de ofertas entre ellos. —Rex se ríe, contando mentalmente todos los billetes de dólar que podría ganar en este trato sólo para poder verterlo todo en las obras de caridad de su difunta esposa.

—Invita también a Lawrence.

—¿En serio? Eh... no lo sé —responde Rex dubitativo.

—Invítalo. Que vea que no es el único pez gordo del estanque interesado en hacer un trato. Si sus intenciones son legítimas, no tendrá problemas para superar a su competencia.

—¿Y el Sr. Remilgado y Engreído? ¿Debo invitar a ese imbécil también? —Rex frunce el ceño ante la mención del Preston mayor.

—Puedes. —Me río—. Aunque dudo que ponga un pie en nuestro estadio, y mucho menos que se quede a ver un partido completo. Está demasiado por debajo de él.

—Ay —gime Rex—. Sólo de pensar en que tenemos que volver a ese palco me está dando urticaria.

—Vete a casa. Yo me ocuparé de los Preston —le digo.

—No, hijo. —Sacude la cabeza—. No podría dejarte solo con ese buitro. No estaría bien.

—¿Crees que no puedo manejar a ese pomposo y engreído bastardo? —Levanto una ceja—. Confía en mí. Puedo con él perfectamente. De hecho, dudo que me dirija la palabra cuando vea que te has ido. A sus ojos, estoy demasiado por debajo de él para tener cualquier tipo de discurso con él.

—¿Estás seguro?

—Así es. Ahora vete, viejo, antes de que cambie de opinión. —Sonrío.

—Eres un buen muchacho. —Rex sonríe orgulloso, sabiendo que me parece bien recibir la bala por él.

—Apenas soy un muchacho. —Me río entre dientes.



—Cuando llegues a mi edad, todos te parecerán jóvenes —bromea con una palmada en el hombro—. Llámame si algo va mal. Y por el amor de Dios, no te enemistes con Junior. Cuanto menos hables con él, mejor.

—¿Tienes miedo de que diga algo que te avergüence?

—No, me temo que lo hará, y acabarás perdiendo la calma y harás algo de lo que ambos nos arrepentiremos. Como darle un pedazo de tu mente.

—Menos mal que nunca pierdo la calma. —Le ofrezco una sonrisa de tiburón para demostrar mi punto de vista.

—Algo muy bueno. —Rex se ríe antes de despedirse y salir a toda prisa del abarrotado vestíbulo.

Pero justo cuando estoy a punto de darme la vuelta para volver a subir, vislumbro unos bloques largos y dorados rebotando en el mar de esmóquines y vestidos de baile. Mi mirada se fija en esa figura sexy, demasiado familiar, que se pavonea hacia el mostrador del intermedio para dejar su copa de champán vacía en el mostrador, necesitando que se la rellenen. Como a caballo regalado no se le mira el diente, renuncio a volver al palco de Preston para atormentar a mi agente deportiva favorita.

A grandes zancadas, me abro paso entre la elegante multitud y me detengo cuando estoy justo detrás de ella. De espaldas a mí, aprovecho mi elevada posición para captar un sutil aroma de su encantadora magnolia. Desde mi elevada posición, observo la suave subida y bajada del pecho de Piper, que permanece imperturbable ante mi presencia, incluso cuando coloco suavemente mis manos en la curva de sus caderas. Esto me dice tres cosas cruciales.

Número uno: Piper debe haber visto que yo estaba aquí mucho antes de tener el placer de verla. No es el tipo de mujer que dejaría que cualquiera le pusiera las manos encima tan íntimamente.

Número dos: A Piper le encanta que la toque. Si le hubiera repugnado, su culo no se habría acercado a mi entrepierna como lo hizo en cuanto sintió mi presencia.

Y número tres: el vestido que lleva estará hecho jirones en el suelo de mi habitación antes de que acabe la noche.

—Nunca te tomé por una aficionada a la ópera, Lee —le susurro al oído, amando cómo su cuerpo reacciona instantáneamente ante mí cuando veo que un escalofrío le recorre la espina dorsal.

—Puedo decir lo mismo de ti, Nichols —replica ella con frialdad, sin atreverse a darse la vuelta.

—Mmm —tarareo, enrollando uno de sus suaves mechones rubios alrededor de mi dedo—. Dime, Lee. ¿Es casualidad que estés aquí o has recurrido a acosarme?

—No te hagas ilusiones —me reprende, dándose la vuelta, con su pecho rozando el mío a propósito.

Dios, está preciosa esta noche.



Su cabello brilla como oro hilado, fluyendo por su espalda desnuda contra el telón de fondo de su vestido rosa oscuro. Como la mayoría de los vestidos de Piper, este también presenta una atrevida abertura lateral que muestra sus envidiables piernas largas y tonificadas, uno de sus atributos más llamativos y un elemento de orgullo para ella.

—Hola —digo suavemente mientras mis ojos siguen absorbiéndola.

—Hola —imita ella, arrugando la frente ante un saludo tan informal.

Poco sabe que las palabras no son mis amigas en este momento. No cuando se ve tan malditamente impresionante.

Y entonces recuerdo algo que despeja la niebla llena de lujuria de mis ojos: una mujer como ella sólo hace este esfuerzo en beneficio de alguien. Y viendo que insinuó que no tenía ni idea de que yo estaría aquí, no fue por mí. Lo que significa que podría haber pensado que el hombre que la agarraba por detrás era su cita, y por eso no retrocedió ante el contacto.

La lujuria se transforma rápidamente en su primo feo, los celos.

Y no me gusta.

Ni una pizca.

—Normalmente, cuando una mujer tiene sed en una cita, lo caballeroso es que el chico le traiga algo de beber —me burlo, con voz demasiado ronca para mi gusto.

—¿Quién dice que estoy en una cita? —Ladea la barbilla hacia mí, sin importarle que sus pechos estén ahora apretados contra mi pecho, dándome una vista estelar de su escote.

—Discúlpame si me cuesta creer que hayas venido sola a la ópera.

—Estás disculpado —replica, abofeteándome con esa sonrisa falsa que tanto le gusta esbozar en eventos tan ilustres—. Sé que eres viejo, Nichols, pero no *tanto*. Estamos en el siglo XXI, ¿sabes? Una mujer no necesita a un hombre para disfrutar de los placeres sencillos de la vida. Puedo ir a la ópera o a cualquier otro sitio sin necesitar una cita o un acompañante, muchas gracias.

—¿Y cómo te está funcionando eso? ¿Encontrando el placer... sola? —Me burlo más juguetonamente.

Pero en lugar del ceño fruncido que esperaba de ella, me lanza una sonrisa sugerente.

—En realidad, bastante bien. Pero nunca he tenido problemas para obtener placer de mi propia mano. Son otras manos las que han tenido problemas para proporcionármelo.

—Ah, gatita, los dos sabemos que puedes fingir tus sonrisas todo lo que quieras conmigo, pero nunca tus orgasmos, si es eso lo que insinúas.

—¿Tan seguro estás de ti mismo? Yo en tu lugar no lo estaría —me arrulla, pestañeándome.



Me inclino hasta que mis labios están casi sobre los suyos.

—¿Puedo demostrártelo si necesito refrescarte la memoria? —Sonríe malvadamente, y me encanta cómo separa los labios, expectante.

Pero, para mi disgusto, las luces del vestíbulo empiezan a parpadear, señal silenciosa de que el intermedio está llegando a su fin y el tercer acto de la ópera está a punto de comenzar.

—Tal vez eres tú quien necesita un recordatorio. Una vez fue todo lo que conseguiste.

Luego se desliza desde su posición entre el mostrador y yo, rozando a propósito con la mano el bulto de mis pantalones, que siempre se anima cuando ella está cerca.

—Disfruta de la ópera, Nichols. Desde luego que yo lo haré. —Me guiña un ojo antes de darme la espalda y regalarme otra hermosa vista que admirar.

La veo engullida por la multitud que se marcha, odiando tener que volver arriba con los Preston cuando preferiría seguirla y averiguar con quién está.

No puede engañarme.

Está aquí con alguien.

Y hasta que no averigüe quién es el afortunado bastardo y tenga unas palabritas con él, no podré concentrarme en nada más.

Por suerte, cuando vuelvo a subir, el tercer acto ya está en pleno apogeo, así que cualquier cháchara ociosa que pudiera tener que hacer con el dúo Preston ya no me es requerida. Ni el padre ni el hijo dicen nada a la excusa que me invento sobre por qué Rex ha tenido que marcharse tan inesperadamente, parecen demasiado absortos en su ópera como para preocuparse. A mí, en cambio, me importa un bledo lo que ocurra en el escenario, y prefiero pasarme la siguiente media hora escudriñando al público que tenemos debajo, con la esperanza de vislumbrar a Piper. Pero como está demasiado oscuro para distinguir nada, salvo algunas cabezas ladeadas, decido esperar al siguiente descanso para averiguar con quién está. Por desgracia, cuando las luces vuelven a encenderse, el joven Lawrence se interpone en mi camino antes de que haya tenido tiempo de levantarme de mi asiento.

—¿Puedo hablar contigo, Trent? ¿Afuera?

—Que sea rápido —gruño con frustración.

Su padre no dice ni una palabra mientras nos ve abandonar su preciosa cabina para salir al pasillo.

—¿Sí? —digo, deseando que el joven Lawrence se ponga manos a la obra.

—En primer lugar, quisiera disculparme por el comportamiento de mi padre —empieza en tono severo.

—Tu padre no parece el tipo de hombre que envía a otros a hacer su trabajo sucio. Si quisiera disculparse, seguro que lo habría hecho él mismo.



rivals

pucking hearts • 2

—Lo pensarías, ¿verdad? —Lawrence deja escapar una exhalación—. Lamentablemente, mi padre no tiene la palabra *lo siento* en su vocabulario, por lo que le resulta extremadamente difícil utilizarla. Soy *yo* quien quiere disculparse por la forma en que los ha tratado a ti y a Rex esta noche. Fue grosero e impropio.

—No deberías disculparte por los errores de otro hombre.

—Me parece que he pasado la mayor parte de mi vida adulta haciendo precisamente eso —explica, dándome una pequeña idea de cómo ha sido su vida con un padre así.

Echo un buen vistazo al hombre que tengo delante, intentando calibrar su carácter y ver si es tan mentiroso como su padre o está hecho de algo totalmente distinto. Pero cuanto más tiempo paso con él, más preguntas me hago sobre su verdadera naturaleza. ¿Es sólo otro niño rico de papá que no mea sin que su padre se lo diga, o puede ser el tipo de líder digno de ser el dueño de los Boston Guardians?

—Eres un hombre difícil de leer, Preston. No sé si eso es bueno o malo —le digo con sinceridad.

—He oído decir lo mismo de ti. —Sonríe.

—¿Y dónde has aterrizado? —Sonríe, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Todavía estoy indeciso. ¿Y tú? —se burla, imitando mi forma cruzando los brazos sobre su propio pecho.

—El jurado aún no se ha pronunciado —respondo, manteniendo mi cara de póquer.

—Entonces supongo que el tiempo nos dirá todo lo que necesitamos saber el uno del otro.

—Supongo que sí.

Y si te encuentro en falta, haré todo lo que esté en mi mano para evitar que mi equipo llegue a ser el tuyo.



133



power
play

IVY FOX

CAPÍTULO 13



PIPER

Me siento como si estuviera atrapada en una película barata de terror, siempre mirando por encima del hombro, temiendo encontrar un par de penetrantes ojos negros mirándome fijamente.

Ay.

Ahora me tiene paranoica.

Por supuesto, Trent no me sigue.

Probablemente abandonó el teatro de la ópera hace media hora con el resto del público una vez que *La Bohème* bajó su telón final.

Soy la loca paranoica que piensa que se quedaría sólo para verme otra vez. Es decir, si quisiera verme, habría hecho el esfuerzo de encontrarse conmigo en el vestíbulo durante el último intermedio.

No es que estuviera allí con ese propósito.

Sólo tenía sed.

Eso es todo.

Aunque debo admitir que nunca esperé encontrarme con Trent aquí. No parece el tipo de persona a la que le gusten este tipo de cosas. Pero tampoco esperaba encontrarlo en el concierto de Hozier, y todos sabemos cómo acabó aquello. Tengo la suerte de que ese hombre siempre está presente. ¿Cómo voy a evitarlo y mantener la profesionalidad cuando su culo sexy aparece todo el tiempo en los lugares menos esperados?

—¿Estás bien, cariño? —me dice mi madre, percibiendo mi inquietud mientras salimos del pasillo entre bastidores.

—Estoy bien, mamá —respondo por señas—. Sólo ha sido una semana larga.

Me ofrece una de sus sonrisas comprensivas y asiente con la cabeza.



134



—Bueno, pues vamos a casa —hace señas antes de recoger el estuche de su violín.

—Me parece bien —respondo, enlazando mi brazo con el suyo.

Ambas salimos en tándem de la entrada principal del teatro de la ópera, pero Dios debe tener un sentido del humor enfermizo porque no sólo llueve a cántaros —lo que hará que sea una putada pedir un Uber o llamar a un taxi— sino que además el hombre al que he estado intentando eludir está apoyado en su limusina privada, muy sexy con su esmoquin.

—Me preguntaba cuándo saldrías. Pensé que te había perdido por un momento. —Sonríe mientras da un paso hacia mí y mi madre.

—Ojalá hubiera tenido tanta suerte —digo apretando los dientes para que mi madre no me lea los labios.

Mi madre y Trent se sonríen, esperando a que yo haga las presentaciones necesarias. Como no hago ademán de hacerlo, Trent decide tomar cartas en el asunto.

—No he tenido el placer —dice con un brillo en sus ojos oscuros—. Usted debe ser la hermana mayor de Piper. No sabía que tuviera hermanos.

Mi madre se sonroja y le tiende la mano para que la estreche antes de hacer señas que es mi madre y no mi hermana.

Bastardo halagador.

Veo cómo Trent intenta frenar su sorpresa al enterarse de la sordera de mi madre, lo que me lleva a intervenir y hacer de mediadora.

—Mamá, este es Trent Nichols. Es el gerente general de los Boston Guardians. Trent, esta es mi madre, Shelby Lee.

—Un placer conocerte, Trent —traduzco por mi madre.

—El placer es todo mío —responde amablemente, haciendo que mi ritmo cardíaco se acelere cuando regala a mi madre una de sus genuinas sonrisas.

—Piper me ha hablado muy bien de ti —dice mi madre, pero cuando me niego a hacer señas, saca el teléfono y utiliza la aplicación de texto a voz, de la que depende para interactuar con alguien que no conoce el lenguaje de señas.

—¿Lo ha hecho ahora? —Trent frunce los labios para contener su sonrisa de regodeo—. Me encantaría saber más. Quizá podríamos tomar un café y hablar de todo lo que su encantadora hija ha dicho de mí.

—En realidad, es bastante tarde —interrumpo antes de que mi madre acepte su oferta—. Deberíamos irnos a casa.

—Me parece justo —replica él, incapaz de ocultar su decepción—. Entonces, ¿qué tal si las llevo? Sería un honor llevarlas a casa.

Estoy a punto de poner otra excusa, pero mi madre se me adelanta aceptando su ofrecimiento con un movimiento de cabeza y una sonrisa radiante.



Con una sonrisa malévola, Trent le abre la puerta a mamá. Se desliza dentro, sin darse cuenta de que lo último que me apetece es sentarme con él tan cerca, cuando tiene tan buen aspecto que está para comérselo.

Trent mantiene la puerta abierta para mí, pero antes de seguir a mi madre dentro, me coloco lo más cerca que puedo del desgraciado para que mi madre no lea mis próximas palabras.

—¿A qué demonios estás jugando?

—¿No tengo ni idea de lo que quieres decir? ¿No puedo simplemente hacer lo caballeroso de llevarte a ti y a tu madre a casa sin tener ningún motivo oculto detrás?

—Claro. —Me burlo—. Como si tuvieras un hueso caballeroso en tu cuerpo.

—Ya, ya, gatita. Pórtate bien y aparta las garras. Tendremos mucho tiempo para jugar con ellas *más tarde*.

Pongo los ojos en blanco y me deslizo en el asiento trasero mientras Trent se sienta delante de nosotras.

Después de darle la dirección de mi madre, seguida de la mía, desvío mi atención hacia la ventana que tengo a mi lado, observando la lluvia que cae sobre mi hermosa ciudad en lugar de tener que mirar el precioso rostro de Trent un minuto más.

—La sinfónica tocó muy bien esta noche, Sra. Lee. No soy muy aficionado a la ópera, pero aprecié la música.

Mamá responde rápidamente, pero cuando tardo demasiado en traducir, me da un codazo en el costado.

Uff.

Ella repite lo que ha dicho, y yo traduzco en consecuencia.

—Sí, la ópera no es para todo el mundo, pero me alegro de que al menos disfrutaras de la música. La Ópera de Boston tiene una gran sinfónica detrás. Y por favor, llámame Shelby.

—¿No forma parte de la orquesta? —pregunta Trent, realmente interesado.

—No. Sólo estoy sustituyendo a un amigo que ha estado indispuerto últimamente. En realidad, toco el primer violín de la Orquesta Sinfónica de Boston.

—Eso es notable. Puedo ver de dónde saca su hija su tenacidad. Estoy seguro de que debe haber sido un proceso difícil lograr tal hazaña.

—¿Por qué? ¿Porque no puede oír la música? —espeto antes de que mi madre tenga tiempo de responder.

La expresión alegre de Trent se transforma en una de tristeza, pero soy incapaz de asimilarlo porque mi madre me da otro codazo en la tripa.

—No seas grosera, Piper. Era un cumplido —me dice frunciendo el ceño. Entonces vuelve a sacar su teléfono, prefiriendo su fiel aplicación a mi mediación—. Pido disculpas por mi hija. En su defensa, siempre ha sido muy protectora conmigo.



—Ya lo veo. —Trent sonríe—. En realidad, he sabido que es bastante protectora con todos los que le importan. Es uno de sus atributos más admirables.

Mi frente se arruga ante sus elogios, mientras mi madre sonríe orgullosa.

—Siempre ha sido así. Se parece a su padre —explica mi madre con una sonrisa melancólica.

—¿De verdad? Me encantaría conocerlo.

—Me temo que falleció hace unos años.

—Siento mucho oír eso —responde Trent, y su pesada mirada vuelve a posarse en mí.

Me muerdo el labio inferior y vuelvo a mirar por la ventana, sin ganas de seguir con esta conversación. Por suerte, mi madre se da cuenta de mi mal humor y no me vuelve a meter el codo en la tripa, sino que prefiere trasladar el tema de conversación a terrenos más seguros.

Permanezco en silencio el resto del trayecto mientras Trent y mi madre hablan como viejos amigos que se reencuentran. Cuando por fin llegamos a la casa de mi infancia, Trent es el primero en salir del auto y abrirle la puerta opuesta a mi madre, no sin antes recoger un paraguas para que no se moje bajo la lluvia torrencial.

—Te mandaré un mensaje mañana, cariño —me dice mi madre, dándome un beso en la mejilla—. Te quiero.

—Yo también te quiero, mamá.

Después de despedirnos, veo a Trent acompañar a mi madre hasta la entrada de su casa. Cuando le dice algo que la hace sonreír de nuevo, me doy una patada por haber sido tan estúpida de dejarla a solas con él. Hecha una furia, veo a un Trent relajado caminar de vuelta a la limusina, pero en lugar de volver a su asiento, llama primero a la ventanilla del chófer para decirle algo. En cuanto termina la conversación, la ventanilla de separación de la limusina se desliza hacia arriba, dejándome aislada en la parte trasera, impermeable a cualquier testigo físgon.

—¿Qué le has dicho? —pregunto cuando Trent por fin se desliza en el asiento trasero del auto, pero, para mi consternación, en lugar de responder, me sube a su regazo y esconde la cabeza en el pliegue de mi cuello.

—Siento lo de tu padre —susurra, haciendo que mi columna vertebral se erice.

—No quiero hablar de eso.

—Lo sé, pero aun así lo siento —replica, abrazándome más fuerte.

Mi cuerpo empieza a fundirse con el suyo a cada segundo que pasa.

—¿Te han gustado mis flores? —me pregunta cuando siente que no voy a zafarme de un puñetazo de su abrazo.

—¿Cuáles?

—¿Alguna de ellas? ¿Todas? —se ríe.

—No. Las tiré todas —miento.

—Mentirosa. —Me sonrío en el cuello, haciendo que me retuerza en su regazo.

—Cree lo que quieras. Me importa un bledo.

—Eres la mujer más insufrible que he conocido, ¿lo sabías? —se burla, abrazándome más fuerte, con sus cálidos labios besando el hueco de mi garganta.

—Mira quien habla, ¿ah? —Me ahogo, odiando cómo mi cuerpo cobra vida con sus labios sobre mí—. Ahora, ¿qué le dijiste a mi madre?

—Le dije que su hija es la criatura más exquisita en la que he puesto mis ojos.

—No has dicho eso —baluceo, sintiendo que la piel empieza a arderme con sus dientes mordisqueándome el cuello.

—Lo hice. Le dije que nunca había conocido a una mujer como tú. Que ocupas cada uno de mis pensamientos. Se está convirtiendo en un problema.

—No te creo —gimo, girando la cabeza hacia un lado para que tenga mejor acceso a mi cuello.

—Le dije que eres la única mujer que me ha desafiado y me la ha puesto dura al mismo tiempo —responde, dejando besos de mariposa por todo mi hombro desnudo y mi cuello.

—Mentiroso. —Jadeo cuando su mano rodea mi garganta para doblegarla a su voluntad.

—Le dije que no puedo empezar el día sin correrme en toda la mano con sólo imaginarme tu cara cada mañana en la ducha. Le dije que cada noche, antes de irme a dormir, me imagino follando con esta boca que adora atormentarme.

—Trent —maúllo, mis párpados se vuelven pesados con cada sucia palabra que sale de su boca.

—Dios, qué bien hueles. No tienes ni idea de lo que me provoca tu olor —gruñe, con la mano libre abriendo más la apertura de mi vestido para hundirla entre mis muslos—. Pero hay algo que echo más de menos que tu perfume de magnolia: tu precioso coño rosa chorreando sobre mis dedos.

Mi garganta se obstruye ante la dulce amenaza que ha puesto a mis pies.

—No voy a dormir contigo, Trent. Así que no te metas ideas en esa cabezota tuya —le digo sin aliento.

—Confía en mí, gatita. Dormir es lo más alejado de mi mente. —Sonríe antes de lamerme el cuello y mordirme la barbilla antes de que sus labios estén a escasos centímetros de los míos.

—Di que no me quieres; así como si quiero devorarte ahora mismo, joder... y te llevaré de vuelta a tu casa sin tocarte. Eso es todo lo que tienes que decir, gatita. Dilo, y te dejaré en paz. Para siempre.

Tengo las palabras en la punta de la lengua, pero por más que lo intento no consigo reunir la fuerza necesaria para pronunciarlas.

—Te odio —exhalo, mis dedos se deslizan por su cabello.



—No, no me odias —gruñe.

—Sí, te odio. Te odio. —Jadeo.

—No lo haces, gatita. Deja que te enseñe —amenaza antes de atrapar mis labios entre los suyos.

Gimo por el impacto, su boca posesiva domina la mía con una facilidad vergonzosa. Pero no me importa. Dejo que se apodere de mí. Dejo que me muerda, me mordisque y me chupe la vida con un beso.

Nuestro beso se convierte en esta... cosa. Esta cosa posesiva incontrolable e innegable que amenaza con arruinarme para todos los demás.

—Dios, me encanta este vestido. Qué pena que tenga que estropearlo —gruñe con voracidad antes de tirar de la apertura y abrirla aún más hasta que mi vestido queda atado solo por un endeble hilo de tela.

Jadeo cuando me agarra por las caderas y me sienta a horcajadas sobre su regazo.

—Ahora o nunca, Piper —gruñe, sus pupilas se convierten en dos oscuros pozos de deseo—. No te daré otra oportunidad de echarte atrás más tarde.

—Ya me debes un vestido. Me parece un desperdicio echarme atrás ahora.

Sus ojos se oscurecen aún más y, si tuviera algo de amor por mi vida, debería haber aprovechado la oportunidad que me acaba de dar para salir corriendo.

Pero no lo hago.

Porque quiero esto tanto como él.

La sonrisa de tiburón que me dedica me moja más de la cuenta, pero cuando empiezo a frotar mi húmedo núcleo contra su dura longitud, esa sonrisa pasa rápidamente de ser juguetona a ser directamente letal.

—Esta noche quiero que grites cuánto me odias mientras te follo hasta dejarte sin aliento. ¿Puedes hacerlo por mí, gatita? —me pregunta después de agarrarme la barbilla y acercarme la cara a la suya.

—Menos hablar y más follar, Trent. No tengo toda la noche.

La pequeña palmada en el culo que me da enciende aún más mi lujuria.

—¿Nos estamos poniendo ansiosos? —bromea mientras me apresuro a desabrocharle el cinturón.

—No más que tú —replico cuando siento el escozor de mis bragas al ser apartadas a un lado.

—Oh, cariño. No estoy ansioso. Estoy jodidamente hambriento —gruñe mientras saca un condón del bolsillo interior de su abrigo.

—¿Te has traído un condón a la ópera? —me burlo mientras le bajo la cremallera.



—Siempre he creído que es mejor tenerlos y no necesitarlos que necesitarlos y no tenerlos. Si lo hubiera dejado en casa, entonces tendría que follarte sin nada ahora mismo.

—Claro. Como si yo fuera a dejar que eso pasara —me burlo poniendo los ojos en blanco.

—Ya veremos. —Sonríe—. Ahora abre la boca para mí —me ordena, y obedezco de buena gana.

Me coloca el envoltorio del condón entre los dientes.

—Bien. Ahora muerde —me exige, usando mis dientes apretados para rasgar el papel de aluminio—. Ahora sé una buena chica y pónmelo. No puedo aguantar ni un minuto más sin estar dentro de ti —me dice, agarrándose por las nalgas mientras libero su polla hinchada con una mano y la enfundo con la otra.

Una vez colocado el condón, no espero más instrucciones y prefiero hundirme en su polla de un fuerte empujón. Trent sisea de placer y yo gimo, y me encanta ver cómo su polla duplica su tamaño dentro de mí. Incapaz de quedarme quieta, me agarro a sus hombros y empiezo a cabalgarlo sin prisas, disfrutando de cómo su polla estira cada centímetro de mí.

—Eso es, gatita. Fóllame. Muéstrame cuánto me odias.

—Lo hago —gimo mientras sigo rebotando sobre su polla—. Te desprecio.

—Claro que sí —se burla, enreda mi cabello en su muñeca y le da un buen tirón.

—Eres arrogante. Y odioso. Y frío... y...

—Y a punto de follarte de formas con las que sólo has fantaseado —termina por mí antes de tomar el relevo, ya no contento con que yo lleve la voz cantante.

Sus embestidas se aceleran con tal brutalidad que resulta difícil hilvanar una frase.

—Estás tan jodidamente mojada. Jodidamente empapada. Mira cómo a tu coño le encanta tragarse mi polla.

Hundo las uñas en sus anchos hombros, utilizándolos para mantener el equilibrio mientras veo cómo se desliza dentro de mí con una fuerza castigadora.

Estoy tan cerca.

Tan cerca.

Apenas hemos empezado y ya estoy a punto de deshacerme.

Es como si Trent conociera todos los secretos que mi cuerpo oculta al mundo y lo obligara a cantar sólo para él. Y cuando siento sus dientes morder mi sensible pezón, me rompo en mil pedazos, gritando su nombre mientras me deshago. Mi cabeza cae sobre su hombro sólo para amortiguar los fuertes gritos provocados por un orgasmo tan estremecedor, obligándome a morder su abrigo cuando se niegan a cesar.



—¡Joder! —Trent gruñe, y en dos fuertes empujones, me sigue por el acantilado, sus fuertes brazos apretando a mi alrededor.

Siento que me pesa la cabeza, pues nuestro aroma combinado intensifica las oleadas de euforia que me invaden. Sigo con la mente en blanco y disfrutando del resplandor de nuestro encuentro cuando noto que la limusina se detiene por completo. Parpadeo y me doy cuenta de que estamos frente al penthouse de Trent.

—Este es tu lugar, no el mío.

—Tan perspicaz como siempre —bromea apartándome el cabello de la cara.

—No voy a subir contigo.

—Es lindo que pienses eso.

—Lo digo en serio, Trent. Esto fue cosa de una vez.

—Eso es lo que dijiste la última vez.

—Lo dije en serio entonces, también. No podemos seguir haciendo esto.

Su rostro se vuelve serio, me agarra de la barbilla y me acerca a él.

—El momento de echarse atrás fue antes de que saltaras sobre mi polla. Ese barco ya zarpó.

—Jódete.

—Oh, lo haré. A fondo y repetidamente —advierde.

Luego se quita el abrigo y me lo pone a mí antes de arreglarse y salir de la limusina.

Me quedo clavada en el sitio, mirando fijamente su mano extendida para que la tome.

Me digo a mí misma que es puro aburrimiento o curiosidad temeraria lo que me hace poner mi mano en la suya.

Me digo a mí misma que sólo es un buen polvo, y que por eso no opongo más resistencia cuando entrelaza sus dedos con los míos.

Me digo todo tipo de mentiras para animarme a caminar a su lado hacia el ascensor.

Pero todos ellos están a punto de irse al garete y apaleados cuando las puertas del ascensor se cierran sobre nosotros, y él dice las tres palabras que hacen saltar las alarmas en mi cabeza de que estoy a punto de cometer el mayor error de mi vida.

—Ahora eres mía.

Debería haber huido cuando tuve la oportunidad.



CAPÍTULO 14



PIPER

Mierda.

Mierda. Mierda. Mierda.

Aunque los rayos del alba besan mi rostro, alertándome del nuevo día, no me atrevo a abrir los ojos.

Porque si lo hago, tendré que enfrentarme al hecho de que no duermo desnuda en mi cama, sino en *la suya*.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda, mierda.

Es oficial. Debo estar perdiendo la maldita cabeza.

Este hombre incesante ha estado arrasando con todas mis reglas autoimpuestas como si fuera una especie de juego para él.

Y lo peor es que... se lo estoy permitiendo.

Nunca me quedo a dormir en casa de un ligue.

Nunca.

La regla es “haz el acto y luego lárgate de allí”.

Es similar a la regla que sigo siempre que traigo a alguien a mi casa: diviértete un poco y luego muéstrale la puerta cuando haya terminado.

Estas reglas se establecieron a propósito por una razón, pero al parecer, Trent no estará satisfecho hasta que rompa todas y cada una de ellas por él.

Incluso conoció a mi madre, por el amor de Dios. ¿Cómo demonios dejé que eso pasara?

Me golpeo suavemente la sien con el puño, con la esperanza de aliviar el dolor de cabeza que es Trent Nichols.



No abro los párpados hasta que oigo el débil sonido de una ducha al abrirse. Aunque su embriagador aroma masculino sigue flotando en el aire a mi alrededor, cuando miro hacia el lado izquierdo de la cama, me alivia encontrarlo vacío. Me vuelvo hacia el otro lado y veo la puerta del baño entreabierta, lo que me lleva a la conclusión de que Trent debe de haberme dejado hace unos minutos para ducharse por la mañana. Después de todas las cochinadas que me hizo anoche, a mí también me vendría bien una.

Siempre puedes saltar a la ducha con él.

Odio dudar unos segundos, considerando unirme a Trent.

Mi cuchi no tiene autopreservación en absoluto. Si lo hiciera, no habría dejado que me corrompiera anoche.

Por suerte, mi cabeza es la que manda ahora mismo, y no tengo intención de quedarme para que vuelva a atacarme.

Dios sabe que no necesitaría mucha persuasión por su parte.

Con mucho cuidado, salgo de la cama y busco mi vestido, sólo para encontrarlo hecho jirones en el suelo de su habitación.

El cabrón me debe cinco mil dólares por ello.

No te quejaste cuando te lo arrancó anoche.

Aah.

Tengo ganas de abofetear a mi coño cachondo para enseñarle quién manda, pero entonces recuerdo que Trent hizo eso y más anoche, y a ella le encantó cada segundo de su abuso.

—De acuerdo. Piensa Piper. Piensa. ¿Cómo vas a salir de este lío? —murmuro para mis adentros, escudriñando su habitación en busca de algo que pueda ponerme para salir de aquí.

Cuando veo su esmoquin y su camisa blanca en el suelo, me los pongo. El único inconveniente de este plan es que me veo obligada a permanecer envuelta en su olor un poco más. Sin embargo, es un precio pequeño teniendo en cuenta la alternativa: Trent saliendo de la ducha, empapado y desnudo, y yo incapaz de resistirme a saltar sobre sus huesos en el acto. Debe de haber un desequilibrio químico en mí que se activa con sus feromonas y me hace incapaz de apartar las manos de él.

O tal vez te guste.

Como gustar, gustar.

Estupendo. Ahora mi coño viajó en el tiempo hasta el instituto, queriendo salir con ese imbécil arrogante.

Siento una nueva simpatía por los hombres que se dejan llevar fácilmente por la polla. Mi cuchi es tan imprudente e irresponsable como ellos.

Ay.

Cuanto más rápido salga de aquí, mejor.



Me niego a ser víctima de mis deseos. Soy más fuerte que esa mierda.

No, no lo eres. No cuando se trata de Trent.

—Estás empezando a cabrearme —susurro molesta, bajando la mirada hacia mi cuchi.

Antes de que tenga tiempo de hablarle más a mi coño, me pongo los Louboutin, recojo mi bolso y salgo pitando de allí. Pero cuando empiezo a pasar junto a la puerta del baño de Trent, vacilo, deseando ver una vez más a ese hombre exasperante. El corazón me martillea en el pecho al ver cómo sus fuertes manos limpian el champú de su lustroso cabello negro azabache. Las gotas de agua caen a lo largo de su espalda, besando las llamas negras tatuadas en su piel aceitunada. Me quedo admirando el ave fénix que extiende sus alas en medio del fuego que quiere consumirla, asombrada por su resistencia y su determinación para elevarse por encima de las llamas.

Solía creer que Trent era tan maquiavélico como para tener un tatuaje de Lucifer en la espalda, pero en realidad, la imagen que eligió para decorar su piel lo representa mucho mejor.

El ave fénix naciente simboliza la fe en la superación de las adversidades más profundas, ilustrando la resistencia y el renacimiento.

Nunca he conocido a un hombre más decidido a salirse con la suya que Trent. Cuando quiere algo, va por ello, y contra viento y marea, siempre consigue lo que quiere.

Y aparentemente, lo que quiere... es a mí.

«Ahora eres mía.»

Un escalofrío me recorre la espalda al recordar esas palabras saliendo de sus labios. Lo dijo con tanta convicción que casi le creí por una fracción de segundo.

Pero no puedo ser suya.

Simplemente no puedo.

Y por mi propio bienestar, tendré que encontrar la manera de hacérselo entender.

Tras echar otro vistazo rápido al dios griego que se ducha, me obligo a alejarme y dirigirme hacia la puerta. Pero justo cuando estoy a punto de salir, oigo un ping procedente del interior de la habitación. Mi mirada se desvía hacia su mesilla de noche, donde se ilumina su teléfono con un mensaje de texto entrante.

¿Quién podría estar enviando mensajes a Trent tan temprano? Apenas ha amanecido.

¿Tal vez sea otra mujer?

Me digo a mí misma que es la curiosidad lo que me hace caminar hacia el teléfono y no los celos. De hecho, si Trent estuviera viendo a otras mujeres, sería un buen augurio a mi favor para utilizarlo como excusa para no acostarme más con él.



Quiero decir, ¿no fue él quien me dijo que no se había acostado con nadie en más de un año? Si se acuesta con cualquiera, entonces esa declaración habría sido mentira.

Y no follo con mentirosos.

Pero mis esperanzas se desmoronan cuando veo que el texto es de Rex Jones, el propietario de los Boston Guardians.

Antes de descartar el texto por completo, algo llama mi atención. Aunque no puedo leer el texto completo sin desbloquear el teléfono, las dos primeras frases de la pantalla son más que suficientes para hacerme una idea de lo que trata.

Rex: Buenas noticias. Anoche hablé con cinco posibles compradores del club y todos aceptaron asistir al primer partido de la temporada.

¿Rex Jones va a vender los Boston Guardians?!

¿Carajo?!

Por desgracia, no me da tiempo a enloquecer ni a entender lo que eso significa, ya que oigo a Trent cortar el agua en la otra habitación.

Como no quiero estar aquí cuando salga, tomo mis cosas y salgo corriendo como el viento. Tardo menos de tres minutos en salir del edificio y tomar a un taxi.

—Cinco compradores potenciales para el club —murmuro en voz baja mientras el taxi me lleva de vuelta a mi apartamento.

Santo cielo.

Si los Boston Guardians están a punto de ser vendidos, esto afectará a mis jugadores. A los nuevos propietarios siempre les gusta dejar su impronta en sus flamantes adquisiciones y, en el deporte, eso suele significar traer sangre nueva al equipo y, al mismo tiempo, vender a sus jugadores más problemáticos. Y eso significa problemas para un jugador en particular: Nathan Wilder.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —grito, golpeando la mampara divisoria entre el taxista y yo.

—Eh, ¿todo bien ahí atrás? —pregunta el taxista, irritado—. Si lo rompes, lo pagas.

—Sí, sí, sí. Sigue conduciendo —replico, igual de cabreada, apretando los puños a los lados para no golpear nada más.

Ni siquiera he conseguido apagar un fuego, y ya se está gestando otro. Es como si el universo se ensañara con Nathan o algo así.

—Pero no pasa nada —murmuro para mis adentros—. No pasa nada, Piper. Puedes sacarlo de este lío. Puedes —repito, rogando a Dios que no me esté mintiendo a mí misma.

Todo lo que tengo que hacer es ir a ese primer partido y ver quién está en la carrera para comprar el equipo. Una vez que lo haya averiguado, podré utilizar mi



poder de persuasión para hacer comprender a esa persona que deshacerse de Nathan no sólo es una tontería, sino que será perjudicial para las posibilidades del equipo de ganar algo este año. Ningún propietario de un club quiere comprar un equipo perdedor. Eso lo sé muy bien. Si puedo enumerar los pros y los contras de mi jugador, entonces espero que su nuevo propietario vea los beneficios de mantenerlo en el equipo en lugar de traer a algún nuevo pez gordo para ocupar su lugar.

—Lo tengo. Lo tengo —me digo mientras me hundo en el abrigo de Trent y le subo la solapa para inspirarle.

Sólo cuando su olor ha calmado mis nervios me doy cuenta de lo que he hecho.

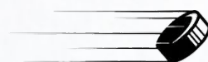
No tengo tiempo de averiguar por qué su olor me tranquiliza porque en ese instante se me ocurre algo más preocupante.

Algo mucho más aterrador.

No sólo el trabajo de Nathan está en juego si los Boston Guardians son vendidos.

Trent es tan vulnerable a perder su posición en el club como Nathan.

No puedo permitirlo.



Están todos aquí.

Todos los pesos pesados de Boston están aquí, en el palco VIP de los Guardians, ansiosos por ver el primer partido de la temporada mientras evalúan a sus competidores.

Tengo que reconocérselo a Rex. Invitarlos a todos aquí hoy no sólo afirma en silencio que el equipo está realmente en juego, sino que también muestra a cada uno de estos hombres que si quieren una oportunidad de comprar el club, tendrán que pagar mucho dinero por ello. Seguramente se convertirá en una de las mayores guerras de ofertas de Boston en bastante tiempo.

Como aún no se ha dado a conocer la noticia de la próxima adquisición, no me sorprende ver que soy la única agente deportiva aquí hoy. La mayoría de mis colegas están animando a sus jugadores desde la comodidad de sus casas, ya que el primer partido de la temporada pone demasiado nerviosos a nuestros jugadores, por lo que no quieren la presión añadida de que estemos presentes. A algunos jugadores les gusta ese tipo de apoyo de los animadores, mientras que otros lo ven como si sus agentes no tuvieran fe en sus capacidades. Luego están los pocos que se rigen por la superstición. Si creen que sus posibilidades de ganar aumentan si tienen a sus familiares y a todo su séquito entre el público, entonces mejor que crean que incluso su abuela de noventa años está sentada en las gradas en cada partido. Pero si creen que la suerte estará de su lado jugando solos, entonces nadie se atreve a venir.



Por suerte para mí, a los hermanos Donovan y a Wilder no les importa que vaya a sus partidos. No solo porque saben que es mi forma de decirles que les cubro las espaldas, sino porque sangro verde y blanco tanto como ellos.

Antes de convertirme en su agente deportiva, ya era una fanática a morir de los Guardians.

Crecí en este ámbito.

Algunos de mis mejores recuerdos han tenido lugar aquí.

Algunos de los peores, también.

Así que decir que tengo curiosidad por saber quién va a ser el dueño de este club es quedarse corto.

Estoy emocionalmente involucrada en el resultado de tal venta.

Y hasta ahora, por los pocos hombres con los que ya he hablado desde que llegué, estoy un poco decepcionada.

Ninguno de ellos ve este club como yo lo veo.

No es más que otro negocio para ellos.

No hay corazón en el trato.

Y eso puede ser un problema.

—Nunca he visto el atractivo del hockey. De hecho, me parece un deporte atroz —dice uno de ellos mientras se atiborra de camarones gratis—. Pero tenía que venir a ver por qué tanto alboroto.

—De acuerdo —asiente otro tipo con traje—. Pero el dinero es el dinero. ¿No es cierto? —se ríe, incitando a su amigo a seguirle la corriente.

Idiotas.

Me distraigo momentáneamente de su ataque de risa cuando veo que algunos guardias de seguridad se apresuran a abandonar sus puestos. Tardo dos segundos en darme cuenta de quién es su objetivo: Lottie.

En mi afán por evaluar a estos peces gordos, olvidé por completo que Lottie vino hoy conmigo a petición de Nathan. No sólo la dejé sola, sino que se me pasó cuando Trent entró en el palco VIP y empezó a hablar con ella.

Maldita sea.

Dejo a la manada de hienas entretenidas con sus propias risas en favor de rescatar a mi mejor amiga de un cabreado Trent y sus matones. Todavía estoy a unos pasos, pero por lo que parece, Trent sospecha que Lottie puede ser una periodista encubierta con la misión de descubrir más detalles incriminatorios para publicarlos en el titular de mañana dirigido contra Nathan. No es que me sorprenda que Trent haya hecho semejante juicio, teniendo en cuenta que Lottie nunca ha venido a un partido —y mucho menos ha sido invitada al palco VIP— y la reciente cobertura mediática de Nathan.



rivals

pucking hearts • 2

—Si tus chicos le tocan un cabello de la cabeza, te demandaré a ti y a este club tan rápido que los Boston Guardians podrían cambiar su nombre por el de Perras de Piper. ¿Entendido? —les advierto antes de que puedan agarrarla.

—Lee —gime Trent mientras se gira para mirarme.

—Nichols —replico con el ceño fruncido, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Así que esta mujer es amiga tuya? —pregunta, mirando sospechosamente a Lottie de arriba abajo.

—Lo es. Y lo que es más importante, es amiga de un jugador clave de tu equipo. ¿Sabes? ¿Al que le gusta pegarle a la gente cuando se portan como idiotas? —insisto con una sonrisa burlona.

—Sí, lo conozco —deja escapar una exhalación antes de volver a centrar su atención en mi mejor amiga—. Mis disculpas. Han sido un par de semanas agitadas y parece que me he precipitado al hacer suposiciones. Eso no justifica mis actos, pero, por desgracia, mi trabajo es proteger a este club y a sus jugadores. Pido disculpas por mi descortesía y espero que no influya en tu juicio sobre mí. —Luego le tiende la mano para que la estreche—. Trent Nichols. Soy el gerente general de los Guardians. Encantado de conocerle.

—Charlotte Moore —responde Lottie antes de estrecharle la mano.

—Impresionante —interrumpo su pequeño apretón de manos con un fuerte aplauso—. Ahora que han sido educadamente presentados, ¿qué tal si se largan a su lado de la valla y nos dejan a mi amiga y a mí disfrutar del partido?

—Siempre es un placer, Lee —dice con un brillo en los ojos que indica que está pensando en mí desnuda.

Idiota.

—Igualmente, Nichols.

Me dedica otra sonrisa antes de marcharse con sus guardias de seguridad a cuestas.

—¿Ese es el gerente de los Boston Guardians? —Lottie pregunta, todavía suena un poco conmovida por toda la experiencia.

—Sí. Seguro que lo es. Y un grano en el culo —digo con desprecio, echándole otra mirada furtiva.

Dios, se ve bien.

Un hombre así no tiene derecho a verse tan bien.

—Espera. ¿No se supone que tienes que tener una buena relación con los gerentes de los equipos? ¿Como ser su mejor amiga o algo así? —pregunta confundida.

¿Follarle los sesos cuenta como tener una buena relación?



148



power
play

IVY FOX

—En teoría. —Me encojo de hombros en vez de decirle lo que me pasa por la cabeza—. Pero es difícil ser amigable con un hombre así. El único lenguaje que Trent Nichols entiende es la intimidación y los juegos de poder.

Eso, y hablar sucio, pero eso no viene al caso.

—Me parece que ustedes dos deben haber congeniado muy bien entonces.

—Nop —respondo, enfadada conmigo misma por no ser capaz de mantener mi mente fuera de las cochinadas cuando se trata de Trent—. Ya sabes lo que dicen.

—No, ¿qué dicen?

—Lo semejante a lo semejante se repele, mientras que los opuestos se atraen.

Ese es nuestro problema.

Somos demasiado parecidos, ambos necesitamos controlar una situación que se siente... incontrolable.

Este tira y afloja entre nosotros tiene que parar.

Antes de que uno de nosotros haga algo estúpido.

Como, tener sentimientos por el otro.

—Así que supongo que tienes trabajo por delante para renegociar los contratos de los jugadores con Trent, ¿no?

—No por mucho tiempo, espero —explico, obligándome a ser más optimista—. Se rumorea que el dueño está pensando en vender el club. Sin herederos, lo lógico es que el viejo lo venda al mejor postor. Por desgracia, los medios de comunicación han sido implacables estas últimas semanas y no han pintado precisamente al club de la mejor manera, lo que no augura nada bueno para nadie en el equipo, especialmente para su gerente. Si Trent no pone orden en su casa, su cabeza será la primera en la carnicería cuando se venda el club.

Una punzada de sudor frío me recorre la espalda al pensarlo.

Debería querer que eso ocurriera.

Debería estar jodidamente extasiada ante la perspectiva de que Trent pierda su trabajo.

Pero por mi vida, todo lo que siento es miedo.

—En fin, basta de hablar de Trent —digo bruscamente, queriendo volver a centrarme en el tema, ya que Trent no es la única persona por la que debería preocuparme—. Centrémonos en nuestro chico. Más vale que Nathan brille hoy, o de lo contrario pasará a engrosar la larga lista de bajas tras la venta del equipo.

Vuelvo mi atención al hielo, haciendo todo lo posible por ignorar la forma en que la pesada mirada de Trent besa mi nuca. No tengo que girarme para saber que me está observando porque puedo... sentir cómo lo hace.

Trent siempre me está observando.



Antes de aquella desdichada primera noche en que lo traje a casa conmigo, sus miradas eran como un viento fresco que rozaba mis mejillas acaloradas. Siempre ahí, pero demasiado tenues e inocentes para ser motivo de preocupación. Pero desde aquella noche, su mirada penetrante no descansa hasta que conoce todos mis secretos. Hasta que su calor me abrasa por dentro, y todo lo que puedo hacer es arder... arder... por él.

—¿Charlotte? —llama alguien, sacándome de mi ensoñación.

Un hombre bien vestido, de cabello castaño claro y brillantes ojos verdes, empieza a hablar con mi mejor amiga, como un viejo amigo que la conoce de toda la vida.

Como conozco a todos los amigos de Lottie, llego rápidamente a la conclusión de que debe de ser uno de sus clientes. Dejo que hablen mientras observo a este desconocido, sabiendo perfectamente que, al igual que Lottie, nunca ha entrado en este palco VIP.

Es cuando le pide a Lottie que lo llame Laurie en lugar de Lawrence cuando mi cerebro establece la conexión sobre quién es este desconocido encantadoramente magnético: Lawrence Preston III.

Había oído rumores de que el heredero del imperio Preston había regresado de su estancia en Londres para asumir un papel más serio en los negocios de la familia. Había otros rumores que decían que el joven Preston quería alejarse de los asuntos de su familia y sumergirse en sus propias empresas personales.

Bueno, ¿mira a quién tenemos aquí?

¿Podría ser este el nuevo posible dueño de los Guardians?

—Ejem —me aclaro la garganta en voz alta, recordándole a Lottie mi presencia.

—¿Dónde están mis modales? Laurie, esta es mi mejor amiga, Piper. Piper, este es Laurie —dice Lottie, haciendo la presentación.

—Encantado —responde con un marcado acento británico.

—Ahora estoy mucho mejor —arrullo, levantando la mano para que la tome.

Cuando se inclina y me da un beso casto en los nudillos, sé que lo tengo justo donde quiero.

La familia Preston tiene más dinero que todos los hombres aquí juntos. No hay duda de que si quiere, puede sobrepujarlos a todos.

Lo que significa que encontré a mi hombre.

Él es quien tendrá el destino de Nathan en sus manos.

Y de Trent.

Cuando “Enter Sandman” de Metallica empieza a sonar por todo el estadio, todos nos giramos para ver a los Guardians salir al hielo.

Desde mi periferia, veo cómo Lottie se muerde el pulgar mientras recorre la pista en busca de Nathan.



—Es el número diecisiete —le susurro cuando es incapaz de localizarlo.

—¿Y contra quién jugamos? —pregunta, con la mirada fija en la camiseta número diecisiete.

Pero antes de que pueda responderle, mi cuerpo se acalora al ver al hombre que ahora está a mi lado, creando a propósito una barrera entre Laurie y yo.

—Detroit Devils —explica Trent, fingiendo que su única atención se centra en su equipo.

—¿Y eso es bueno o malo? —pregunta Lottie.

—Son un buen equipo. Fuerte. Hambrientos —procede a explicar Trent.

—Los Guardians tienen más hambre —defiendo, asegurándome de que Laurie me oye.

—Vamos a ver —replica Trent, sonando poco convencido.

Maldito sea.

¿No sabe que Laurie está escuchando?

¿Qué demonios está haciendo?

—¿Qué hace Nate exactamente? —pregunta Lottie, mostrando lo inexperta que es sobre el hockey.

Pero de nuevo, antes de que tenga tiempo de enseñarle, Trent entra y se me adelanta.

—Wilder es lo que se llamaría un triturador ofensivo.

—¿Y qué hace exactamente un triturador?

—Son los que mantienen el disco en juego —explica secamente.

—Lo que Nichols quiere decir —interrumpo, ya que es evidente que Trent no sirve para dar más que unas cuantas viñetas—, es que el papel de Nate es ir a las esquinas a desenterrar el disco y luego marcar goles llevando el disco a la ofensiva del equipo. Es responsable de ganar las batallas por el disco a lo largo de los tableros y de asestar golpes contundentes, al tiempo que se centra en la defensa, el contraataque y la creación de pérdidas del disco. Desempeña un papel crucial en el desgaste de los defensas rivales y en la creación de oportunidades de gol para sus compañeros. En otras palabras, Nate soporta de buen grado el abuso físico de los jugadores rivales con tal de poner el disco en las manos adecuadas.

—Me parece que Nate tiene el peor trabajo del equipo. ¿No se lesiona? —Lottie pregunta, y la preocupación en sus ojos refleja la misma que siento yo por dentro.

—Nate puede manejarlo.

—Quizá por eso se le ha visto últimamente en los periódicos por sus problemas de ira. Que le paguen por recibir palizas en cada partido no puede ser divertido. Puede que se esté ensañando con los civiles porque necesita una válvula de escape para toda esa rabia contenida —dice Laurie de sopetón.

—Nate no es así —defiendo rápidamente.

Mierda.

Si Laurie ya habla así, entonces tengo mucho trabajo por delante para deshacer todo el lavado de cerebro mediático que le han hecho.

No puedo dejar que piense que Nathan es una especie de bárbaro.

—Es un profesional —añado asertivamente, dejándole sin margen para la réplica.

—Así es —replica Trent, imitando mi tono severo—. Cualquier equipo de hockey que se precie necesita un equilibrio entre buenos jugadores ofensivos y trituradores, y los Guardians tienen ambas cosas en Donovan y Wilder.

Podría besarlo ahora mismo.

—Me corrijo. —Laurie sonríe y vuelve a centrar su atención en la pista. Sin embargo, cuando el público empieza a abuchear a Nathan cada vez que su palo toca el disco, Laurie de repente tiene algo más que decir al respecto.

»Creo que tu jugador tiene problemas. Me parece que tu triturador estrella ya no es el favorito de los aficionados. Eso es muy revelador, ¿no crees?

—Es el primer partido. Tiene tiempo —refuta Trent.

—¿Lo hace? —Laurie arquea una ceja—. Me parece que los aficionados han dejado muy claro su sentir.

—Entonces supongo que es bueno que yo sea el gerente general y no uno de los fans —responde Trent, con los labios apretados en una fina línea.

—Por ahora —murmura Laurie, asegurándose de que todos oyen la advertencia.

Siento que la serenidad y la calma habituales de Trent empiezan a resquebrajarse ante la amenaza no tan sutil. Antes de que tenga tiempo de decir algo que ponga en peligro su trabajo, entrelazo discretamente mis dedos con los suyos y le doy un ligero apretón en la mano.

La espalda de Trent se endereza y se aferra a mi mano como si fuera lo único que lo mantiene con los pies en el suelo. Me concentro en su respiración, contando cada inhalación profunda, imitando los latidos de mi corazón. Cuando por fin sus hombros se relajan y estoy segura de que no dirá nada que pueda ponerle en un aprieto con el nuevo dueño de su querido club, retiro la mano.

Veo cómo frunce el ceño ahora que no tiene mi mano. Cuando suena el primer timbre, anunciando el final del primer periodo, no digo nada cuando Trent se excusa para sentarse junto a Rex durante el resto del partido.



CAPÍTULO 15



TRENT

—Pareces muy disgustado para ser un hombre cuyo equipo acaba de ganar el primer partido de la temporada —se burla Rex por encima del estridente tintineo de los vasos de chupito, la animada charla y otros ruidos estruendosos que ocupan el bar de Roy, el lugar favorito de los Boston Guardians después de una victoria.

—¿Quién dice que estoy disgustado? Sabía que ganarían.

—Bien. Tal vez disgustado no sea la palabra adecuada para definir tu aspecto actual. Yo diría que *enfurecido* te queda mejor.

—¿Y por qué iba a enfurecerme, viejo? —contraataco apretando los dientes, dándole la espalda a la fuente de mi ira para enfrentarme a mi amigo—. No tengo nada por lo que enfadarme o disgustarme. No podría estar más contento de cómo ha acabado el día. Nuestro equipo le ha dado una paliza a Detroit tal y como yo sabía que haría. El único titular que leeré mañana sobre Wilder en los periódicos es cómo destripó la línea ofensiva de los Devils—. Los ricachones que invitaste al partido ahora están babeando, muriéndose por comprarte el equipo. Todo lo que veo son motivos de celebración.

—Cierto, cierto —repite asintiendo con la cabeza—. No pude evitar fijarme en el ceño fruncido que tenías, así que supuse que tenía algo que ver con que los demás estuvieran de fiesta por sus propios motivos —dice mientras su mirada cómplice se desvía por encima de mi hombro hacia la barra, donde Lawrence o “Laurie”, como prefiere que le llamen, está sentado junto a Piper, con cara de estar pasándoselo en grande.

Desde que terminó el partido, están unidos por la cadera, e incluso abandonaron juntos el estadio para ir a Roy's a celebrarlo después del partido.

—Es una fiesta, Rex. Eso es lo que hace la gente. Van de fiesta y conocen gente.

—¿Ah sí? —se burla—. Entonces, ¿por qué no lo celebras?

—Me gusta celebrarlo de otras maneras. —Sonríó antes de dar un trago a mi whisky.

—Oh, soy muy consciente de las formas en que te gusta *celebrarlo*. —Se ríe entre dientes—. Y por lo que parece, nuestro nuevo conocido de negocios está de acuerdo con tu método preferido de celebración.

Me doy la vuelta en un instante y veo cómo Piper echa la cabeza hacia atrás riéndose de algo que ha dicho Laurie.

—No me gusta —afirmo con firmeza, dando la espalda una vez más a la exasperante pareja.

—¿Oh? —Rex aguijonea—. ¿Te ofendes con el joven Lawrence por ser más joven, más rico, con una educación más sofisticada que la tuya, o porque se está insinuando a la chica por la que llevas suspirando casi dos años?

—Roxanne y tú parlotean como dos solteronas, ¿lo sabías? —Me bebo el resto del whisky de un trago.

Rex se limita a encogerse de hombros, sin avergonzarse lo más mínimo de que él y la buena doctora hayan estado hablando de mi vida personal a mis espaldas.

—¿Qué puedo decir? Hemos llegado a disfrutar viviendo a través de ti, querido amigo. Tus problemas nos divierten mucho más que los nuestros.

—Qué gracioso.

—Me lo imaginaba. —Él sonríe—. Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Quedarte aquí toda la noche aguantando a un viejo como yo mientras el príncipe azul británico arrasa con tu chica?

—En primer lugar, *Laurie* —pronuncio el nombre con amargo disgusto—, no es británico. Nació y se crió aquí. Por lo tanto, es tan bostoniano como yo.

—Beacon Hill y Roxbury no son lo mismo, pero te entiendo —interviene Rex.

—En segundo lugar —interrumpo, ignorando su comentario lateral—, Piper no es el tipo de mujer que se deja convencer fácilmente por una cara bonita.

—Ya lo veo. Si lo fuera, habría caído rendida a tus encantos hace años —añade Rex, riéndose a mi costa.

—Y por último, Lawrence Preston III no es un puto príncipe azul —gruño—. Puede que brille como el oro, pero mi instinto me dice que hay más en él de lo que parece. No olvidemos a su pomposo padre. No me sorprendería que la manzana no cayera lejos del árbol. Piper es una mujer inteligente. Si él es todo espectáculo y nada de profundidad, ella verá a través de su fachada fácilmente.

—Grandes elogios viniendo de ti. —Rex sonríe—. Sin embargo, noté cómo no me corregiste cuando deduje que era tu chica.

—Mujer —le corrijo.

—Muy bien, mujer. —Se ríe entre dientes—. ¿Tengo curiosidad por saber por qué?



—Porque —digo sonriendo con picardía—, no hay nada que corregir.

—Ajá, ya veo. —Rex asiente—. ¿Y ella lo sabe?

—Se puede decir que le cuesta aceptarlo —murmuro, agarrando la botella de whisky y sirviéndome otro trago.

—Eso es evidente. Puedo decir que ella está realmente luchando con eso sólo por cómo el joven Preston trata de consolarla poniendo su mano en su muslo.

—¡¿El qué?! —gruño, dándome la vuelta para encontrar la mano de Laurie en ninguna parte cerca del muslo de mi mujer.

Rex estalla en carcajadas, provocando que me beba el chupito de un trago.

—Qué gracioso. Eres un barril de risas esta noche, viejo —maldigo antes de servirme otra copa.

—Lo siento. No podía dejarlo pasar. —Rex se seca las lágrimas de la comisura de los ojos—. Deberías haber visto lo rápido que tu cabeza dio vueltas, chico.

—¿No se supone que deberías estar mezclándose o algo?

—¿Verdad? —Mueve las cejas.

Cuando no respondo, prefiriendo beber hasta quedarme ciego esta noche, se apiada de mí y deja de reírse de mi dolor.

—Hice mi parte en el partido con los ricachones y di la cara aquí en Roy's para mantener la moral. Ahora creo que es hora de irme a casa, ya que ha pasado mi hora de acostarme. Tú, en cambio, deberías aprovechar al máximo la noche —dice, apartando la botella de whisky de mis manos.

—Soy demasiado viejo para molestarme o preocuparme —murmuro, arrebatándole la botella de la mano.

—Nunca se es demasiado mayor para disfrutar, chico.

—¿Chico? Claro —refunfuño—. Bueno, este chico está a punto de cumplir los cuarenta dentro de unos años, así que puede que también se me haya pasado la hora de dormir, viejo.

—Tonterías. ¿De dónde viene esto ahora? —pregunta Rex con preocupación.

Y cuando mi mirada vuelve a Laurie y Piper, él tiene su respuesta.

—Ah, ya veo. —Frunce el ceño con tristeza—. Sí, está más cerca en edad de ella que tú, pero carece de la sabiduría para manejar a una mujer como la señorita Lee. Eso, querido amigo, tú lo tienes a raudales.

—Cierto. Sabiduría, porque eso es lo que las mujeres buscan en un hombre. Sexy —me burlo.

—No más alcohol para ti. El whisky ha ahogado oficialmente todas las neuronas de tu cabeza. Tú eres el que dice tonterías. Eres un buen partido, Trent.



—Si por buen partido te refieres a un hombre que trabaja muchas horas y no tiene tiempo ni siquiera intimidad para tener una vida personal, entonces sí, soy todo un partidazo.

—Nunca he sabido que fueras inseguro, así que no empieces ahora —ordena Rex.

¿Es eso lo que siento?

¿Inseguridad?

¿Será por eso que siento como si me hubieran puesto una piedra en el pecho desde que la vi irse con él después del partido?

—Que la chica... quiero decir, la mujer —corrige rápidamente—, decida.

—Creo que ese es el problema. Piper está teniendo un poco de dificultad para decidir lo que realmente quiere.

—Entonces sólo necesitas ser más persuasivo y claro en tus intenciones. No dejes que los Lawrence de este mundo te hagan sentir indigno de lo que más deseas. Yo no dejé que nadie se interpusiera en mi camino cuando quise hacer mía a Martha. Y créeme, ella tenía una fila de pretendientes rogando por su mano. Eso no me impidió hacerle saber que no importaba con quién estuviera, al final sería mía. Hazme caso, hijo. En esta vida, te arrepientes mucho más de las cosas que no hiciste que de las que hiciste. Así que no pases la noche deprimido porque la Srta. Lee prefirió la compañía del joven Preston a la tuya esta noche. Hazle saber que puede divertirse con quien quiera, siempre que sepa que, al final, es contigo con quien acabará.

—Sabes una cosa, viejo. A veces olvido que eres mucho más listo de lo que pareces. —Le doy una palmada en el hombro antes de tomar otro trago.

—Caray, gracias, chico. —Se ríe entre dientes.

—Ni lo menciones. ¿Estás bien para ir a casa?

—Tengo mi chofer. No te preocupes por mí.

—Eso es bueno. Porque tengo que ir a ver a una chica. —Guiño un ojo antes de darme la vuelta para caminar hacia Piper y Ricky Ricón.

—¡Mujer! —Rex grita, riendo.

Le echaré de menos cuando vuelva a Texas, pero ahora tengo cosas más importantes que hacer.

Pero justo cuando estoy a mitad de camino hacia ellos, reconsidero mis opciones. Piper no se lo pensará dos veces antes de desairarme delante de Laurie, y si quiero estar en igualdad de condiciones con él en la sala de juntas, no puedo permitir que eso ocurra. Eso significa que necesito un señuelo, alguien que la aleje de él el tiempo suficiente para que yo le entienda. Mis labios se crispan de satisfacción cuando veo a Caleb Donovan borracho como una cuba coqueteando con dos mujeres en un rincón del bar. Me dirijo hacia él y se sorprende cuando lo llamo por su nombre.

—Caleb, ¿podemos hablar en privado un segundo?



—Sí, sí, jefe. Discúlpame, cariño. Papi volverá enseguida —le dice a la mujer que tiene en su regazo, dándole un beso antes de apartarla de su camino. Luego se dirige a su amiga para besarla también—. Sean buenas mientras estoy fuera. No empiecen la fiesta sin mí. —Les lanza un guiño a las dos antes de darse la vuelta para prestarme toda su atención—. ¿Qué puedo hacer por usted, jefe?

—Necesito un favor —respondo, mirando a sus amigas que ya se besan a sus espaldas.

Mira por encima del hombro y sonrío ante sus payasadas.

—Universitarias. ¿Qué se le va a hacer? —sonríe encogiéndose de hombros.

—Claro. —Pongo los ojos en blanco—. Como iba diciendo, necesito un favor.

—Soy todo suyo, jefe. ¿Este favor consiste en tener que comprar una pala? Porque estoy bastante seguro de que tengo una en el maletero junto a mi bate y mis nudillos de bronce.

Donovan.

Puedes sacarlos de South Boston, pero nunca podrás sacar a South Boston de ellos.

—No. La violencia no está en el menú de esta noche.

—Oh —refunfuña, decepcionado por no poder vivir conmigo su fantasía de Boondock Saints.

Deja que Caleb Donovan se emocione ante la perspectiva de enterrar un cadáver o ensangrentarse los nudillos.

—El favor que tengo en mente es mucho más tranquilo.

Inclino la cabeza para que siga mi línea de visión y señalo a Piper y a su nuevo amigo.

Afortunadamente, Caleb entiende lo que quiero incluso antes de que tenga que decir una palabra.

—¿Quiere que aleje a Piper de ese baboso?

—Mucho, sí. —Sonrío siniestramente.

—No hay problema —dice, lanzándose hacia ella a la velocidad del rayo, tanto que tengo que agarrarle por el hombro para que no dé un paso más.

—¿Hay más? —pregunta confundido.

—Sí. También quiero que inventes una excusa para sacarla fuera. ¿Puedes hacerlo?

Sus cejas se fruncen ante esa petición.

—Sabe que es mi agente, ¿verdad?

—Soy muy consciente. —Frunzo el ceño ante el cambio de tema.

—Lo que significa que si la cagas con ella, gerente o no, todavía vas a conseguir mi pie en el culo si le haces daño de alguna manera.



—Te prometo que esa no es mi intención.

Arquea una ceja, ni siquiera intenta ocultar sus sospechas sobre mí.

—¿Y cuáles son tus intenciones?

—Honorables —miento.

—Y una mierda. —Se ríe, cruzando los brazos sobre el pecho—. Tienes una erección por Piper. Eso está claro, o no habrías venido a pedirme que la alejara del chico guapo de allí. Oye, no te juzgo. Piper está buena con mayúsculas, así que entiendo por qué te interesa, pero que tú quieras sumergir tu mecha en sus profundas aguas no significa que ella quiera que lo hagas.

—Caleb —interrumpo antes de que el idiota tenga tiempo de decir algo que le valga un puñetazo en la cara—. Te agradecería que, en el futuro, te abstuvieras de hablar de la señorita Lee de forma tan despectiva. De lo contrario, el único pie que verás será el mío aplastándote el cráneo.

Cualquier otro hombre se habría meado encima después de semejante amenaza, pero Donovan... simplemente sonríe como si le hubiera alegrado el puto día.

—Honorables intenciones, ¿eh? —Se ríe entre dientes—. De acuerdo, jefe. Haré que *la señorita Lee* —dice, enfatizando el nombre de Piper con las comillas de los dedos—, me siga fuera del bar. ¿Dónde estará?

—Callejón trasero.

—Bonito. —Se ríe entre dientes—. ¿Debería quedarme atrás para vigilar?

—No si quieres conservar todos tus dientes —replico con una sonrisa siniestra.

—Joder. —Se ríe—. Así de mal lo tienes, ¿eh? Bien. Jugaré a Cupido. Dame cinco, y te entregaré a tu chica en mano. Sólo recuerda, me debes una.

Y con eso, Caleb salta a través de la multitud como un niño en una tienda de caramelos, listo para armar un lío.

Maldito Donovan.

Siempre es más feliz haciendo travesuras.

Por suerte para mí, esta noche me apetece hacer travesuras.



CAPÍTULO 16



PIPER

—Eres una santa, ¿lo sabías? —Caleb murmura pasándome el brazo por los hombros.

—¿Acaso no lo sé? —refunfuño mientras hago todo lo posible por sujetar al idiota borracho, sin querer que se caiga de bruces contra el pavimento—. Te juro por Dios que la próxima vez que te pongas así, voy a llamar a tu hermano para que venga a recogerte.

—No, nena. Sabes que Erin siempre me rompe las pelotas cuando alejo a Jack de ella y las chicas. No le digas que dije esto, pero ella no es tan agradable como parece. Puede dar miedo cuando quiere.

—Ella sólo da miedo porque sigues haciendo espectáculos como este y presionando sus botones. Debería saberlo ya que estás presionando los míos ahora mismo.

—Sabes que me quieres —canta.

Pongo los ojos en blanco ante el idiota y me río cuando empieza a hacer pucheros y a mover los ojos como un lindo cachorro perdido. Es muy difícil enfadarse con él. Sus payasadas infantiles lo hacen francamente adorable.

—¿Dónde está tu auto, Caleb? No pienso pasarme el resto de la noche arrastrándote.

—Allá. —Señala a ninguna parte en particular—. Perdón por interrumpir tu noche y alejarte de ese tipo. Parecía que le gustabas.

—Sí, ¿verdad? —Me río divertida—. Entonces supongo que es bueno que no me gustara. Si no, tendrías que encontrar otra forma de llevar tu culo borracho a casa.

—¿Y dejar a Rita sola en la calle, pasando frío? —replica Caleb, atónito.

—¿Rita? —pregunto, confundido.

—Sí, Rita Hayworth. ¿Sabes? ¿Mi auto?



—¿Le pusiste a tu auto el nombre de una vieja actriz de Hollywood?

—Oye, no es vieja. Rita es un clásico —dice, ofendido—. Mi Shelby GT350 merece algo de respeto.

—Si ibas a ponerle nombre de mujer a tu auto, ¿no habría sido más fácil llamarlo simplemente Shelby?

—Más fácil, sí, pero no le haría justicia. Quiero decir, ¿Shelby? ¿A esa belleza? No. —Sacude la cabeza.

—Mi madre se llama Shelby, idiota. —Le dirijo una mirada mordaz.

—No me has dejado terminar —se retracta rápidamente—. Shelby es un nombre precioso. A mí me parecía más una Rita.

—Eres idiota. —Sacudo la cabeza—. Ahora, ¿dónde está ese precioso auto tuyo?

—Sólo un poco más —dice, sonando más alerta.

Mi frente se arruga ante el repentino cambio en su tono, pero antes de que pueda sumar dos más dos, ya es demasiado tarde.

—Yo me encargo a partir de aquí, Donovan —dice Trent, saliendo del oscuro callejón detrás de Roy's.

—Lo siento, nena —se atreve a murmurar Caleb antes de quitarme el brazo de encima.

—Será mejor que huyas, Caleb Donovan. Huye muy lejos si sabes lo que te conviene —gruño entre dientes apretados, dándome cuenta de que su estupor de borracho era todo un espectáculo para hacerme caer en una trampa.

—Entonces supongo que esa es mi señal. Hasta luego, tortolitos. —Caleb se da un golpecito en la frente a modo de saludo y vuelve al bar, sin parecer ni un poco ebrio.

¡Voy a matarlo!

Me la ha jugado.

Ambos lo hicieron.

—Si querías hablar conmigo, podías haberlo hecho dentro del bar, donde hace calor, ¿sabes?

—¿Es una invitación para que te caliente? —Trent sonríe.

—No trates de ser lindo. ¿Sólo di lo que quieres decir para que pueda volver adentro?

—¿Tienes miedo de que tu nuevo juguete pierda interés tan rápido?

—¿Juguete? —Me río—. A ti es a quien le gusta jugar, Nichols. A mí no.

—Trent.

—¿Eh?



—Dije, Trent. Nichols es cuando estamos haciendo negocios. Y como puedes ver, los negocios son lo último que tengo en mente ahora mismo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tienes en mente?

Sus ojos negros se oscurecen de forma sugerente y, antes de que pueda siquiera anticipar su siguiente movimiento, me toma de la mano y me adentra en el callejón poco iluminado, ocultándonos por completo de la vista de cualquiera que pasee por la acera.

—Déjame decirte que arrastrarme a un callejón oscuro está encendiendo todo tipo de banderas rojas, *Trent*.

—¿Tienes miedo? —dice, deteniéndose tras lograr colocar mi espalda contra una pared de ladrillo.

—¿De ti? Nunca.

—Entonces no veo ningún problema.

—¿No? —Me río sarcásticamente—. ¿Así que el hecho de que me sacaras de la fiesta con falsos pretextos para que pudiéramos tener esta charla en un callejón oscuro no te parece problemático de ninguna manera?

—¿Quién ha dicho nada de hablar?

Trago en seco, viendo la intención en sus ojos.

—¿Qué quieres, Trent? —pregunto bruscamente cuando aprieta su pecho contra el mío.

—Creía que había dejado claras mis intenciones —replica, pasándome los nudillos por la mejilla.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —reprendo, girando la cara hacia un lado, agradecida por el fresco ladrillo que besa mi otra mejilla.

—No te hagas la tímida, gatita. Sabes lo que quiero —suelta con voz ronca, pasando su nariz por el lateral de mi cuello hasta que sus labios alcanzan el lóbulo de mi oreja para susurrarme—: A ti.

—Bueno, estoy ocupada.

—¿Ahora sí? —bromea, rozando con sus dientes el lóbulo de mi oreja antes de darle un buen mordisco.

Me retuerzo al ver cómo sus manos me agarran las caderas, obligándome a quedarme quieta mientras empieza a mordisquearme el cuello.

—Trent...

—¿Sí, gatita? —Sonríe, escondiendo la cabeza en el pliegue de mi cuello, besando y lamiendo su camino hacia abajo.

—No tengo tiempo para esto —balbuceo, con el pecho agitado cuando empieza a desabrocharme la blusa.

—¿Oh? Entonces supongo que tendré que hacer esto rápido —amenaza.



—Trent —jadeo cuando sus manos se apartan de mi blusa ahora abierta y empiezan a subir por la parte exterior de mis muslos, subiendo mi falda lápiz todo lo que puede.

—¿Cuánto cariño le tienes a esta falda?

—No te atrevas —gruño, mirándolo fijamente a los ojos para que vea que hablo en serio—. Ya me debes un vestido.

—Sí, lo hago. Y qué vestido más bonito. Quedó fantástico en el suelo de mi habitación —se burla mientras me rodea el cuello con la mano—. Me decepcionó mucho ver que dejabas un recuerdo tan preciado, pero no te quedabas para que te lo agradeciera debidamente. Quizá debería agradecértelo ahora.

—¿Tal vez deberías dar un pequeño paseo por el puente Bill Buckner en su lugar?

—Ahora, gatita. No he dicho que puedas sacar las garras todavía. —Se ríe, el sonido de su risa nefasta en mi oído hace que se me enrosquen los dedos de los pies.

Hay algo muy mal en mí si este hombre puede excitarme sólo con su risa sádica.

—Ahora, ¿vas a dejar que te dé las gracias como es debido, o prefieres volver a tu cita?

¿Cita?

—¿Estás hablando de Laurie? —ronroneo el nombre de Laurie sólo para provocarle más.

—Sabes que sí. —Sus fosas nasales se agitan mientras me aprieta la garganta, pero no lo suficiente como para hacerme daño.

—¿Estás celoso?

—¿Por qué iba a estar celoso? —reprende—. Eres mía, ¿recuerdas?

Esto despeja la niebla llena de lujuria de mis ojos.

—No te pertenezco, Nichols. No soy algo que puedas poseer. No puedes reclamarme sólo porque quieras. Así no es como funciona esto.

Da un paso atrás y me quita la mano del cuello. Odio cómo se me hunde el corazón en el pecho al echar de menos su contacto.

—Es Trent, Piper —repite asertivamente—. El mismo nombre que pronuncias cada noche cuando fantaseas con que estoy dentro de ti.

—Dios, eres un bastardo pretencioso.

—Oh, y tu nuevo juguete, ¿no?

Está celoso.

Dios, es un tonto.

Entre hablar de los Guardians y de Nathan con Laurie esta noche, he sido implacable explicando lo increíble que ha sido Trent como director general del equipo. Aquí estoy, rompiéndome el culo para asegurarme de que el tonto arrogante



no pierda su trabajo mientras él ha estado enfurruñado en la esquina, actuando como un idiota celoso.

Pero en lugar de decirle la verdad, creo que un poco de venganza está en orden.

Es decir, Trent había asustado con éxito a cualquiera con el que había intentado ligar en los últimos meses.

Veamos cómo le gusta que jueguen con él.

—¿Qué? —pregunté, apoyándome en la pared—. ¿Te da miedo un poco de competencia? ¿Decepcionado por no poder asustar a Laurie tan bien como a los demás? No me parece un hombre que se deje intimidar fácilmente por nadie. ¿Es eso lo que le preocupa?

—¿Crees que estoy preocupado? —Sonríe, pasando el pulgar por su exuberante labio inferior.

—Sí, lo creo.

—De acuerdo. Entonces llámalo.

—¿Qué? —tartamudeo.

—Ya me has oído. Llámalo. Demonios, sal con él si quieres.

Esto parece otra trampa, pero de todos modos me la juego, por si acaso está mintiendo.

—Bien —digo, demasiado dulce—. Lo haré.

—Ahora. Llámalo ahora, Piper. Quiero verte hacerlo.

Maldita sea.

Ahora me ha pillado.

Pero como nunca me echo atrás en una pelea, le lanzo una sonrisa falsa y saco el móvil para hacerlo. No me extraña que Trent no se sorprenda lo más mínimo de que ya tenga el número de Laurie en mi lista de contactos cuando marco su número.

—Hola... ¿Piper? —Laurie responde rápidamente al segundo timbrado, pero antes de que tenga tiempo de regodearme, Trent está sobre mí, volteándose hasta enjaularme entre la pared de ladrillos y su duro armazón.

—Hola, Laurie. Me alegro de haberte pillado... —respondo, echando la cabeza por encima del hombro para lanzarle a Trent una mirada amenazadora.

Trent presiona su duro eje sobre la raja de mi culo mientras sus labios encuentran mi oreja.

—Haz lo peor que puedas, gatita. Yo me aseguraré de hacer lo mío.

Y con esa amenaza pendiendo sobre nosotros, me separa las piernas de una patada antes de caer de rodillas detrás de mí.

—¿Piper? —Laurie llama por teléfono, pero estoy demasiado absorta en el hombre que me levanta la falda y me hace trizas las bragas.



»¿Piper?

—Habla —me advierte Trent antes de darme una palmada en el culo.

—Umph —gimo sin querer.

—Piper, ¿estás bien? —Laurie pregunta, preocupado.

—Yo... mm... sí.

Trent me guiña un ojo mientras me pasa la lengua por la cara interna del muslo hasta que su boca está justo ahí, en mi vértice.

Joder, es sexy.

De rodillas, así.

Ensuciando sus impecables pantalones de traje sólo para poder devorarme por detrás.

El hombre vivo más sexy aquí mismo.

—Piper... Estás empezando a preocuparme. ¿Está todo bien? —Laurie grita, recordándome que se supone que le estoy pidiendo una cita.

—Hola... estoy aquí... lo siento... mala señal —miento, haciendo un trabajo pésimo para sonar coherente, especialmente después de que Trent da su primer lametón.

Afortunadamente, mi explicación funciona porque Laurie ya no parece preocupado por mi bienestar. Sigue hablando de lo encantador que fue haberme conocido y de lo bien que se lo pasó viendo el partido y la fiesta en Roy's.

—Ajá, ajá. Sí, yo también. Yo también —balbuceo, agarrando la pared con la mano libre mientras Trent se toma su dulce tiempo para lamerme antes de chuparme el clítoris en la boca—. ¡Uuff! Tan... divertido.

—Me alegro de que hayas llamado. Quería hablarte un poco más de lo que hemos hablado esta noche. Pareces tener buena cabeza para los negocios relacionados con el deporte y los jugadores, así que quería comentarte algunas cosas como para oír tu opinión.

—Oh... claro. Lo que sea para... ayudar —tartamudeo, mordiéndome el labio inferior cuando Trent tira de mi culo hacia atrás para tener mejor acceso a mi coño. Y cuando empieza a follarme con la boca, me pierdo lo que Laurie dice a continuación, demasiado abrumada por la miríada de sensaciones que Trent me está infligiendo. La forma en que me lame la apertura con la lengua, como si no se contentara hasta haber probado cada centímetro de mí, me hace jadear. Y cuando sus dientes me rozan el clítoris, acariciándolo antes de intentar chuparme hasta el tuétano, sumada a la posibilidad de que nos pillen, tengo que morderme los nudillos para no gritar su nombre.

—Sabes tan jodidamente bien. Tan jodidamente bien —murmura Trent entre lametones, perdido en un juego de su propia creación.



Su boca me devora de una forma que me hace sentir atesorada y deseada mientras sus dedos se clavan en mi tierna carne, dejando moratones que probablemente me acompañen durante días.

—Así que estaba pensando que quizá podríamos vernos la semana que viene y hablarlo un poco más. Lo que más me preocupa es... —Laurie continúa en la línea, completamente ajeno a que Trent está a punto de hacer que me corra sólo con su lengua.

Coloco la mano sobre el auricular y suelto un pequeño gemido, incapaz de contenerlo por más tiempo.

—Trent —susurro, necesitando que me lleve al límite.

Se me escapa un gemido cuando aparta su boca de mí, seguido de un sonoro suspiro de alivio cuando siento que se pone en pie y aprieta su duro cuerpo contra el mío.

—¿Quieres correrte? —me susurra al oído, con una voz tan áspera y necesitada como la mía.

Todo lo que puedo hacer es asentir, ya que las palabras me fallan.

—Entonces quiero que lo digas. Di que me deseas —gruñe.

Aprieto los dientes, sin querer ceder, pero el cabrón empieza a acariciarme el sensible clítoris con sus dedos maestros mientras me hunde los dientes en el cuello.

—¡Argh!

—¿Piper? —Laurie llama.

—Yo... quiero decir... sí. Todo eso suena bien.

—Bien, me alegro de que estés de acuerdo. Quizá también podamos hablar de...

—Sé que lo deseas, gatita —repite Trent roncamente—. Todavía puedo saborear lo mucho que me deseas en mi lengua. Puedo hacer que el dolor desaparezca. Todo lo que tienes que hacer es decirlo. Sólo dilo.

Incapaz de resistir la hambrienta desesperación de su voz, cedo y le doy lo que quiere.

—Te deseo.

Trent me echa la coleta hacia atrás de un fuerte tirón y me da un áspero beso en la sien.

—Joder, sí —gruñe, bajándose la cremallera, pero cuando se entretiene y no cumple su promesa, mi paciencia disminuye.

—¿Qué pasa?

—Joder —gruñe, su sien cae sobre mi hombro.

—¿Trent? ¿Qué pasa? —pregunto, con una voz inusualmente dulce.



—No tengo condón —replica tímidamente—. Pero te tengo, nena. Te llevaré hasta allí —jura, bajando sobre sus ancas para terminar el trabajo con su boca.

Pero antes de que vaya más lejos, consigo agarrarle el cabello con el puño y tirar de él hacia arriba.

—No me importa —jadeo necesitada—. Sólo fóllame. Quiero que lo hagas. Te quiero.

Ahora, he visto todos los tonos de negro en los ojos de Trent.

He clasificado todas las sombras y tonos oscuros y los he memorizado.

Pero nunca de este color.

Esto... es devastación y asombro todo mezclado en uno.

Es una promesa de ruina y adoración.

Una salpicadura de tinta negra en un lienzo por lo demás perfecto.

Me toma de la barbilla y tira de ella torpemente hacia un lado para que nuestras miradas se crucen.

—Piper... no me tientes. No hay vuelta atrás después de esto.

—¿Me deseas? —exclamo sin aliento.

—Más que mi propia cordura.

—Entonces tómame.

Sus ojos buscan los míos como si quisiera darme tiempo suficiente para reconsiderarlo.

Y quizá debería.

Tal vez debería poner fin a esto antes de que se vuelva más desordenado.

Pero ya estoy demasiado lejos.

Decir que no lo deseo... todo de él... sería mentir. De hecho, el ansia de desearlo tanto es tan aterradora que debería huir a las colinas en lugar de provocarlo. Pero el leve susurro en mi cabeza que me dice que esto es sólo sexo y nada más, me da el valor para seguir adelante.

Sus ojos siguen clavados en los míos mientras extiende la palma de su mano sobre mi vientre, empujando mi culo hacia atrás hasta que siento la cabeza de su polla besando mi entrada.

—Esto va a cambiarlo todo —advierte.

—¿Qué? ¿Qué cambiará?

—Porque después de esto... no hay forma de que te deje ir.

Y con esa amenaza envenenando aún el aire que nos rodea, me penetra profundamente, poseyéndome y reclamándome como suya tal como me había advertido. Enlaza sus dedos con los míos en la pared y empieza a penetrarme con tal fervor que el aire parece un bien preciado privado de mis pulmones. La sensación de



su polla desenvainada hundiéndose en mí, estirándome de la forma más deliciosa, es como si me castigara y me recompensara al mismo tiempo. Trent me folla contra la pared como si quisiera grabar mi silueta en ella. Es vulgar y francamente pornográfico, y aun así se las arregla para encontrar pequeñas maneras de hacerme sentir hermosa y apreciada. Con cada embestida, me besa tiernamente el hombro, el cuello y la mejilla. Aprieta los dedos contra los míos mientras me maldice al oído el deseo que siente por mí. Me tiemblan las piernas y necesito todo lo que tengo para mantenerme en pie cuando su polla llega a ese punto de mi interior que me hace ver las estrellas.

Estoy cerca.

Estoy muy cerca.

Me acuerdo de que aún tengo el teléfono en la mano —con Laurie hablando por la línea— sólo cuando Trent me lo quita y lo tira al suelo después de colgar la llamada.

—Nadie más que yo puede oír cómo te corres —me gruñe al oído, follándome de un modo que no me deja más remedio que deshacerme.

Suelto un fuerte grito y vuelvo a apoyar la cabeza en su hombro mientras Trent me arranca el orgasmo más depravado y decadente que jamás he experimentado.

—Hermosa. Eres tan jodidamente hermosa —elogia con un gemido desesperado mientras encuentra su propia liberación.

Jadeo mientras Trent me rodea la cintura con los brazos para sujetarme con fuerza y evitar que se me doblen las rodillas. Una vez que se ha asegurado de que estoy algo lúcida, se aparta, y su semen corre instantáneamente por mis muslos. Pero estoy demasiado alterada para preocuparme y dejo que Trent se ocupe de mí. Con delicadeza, me baja la falda lápiz y me da la vuelta para abrocharme la blusa y echarme hacia atrás los mechones sueltos de cabello. Me doy cuenta de que aún no nos hemos besado cuando sus ojos negros se cruzan con los azules durante una fracción de segundo y luego bajan hasta mis labios.

De repente, un miedo atroz se apodera de mí y, antes de que tenga tiempo de besarme, me alejo de él todo lo que puedo. La mancha de tristeza de sus ojos me aprieta el corazón, amenazando con hacerlo papilla.

Nos quedamos mirándonos como si hubiera una línea en la arena frente a nosotros que, una vez cruzada, nada volvería a ser igual.

Porque después de esto... no hay forma de que te deje ir.

—Piper —Trent empieza a dar un paso hacia mí, sólo para ser interrumpido por el tono de llamada de mi teléfono.

Con la mirada siempre fija en él, levanto el teléfono del suelo y contesto.

—¿Piper? —suena la voz de Laurie—. Nuestra llamada se desconectó.

Miro fijamente a un Trent desaliñado, con aspecto de hombre al límite, a punto de quebrarse.



rivals

pucking hearts • 2

—Lo siento. Mala recepción. ¿Qué tal si me mandas un mensaje con la hora y el lugar para vernos? —respondo, viendo cómo Trent aprieta los puños a los lados.

—Sí, creo que es lo mejor. ¿Qué te parece una cena más tarde en la semana?

—Me parece perfecto. Es una cita —respondo, con la voz llena de melaza—. Buenas noches, Laurie.

Cuelgo el teléfono, sin apartar la mirada de Trent.

—Eso no cambia nada —escupe Trent y da un paso hacia mí, incitándome a dar un paso atrás.

—¿No? —Arqueo una ceja—. ¿Qué tal si me dejas juzgar eso a mí?

—Piper, no me pongas a prueba.

—Eso es, Trent. Crees que te estoy poniendo a prueba, pero no es así. Sólo intento aclarar algo en esa cabezota tuya que te niegas a reconocer.

—¿Y qué es eso? —gruñe.

—Que sólo pertenezco a una persona: a mí.

Y con ese comentario de despedida, me doy la vuelta y me voy.



168



power
play

IVY FOX

CAPÍTULO 17



PIPER

Después de escuchar a hurtadillas el fiasco de la cita de Nathan con la profesora de jardín de infantes la semana pasada, me alivia decir que Laurie no tiene esas tímidas inhibiciones cuando se trata de salir con el sexo débil.

No sólo me ha llevado a los mejores restaurantes que Boston puede ofrecer, sino que también ha sido todo un caballero, encantador y atento en todas nuestras citas sin darme la sensación de tener una agenda detrás. La conversación entre nosotros fluye con tanta naturalidad que casi parece que nos conociéramos desde hace más de unas pocas semanas.

Tampoco está de más que le guste hablar de negocios en la mayoría de nuestras salidas juntos.

Quizá por eso me siento relajada en su compañía.

Se trata del trabajo, nada más.

Sin ataduras.

Nada de callejones oscuros.

Sin miradas robadas ni penetrantes ojos negros que atormenten mis noches.

Con Laurie, es *muy fácil*.

Por supuesto, aprovecho cada ocasión que salimos para intentar leer dónde tiene la cabeza. No conmigo personalmente, sino con mis jugadores. Hasta ahora, Laurie ha insinuado que, si tuviera éxito en la compra de los Guardians, los papeles de los hermanos Donavan en el equipo estarían asegurados, mientras que el de Nathan no.

Puedo decir con seguridad que he pasado la mayor parte de nuestras tardes juntos hablando de Nathan, destacando sus logros y sus importantes contribuciones al equipo en el pasado, al tiempo que hacía hincapié en su lealtad al club y a sus



seguidores. Cada vez que veo a Laurie vacilar o mostrarse inseguro sobre la posición de Nathan en el equipo, me aseguro de hacer todo lo que esté en mi mano para aplastarla.

Aunque no ayuda que ese estúpido blog siga funcionando.

Con la racha de victorias de los Guardians, el responsable del blog ha estado sacando trapos sucios del pasado de Nathan, afirmando que ya era un delincuente con tendencias a la ira mucho antes de hacer de Boston su hogar permanente.

El departamento informático de ESA aún no ha conseguido averiguar quién gestiona el blog saboteador. Afirman que el responsable debe de estar utilizando una VPN para proteger y enmascarar su dirección IP mediante la encriptación de su conexión a Internet, lo que hace casi imposible rastrear su actividad en línea. Incluso con los recursos ilimitados de ESA, no estoy más cerca de descubrir al culpable detrás del sitio web mordaz.

Últimamente, siento que todo lo que hago es apagar un fuego tras otro cuando se trata de Nathan.

Me alegro de que Lottie se haya interesado personalmente por él y esté haciendo todo lo posible por limar sus asperezas.

Pero Nathan no es el único que me preocupa que pierda su trabajo.

Para mi amargo disgusto, la mayoría de las veces me encuentro hablando con Laurie de la impecable gestión del club por parte de Trent.

No es que se lo admitiera nunca.

De hecho, lo he estado evitando desde aquella noche en el callejón detrás de Roy's.

Ni siquiera contesto a sus llamadas.

Y Trent llama mucho, dejando mensaje de voz tras mensaje de voz.

Nunca respondo, ni siquiera con un simple mensaje.

Pero mentiría si no me durmiera cada noche sólo escuchando el sonido de su voz.

Trent: ¿Recibiste mis flores hoy? Las elegí yo mismo. Pensé que te gustarían las magnolias de lirios blancos y rosas. Su singularidad me recordó a ti. Pero, de nuevo, todo me recuerda a ti.

Trent: No viniste a la gran inauguración del museo del deporte esta noche. ¿Por qué? ¿Fue para evitarme?

Trent: Somos inevitables. ¿No lo sabes?

Trent: Te echo de menos. Y tú me echas de menos. Sólo que eres demasiado terca para admitirlo.

Trent: ¿Es miedo? ¿Por eso te niegas a verme o a responder a mis llamadas? ¿Por miedo?



Trent: ¿Me tienes miedo a mí o te tienes miedo a ti misma, Piper? Por mi vida, me gustaría saber cuál de las dos cosas te aterroriza más.

—Realmente eres buena en tu trabajo —musita Laurie mientras da un bocado a su filete, sacándome de mis tempestuosos pensamientos—. Por la forma en que hablas de él, cualquiera diría que Trent Nichols no puede hacer nada malo —añade, recordándome que todo lo que he hecho durante la última media hora ha sido hablar de Trent y de lo esencial que es para el club.

—Sólo expongo los hechos, Laurie. —Me trago el nudo en la garganta que siempre me provoca el nombre de Trent—. Si de verdad te interesa comprar a los Guardians, es justo que tengas toda la información a tu disposición. Y eso significa quién es más valioso para ti y quién es una pérdida de tiempo.

Sacude la cabeza con una pequeña risita.

—¿Me vas a decir alguna vez cómo te enteraste de que el club se estaba vendiendo? Sé que Rex Jones ha mantenido la posible venta de los Guardians en secreto, así que tengo curiosidad por saber cómo te enteraste de esa información.

—Tengo mis maneras. —Sonríe y recojo mi copa de vino para que el líquido refresque mi garganta repentinamente reseca.

—Oh, no dudo de que lo hagas. —Sonríe alegremente—. Es una de las muchas razones por las que disfruto de tu compañía. Eres una mujer con muchos talentos, y se nota.

—Y yo que creía que era mi ingenio lo que te gustaba —replico con un espantoso intento de acento británico.

—Eso también. —Se ríe entre dientes—. En realidad, es bastante refrescante comer con una mujer que está más interesada en hablar de hockey que de mis asuntos familiares personales.

—¿Debo entender que Lottie no está teniendo mucho éxito encontrándote tu alma gemela? —me burlo, colocando mi vaso sobre la mesa.

—No por falta de intentos, eso te lo aseguro. —Deja escapar una exhalación frustrada—. Pero sabía que tenía mucho trabajo por delante antes de que yo cruzara las puertas de Love Moore.

—¿Cómo es eso? —Mis cejas se juntan con curiosidad—. Hubiera pensado que era pan comido que Lottie te encontrara una pareja perfecta. Quiero decir, eres joven, carismático, educado y guapo. Un hombre como tú no debería tener problemas para que las mujeres se enamoren de ti.

—Se enamoran, pero no de mí. Se enamoran del *nombre* —explica secamente—. El apellido Preston no sólo abre puertas, sino que también es un imán para los superficiales y poco imaginativos. Si me dieran diez centavos por cada mujer que ha salido conmigo basándose únicamente en mi apellido, probablemente duplicaría mi fortuna.

—Caray. —Frunzo el ceño.



—Es lo que es, me temo. —Se encoge de hombros con abatimiento—. Por eso busqué a Love Moore para empezar, para que separara el grano de la paja. Pero hasta ahora, no he tenido mucha suerte.

—Estoy segura de que Lottie te ayudará. Dale tiempo y te encontrará una mujer digna de ti.

—Tal vez —murmura en voz baja antes de tomar aire—. ¿Y tú? ¿Sales con alguien? —pregunta.

—¿Aparte de ti? —Muevo las cejas, incitándole a reír.

—¿Es eso lo que estamos haciendo? ¿Salir? —Sigue riéndose—. Porque la primera vez que te llevé a cenar, me dejaste muy claro que lo único que nos interesaba era la amistad. —Sonríe, completamente indiferente por haber sido “friendzoneado” en nuestra primera noche—. No es que me queje. De hecho, me he aficionado a nuestras conversaciones y debates. Es un gran limpiador de paladar de todas las malas citas que he tenido que soportar desde que volví a casa.

—Bueno, ahí lo tienes. Ganamos los dos. —Levanto mi copa de vino en señal de celebración—. Por hacer nuevos amigos que no nos aburran hasta la muerte con nociones de romance. Salud.

Laurie se ríe mientras choca su vaso con el mío.

—Eres un enigma, Piper.

—¿Oh? ¿Y qué es lo que te confunde de mí, viejo amigo? —me burlo con un tono de británico exagerado de nuevo.

—Es que me extraña que una mujer joven, inteligente y guapa como tú no esté ya tomada.

Eres mía.

Nunca te dejaré ir.

—Bueno, eso es fácil de explicar. No te pueden tomar si no sales con nadie.

—¿En absoluto? —Sus cejas se disparan hacia su frente.

—Nop. —Hago saltar la 'p' externamente al final.

—¿Con nadie?

—¿Qué puedo decir? —Me encojo de hombros—. Mi vida está demasiado ocupada para esas tonterías sentimentales.

—¿Es ésa la verdadera razón? —replica, con una expresión burlona que demuestra que no se traga lo que le estoy vendiendo.

—Por supuesto que lo es. ¿Qué otra razón tendría para no salir?

—No lo sé. Normalmente, encuentro que cuando una mujer es reacia a exponerse, es porque ya sabe lo que quiere, o mejor aún, a quién quiere, y por lo tanto salir con alguien sería redundante.



—Como he dicho, no tengo espacio en mi vida para esas cosas. El amor es la especialidad de Lottie. Trato de mantenerme lo más lejos posible de él.

—Ah, ahora lo entiendo —reflexiona—. Hablas como una persona a la que le han roto el corazón demasiadas veces.

—No. Sólo una vez —admito.

—Lo siento. Sé lo duras que pueden ser las rupturas.

No corrijo su suposición, ya que decirle la verdad abriría cicatrices que he intentado mantener enterradas.

—¿Puedo preguntar qué ha pasado? —instiga Laurie.

—Un día estaba allí. Al siguiente, no. Tan simple como eso.

—Auch. Te dejaron. Eso es lo peor. Cuando ni siquiera consigues un cierre.

Me estremezco al oír la palabra “dejar”. Odio que haya elegido esa palabra para definir lo ocurrido.

—El cierre está sobrevalorado, ¿no te has enterado? —Intento relajar el ambiente, ya que esta cena se está volviendo demasiado real para mí.

Si lo quisiera algo real, contestaría una de las muchas llamadas de Trent.

Real es exactamente lo que no quiero.

Real... es jodidamente aterrador.

Mil agujas en el ojo son preferibles a las de verdad.

Seguro que duele menos.

Prefiero sumergir los dedos de los pies en la parte menos profunda de la piscina, donde es agradable y seguro. Donde lo real nunca pueda tocarme. No importa cuántas veces deje mensajes de voz en mi teléfono.

—¿Y tú? —Me aclaro la garganta, necesitando cambiar el foco de atención fuera de mí—. ¿Por qué tienes tanta prisa por encontrar a la Srta. Perfecta?

—No me creerías si te lo dijera —responde Laurie, pasando la yema del dedo por el borde del vaso.

—Pruébame.

Piensa largo y tendido como si se debatiera entre decirme la verdad o simplemente darme una vaga explicación de por qué tiene prisa por conocer a su media naranja.

—¿Sabes cuántos años tengo? —pregunta desde la izquierda.

—No lo sé. ¿Al final de los veinte, tal vez?

—Buena suposición. Tengo exactamente veintinueve años —me explica como si el número debiera significar algo para mí.

—Okey —digo, esperando a que continúe.



—Y cuando llegas a esa edad, significa algo en mi familia. Verás, no he vuelto a Boston porque sí. Mi padre me ha impuesto ciertas estipulaciones que debo cumplir para heredar el legado de mi familia.

—¿Qué tipo de estipulaciones? —pregunto, intrigado.

—Hay demasiadas para contarlas. —Se ríe amargamente—. Algunas son obvias. Asistir a las escuelas más prestigiosas. Graduarme en Oxford y luego trasladarme a Londres para aprender a hacer negocios como un verdadero caballero de sangre azul.

—Hecho, hecho y hecho. ¿Qué más?

—Paralelamente a velar por que todos los negocios de Preston estén bien atendidos, necesito dejar mi propia huella en esta ciudad. Algo que sólo puede remontarse a mí personalmente. Mi bisabuelo tuvo sus ferrocarriles, mi abuelo sus fábricas y molinos, y mi padre sus preciados inmuebles y hoteles. Tengo que encontrar mi propio camino para entrar en una aventura empresarial lo bastante lucrativa como para merecer el nombre de la familia.

—Los Boston Guardians —susurro en voz baja, llegando a la conclusión de que Laurie no está comprando el club sólo como una inversión, sino como un requisito real para heredar su puesto como príncipe coronado de Preston.

—¿Eso es todo?

—¿De verdad quieres saberlo? —Incluso cuando sus ojos verde claro se tornan de un feo y turbio color, sigo asintiendo, queriendo saber por qué otro aro tiene que pasar este hombre sólo para ser lo suficientemente digno de heredar su fortuna—. Después de todo eso, sólo me queda una cosa por hacer.

—¿Qué es eso?

—Vender mi alma —refunfuña—. Si no quiero que mi primogenitura pase a uno de mis primos, tendré que casarme antes de cumplir los treinta.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunto, atónito.

—Cómo me gustaría que fuera así. No, Piper. Lo digo muy en serio. Si tu mejor amiga no puede encontrarme una pareja adecuada, entonces una inadecuada tendrá que hacerlo.



CAPÍTULO 18



TRENT

El Baile de Invierno de Boston.

Todo el que es alguien en esta ciudad acude a esta recaudación de fondos todos los años sin falta.

Aclamado como el acontecimiento de la temporada, ser invitado a la recaudación de fondos organizada por Preston es una señal de tu exitosa llegada a la alta sociedad bostoniana.

Ser invitado a un acontecimiento tan ilustre significa que lo has conseguido.

Signifique lo que eso signifique.

Nunca consideré fortuito recibir una invitación. De hecho, detestaba la exclusividad de la que sólo podían participar los ricos y poderosos y, por tanto, la rechazaba por meros principios. Pero como Rex pertenece a la mencionada categoría de élite, se alegró mucho cuando por fin recibí mi invitación hace unos años, obligándome a asistir a todos y cada uno de ellos.

Si no quisiera tanto al viejo, le habría dicho que se metiera la invitación donde no le da el sol.

Pero con los años, decirle que no a Rex se ha convertido en una hazaña imposible de lograr. Y ahora, sin Martha, se siente aún más mal hacerlo.

Así que aquí estoy.

En otro Baile de Invierno. Sin cita, por supuesto.

A diferencia de otros hombres a los que les encanta hacer cabriolas y presumir de sus citas, yo me propongo no asistir nunca a esas fiestas con una mujer colgada del brazo. Sin embargo, mis motivos para tomar esta decisión han cambiado un poco con los años.

En los dos primeros años como gerente, hice un esfuerzo consciente por convertir el trabajo en mi única prioridad. Todo giraba en torno al equipo y a cómo



175



podía hacer que los Guardians fueran imbatibles. En esas condiciones, conocer a una mujer era imposible. No sólo eso, sino que siempre he sido muy exigente con quién comparto mi tiempo libre. Aparte de unos cuantos amoríos monótonos y aventuras de una noche, nunca hubo nadie a quien me planteara traer a una de estas cosas.

Entonces llegó *ella*, Piper Lee.

Joder.

Aún recuerdo la primera vez que entró en mi despacho, después de haber fichado a los dos hermanos Donavan. Decir que quedé inmediatamente prendado sería quedarme corto. Me quedé hipnotizado por su astucia y su personalidad rompe pelotas.

Aunque nunca se lo he permitido.

No.

Ella era una joven recién salida de la universidad dispuesta a revolucionar el papel de agente deportivo, mientras que yo llevaba más de cinco años como director general de uno de los equipos más importantes de la liga.

Estaba establecido en mi puesto.

Ella aún no.

Así que lo único que pude hacer fue mirar.

Mirarla tomar a todos por asalto como la verdadera fuerza de la naturaleza que era.

De repente, ya no despreciaba asistir a las fiestas, sino que las esperaba con impaciencia porque era una oportunidad de ver brillar a Piper.

Hasta ahora.

Hasta este maldito Baile de Invierno.

El mismo baile en el que, en cualquier momento, tendré que soportar ver a *mi* mujer cruzar esas puertas colgada del brazo de nada menos que Lawrence Preston III, el mismo hombre que probablemente me despida en el acto antes de que se haya secado la tinta del contrato de compraventa.

No sólo será el dueño del club, sino que poseerá algo mucho más valioso para mí: ella.

Es la única explicación que tengo para que no responda a mis llamadas.

Como un tonto ingenuo, seguí el consejo de Rex.

En ese callejón, le dejé claro que siempre sería mía, saliera con quien saliera.

Fui el idiota que le dijo que saliera con el imbécil, ¿y ahora?

Ahora estoy sentado aquí, solo en el bar, de espaldas a la multitud, bebiendo hasta que se me pasan las penas.

—¡Nichols! Cuánto tiempo sin verte. —Oigo que alguien me llama, palmeando su mano en mi espalda, como un viejo amigo perdido, antes de deslizarse a mi lado.



Le lanzo una mirada aburrida antes de volver a centrar mi atención en mi bebida.

—¿Te conozco?

—Yo... um... —balbucea, avergonzado de que no haya fijado su cara en la memoria.

Pero lo hice.

Nunca olvido una cara.

Pero la idea de ver a uno de los némesis de Piper retorciéndose me produce una satisfacción enfermiza.

—Soy yo. Ethan Flynn. Charlamos el verano pasado —explica rápidamente—. ¿Te acuerdas?

—No puedo decir que sí.

—Trabajo para ProStar. Represento a Henri “La Pared” Girard —añade, su voz pierde bravuconería con cada segundo que me niego a reconocerle—. Se suponía que íbamos a almorzar para hablar de su marcha de los Ontario Blizzard para poder unirse a los Guardians.

—No me acuerdo de eso. Además, ¿por qué querría que Henri jugara para mí cuando ya tengo a uno de los mejores trituradores de la liga?

Incluso bajo la barba, veo que la cara de Ethan se pone roja.

—Pensaba que la mala publicidad que ha recibido recientemente te habría hecho cambiar de opinión —replica, intentando mantener intacta su sonrisa, pero sin poder ocultar el veneno de sus ojos.

—A un hombre se le permite cometer errores, ¿no? Especialmente si aprende de dichos errores.

—Algunos errores son demasiado imperdonables para ignorarlos. Wilder es un ancla en el tobillo de los Guardians. Sólo los hundirá.

Este cabrón.

Pero justo cuando estoy a punto de echársela encima, veo a Nathan Wilder entrar en la gran sala con la mejor amiga de Piper, Charlotte Moore, del brazo.

—¿Es un hecho? —Sonrío.

—Lo es —proclama Ethan con convicción—. Tener a un jugador así en el equipo sólo causará más daño que bien a la imagen pública de los Guardians.

—¿Dime, Ethan? ¿Te parece alguien que mancha la camiseta blanca y verde de los Boston Guardians? —digo, señalando a un Wilder pulcro que parece un auténtico caballero con una reina a su lado.

Ethan se queda boquiabierto al ver a la pareja.

—No lo entiendo —murmura para sí.



—¿Qué es lo que no entiende? ¿Cómo es posible que mi jugador haya sido invitado a uno de los eventos más ilustres de la temporada? Quizá sea porque se lo ha ganado a pulso. Con sangre, sudor y lágrimas. ¿Y tú, Ethan? ¿Cómo has conseguido que te inviten? —pregunto a bocajarro, plenamente consciente de que una comadreja astuta como él probablemente se las ha arreglado para entrar en lugar de recibir una invitación legítima.

—No es que importe, pero estoy aquí con mi padre.

—¿Espera? Flynn... ¿como Benjamin Flynn, el fundador y propietario de ProStar? —pregunto, dándome cuenta de que Ethan Flynn no sólo es una comadreja, sino también un bebé nepo. No me extraña que Piper lo deteste. Ella tuvo que dejarse la piel para llegar donde está ahora mientras que a este hijo de puta se lo entregaron en mano.

—Sí —admite, cuadrando los hombros ante mí como si su apellido pudiera intimidarme.

—Ya veo —replico secamente—. He conocido a tu padre en algunas ocasiones. Parece un hombre honorable y trabajador. Lástima que no pueda decir lo mismo de su descendencia. Disculpadme. Creo que es hora de saludar a mi jugador y a su acompañante.

Me tomo el resto del whisky y me dispongo a hacerlo.

Pero justo cuando doy unos pasos hacia Wilder y su acompañante, Ethan me detiene con su beligerante comentario.

—No importa. ¿Por qué perder mi tiempo con alguien que tiene un pie fuera de la puerta de todos modos? Mi tiempo está mejor empleado hablando con el hombre que pronto tomará *todas las* decisiones de los Guardians. Y ahí está —dice la serpiente, empujándome para caminar en dirección a Lawrence.

Pero ahora mismo, Ethan Flynn es el menor de mis problemas.

Mi corazón se detiene al ver cómo una esbelta rubia apoya la cabeza en el hombro de Lawrence mientras éste conversa con algunos de sus invitados.

Y cuando el cabrón se atreve a sacudirle la cabeza de encima, mis manos se cierran en puños.

Sólo cuando se da la vuelta, mis tensos músculos se relajan.

No es Piper.

Su cita no es Piper.

Siento que el corazón se me va a salir del pecho al darme cuenta.

Pero si Lawrence está aquí con este extraño, ¿dónde diablos está Piper?

Entonces recuerdo que Wilder vino a esta fiesta con la única mujer que podría tener una pista de dónde está.

Como un poseído, empiezo a escudriñar el gran local, odiando el hecho de que haya más de una sala para que la multitud festiva se congregue y se mezcle. Por



suerte, Wilder es un cabrón alto, así que su cabeza se distingue fácilmente entre la multitud bien vestida. Mientras corro hacia él, respiro hondo para no parecer un lunático. Cuando por fin alcanzo a Wilder y a su cita, y después de asegurarme de mantener la compostura, le pongo la mano en el hombro para anunciarle mi presencia.

—Me alegro de verte aquí esta noche, Wilder —saludo, la sonrisa en mi cara sintiéndose todo tipo de mal—. Y aún más contento de que hayas traído a la amiga de Piper contigo. —Lanzo la misma sonrisa incómoda a su cita—. Es Charlotte, ¿verdad? Encantado de volver a verte.

—Lo mismo digo —responde cortésmente.

—Debo admitir que estoy un poco sorprendido de verte aquí, Wilder. Parece que la marea está cambiando a tu favor, teniendo en cuenta que has conseguido una invitación para el evento social de la temporada. Estoy impresionado —le digo con seriedad, ya que tendría que estar ciego para no ver el reciente esfuerzo que Wilder ha estado haciendo para reparar su imagen.

Está luchando por su puesto y dando todo lo que tiene. Sólo eso me dice que es un hombre íntegro. Mientras siga haciendo lo que hace, llegará lejos. No me cabe la menor duda.

—Gracias, señor —responde Wilder, que parece algo incómodo por el elogio. No es que pueda culparlo por ello.

No soy de los que elogian sin repartir palabras amables a diestra y siniestra.

En cambio, se me reconoce más comúnmente como la figura decisiva, que empuña el mazo sobre todas las esperanzas y sueños de mis jugadores.

No es exactamente un papel que entusiasme a mis jugadores.

Pero eso no viene al caso.

El paradero de Piper es todo lo que me interesa en este momento.

—Si tu agente deportiva pudo conseguirte una invitación, sólo puedo decir que está haciendo maravillas para rehabilitar tu imagen —digo, preparando mi apertura—. ¿Por casualidad ella también asistirá? —pregunto, fingiendo que no me importa. Miro a la multitud detrás de él, preguntándome si ella está aquí en alguna parte y yo me la he perdido mientras organizaba mi propia fiesta de lástima.

—No, no lo está —responde Charlotte por Wilder.

—Qué mala suerte. —Frunzo el ceño, decepcionado—. La Srta. Lee siempre aporta un cierto tipo de estilo a estas ocasiones. Por favor, dile que se sintió su ausencia, Charlotte.

—Lo haré.

—Dicho esto, estoy seguro de que encontrarán muchas caras conocidas aquí esta noche —añado con indiferencia, sabiendo que tiene al menos otro amigo.

—¿Ah, sí? ¿Quién? —pregunta Charlotte.



—Bueno, para empezar, Lawrence Preston III está aquí. Tenía la impresión de que eran amigos íntimos —digo señalando al hombre en cuestión.

—Algo así —contesta vagamente, pero, por desgracia, no tengo motivos para preocuparme.

Ahora que sé que Piper no está aquí, podría volver a donde estaba: en el bar, bebiendo hasta adormecerme.

—Bueno, disfruten de la velada esta noche —digo, dispuesto a marcharme. Sin embargo, antes de irme, me vuelvo para mirar a mi jugador una vez más, admirando la transformación que ha conseguido hacerse—. ¿Y Wilder?

—¿Sí, señor?

—Buen partido hoy. Sigue haciendo lo que haces. Te está funcionando —le digo, esta vez con una sonrisa sincera, antes de alejarme y dejarle disfrutar del botín de su duro trabajo y sus recientes logros.

Mmm.

Si Piper estuviera aquí, nunca oiría el final de esto.

¿Yo haciéndole cumplidos a uno de mis jugadores?

Inaudito.

Pero quizá Wilder no sea el único que podría beneficiarse de un cambio.

Quizá yo también lo haría.

Pero, por desgracia, el único cambio en las cartas para mí es el cambio de taburetes de bar.

—Whisky. En las rocas —pido, poniéndome cómodo en el asiento, ya que no pienso levantarme en toda la noche. Debería seguir de cerca a Rex esta noche mientras él se dedica a besuquear a posibles compradores, pero no tengo ganas.

Si Piper no está con Lawrence, ¿por qué no ha contestado a mis llamadas?

Intentar averiguarlo me está volviendo loco, y no en el buen sentido.

—Déjalo —le digo al camarero cuando vuelve con mi bebida y la botella. Cuando vacila, me levanto del taburete y le arrebató la maldita cosa de la mano—. He dicho que lo dejes. —Lo miro con el ceño fruncido.

Se aleja a toda prisa, intuyendo que no tendría ningún problema en pelearme con él por ello.

Hombre inteligente.

No estoy seguro de cuánto tiempo pasa. Mientras bebo hasta caer en el olvido, debe de haber pasado el tiempo suficiente para que Rex haya terminado sus rondas y me encuentre para decirme que se va a dormir.

—Vaya. Si sigues así, el año que viene tu invitación se perderá en el correo —intenta bromear, con la preocupación reflejada en el rostro.



—A la mierda. De todas formas, el año que viene estaré en la calle. No hace falta enviar una invitación a un gerente general despedido —murmuro, tomando otro chupito.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién dice que te quedarás sin trabajo? —pregunta Rex, sonando ofendido.

—Lamento decírtelo, viejo, pero Lawrence y yo no congeniamos exactamente. Al menos no tan bien como te hubiera gustado.

—Entonces él se lo pierde —defiende Rex, tomando asiento a mi lado—. ¿De eso se trata todo esto? ¿Te preocupa que Preston vaya a despedirte si compra el club?

—Sinceramente, ni siquiera está en lo alto de mi lista de problemas.

—Bueno, un problema compartido es un problema reducido a la mitad. Dime qué problema te tiene bebiendo hasta caer en coma, y quizá pueda ayudarte.

—Déjalo, viejo. De todas formas, ya ha pasado tu hora de acostarte.

—Oh, deja de hacerte el tonto y dime qué te preocupa... —dice más severamente.

—No quiero hablar de ello. —Hago un mohín.

Joder.

La mujer me tiene hecho mierda.

¿Cuántos años tengo? ¿Cinco?

—Oh, ahora lo entiendo. Conozco esa mirada —dice Rex, sonando aliviado mientras yo siento que estoy a dos segundos de perder los estribos por completo—. Déjame adivinar. Por casualidad, esto no tendrá nada que ver con la señorita Lee, ¿verdad?

—Siempre fuiste más listo de lo que parecías.

—Y tú, querido muchacho, siempre has hablado con el culo. —Se ríe entre dientes—. Entonces, ¿dónde está la hermosa e inteligente Srta. Lee esta noche?

—Tu suposición es tan buena como la mía.

—Ah, ¿así que te está evitando?

Me toco la punta de la nariz para decirle en silencio que ha dado en el clavo.

—Seguí tu sabio consejo aquella noche en casa de Roy, y me ha estado evitando desde entonces.

—Eso fue hace casi un mes —se suma a mi dolor.

—Por eso estoy bebiendo.

—Bueno, no encontrarás al amor de tu vida en el fondo de una botella, eso te lo aseguro.

Estoy a punto de abrir la boca para decirle que Piper no es eso, pero entonces me encuentro pensándolo.



No.

No. Espera...

No he...

¿Lo he hecho?

Joder.

Sí, lo he hecho.

Me he enamorado de Piper.

Duro.

¡Joder!

—Pareces un hombre que acaba de tener una epifanía. —Rex se ríe divertido—. ¿No me digas que aún no te habías dado cuenta?

—¿Qué puedo decir? Aprendo muy despacio —maldigo en voz baja y bebo otro trago.

¿Cómo pude estar tan ciego? Estaba justo delante de mí todo el tiempo. La verdadera razón por la que no podía sacarme a Piper de la cabeza.

Estoy enamorado de ella.

Y prefiere verme comer mierda y morir antes de admitir que siente algo por mí.

—Bueno, al menos ahora ya lo sabes. Más vale tarde que nunca, siempre digo. Entonces, ¿qué vas a hacer?

—¿Qué quieres decir? ¿No me oíste cuando te dije que me ha estado evitando?

—¿Y qué? —replica Rex como si no debiera ser un impedimento.

—Es difícil ganarse el corazón de Piper cuando ni siquiera me habla.

—Entonces supongo que tienes que ser creativo. Hazme caso, hijo. Cada minuto que pierdes revolcándote aquí es otro minuto que pierdes con tu mujer. Si pudiera recuperar todos los minutos que he malgastado enfadado o autocompadeciéndome cuando Martha y yo nos peleábamos para poder dedicar ese tiempo a estar de nuevo con ella, lo haría en un instante. —Chasquea los dedos para dejar claro el punto—. El tiempo es oro, hijo. No pierdas ni un minuto.

—Me lo pensaré —murmuro, demasiado borracho y deprimido para darme cuenta de su advertencia.

—Asegúrate de hacerlo. —Sonríe, desolado, dándome un suave golpecito en el hombro antes de levantarse de su asiento—. Bueno, será mejor que me vaya a casa. ¿Necesitas que te lleve?

—No. Me iré dentro de un rato.

—¿Has venido con un chofer o en tu Aston Martin? —me pregunta, preocupado por si soy tan tonto como para ponerme al volante en el estado en que me encuentro.

rivals

pucking hearts • 2

—No. Tengo chófer.

—Me alegra oírlo. Duerme un poco, hijo. Te prometo que por la mañana lo tendrás todo más claro.

—Espero que tengas razón. Buenas noches, Rex.

—Buenas noches, chico. —Sonríe—. Ah, y yo tampoco estaría muy preocupado por perder tu trabajo.

—¿Ah, sí? —Me río con desaliento—. ¿Qué te parece?

—Bueno, puede que le venda el club, pero sólo las acciones suficientes para que tenga la mayoría de votos en el consejo. Tal y como yo lo veo, sólo necesita el cincuenta y uno por ciento para eso. El otro cuarenta y nueve, puedo hacer lo que quiera con él. Incluso dárselo a mi gerente general. Aunque supongo que aún podría despedirte, como accionista mayoritario. Supongo que es bueno que incluya un estatuto en el contrato que se lo impida. —Me guiña un ojo y me deja boquiabierto.

Sacudo la cabeza, viéndolo salir como si no acabara de dejarme boquiabierto con esa revelación.

No sólo no me quedaré sin trabajo, sino que Lawrence tendrá que lidiar conmigo como su otro socio propietario.

Bueno, ¿qué te parece?

Tal vez no pierda mi trabajo después de todo.

Ahora, si sólo pudiera conseguir a la chica.



183



power
play

IVY FOX

CAPÍTULO 19



TRENT

En lugar de volver a casa como estaba previsto después del Baile de Invierno, mi chófer me llevó a Back Bay siguiendo mis instrucciones.

Y ahora, aquí estoy, de pie fuera del apartamento de Piper a las dos de la mañana.

La situación podría desarrollarse de dos maneras.

O me recibe dentro o llamará a la policía.

Sin embargo, estoy decidido a saber por qué me evita.

Bastan dos suaves golpes en su puerta para que oiga el sonido de sus pasos acercándose.

—¿Piper? —grito suavemente cuando veo sus ojos azules a través de la mirilla.

—No deberías estar aquí —responde al otro lado.

—Pero lo estoy. Abre la puerta.

—No.

—¿No? —repito.

—Sí.

—¿Es sí o no, Piper? Estoy confundido.

—No, lo que estás es borracho.

—Eso también. —Me río hoscamente mientras apoyo la sien en su fría puerta.

—¿Por qué? —pregunta tras una larga pausa.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué estás borracho? Nunca bebes para emborracharte —explica.

—¿Cómo lo sabes?



—Mi trabajo es prestar atención a los pequeños detalles, ¿recuerdas? — Aunque nos separa una puerta, sé que está poniendo los ojos en blanco.

—Para el beneficio de tus clientes, estoy de acuerdo. Para sus gerentes, no tanto.

Cuando su lado de la puerta se calla, me doy la vuelta y me desplomo contra ella, con la nuca firmemente presionada contra la superficie. La gravedad y dos botellas de whisky hacen el resto tirando de mí hacia abajo, obligándome a desplomarme contra el implacable suelo de madera.

—¿Qué quieres, Trent? ¿Por qué has venido aquí esta noche?

—¿Por qué crees?

—Odio cuando haces eso —murmura molesta.

—¿Hacer qué?

—Responder a una pregunta con otra pregunta. No sabes cuánto desprecio cuando haces eso.

—Lo siento. Si te sirve de ayuda, no eres la única que tiene un problema con eso. Mi terapeuta también lo odia.

—¿Tienes una terapeuta? —pregunta sorprendida.

—Lo hice. Una vez. Ahora es sólo una amiga a la que le encanta hacerme pasar un mal rato. Te encantaría —me río.

—¿Por qué necesitabas terapia? —Piper pregunta después de un rato.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Trent. Lo estás haciendo otra vez.

—Lo siento. Vieja costumbre —refunfuño, pasándome los dedos por el cabello, deseando poder ver su cara en lugar de estar separada por un trozo de madera.

Pero entonces se me ocurre una idea que podría ayudarme a obtener las respuestas que he venido a buscar esta noche.

—¿Sabes qué? Puedes preguntarme cualquier cosa, y me refiero a cualquier cosa, y prometo darte una respuesta directa mientras esta puerta se interponga entre nosotros.

—¿En serio? —pregunta desconfiada.

—De verdad. Pregunta.

—No me lo creo —replica ella, aun desconfiando de mis intenciones.

—Pruébame y verás. ¿Qué tienes que perder?

—Bien. ¿Por qué estabas en terapia?

—No podía dormir —respondo sin dudar.

—Tendrás que darme más que eso. —Ella suelta una risita, el sonido de su risa llena el hueco vacío que mi pecho ha estado cargando durante el último mes.



—Bien —cedo—. Cuando Rex me dio por primera vez el trabajo como gerente general, sentí que tenía que demostrar mi valía y rápido. Probablemente no sabes esto, pero había un montón de otros gerentes en línea para el trabajo. Grandes nombres con una plétora de experiencia detrás de ellos. Rex me eligió para dirigir su equipo fue un shock para mucha gente. Especialmente a los incondicionales que creían que yo estaba demasiado verde para el reto.

—Lo recuerdo —la oigo susurrar desde dentro.

Me froto el pecho con el puño, agradeciendo que no pueda verme ahora.

—Las probabilidades habían estado en mi contra desde el principio, así que sabía que para que la gente me tomara en serio, tenía que asegurarme de tener un equipo ganador. Los primeros años fueron muy difíciles para mí. Tanto que no podía dormir por las noches. Pasaba dos o incluso tres días sin echar una cabezadita, sólo con la adrenalina. Hasta que un día me desmayé de agotamiento en el despacho de Rex.

—No sabía que te había pasado eso —dice con simpatía.

—Nadie lo sabe. Rex se aseguró de mantenerlo todo en secreto con una condición: ver a Roxanne para que yo pudiera controlar la situación.

—¿Roxanne? —Piper interrumpe—. ¿Como la Dra. Roxanne Seymour? ¿La misma psiquiatra que Nathan está viendo?

—Esa misma. —Sonrío.

—¿Y sirvió de algo? ¿La terapia, quiero decir?

—Lo hizo. Hasta que dejó de hacerlo. Así que dejé de ir —admito.

—¿Por qué? ¿Por qué paraste? —pregunta Piper, realmente interesada en mi historia.

—Porque dijo algo con lo que no estaba de acuerdo.

Ahora que lo pienso, quizá la buena doctora tenía razón.

Tal vez ella vio la escritura en la pared antes que yo.

Joder.

Tal vez, como Rex, descubrió la verdad antes de que yo mismo me diera cuenta.

Maldita sea.

Nunca me dejará olvidarlo cuando se entere.

—Bueno, eso suena siniestro —interrumpe Piper, sacándome de mi ensoñación—. ¿Qué dijo la Dra. Seymour para que dejaras de ir a terapia?

—Dijo que tenía tendencias obsesivas.

—¿Quieres decir como TOC?

—No, nada tan grave. —Sonrío cuando oigo a Piper deslizarse por su puerta y apoyarse en su lado de la misma—. Es sólo que tengo tendencia a obsesionarme con las cosas y sólo descanso hasta que he conseguido el resultado deseado que me había



imaginado. Dice que mi obsesión por querer una vida mejor para mí me dio la fortaleza necesaria para salir de Roxbury. También es la razón por la que no podía dormir cuando empecé a trabajar para Rex. Mi mente se negaba a dejarme descansar hasta que cumpliera todas las promesas que le había hecho. Y la razón por la que terminé nuestras sesiones de terapia es porque cree que mi naturaleza obsesivo-compulsiva encontró una nueva obsesión, una que no cree que sea saludable para mi bienestar mental.

—¿Qué? —Piper pregunta, pendiente de cada una de mis palabras.

—No es un qué, Piper. Es un quién.

No tarda en darse cuenta de quién estoy hablando.

—Yo —susurra.

—Sí —admito.

—Entonces... ¿qué? ¿Soy una especie de premio? —pregunta, con furia y tristeza empañando sus palabras.

Joder.

—No, Piper. No eres un premio, ni un trofeo, ni un objetivo, ni nada por el estilo. Lo que siento por ti no tiene nada que ver con nada de eso. Es un sentimiento. Un sentimiento muy arraigado dentro de mi pecho que parece que me va a partir en dos un minuto y al siguiente me va a bañar en paz. Es...

—Complicado. Desordenado —termina por mí antes de que utilice la siempre temida palabra con A.

—Mucho. —Sonrío.

—Quizá deberías volver a terapia —bromea.

—No, gatita. Me temo que la buena doctora no puede curarme de lo que tengo. Ya estoy demasiado perdido.

Ninguna meditación o programa de doce pasos me curará de amarte.

—Hablemos de otra cosa —dice Piper, sonando incómoda por el rumbo que está tomando el tema de conversación.

—Bien, me apunto. —Enderezo mi espalda en la puerta, sintiéndome más alerta ahora que ella está tan cerca—. Te diré lo que quieras saber. Pero esto va en ambos sentidos. Yo también quiero respuestas.

—No.

—Sí.

—He dicho que no, Trent —dice tajante antes de golpear la nuca contra la puerta.

—No hagas eso, cariño. No hagas nada que te lastime cuando no puedo hacer nada al respecto.

—Bien. Me detendré.



—Gracias. —Dejo escapar una exhalación—. ¿Sabes qué? Haré que mi primera pregunta sea fácil. La haré, y si te incomoda, entonces todo lo que tienes que decir es Mavericks.

Suelta una risita, recordando la primera vez que usamos mi palabra de seguridad.

—De acuerdo. Okey. Pregunta.

—¿Por qué no viniste al Baile de Invierno esta noche? —me apresuro a preguntar.

—Simple. No me invitaron.

—¿No? Lo último que oí es que Lawrence y tú están unidos por la cadera. Habría asumido que él te había invitado.

—Pues has oído mal —corrige.

—¿Así que *no* estás saliendo con él? —pregunto, necesitando que diga las palabras.

—Pensé que esto iba a ser un quid-pro-quo. Son dos preguntas, no una. —Se ríe—. Pero para responder a tu pregunta, no. No estoy saliendo con Laurie.

—¿Puedo preguntar por qué no?

—Ya van tres, Trent. Están empezando a acumularse, y te va a costar.

—Lo que quieras, gatita.

—Ay. Odio cuando me llamas así.

—Si lo dices en serio, entonces no volveré a llamarte gatita. Sólo di la palabra, y será despojada para siempre de mi vocabulario. Te lo prometo.

Mi sonrisa se ensancha cuando Piper no dice nada y prefiere responder a mi pregunta original.

—Laurie y yo sólo somos amigos.

—¿Eso es todo?

—Sí. No es mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo?

—Alto, moreno y arrogante —se burla.

—Es bueno saberlo. —Me río entre dientes—. Bien, haz tus preguntas. Estoy listo.

—¿Cómo fue? ¿Crecer en Roxbury? —pregunta en voz baja.

—Duro —confieso—. Más duro de lo que debería haber sido para cualquier niño que crece.

—¿Y tus padres? ¿No te cuidaron?

—Mis padres tenían sus propios problemas. Yo era una ocurrencia tardía.

—¿Así que no son cercanos?



—No.

—Lo siento —murmura.

—No lo hagas. No puedes echar de menos lo que nunca tuviste. Nunca culpé a mis padres por su negligencia. Hicieron lo mejor que pudieron, dadas las circunstancias. No tengo resentimiento ni mala voluntad hacia ellos.

—¿Alguna vez han tratado de contactarte?

—No. Como dije, tienen sus propios problemas. Las drogas y el alcohol son una ocupación veinticuatro horas al día para ellos. Deja poco espacio para el sentimentalismo.

—Lo siento.

—¿Piper?

—¿Sí?

—No te disculpes por algo en lo que no has tenido nada que ver.

—No me estaba disculpando. Estaba siendo empática. No puedo imaginar lo duro que debió de ser crecer en ese ambiente, pero aun así puedo sentir lástima por el joven que tuvo que vivirlo.

—Gracias. Te lo agradezco.

—De nada —responde dulcemente, haciéndome imaginar una pequeña sonrisa en sus hermosos labios.

—¿Y tú? ¿Cómo fue tu infancia? Parece que tienes un fuerte vínculo con tu madre.

—De lo más fuerte —afirma alegremente—. Es la mejor madre que nadie podría esperar.

—Me alegra oírlo. ¿Y tu padre? ¿Tú y él también eran unidos?

—Sí —susurra, su voz se vuelve débil.

—Me lo imaginaba. —Me río entre dientes—. La pequeña Piper debe de haber sido un manojo de nervios. Déjame adivinar. ¿Eras más una guerrera que princesa?

—Mmm.

—¿Fue tu padre quien te metió en el deporte?

—Sí —su voz sale aún más débil ahora.

Se me arruga la frente ante las respuestas monosilábicas, y entonces recuerdo algo que me dijo la madre de Piper cuando nos conocimos: su padre había fallecido hacía unos años. Quizá por eso Piper no se muestra tan comunicativa de repente.

—¿A qué se dedicaba? Ya sé que tu madre es violinista. ¿También era músico? —le pregunto, haciendo lo posible para que vuelva a la conversación.

—No —grazna—. Era un marine.

Joder.



—Es así... es así como él...

—Mavericks —grita antes de que termine la pregunta.

Me siento en silencio, incapaz de soportar los sollozos al otro lado de la puerta. Le doy un minuto, el suficiente para que recupere la compostura. Sé lo importante que es para ella mantener la fachada glacial cuando es más vulnerable.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—No, no lo estás.

—¿Acaso importa?

—Para mí, sí. Tú me importas.

Cuando vuelve a guardar silencio, siento un dolor en el pecho insoportable.

Oírla angustiada y no poder hacer nada al respecto es la peor tortura que he vivido nunca.

—Piper... ¿alguna vez me dejarás entrar?

—Esta noche no.

—No me refería a eso.

—Sé lo que querías decir, Trent. Lo sé.

—¿Quieres que me vaya? —pregunto después de que otro silencio caiga sobre nosotros.

—No —susurra, dándome un destello de esperanza—. ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

—Claro. De todas formas, no tengo otro sitio donde preferiría estar que aquí, en tu puerta.

Y ahí es exactamente donde me quedo el resto de la noche: sentado en el suelo del pasillo del apartamento de Piper, hablando de todo y de nada.

Cuando llega la mañana, me despierto tumbado en su puerta, con una almohada bajo la cabeza y una de sus mantas rosas cubriéndome.

Puede que Piper no me dejara entrar anoche, pero tampoco me rechazó.

Progreso.



—Gracias, Alan. La clase de hoy ha sido estupenda —agradezco a mi tutor—. Gracias por traer las ayudas que te pedí.

—No es ningún problema. Tú eres el que está trabajando. —Sonríe mientras recoge sus cosas.

rivals

pucking hearts • 2

—Deja que te acompañe —replico, acompañándolo a la puerta.

—Gracias. Te veré el próximo jueves. ¿A la misma hora?

—Estaré aquí —confirmando mientras salimos de mi despacho.

—Entonces nos vemos la semana que viene. —Pero mientras me despide con la mano y se dirige hacia el ascensor, veo que mi secretaria, Brigitte, no está en su mesa.

Raro.

Nunca deja su mesa sin avisarme antes.

Pero tal vez lo hizo y yo lo olvidé.

Últimamente no tengo la cabeza muy clara. Demasiado preocupado con cierta gatita rubia para prestar atención a nada más.

Me acerco a su escritorio para consultar su agenda, preguntándome si tiene alguna cita médica de la que no me he enterado, pero encuentro algo totalmente distinto: una invitación electrónica para la fiesta del veinticinco cumpleaños de Piper en el bar Roy's esta noche.

Sabía que el cumpleaños de Piper era mañana e incluso compré un regalo para ella, pero no tenía ni idea de que organizaría una fiesta para celebrarlo.

Saco el móvil y frunzo el ceño por no haber recibido una invitación así.

Maldita sea, Piper.

Realmente pensé que habíamos avanzado algo la semana pasada cuando fui a su casa.

Claro, todo lo que hicimos fue hablar, con la puerta de su casa como barrera, pero sinceramente creí que estábamos llegando a algo.

Deja que Piper dé dos pasos adelante en nuestra relación y otro atrás.

Pero no pasa nada.

No me desanimo fácilmente.

Piper tendrá que aceptar que no me rindo. Si tengo que luchar con uñas y dientes para demostrarle que no me voy a ninguna parte, que así sea.

—Sr. Nichols, ¿necesita algo? —pregunta Brigitte, sosteniendo una pila de fotocopias recién hechas.

—No, Brigitte. Estoy bien. Todo va bien. Tengo lo que vine a buscar.

Me hace un gesto con la cabeza y vuelve a su mesa mientras yo vuelvo a mi despacho.

Nada va bien.

Y seguro que no estoy bien.

La mujer que ha consumido todos mis pensamientos me oculta las cosas.



191



power
play

IVY FOX

rivals

pucking hearts • 2

Pero si cree que no voy a ir a su fiesta de cumpleaños, se está buscando otra cosa.



192



power
play

IVY FOX

CAPÍTULO 20



PIPER

Soy toda falsas cortesías y sonrisas forzadas cuando todo el mundo me felicita por cumplir un cuarto de siglo. Como si se tratara de un gran logro en mi vida, en lugar de que el tiempo se me haya echado encima.

Ay.

Odio los cumpleaños.

Me deprimen muchísimo.

De ahí que siempre haya sido reacia a organizar fiestas de cumpleaños, ya que nunca han sido motivo de celebración para mí.

Lo descorazonador no es envejecer.

Es el recordatorio de que la vida es finita, eso es una putada.

Un día estás aquí, viviendo tu mejor vida, y luego, en un abrir y cerrar de ojos, te vas, dejando a todos los que te importaban para que sigan viviendo sin ti.

Sí.

Odio los putos cumpleaños.

Pero este año necesitaba algo en lo que ocupar mi tiempo libre, ya que el trabajo no daba para más, así que decidí organizar esta fiesta para distraerme del problema más grave de mi vida.

Un problema cuyos penetrantes ojos negros parecen decididos a perseguirme en cada momento de vigilia.

Así que sí, necesitaba desesperadamente una distracción importante, lo suficientemente grande como para apartar mi atención de la deprimente realidad en la que vivía. Por eso me desviví por invitar a todo el mundo que se me ocurrió, excepto a la única persona con la que de verdad quería celebrar mi cumpleaños.



Si eso no quiere decir que estoy metida hasta las rodillas en un lío, entonces no sé qué puede hacerlo.

Me sacudo ese sombrío pensamiento y recojo otra copa de champán, que bebo de un trago, sin importarme si parezco una borracha loca en mi propia fiesta.

Pero justo cuando el alcohol llega a mi torrente sanguíneo, siento un escalofrío que me recorre la espalda cuando alguien aprieta su cuerpo duro contra la mía.

No, no alguien.

La pesadilla de mi existencia.

—Buenas noches, gatita. ¿No te ves lo suficientemente buena como para comer? —Trent me grazna al oído, obligándome a girarme y a dar un paso atrás para alejarme de él.

—Trent... ¿qué ha...?

—¿Qué hago aquí? —termina por mí—. Es tu fiesta de cumpleaños. ¿Dónde iba a estar si no?

—No te invité. —Trago en seco, odiando cómo mi maldito corazón acaba de dar un vuelco.

—Oh, soy muy consciente. —Sonríe maliciosamente—. Y me aseguraré de castigarte como corresponde por ese descuido... más tarde.

Se me calienta la cara y echo un vistazo al bar, abarrotado de gente, para ver si alguien ha oído su pequeña insinuación.

—Ya te lo he dicho, la comedia no es tu fuerte, Trent —le reprendo.

—No estaba tratando de ser gracioso. Sólo constataba un hecho.

—Realmente no deberías estar aquí —digo en voz baja mientras mantengo una sonrisa de bienvenida cosida a mi cara por si alguien nos está mirando.

—¿Por qué? ¿Por qué no debería haber venido?

—Porque... mi jefe está aquí junto con la mayoría de mis colegas —intento desviar.

—¿Y? —Arquea una ceja.

—Y la gente podría sospechar.

—¿Sospechar de qué? —pregunta, bajando la voz a una octava aún más baja y sexy.

—Sabes muy bien de qué —replico con los dientes apretados, estirando una sonrisa falsa para que nadie se dé cuenta de cómo se me ha disparado el ritmo cardíaco al oír su voz.

—¿Que tú y yo somos amigos? —se burla—. Pensaría que ser amigo de un gerente jugaría a tu favor.

—Lo sería si fuera verdad. —Respiro con fuerza por la nariz.

—¿Entonces no somos amigos?



—No —afirmo con naturalidad.

Se queda pensativo un segundo antes de asentir.

—Tienes razón. Nunca hemos sido realmente amigos. Nos saltamos esa parte por completo, ¿no? —Sonríe sugestivamente, pasando sus dedos por mi brazo—. Pero somos *algo*.

—No somos nada —replico, apartando el brazo de él.

—Tsk, tsk. —Sacude la cabeza—. Mentir no te sienta bien, gatita. Tú y yo sabemos que la razón por la que nunca fuimos amigos es porque siempre hemos sido *más*.

El corazón me retumba en el pecho cuando pronuncia esa palabra.

—Trent, vete a casa —exijo, pero mi orden sale demasiado entrecortada para tener algo de calor detrás.

—¿Y marcharme sin darle a la cumpleañera su regalo?

Me muerdo el interior de la mejilla, intentando mantener intacta mi sonrisa mientras lo miro mal.

—No quiero un regalo. No quiero nada de ti.

—Lamento oír eso. —Se encoge de hombros, sin parecer en absoluto arrepentido—. Porque de una forma u otra, te daré tu regalo esta noche. Ahora, puedo hacerlo aquí donde todo el mundo está mirando o en algún lugar más privado. Lo dejo a tu elección.

—Dios, eres exasperante.

—Y tú eres todo un rayo de sol —replica con sarcasmo—. Entonces, ¿qué será, Piper? ¿Te doy tu regalo aquí, delante de todos tus amigos y colegas, o salimos fuera? ¿Quizá en el callejón detrás del bar? —Sus ojos de obsidiana brillan con picardía.

—Eso no va a pasar. —Aprieto los dientes.

—Lástima. Entonces supongo que tendrá que ser aquí. —Y cuando acorta la pequeña distancia que nos separa, como si estuviera a punto de besarme, me alejo de él de un salto.

Mierda. ¡Mierda, mierda!

—Espera. —Le tiendo la mano para que no dé un paso más—. Sólo espera.

—Tu turno, Piper. ¿Qué vas a hacer?

Suelto una exhalación exagerada antes de que se me ocurra una alternativa con la que pueda vivir.

—Sólo sígueme. Y por el amor de Dios, no me mires el culo mientras lo haces. Trata de ser discreto, ¿quieres?

—No prometo nada —insiste.



Pongo los ojos en blanco y me abro paso entre la multitud de invitados, con una sonrisa falsa en la cara mientras me felicitan y me desean un feliz cumpleaños, sin darme cuenta de que me sigue un depredador.

Cuando doblo la esquina del pasillo vacío que conduce a los baños, suelto una exhalación de alivio mientras Trent se ríe antes de posar su gran mano en mi culo.

—Oops. Lo siento. No he podido evitarlo. Tu trasero se ve increíble en ese vestido.

—Cállate —susurro, apartando su mano de mi culo antes de abrir la puerta del baño de damas, asegurándome de girarme para ver si nos sigue alguien más. Cuando compruebo que estamos completamente solos, inclino la cabeza para que entre.

—Tienes cinco minutos —advierito.

—Nena, los dos sabemos que sólo necesito uno para que te corras —replica con suficiencia mientras se pavonea dentro del baño, recordándome nuestro primer encuentro, en el que me hizo ver a Dios en tiempo récord.

Una vez dentro, cierro la puerta tras nosotros y me apoyo en ella para mantener cierta distancia entre nosotros.

—El baño, ¿eh? No es precisamente muy romántico —dice decepcionado, mientras hace lo que debe, patear las puertas del baño para comprobar que estamos completamente solos.

—Tal vez no has estado prestando atención, pero yo no hago el romance.

—Oh, recibí el memo, gatita. —Sonríe ampliamente antes de caminar en mi dirección.

—Trent, no te atrevas a acercarte más. No voy a follarte aquí.

—¿Quién ha hablado de follar? Aunque me gusta dónde tienes la cabeza. —Sonríe—. No, he venido a darte un regalo de cumpleaños, y eso es exactamente lo que pretendo hacer.

—Bien. Entrégamelo entonces —refunfuño, extendiendo la mano en un gesto falso, ya que estoy bastante segura de que el único regalo que Trent quiere hacerme es su polla de veinte centímetros.

Pero entonces me sorprende cuando me pone en la mano una caja de terciopelo azul.

—¿Qué demonios es esto? —Miro la caja como si fuera un explosivo a punto de estallar.

—¿Qué aspecto tiene? Es mi regalo.

—No lo quiero. —Sacudo la cabeza.

—Ni siquiera lo has abierto todavía.

—Me da igual. No lo quiero —digo rápidamente, colocando la maldita cosa sobre la encimera del lavabo.

—Piper...



—He dicho que no lo quiero, Trent —interrumpo con tono áspero.

—¿Cómo lo sabes si ni siquiera has abierto la caja para ver qué hay dentro?

—No me importa lo que hay dentro. Sea lo que sea, no lo quiero.

—Piper, para. No estás siendo razonable.

—¡Tengo mis razones! Si me quedo con lo que sea, pensarás...

—¿Qué? ¿Qué voy a pensar? —interrumpe, incapaz de ocultar la miseria en su voz.

Odio cómo el peso de su tristeza atraviesa mi corazón como una fuerza implacable, engulléndome en un negro mar de dolor.

Pero si acepto su regalo... si dejo que esto continúe... sea lo *que* sea, tarde o temprano, uno de nosotros saldrá herido. Y no voy a dejar que sea yo.

—Es que no lo quiero —murmuro.

Cuando sus ojos oscuros se tiñen de una tristeza aplastante, parece como si no hubiera suficiente aire en la habitación para los dos.

—Okey, Piper. Lo entiendo. Joder. Lo entiendo. —Se pasa los dedos por el cabello negro azabache con exasperación—. No es con el regalo con lo que tienes un problema. Soy yo —dice, con cara de que alguien le acaba de arrancar el corazón del pecho—. Quiero decir, mi primera pista fue que no me invitaste aquí esta noche. Pensé que era por tu orgullo equivocado o por esa maldita terquedad tuya que te hace actuar así. Pero no es eso, ¿verdad? Realmente no me quieres aquí. No me quieres, y punto.

Lucho contra el nudo en la garganta, abrumada por el dolor de su voz, que ahoga los rápidos latidos de mi corazón.

—Siento haber estropeado tu fiesta, Lee. No volverá a ocurrir.

Se mete la caja de terciopelo en el abrigo y empieza a caminar hacia la puerta. Pero justo cuando está a punto de tomar el pomo para alejarse de mí, le agarro de la muñeca para detenerlo. Ladea la cabeza hacia mí, con los ojos llenos de tanta confusión, tristeza y rabia que lo único que puedo hacer es seguir mi instinto y besar su dolor.

No se mueve mientras le rodeo el cuello con los brazos, lamiéndole la comisura de los labios, rogándole que me deje entrar.

—Trent —susurro en su boca—. Déjame entrar.

—No, Piper. No hasta que tú lo hagas.

—No... no puedo.

Sus ojos se clavan en los míos, entristeciéndose aún más al ver la verdad que hay detrás de mis palabras.

—¿Por qué? ¿Dime por qué?

Pero en lugar de darle la respuesta que tanto ansía, mi boca vuelve a posarse en la suya, con la esperanza de poner fin a toda la conversación. Esta vez, Trent no se resiste, deja que nuestras lenguas luchen y salden la cuenta que él cree que se le debe. No decimos ni una palabra mientras rebuscamos frenéticamente entre nuestras ropas. Trent me sube el dobladillo del vestido hasta la cintura y yo me apresuro a bajarle los pantalones por las caderas. Su beso se vuelve aún más posesivo cuando le rodeo la polla con la mano, apretándola suavemente antes de acariciarla lánguidamente de arriba abajo, de la base a la punta.

—Follarte en un baño en tu cumpleaños nunca fue mi plan, gatita, pero no me dejas otra opción.

Luego me sostiene por la cintura y me vuelve a sentar en el borde de la encimera del baño, haciendo que mis piernas rodeen sus caderas por sí solas, sin importarle que mis talones se claven ahora en su espalda. Trent se separa de nuestro beso para mordisquearme, morderme y lamerme la garganta mientras con la mano libre me baja la cremallera de la espalda hasta que el vestido me cae por la cintura, dejando al descubierto mis pechos desnudos. Me toma los pechos con sus grandes manos e inclina la cabeza hacia abajo lo suficiente para lamerme y acariciarme los pezones con los dientes. Con las piernas cerradas en torno a él y la mano acariciándole la polla, me arqueo hacia atrás para que use su boca pecaminosa conmigo y me delire como quiera.

—Mírame, Piper —gruñe desesperado, tirándome de la barbilla para que volvamos a estar frente a frente—. Voy a follarte ahora mismo. ¿Entiendes?

Mis párpados caen mientras asiento con la cabeza.

—Sólo necesito saber una cosa primero.

—¿Qué? —jadeo.

—¿Has follado con alguien más desde que estamos juntos?

—No estamos juntos —respondo, para que me agarre la barbilla con más fuerza.

—No te hagas la linda, Piper. Ahora no.

Lo miro fijamente a los ojos, viendo cómo una oleada de inseguridad crea una mancha en un mar de cielo negro por lo demás hermoso.

—Sólo has sido tú —admito con la respiración contenida—. Sólo has sido tú.

Sus párpados se cierran durante unos segundos, como si esa frase hubiera curado su corazón enfermo. Cuando sus párpados vuelven a abrirse, veo un fuego ardiente que ilumina los negros pozos de sus ojos.

—Y así se quedará. Sólo yo. Para siempre yo.

Y con esa maldición en la punta de la lengua, estrella su boca contra la mía, obligándome a tragarla hasta que me consume por dentro.



Le suelto la polla, y mis manos tiran de su abrigo para mantener el equilibrio mientras él me separa los muslos para apartarme las bragas. Me pasa los dedos por la raja y me encuentra húmeda y deseosa.

—Puede que tu corazón no esté preparado para mí, pero tu puto coño sí. Estás empapada, gatita —gime Trent, envolviendo su mano alrededor de su circunferencia para apuntarla al centro de mi núcleo—. Mírame. Quiero que me mires mientras te follo.

Me relamo los labios mientras clavo mis ojos en los suyos, necesitando que me posea más de lo que he necesitado nada en toda mi vida. Los dos siseamos de placer cuando me penetra sin prisas, nuestras sienes se presionan mientras lo vemos introducir lentamente su polla en mi húmedo coño, reclamándolo como suyo.

—Eres tan jodidamente hermosa. Tan jodidamente perfecta. Jesús, Piper. ¿Por qué no puedes ver que estás hecha para mí?

Una parte de mí quiere que deje de hablar mientras la otra —la que me niego a reconocer— se baña bajo sus cariñosos elogios.

—Te sientes tan bien. No puedo saciarme de ti. Joder, ojalá pudiera —con un gemido dolorido, la desesperación en su voz llamando a la misma agonía que siento yo por dentro.

Y cuando empieza a follarme con ganas mientras sus dedos me acarician el clítoris, tengo que morderle con fuerza el hombro para no gritar su nombre. Le hundo las uñas en la nuca mientras sigue adorando mi cuerpo con fervor.

—Eso es, gatita. Hazme daño con esas garras tuyas. Ese dolor puedo soportarlo.

Me escuecen los ojos al oír su silenciosa declaración: el dolor físico no le duele, no como mi rechazo.

—Somos tú y yo. ¿Lo entiendes? Siempre hemos sido tú y yo —susurra, golpeándome con una fuerza tan brutal que no podría negarme, aunque lo intentara.

—Trent —me oigo suplicar.

—¿Sí, amor?

—Bésame. Necesito que me beses —suplico, sabiendo que su boca en la mía será el catalizador de mi ruina.

Trent ni siquiera vacila un instante, estrellando su boca contra la mía para darme un beso torbellino. Y como sabía que ocurriría, su beso me lleva al precipicio hasta que caigo... caigo... caigo en un inmenso océano negro de felicidad y euforia.

—Joder —gime, mordiéndome el cuello mientras se corre dentro de mí.

Mi cuerpo se estremece cuando el calor abrasador disminuye gradualmente y las brasas se enfrían. Los fuertes brazos de Trent me abrazan con fuerza para combatir el escalofrío, apoyando mi cabeza contra su pecho para que pueda oír el sonido de sus rápidos latidos, que imitan los míos.



Cuando el miedo paralizante empieza a pellizcarme la nuca, lo alejo, sin querer que arruine el hermoso momento que acabamos de compartir.

Puedo tener esto.

Sólo unos segundos más.

¿Qué daño pueden hacer unos segundos más?

Pero demasiado pronto se me pone rígida la columna vertebral, como si sus brazos envolviéndome protectoramente fueran demasiado para mí. Trent también debe de notarlo, porque me saca de su tierno abrazo y empieza a apartarme lentamente el cabello hacia atrás, inclinando la cabeza para que pueda mirarlo a los ojos una vez más.

—Feliz cumpleaños, Piper —dice, sus ojos oscuros buscan los míos.

Temerosa de que encuentre algo de verdad en ellos, algo que no estoy preparada para que vea, bajo inmediatamente mi mirada de la suya.

—Gracias.

Trent exhala antes de levantarme y ponerme los pies en el suelo. No digo ni una palabra mientras me alisa el vestido y me sube la cremallera. Cuando se ha asegurado de que estoy presentable, me da la vuelta para mirarme al espejo. Aparte de mis mejillas sonrojadas y mis labios hinchados, es como si nunca me hubiera tocado. No sé por qué me inquieta, pero lo hace.

Trent apoya la barbilla en mi hombro y espera a que nuestras miradas se crucen a través del reflejo del espejo.

—Esta noche estás preciosa. Pero a mí siempre me has parecido preciosa — me dice con nostalgia y me da un tierno beso en la mejilla antes de separarse para dirigirse a la puerta.

—¿Adónde vas?

—Disfruta el resto de tu fiesta, Piper.

—Trent...

Pero antes de que tenga tiempo de decirle que se quede, sale por la puerta.



A pesar de tener que esquivar unas cuantas preguntas conmovedoras de mi mejor amiga después de que Lottie me pillara saliendo del mismo baño que Trent, el resto de la fiesta fue mediocre en el mejor de los casos.

Afortunadamente, Lottie no presionó para obtener respuestas. Estaba más preocupada por el idiota de su novio diciéndole a todo el mundo que estaban comprometidos que por mí. Normalmente, me habría abalanzado sobre el imbécil y le habría hecho admitir delante de todo el mundo lo mentiroso que es, pero no tenía ganas.



Debo de estar perdiendo la cabeza si he perdido las ganas de reñir y amonestar.

Normalmente vivo para esa mierda, especialmente cuando se trata de Coop.

Pero lo único en lo que puedo pensar es en cómo los ojos de Trent perdieron color antes de salir por la puerta.

—Hola preciosa, ¿estás bien? Pareces bastante decaída, teniendo en cuenta que esta gran *fiesta* es en tu honor —bromea Caleb, mirándome atentamente.

—He terminado con esta fiesta, eso es todo —murmuro abatida.

—Entonces haz lo que han hecho mi hermano y su mujer hace unas horas y escápate —dice como si fuera algo obvio.

—No puedo abandonar mi propia fiesta, Caleb. Sería de mala educación.

—Al diablo con eso. Si ya no te apetece, vete. La vida es demasiado corta para desperdiciarla en mierda aburrida. Te mereces divertirte esta noche. Si no lo estás haciendo aquí, entonces vete. ¿Quién te lo impide?

—Etiqueta —replico.

—Aburrido —bosteza.

—No seas tonto. ¿Qué clase de persona abandona su propia fiesta?

—El tipo de persona a la que no le importa una mierda. —Sus ojos verdes brillan de alegría—. Dime, aparte de un puñado de gente de aquí, ¿te importa alguna mierda?

—Por supuesto que sí.

—Mentirosa. —Se ríe—. Te importan un carajo la mitad de los chiflados que invitaste aquí esta noche.

—Haces que suene como una perra sin corazón.

—Eh, nunca —reprende, adoptando un tono más serio—. No me refería a eso. Eres el tipo de mujer que no se descongela por cualquier Tom, Dick o Harry. Haces que la gente trabaje por tus sonrisas y tu amistad. Y eso es un puto cumplido si te lo has perdido.

—¿Estás coqueteando conmigo, Donovan? —Arqueo una ceja con complicidad.

—Siempre estoy coqueteando contigo. —Se ríe sin pudor—. Pero sé que ahora estás tomada. No pasa nada.

—Yo no...

—No le mientas a un mentiroso, nena. Vi a Nichols salir de esta fiesta como un hombre al que le acaban de dar por el culo. Toda una rompecorazones, ¿no?

—Caleb...

—Déjame que te haga una pregunta —me interrumpe, poniéndome las manos sobre los hombros y mirándome fijamente a los ojos—. ¿Vas a quedarte en una fiesta



en la que te vas a aburrir como una ostra, o vas a encontrar a tu hombre y celebrar tu cumpleaños como Dios manda: cogiendo?

—Eres incorregible. —Me río.

—No es lo peor que me han llamado. Ahora, ve y diviértete. La noche no se está haciendo más joven.

Miro alrededor de la sala y, aparte de un puñado de personas, nadie significa mucho para mí.

Caleb tiene razón. No quiero estar aquí.

—¿Puedes decir...?

—¿Tu amiga sexy que has dejado tirada? No hay problema —interviene Caleb—. Para tu información, nunca adivinarás quién está loco por ella.

—¿Quién?

—Mi chico, Nate. El tipo está más que enamorado. Como si cupido le hubiera disparado justo en el culo.

—¿En serio? —pregunto, incapaz de ocultar mi sorpresa. Entonces recuerdo de repente que cuando Lottie me sorprendió saliendo del baño, Nathan estaba a su lado y ambos actuaban como si acabaran de pillarlos con las manos en la masa. No le di mucha importancia en ese momento, pero ahora todo empieza a tener sentido.

Siempre que llamo a Lottie para que me dé su opinión sobre Nathan, se pasa la mayor parte del tiempo hablando maravillas de él. Cuando le pregunto a Nathan cómo va su falsa cita con mi mejor amiga, parece que le acabo de dar un puñetazo en el estómago.

¿Cómo no lo vi antes?

—Bueno, que me aspen.

—Oye, podría hacerlo mucho peor que Nate —lo defiende rápidamente Caleb.

—¿No lo sé? Lo estoy mirando directamente. —Inclino la barbilla en dirección a Coop—. No puede ser peor que eso. Es el equivalente humano de los calambres menstruales.

—Te entiendo. Sólo hablé con él un par de minutos y tuve la clara sensación de que Dios creó el dedo medio pensando en él —comenta Caleb.

—Muy cierto —añado con una sonrisa—. Pero basta de hablar de Coop. Me niego a perder mi valioso tiempo hablando de gente que debería haberse tragado.

—El verdadero desperdicio es esa jodidamente hermosa mujer saliendo con ese imbécil pretencioso. —Caleb sacude la cabeza.

—Lo es, ¿no? Supongo que tanto Nathan como Lottie necesitan un empujoncito en la dirección correcta.

—Oye, si tú haces magia con ella, yo le daré una paliza. ¿Trato hecho? —me dice, tendiéndome la mano para que se la estreche.

rivals

pucking hearts • 2

—Trato hecho. —Sonríó ampliamente.

—Ah, sabía que te gustaba. Acabas de darme una de tus sonrisas genuinas. Estoy conmovido.

—Eres un idiota. —Me río.

—Y tú estás dando largas —señala—. Saca tu dulce culo de aquí y ve a buscar a tu hombre.

En lugar de corregirlo, me pongo de puntillas y le planto un dulce beso en la mejilla.

—Gracias, Caleb. Eres un buen amigo.

—Y soy un polvo aún mejor. Lástima que nunca lo sabrás. —Guiña un ojo.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a mirar a los invitados, feliz de dejarlos atrás en busca de ojos oscuros y pecaminosos y besos apasionados y anhelantes.

Recojo mi abrigo para protegerme del frío de noviembre y llamo a un taxi para que me lleve al penthouse de Trent. Durante todo el trayecto, reflexiono sobre lo que voy a decirle cuando llame a su puerta y me quedo perpleja. Me devano los sesos para encontrar las palabras adecuadas y me detengo cuando me doy cuenta de que no tengo ningún consuelo que ofrecerle.

¿Qué puedo decirle a Trent?

Esa última mirada en sus ojos me dijo que quería mucho más de lo que yo podría darle.

Quiere... a mí.

Y no estará contento hasta que me tenga a mí, en cuerpo, mente y alma.

¿Qué estoy haciendo?

—Serán veintidós dólares, señorita —me dice el taxista, avisándome de nuestra llegada.

—He cambiado de opinión.

—¿Cómo dice, señorita?

—Dije que cambié de opinión. No quiero estar aquí. Lléveme a Back Bay —le ordeno, dándole rápidamente la dirección de mi casa.

Esto fue estúpido.

Esto fue tan malditamente estúpido.

Dejé que Caleb se metiera en mi cabeza y jugara con mi lógica.

Dejé que un tipo que se ha acostado con medio Boston me convenciera de lo que podría haber sido el mayor error de mi vida.

Si hubiera aparecido en la puerta de Trent esta noche, habría interpretado demasiado.

Probablemente pensaría que estoy enamorada de él o algo así.



203



power
play

IVY FOX

¿No lo estás?

¡Ay!

Por esto. Esto es por lo que odio los putos cumpleaños.

Nunca sale nada bueno de ellos.

Me ponen sentimental y me confunden.

Pensar en un futuro en el que me despierto cada mañana mirando unos ojos hermosos y oscuros que siempre parecen prometerme el mundo.

No.

No va a suceder.

No soy el tipo de mujer que cae de cabeza.

Soy el tipo de mujer que se dedica a los negocios, follando con quien quiere cuando le da la gana.

No hay campanas de boda en mi futuro. Ni cunas ni canciones infantiles.

Todo lo que hay, soy yo.

Sólo puedo depender de mí.

Si siquiera me atrevo a pensar lo contrario, entonces bien podría internarme en un maldito manicomio.

Porque enamorarse es la definición misma de la locura.

¡Es una puta locura!

¿Por qué alguien entregaría voluntariamente su corazón a alguien cuando es seguro que se lo romperán?

Eso es el amor.

Es dolor y sufrimiento.

Confiar mi corazón a otra persona sólo me dejará vulnerable y atrapada en un estado de incertidumbre perpetua, temiendo que se vayan y nunca vuelvan con tu corazón.

Ya lo he hecho. Y encima me compré la puta camiseta.

Al infierno, no voy a ir a través de esa montaña rusa de un paseo de buena gana.

Pero justo cuando me pongo a hablar como una loca, el destino —la perra intrigante— tiene otros planes para mí.

Todos esos pensamientos de por qué enamorarme es una puta mala idea me abandonan en un abrir y cerrar de ojos cuando me encuentro a Trent delante de mí puerta, esperándome.

—Estás aquí —ahogo, sin creer lo que veo.

—Sí.

—Tú... tú no deberías estar aquí.



—¿Por qué no? Dame una buena razón y me iré.

Cuando dudo, sonrío.

—Eso es lo que pensaba. Deja de pelear conmigo, Piper. Deja de luchar contra esto.

—No hay un *esto*.

—Si eso es cierto, entonces dime que prefieres pasar la noche sola que conmigo. Dime que me vaya a casa.

Incapaz de decir tal cosa, camino hacia él y aprieto mi mejilla contra su pecho, respirándolo y escuchando los latidos de su corazón.

Trent me rodea con sus fuertes brazos y me recorre cariñosamente la columna con las manos, dejándome dulces y tiernos besos en la parte superior de la cabeza.

—Esta es la última vez —le digo en voz baja.

—Claro que sí.

—Lo digo en serio.

—Claro que sí.

—Dios, eres enloquecedor. —Sacudo la cabeza, ocultando mi sonrisa.

—Y tú eres jodidamente exquisita.

—Qué pareja hacemos, entonces. —Exhalo profundamente.

—Podríamos si nos dejaras —susurra suavemente, abrazándome más fuerte.

Aunque no le respondo, mi silencio no parece herirlo ahora. No cuando me aferro a él con la misma fiereza.

—¿Quieres quedarte aquí fuera un poco más, o podemos entrar?

—En un segundo —le contesto, apartándolo de mí lo suficiente para meter la mano en el bolsillo de su abrigo y sacar mi regalo.

»Esto no significa nada —le digo mientras rozo el terciopelo con la yema de los dedos.

—Claro que no.

—Eso se está volviendo molesto.

—También lo es esperar a que abras tu regalo de cumpleaños.

Suelto otro suspiro antes de abrir la caja y encontrar una pulsera de oro con pequeñas flores en forma de magnolia talladas en diminutos diamantes en su interior.

Es sencillo y elegante.

Es perfecto.

—Mira dentro de la banda —dice nervioso.

Le doy la vuelta a la pulsera y encuentro un delicado grabado, seguido de las iniciales de Trent.



Más vale una vez que nunca, porque nunca es tarde. —T.

—Conozco esta cita. No recuerdo de dónde, pero juraría que la he leído antes —murmuro, intentando recordar de dónde la conozco.

—¿Te gusta? —me pregunta mientras me ayuda a ponérmela en la muñeca en lugar de darme una pista de dónde ha robado la cita.

Una vez sujeta la pulsera a mi muñeca, inclino la cabeza hacia atrás y lo miro profundamente a los ojos.

—Me encanta. Gracias.

—Gatita, si vas a mirarme así, mejor ábrenos la puerta para entrar. A menos, claro, que creas que a tus vecinos no les importará recibir un espectáculo infernal.

—No tienes gracia. —Sacudo la cabeza y me apresuro a sacar las llaves del bolso porque, con Trent, nunca sé si está bromeando o va en serio.

—Sigues diciendo eso, pero un día conseguiré que esboces una sonrisa.

Abro la puerta y entrelazo mi mano con la suya.

—Supongo que hasta entonces, tendrás que encontrar formas más creativas de hacerme sonreír.

—Creo que se me ocurren unas cuantas. —Su mirada arde.

—Yo también puedo. —Le tiro de las solapas del abrigo y lo arrastro dentro—. ¿Qué tal si te enseño lo que quiero decir?

—Guíame, gatita. Soy todo tuyo.

CAPÍTULO 21



TRENT

Trent, despierta —oigo susurrar a Piper mientras los suaves rayos del sol matutino se filtran a través de las cortinas de su dormitorio, proyectando un tono dorado por toda la habitación.

Cuando abro los ojos lentamente, mi mirada se posa al instante en la hermosa criatura que está a horcajadas sobre mí. Mis ojos absorben ávidamente cada centímetro de ella, completamente hipnotizados por la forma en que la luz del sol capta su rostro, iluminando sus delicados rasgos. Su cabello rubio, normalmente recogido en una coleta, se libera de sus ataduras y cae en cascada sobre su pecho desnudo en suaves y largas ondas, brillando como oro hilado y rozando sus bonitos pezones rosados.

No digo una palabra, queriendo tomarme un segundo sólo para memorizar este momento de despertar a la mujer de la que estoy irrevocable y profundamente enamorado. Sin embargo, mi polla, cada vez más dura, parece impacientarse con la idea.

No es que pueda culparle.

En este momento, es la Afrodita personificada, aunque la expresión de su cara diga que estoy en su lista de mierda.

—Eres un idiota, Trent Nichols, ¿lo sabías? ¿La Fierecilla Domada? ¿Se supone que eso es gracioso? —Piper me reprende con el ceño fruncido.

—Buenos días a ti también, rayito de sol. —Mi sonrisa perezosa se estira en mis labios mientras mi mano se aferra a su cadera mientras la otra empieza a jugar con las puntas de su cabello.

—Oh, no me llames así. —Me da una palmada en el pecho en broma, haciendo todo lo posible para que no se le salga la sonrisa—. Estoy enfadada contigo.

—Ya lo veo —sonríó—. Así que por fin has recordado de dónde era la cita, ¿eh? —pregunto mientras enrosco un mechón de su cabello alrededor de mi dedo.



—No. Lo busqué en Google —admite—. No se te ocurrió nada más bonito que una cita de *La Fierrecilla Domada*....

—Me pareció muy apropiado.

—Ya estás otra vez haciendo bromas. —Me da otra palmada en el pecho, su sonrisa juguetona por fin hace acto de presencia.

Con los rayos de sol creando un efecto de halo a su alrededor, parece un maldito ángel que necesita corromperse.

—En realidad, no estoy de humor para reír.

—¿Ah, sí? —replica con una sonrisa tímida cuando arquea la espalda para que pueda sentir mi polla clavándose en su centro—. ¿Y de qué humor estás, me pregunto?

—De querer hacerle otro regalo a la cumpleañera. Preferiblemente con mi polla. Qué tal si eres una buena gatita y saltas sobre ella por mí.

—Parece más tu cumpleaños que el mío. —Sus ojos azul cristalino se iluminan con picardía.

—Me parece justo. ¿Qué tal si llegamos a un acuerdo? Me tumbaré aquí y te dejaré hacer lo que quieras conmigo. Puedes hacer lo que quieras. Pero cuando termines, será mi turno.

—¿Lo que yo quiera? —Se muerde el labio inferior.

—Lo que tú quieras. Soy tuyo para que me tomes.

Sus ojos se entrecierran ante la perspectiva de escudriñar mi cuerpo como si fuera su atracción de feria personal.

Y cuando decide deslizarse más abajo, agarrando mi dura polla con la mano para darle un beso de buenos días, me siento el cabrón más afortunado del mundo.

Pero justo cuando está a punto de dar su primer lametón, oímos el timbre de la puerta.

—Mierda —soltamos los dos a la vez, odiando ser interrumpidos justo cuando las cosas empezaban a ponerse divertidas.

—Ignóralo —le ordeno, mirando fijamente lo cerca que están sus labios de la corona de mi polla.

—No voy a ignorarlo, imbécil. Es mi madre. Se suponía que íbamos a almorzar hoy.

Maldita sea.

—Lo dejamos para otro día —refunfuño mientras ella salta de la cama para ponerse la bata. Después de abrochársela, me mira fijamente, tumbado en el centro de la cama, desnudo y empalmado, y frunce el ceño.

—Vas a tener que esconderte —pronuncia.

—No me escondo.



—Sí, lo harás.

—No, no lo haré.

—Trent...

—Piper.

—Aah —refunfuña—. No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

—¿Lo he hecho alguna vez?

—Maldito seas. Muy bien. Quédate aquí, y por el amor de Dios, ponte unos malditos pantalones.

—Eso puedo hacerlo. —Sonríe malvadamente.

—Te odio tanto ahora mismo.

—No, no lo haces.

Cuando vuelve a sonar el timbre, me vuelve a mirar mal.

—Voy a abrirle la puerta a mi madre. No te atrevas a salir de esta habitación. No quiero que sepa que estás aquí —dice, recogiendo una goma del cabello de encima de la cómoda y haciéndose rápidamente un moño.

—¿Puedo preguntar por qué no?

—Porque va a empezar a hacer preguntas —responde Piper distraídamente mientras agarra un par de bragas limpias de su cajón.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Oh, ya sabes. Las preguntas de mamá. Como si estamos juntos —replica, mirando al espejo para ver si su madre se da cuenta de que ha pasado la mayor parte de la noche follando de todas las formas posibles conmigo.

—*Estamos* juntos —me apresuro a decir antes de que tenga tiempo de salir de la habitación.

—No, no lo estamos.

—Sí, lo estamos.

—¿Quién lo dice? —pregunta ella, con las manos apoyadas en las caderas.

—Yo. Yo lo digo.

Exhala exageradamente y me hace señas con la mano para que desestimarme, como si dijera tonterías.

—Realmente no tengo tiempo para discutir contigo ahora. Quédate aquí y estate callado. Inventaré una excusa para que se vaya y le diré que nos encontraremos en el Velvet Vine Café para almorzar en una hora. Me ocuparé de ti y de tus tonterías cuando se haya ido.

Antes de que me dé tiempo a decirle que va a tardar más de una hora en hacerme cambiar de opinión, sale por la puerta para saludar a su madre.

Salgo rápidamente de la cama y empiezo a vestirme mientras oigo la conversación unilateral de Piper en la otra habitación, hablando con su madre.

—Por supuesto, estoy bien.

»No, no estoy nerviosa.

»Me quedé dormida, eso es todo.

»No, mamá. No tengo fiebre. No tengo ni idea de por qué crees que estoy sonrojada.

»Estoy bien. De verdad.

Ni siquiera estoy en la habitación, y me doy cuenta de que Shelby sabe que su hija está mintiendo descaradamente.

Desde el momento en que la conocí, Shelby me pareció el tipo de mujer a la que nadie engaña fácilmente. Ni siquiera por su cariñosa hija. Ella puede oler que algo está mal, y creo que es justo que yo sea el que explique lo que realmente está pasando aquí. Aunque Piper me ordenó que me escondiera en su habitación, tiene que aceptar que voy a ser un elemento permanente en su vida, y eso significa que la gente sepa que somos pareja, y la primera persona de la lista es su madre.

Una vez me he puesto la camisa y los pantalones para estar medianamente presentable, salgo de la habitación de Piper y camino por el pasillo hacia el salón.

Piper me da la espalda cuando Shelby me ve caminar en su dirección, con una sonrisa de complicidad dibujada en sus labios.

—Buenos días, Shelby. Qué alegría volver a verte —hago señas, agradecido por todas las horas que mi tutor, Alan, pasó enseñándome el lenguaje de signos para que al menos pudiera saludar como es debido.

A Shelby se le iluminan los ojos mientras firma su propio saludo.

—Qué bien... que... estés... aquí —consigo captar ya que los gestos de Shelby con las señas son mucho más rápidos de lo que estoy acostumbrado—. Yo... no... ¿tú... lenguaje de señas?

—Todavía estoy aprendiendo —respondo lentamente, rezando por haberla entendido bien.

Su sonrisa no hace más que ampliarse cuando dirige su atención a una atónita Piper y le hace una seña.

—No. Claro que no. No tenía ni idea de que estuviera aprendiendo el lenguaje de señas —replica Piper frunciendo el ceño.

—¿Cuándo empezaste a recibir clases? —pregunta, sin molestarse en hacer señas por su madre.

—Después de conocernos en la Ópera —le explico.

—¿Por qué? —replica, ganándose un empujoncito en el hombro por parte de Shelby—. No estoy siendo grosera. Es una pregunta justa, mamá —dice Piper después de ser reprendida por su madre. Shelby procede a hacer otra seña



demasiado rápido para que yo pueda captar siquiera una palabra—. Eso es lo que me da miedo —gime Piper en respuesta.

Shelby le pone los ojos en blanco a su hija y yo no puedo evitar sonreír porque, al parecer, Piper ha heredado ese tic de ella. Shelby saca su fiel teléfono del bolso y empieza a escribir.

—Encantada de verte, Trent. Esperaba que volviéramos a encontrarnos. —Sonríe—. Veo que Piper y tú se están llevando bien.

—Creo que sí —le respondo, guiñándole un ojo a Piper mientras contempla la posibilidad de tirarme por la ventana de su decimoquinto piso.

—¿Te unes a nosotras para el almuerzo? —Shelby pregunta esperanzada.

—No.

—Me encantaría —decimos Piper y yo al unísono.

—Vienen ambos, y se acabó —anuncia Shelby, con cara de alegría—. Los dejo para que se preparen y nos vemos dentro de un rato. ¿Qué les parece?

—Suenan encantador.

Shelby me ofrece otra sonrisa alegre y se acerca a la puerta con Piper pisándole los talones.

—Sí, nos vemos allí —oigo decir a Piper antes de que Shelby me diga adiós con la mano.

Cuando Piper le cierra la puerta a su madre, se da la vuelta y me mira como una poseída.

—No podías quedarte en el dormitorio, ¿verdad?

—¿Y perder la oportunidad de mostrar mis nuevas habilidades? —bromeo, salvando la distancia que nos separa.

—Sobre eso, ¿por qué estás aprendiendo el lenguaje de señas?

—Habría pensado que la razón es obvia —respondo, rodeando su cintura con los brazos.

—¿Eso es?

—Es muy evidente que tú y tu madre tienen un vínculo muy fuerte. Por eso me pareció importante educarme y aprender el lenguaje de señas. Quería ser respetuoso y demostrarte que quiero formar parte de tu mundo en todas sus facetas. Pensé que te alegrarías.

Pero cuando sus ojos azules se oscurecen de tristeza, veo que he conseguido lo contrario.

—¿Qué estás haciendo, Trent? La pulsera, aprender el lenguaje de señas. ¿Qué intentas hacer exactamente?

—Hubiera pensado que dejé claras mis intenciones en ese frente, también. Eres importante para mí, Piper. Y todo lo que es importante para ti es importante para



mí. Quiero demostrarte que soy un hombre digno de tu tiempo. Tu afecto. Incluso tu amor.

Cuando digo la palabra amor, hace una mueca de dolor y se zafa de mi abrazo.

—Tengo que prepararme —murmura suavemente mientras intenta pasar a mi lado. Sin embargo, la sujeto suavemente de la muñeca y detengo su ansiosa huida.

—No huyas, Piper. No me dejes fuera. Sólo dime ¿qué hice mal?

—Eso es. No has hecho nada malo. Nunca haces nada malo. Y ese es el problema —susurra, echando la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos.

Su mirada azul parece tan perdida, como si intentara nadar hacia la orilla, sólo para que la corriente la arrastre hacia sus despiadadas profundidades. Hay tanta confusión allí. Tanto miedo.

Es tan jodidamente desgarrador ver cómo atenúa su luz que, al final, me apiado de ella y dejo de presionarla más.

—No hagamos esperar a Shelby. Ven, gatita, vamos a prepararte para tu almuerzo de cumpleaños —la arrullo, entrelazo sus dedos con los míos y la acompaño al cuarto de baño.

Abro el grifo y me aseguro de que está suficientemente caliente antes de quitarle la bata y las bragas. Sin oponer resistencia, la meto en la ducha y empiezo a lavarla de pies a cabeza.

—¿Por qué me cuidas como si fuera un animal herido? —pregunta, sonando más como la Piper que conozco y de la que me enamoré.

—Porque me da placer cuidar de lo que es mío —explico pacientemente.

—No soy tuya —me reprende, arrebatándose la esponja de la mano.

—Tu boca dice eso, pero tu cuerpo y tu corazón dicen algo muy distinto. —Sonrío y le doy un tierno beso en el hombro desnudo que deja la piel de gallina.

—El sexo no es amor. No te engañes.

—Y con eso de insistir en que lo nuestro se basa sólo en el sexo, te estás engañando a ti misma, gatita.

—¿Estás diciendo que me querías, incluso si el sexo estuviera fuera de la mesa? —Ella arquea una ceja desconfiada.

—Sí —digo sin perder el ritmo.

—Mentiroso.

—¿No me crees? Pruébame y verás.

—Bien. Entonces ya no vamos a tener sexo. De aquí en adelante, la única acción que tendrás será la de tu mano derecha.

—¿Eso es un reto? Porque dos pueden jugar a eso.

—¿Qué me propones? —pregunta, y veo que empieza a asomar esa pizca de miedo.



—No te tocaré. Ni siquiera te besaré si no quieres. Pero a cambio, no pasaremos ni una noche separados. De ahora en adelante, cuando me despierte y abra los ojos, tu cara debe ser lo primero que vea.

—¿Y cómo va a funcionar eso? Tú tienes tu sitio y yo el mío.

—Seré más que complaciente. No me importa dormir aquí si no quieres dormir en mi casa.

—Bien. Porque de ninguna manera voy a dormir en esa fría fortaleza de ático.
—Arruga la nariz.

—Tendré que decirle a mi decorador que desapruebas la decoración. Así que está decidido. Dormiré aquí. —Me río entre dientes.

—Como quieras. ¿Cuánto tiempo propones que hagamos esto entonces?

—Un mes debería ser suficiente. A menos que creas que un mes es demasiado compromiso para ti.

—¿Insinúas que tengo fobia al compromiso? —responde ella con un gruñido.

—¿Verdad? —me burlo.

—Como quieras. Piensa lo que quieras. No es que me importe de cualquier manera.

—Siempre tan luchadora.

—Siempre tan arrogante. —Me ofrece una de sus sonrisas falsas, la misma que nada me gustaba más que apartar de sus labios.

—Okey, así que no más sexo durante un mes. No hasta que admitas que esto es más que nosotros queriendo follar como conejitos.

—O admites que el sexo es lo único que se nos da bien —replica ella.

Pero cuando nos damos la mano para cerrar el trato, sus ojos recorren mi cuerpo desnudo mientras los míos escudriñan los suyos con avidez.

Esto va a doler.

Y no de forma divertida.



Después de la ducha más larga y agotadora conocida por la humanidad, nos vestimos y nos dirigimos a encontrarnos con Shelby para el almuerzo. Sin embargo, en lugar de ir al Velvet Vine Café, como suponía, Piper me pide que la lleve al cementerio de San Miguel.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunto, curioso por qué la madre de Piper quiere que nos encontremos aquí, de todos los lugares.

—Porque siempre vengo aquí el día de mi cumpleaños —explica Piper, caminando a paso más rápido cuando ve a Shelby de pie junto a una lápida—. Quédate aquí —ordena Piper—. Sólo dame unos minutos.

No me atrevo a discutir y me quedo clavado en el sitio, mirando a mi amor caminar entre las lápidas como si volviera a casa.

Cuando Piper se acerca lo suficiente a su madre, le pone suavemente la mano en el hombro, anunciando su llegada. Incluso desde donde estoy, me doy cuenta de que Shelby ha estado llorando. Sin embargo, ahora que su hija está aquí, se seca las lágrimas apresuradamente y esboza una valiente sonrisa para Piper. Veo cómo las dos se hacen señas atentamente antes de que Shelby asienta con la cabeza, apretando un beso en la mejilla de Piper. Shelby empieza a caminar en mi dirección, dejando a su hija sola hablando con un fantasma.

No hace falta ser un genio para darse cuenta de lo que está pasando aquí.

Aquí debe ser donde el padre de Piper ha sido enterrado.

Ahora mismo estoy indeciso, no sé si alejar a mi amor de un ambiente tan morboso o respetar sus deseos y dejarla un tiempo a solas para que hable con su padre.

—Ella está bien. Volverá enseguida —me dice Shelby lentamente cuando llega hasta mí.

—¿Está bien? ¿De verdad? —murmuro, no tan seguro.

La habitual sonrisa alegre de Shelby está ausente mientras señala algo que estoy demasiado abrumado para captar.

—Lo siento. No lo entiendo —explico ansioso, sin dejar de mirar a Piper, con el pecho oprimido por la forma en que ella roza con las manos la piedra de granito, agarrándola como si la necesitara para mantener el equilibrio.

Cuando doy un paso hacia ella, Shelby me pone la mano en el pecho y niega con la cabeza. Entonces saca su teléfono, seguido de su aplicación de confianza, y empieza a escribir.

—Tienes que dejarla en paz.

—No creo que pueda —digo, sin entender por qué Piper sentía la necesidad de venir aquí precisamente el día de su cumpleaños—. Ella me necesita.

—Eso es cierto. Pero hay cosas que mi hija tiene que hacer sola. Ésta es una de ellas.

Me paso los dedos por el cabello, odiando ver la cabeza baja de Piper.

Joder.

Esto es tortura.

—¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué hoy? —pregunto, necesitando respuestas.

—¿No te lo dijo Piper?

Sacudo la cabeza y Shelby frunce el ceño.



—Mi difunto marido, Paul, habría cumplido hoy cincuenta y dos años. Él y Piper compartían todo juntos. Incluso los cumpleaños.

Joder.

No me lo esperaba.

Mierda.

—¿Eran muy cercanos? —pregunto, aunque ya sé la respuesta sólo por la forma en que Piper se aferra a esa piedra.

—Como uña y mugre. Donde iba uno, seguro que le seguía el otro. Paul lo hacía todo con ella. Desde jugar con muñecas Barbie hasta montar en bicicleta juntos, pasando por llevarla a todos los acontecimientos deportivos, ya fuera un partido de hockey, de baloncesto o de fútbol. Y ni hablar de cómo se pasaban horas hablando de jugadores y estadísticas. Era como si tuvieran un lenguaje propio.

Debió de ser entonces cuando le picó el gusanillo de los agentes deportivos.

De pasar todo ese tiempo con su padre.

—¿Puedo preguntar cómo pasó? —pregunto vacilante.

—En el cumplimiento del deber. Piper apenas se había graduado del colegio cuando ocurrió.

—Lamento oír eso.

Shelby mira a Piper una vez más, sus hombros caen al instante antes de empezar a escribir frenéticamente en su teléfono.

—Creo que soy yo quien debería disculparse contigo, no al revés.

—¿Perdón? —Mis cejas se fruncen confundidas.

—Creo que por mi culpa, vas a tener las manos llenas con mi hija.

Hago señas:

—No lo entiendo. —Ya que esta frase me la sé de memoria.

—Piper se tomó muy mal el fallecimiento de su padre. Pero me temo que no ayudé en nada a la situación. De hecho, estoy bastante segura de que sólo empeoré las cosas. —Shelby echa otra mirada rápida a Piper, verificando que sigue de pie junto a la tumba de su padre antes de continuar con su historia—. Verás, Paul era el amor de mi vida, y cuando murió, no... no lo llevé muy bien, obligando a mi pequeña a cuidar de mí y a acompañarme en el momento más bajo de mi vida. Yo era su madre. Debería haber estado cuidando de ella, pero había perdido toda mi voluntad de hacer otra cosa que llorar la pérdida del hombre que amaba. —Suspira, el arrepentimiento y la vergüenza cubren los mismos ojos azules que heredó Piper.

»No fue bonito. De hecho, estoy segura de que mi hija quedó traumatizada por las cosas que vio cuando yo estaba en mi peor momento. Me puse tan mal que tuvieron que internarme. Sufrí lo que podríamos llamar un ataque de nervios, aunque en mi caso fue el dolor lo que me hundió. Mi niña no sólo tuvo que retrasar su primer año de universidad, sino que también tuvo que abandonar nuestra casa para vivir con



unos amigos nuestros, los Moore, mientras yo intentaba salir del oscuro agujero que me había cavado.

—No... tenía... ni idea —tartamudeo, abrumado por el bombardeo de información tan personal.

—Me lo imaginaba. —La sonrisa triste de Shelby se dibuja de nuevo en sus labios—. A Piper le gusta fingir que ese episodio de nuestras vidas no ocurrió, pero sé que aún lleva las cicatrices de lo que le hice pasar. No es que pueda culpar a mi dulce niña por querer dejar todo eso atrás. ¿Te imaginas la desesperación? —sigue escribiendo frenética—. Mi niña no sólo había perdido a su padre, que había sido todo su mundo, sino que también me estaba perdiendo a mí, delante de sus propios ojos. Se suponía que tenía que proteger a mi pequeña, y en lugar de eso, rompí algo dentro de ella que no estoy segura de que vuelva a repararse nunca.

Shelby deja de escribir en su teléfono el tiempo suficiente para enjugar la nueva tanda de lágrimas de sus ojos, provocadas por todo el dolor que su hija ha tenido que soportar.

»Al crecer, mi hija siempre había sido precavida hasta cierto punto, pero después de aquella terrible experiencia, la vi levantar muros a su alrededor tan altos que temo que ni siquiera los valientes y tenaces sean capaces de escalarlos.

—¿Cómo... cómo se mejoró? —pregunto, viendo la devastación que esos años habían hecho tanto a la madre como a la hija.

—Ojalá pudiera decir que fue el tiempo. Que el tiempo curó parte del dolor. Pero no. Sigo viviendo con él, día tras día. Un dolor así perdura en tu interior y nunca te abandona. —Sacude la cabeza como si estuviera relegando ese dolor paralizante a un segundo plano sólo para seguir hablando conmigo—. Pero un día vi que el dolor de mi hija era mayor que el mío, así que fue la llamada de atención que necesitaba para echarme atrás. Dejé que la pena me consumiera cuando debería haber estado agradecida por el regalo que Paul me había dejado: nuestra preciosa hija. Pero me temo que, aunque la tuve a ella para devolverme a la luz, una parte de Piper permanece en las sombras, temiendo que el dolor vuelva a tocarla de algún modo.

Y por la forma en que los ojos de Shelby me miran con tanta simpatía y lástima, sé exactamente a qué se refiere.

Todo empieza a tener sentido.

Por qué Piper me aleja a cada paso, incluso cuando su corazón anhela dejarme entrar.

Tiene miedo de permitirse amarme.

Porque si lo hace, y me pasa algo, tendrá que enfrentarse a esa miseria ella sola. Y no cree que sea lo suficientemente fuerte para sobrevivir.

—Sé paciente con mi bebé, Trent —suplica Shelby—. Ella es digna de amor. Es digna de todo. Aunque le dé miedo, una vida sin amor no es una vida. Y mi dulce hija merece tener amor en su vida. Así que por favor... ten paciencia. Vale la pena esperar por ella.



rivals

pucking hearts • 2

Aunque la súplica de Shelby es sincera, se me escapa.
No necesitaba oírlo de su madre para saber que vale la pena esperar a Piper.
Porque mucho antes de esta conversación, de alguna manera, mi corazón ya
había tomado la decisión de esperar el tiempo que hiciera falta.
La esperaría para siempre.
Incluso si eso significa que, al final, nunca tendré su corazón.
Yo seguiría esperando... y viviendo de la esperanza.



217



power
play

IVY FOX

CAPÍTULO 22



PIPER

*E*sto no es normal.

Ha perdido la maldita cabeza.

Es la única explicación lógica que se me ocurre.

Estos pensamientos pasan por mi cabeza cuando entro en mi apartamento y me encuentro a Trent cómodamente sentado en mi sofá con un portátil en el regazo.

—Ejem. —Me aclaro la garganta y cierro la puerta hábilmente con el tacón.

Trent mira al instante por encima del hombro y me ofrece una de esas sonrisas que derriten las bragas y que hacen que sea condenadamente difícil enfadarse con él.

Pero aun así, lo intento.

—Nichols, ¿cómo demonios has entrado en mi apartamento?

—Soy Trent, cariño. ¿Tuviste un buen día en el trabajo? —responde como si le hubieran dado un papel en una de esas comedias familiares.

Dejo el bolso en el sofá y lo miro fijamente.

—No me llames cariño y responder a la pregunta. ¿Cómo demonios entraste en mi casa?

—Tú tienes tus maneras de hacer las cosas, y yo tengo las mías. —Se atreve a guiñarme un ojo antes de cerrar el portátil y dejarlo sobre mi mesita.

Me quedo clavada en el sitio mientras le veo levantarse del sofá y caminar hacia mí. Con los brazos cruzados sobre el pecho, acorta la distancia que nos separa, me rodea con los brazos y me besa tiernamente en la sien.

Eso es todo lo que me han hecho últimamente: un dulce beso en la mejilla o en la sien. Si tengo suerte, también me dan un beso en los labios, pero nada más.

Es seguro decir que está empezando a cabrearme.

Especialmente lo despreocupado que está con todo el asunto.

Actúa completamente imperturbable al estar en la misma habitación conmigo y no poder arrancarme la ropa con los dientes como lo hubiera hecho hace apenas una semana.

Dios sabe que no he pensado en otra cosa desde que dejó de tocarme.

—No es un saludo muy acogedor —se burla con un brillo travieso en sus ojos oscuros—. ¿Segura que no quieres volver a intentarlo?

—No hasta que me digas cómo te las arreglaste para entrar en mi apartamento sin que yo lo dijera —respondo, manteniéndome firme.

—Muy bien. Le pedí a su superintendente su llave e hice una copia. ¿Responde eso a su pregunta?

—Si mi pregunta era: ¿Estoy saliendo con un psicópata total? Entonces sí, claro que sí.

—¿Así que ahora admites que estamos saliendo? —Sus ojos brillan con triunfo—. Progreso.

Me muerdo el interior de la mejilla, odiando haber dejado escapar algo tan estúpido como eso.

Ha pasado una semana desde que hicimos aquella estúpida apuesta en mi cumpleaños y, desde entonces, Trent ha sido mi sombra constante, siempre ahí en segundo plano, listo para abalanzarse y demostrarme que estaba equivocada.

Como el infierno, le dejaré ganar.

Además, no me ha importado demasiado que se quede a dormir. De hecho, me gusta dormirme con el sonido de su respiración, sintiendo su cálido cuerpo contra el mío. Incluso me gusta despertarme con su preciosa cara.

Pero Trent suele llamar primero antes de presentarse en mi casa para una fiesta de pijamas.

Esto es nuevo.

Y no me gusta nada.

—Vamos a intentarlo otra vez. Bienvenida a casa, gatita —me dice antes de inclinarse y darme un dulce beso en los labios. Sin sus labios durante tanto tiempo, mis brazos rodean su cuello por sí solos. Me dejo llevar por él, ya que los besos y los abrazos son lo único a lo que tengo derecho. Pero como un reloj, en el momento en que nuestro beso se vuelve desesperado y necesitado, Trent se aparta, dejándome sin aliento y con ganas de más.

—¿Tienes hambre? —pregunta, acercándose a la cocina americana como si llevara toda la vida viviendo aquí.

—¿Depende? ¿Estás en el menú? —replico, con la mirada fija en su tonificada espalda y su culo.



Di lo que quieras de Trent, pero a este hombre le sientan bien los pantalones de traje.

Se ve aún mejor sin ellas.

Ay.

Empiezo a resentir que me hayan incitado a participar en este maldito desafío. Si las bolas azules fueran una cosa para las mujeres, estoy segura de que tendría un caso grave de ellas.

—Puedo serlo —responde pecaminosamente—. Todo lo que tienes que hacer es admitir que sientes algo por mí, y podremos olvidar esta pequeña apuesta nuestra y ponernos manos a la obra —finaliza, lanzando una rápida mirada hacia mi dormitorio.

—Eso no va a pasar.

—Entonces supongo que la comida tendrá que saciar tu apetito. —Sonríe.

—Ahora mismo no me caes muy bien —refunfuño, enfurecida por su terquedad.

—Oh, te gusto más que de sobra, Piper. Sólo que aún no puedes admitirlo. Pero no pasa nada. Esperaré. No soy nada si no soy paciente.

—Da igual. —Pongo los ojos en blanco y me dirijo a mi habitación para darme una larga ducha de agua fría.

Media hora más tarde, vuelvo a la sala y encuentro a Trent organizando manteles y cubiertos encima de la barra del desayuno. El tentador aroma del rico curry y el cremoso coco flota en el aire y me hace rugir el estómago.

—Huele delicioso —alabo, echando un vistazo al plato que está en el fuego. Se me hace la boca agua al ver el montón de fragante arroz basmati blanco, complementado con una vibrante mezcla de verduras cortadas en dados y succulentos camarones blancos, y generosamente rociado con una aterciopelada salsa de crema de curry—. No tenía ni idea de que supieras cocinar.

—Tuve que aprender si quería comer mientras crecía —dice con desdén mientras prepara rápidamente mi plato—. Por supuesto, entonces no tenía medios para ser muy creativo con mis comidas. Salchichas en rodajas con espaguetis y ketchup se consideraba buena comida en mi casa.

—Lo siento —susurro, odiando que lo dejaran crecer solo, sin nadie que lo cuidara ni se preocupara por él.

—No lo sientas, gatita. Es lo que hay —me dice con una sonrisa reconfortante antes de dejar mi plato sobre el mantel—. ¿Quieres algo de beber?

—Vino blanco estaría bien —le respondo, y antes de que me dé tiempo a decirle que hay una botella en la nevera, la abre y saca dicha botella.

—Bueno, parece que ya sabes moverte por mi casa.



—No eres la única que presta atención a los pequeños detalles. —Me guiña un ojo.

—Eso estoy empezando a darme cuenta.

Me lanza otra cálida sonrisa, que me hace odiar cómo siempre me hacen algo en el corazón, haciéndolo vibrar dentro de mi pecho como si quisiera saltar para que Trent pudiera atraparlo entre sus manos. Como no quiero que vea cómo me afectan sus cariños, agacho la cabeza y empiezo a comer, pero gimo en cuanto pruebo su exquisito plato.

—Esto es increíble.

—Me alegro de que te guste. —Sonríe y me besa la cabeza antes de sentarse a mi lado.

—Entonces, ¿este es tu plan? ¿Crees que ganarás nuestra apuesta si me preparas algunas comidas? Claro, siempre he oído que el camino al corazón de un hombre es a través de su estómago, pero nunca he oído decir lo mismo de una mujer. —Suelto una risita entre bocado y bocado—. Quizá los diamantes. Dicen que son el mejor amigo de una chica. —Muevo las cejas.

—Gatita, si pensara que los diamantes conquistarían tu corazón, ya estarías vestida de pies a cabeza con ellos. Además, cuando te dé un diamante, será el único que tendrás que llevar.

Rápidamente levanto mi copa de vino y me la bebo de un trago para no tener que responder a ese comentario tan cargado.

Es el *cuándo* —no el *si*— lo que realmente me pone de los nervios.

Por suerte, Trent se da cuenta de que el tema de conversación me incomoda y me da unos minutos para recuperarme antes de llevarlo a terrenos más seguros.

—¿Qué tal el trabajo hoy?

—Más tranquilo. Casi sin incidentes. Incluso aburrido. Aparte de una molesta página web que intenta difamar a uno de mis jugadores, todo va bien —respondo, agradecida por hablar de cualquier cosa que no nos concierna.

—¿Estás hablando de Wilder?

Asiento con la cabeza.

—Sí, he visto la página web a la que te refieres. A nuestro publicista interno tampoco le hace mucha gracia. —Frunce el ceño—. Es bueno que los medios se hayan enterado de que sale con Riley Griffin. Es buena para su imagen. —A medida que mi ceño se frunce, la curiosidad de Trent se despierta—. ¿No estás de acuerdo?

—Honestamente, no estoy seguro de lo que está pasando allí. En realidad, pensé que Nathan estaba empezando a sentir algo por Lottie —admito.

—¿Lottie? ¿Como tu mejor amiga, Charlotte?



—Sí. —Asiento con la cabeza—. Caleb como que insinuó que Nathan podría estar interesado en ella, y por un segundo, pensé que ella podría sentir lo mismo. Supongo que me equivoqué si está saliendo con Riley.

—Mmm —canturrea Trent pensativo, como si supiera algo que yo ignoro—. Ahora que lo mencionas, en el Baile de Invierno, habría supuesto que él y Charlotte eran pareja. Sobre todo, por cómo se miraban.

—¿Cómo se miraban? —pregunto, curiosa.

—Como te miro a ti, gatita.

Maldita sea.

Casi me caigo del taburete con esa.

—Ooh, eres bueno, Nichols. Pero no tan bueno. No voy a caer en tus trucos.

—No es un truco. Truco implica que estoy mintiendo. Hablo cien por ciento en serio.

Lo miro a los ojos y veo que lo dice en serio, y por un instante me permito creer que tiene razón. Que somos algo más que dos personas con una gran química sexual. Que, en otra vida, podría haberme enamorado de él.

—Ahí —arrulla suavemente—. Esa es la mirada.

Dios, lo odio.

—¿Podemos hablar de otra cosa? ¿De cualquier otra cosa? —refunfuño, volviendo a mi comida.

—Me parece justo. —Asiente, sin inmutarse por mi rechazo—. ¿Qué vas a hacer en Acción de Gracias?

—No voy a pasar Acción de Gracias contigo, Trent, si eso es lo que vas a pedir. Me parece bien que juguemos a la casita durante un mes, pero eso es todo.

—Tranquila, gatita. Sólo preguntaba porque la pasaré con Rex, y tú probablemente querrás pasarla con tu madre. Sólo me preguntaba qué tenías planeado.

—Oh —replico, con las mejillas encendidas por la vergüenza—. Yo... um... sí. Solemos pasar todas las vacaciones con los Moore, la familia de Lottie.

—Eso suena divertido. Tal vez entonces puedas preguntarle a tu amiga Charlotte sobre Wilder. Tal vez ella te dará una mejor visión de su relación con Wilder.

—Tal vez. Aunque no suelo intimidar a la gente para que hable de sus sentimientos —respondo con un gruñido.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? ¿Intimidarte? —Se ríe entre dientes.

—¿No es cierto?



—No. Como he dicho, estoy más que feliz de esperar el tiempo que sea necesario. No tengo prisa por decirte que te lo dije. Aunque estoy emocionado por cuando llegue ese día.

—Qué gracioso. —Pongo los ojos en blanco y desvío la conversación hacia sus planes para Acción de Gracias—. ¿Vas a cocinar para Rex también?

—Lo dudo. Rex tiene personal para eso. Probablemente comeremos delante de la tele, veremos el partido de fútbol y luego nos quedaremos dormidos en su sofá.

—¿Eso significa que vas a pasar la noche en casa de Rex y no aquí?

—Todo depende. —Se encoge de hombros.

—¿De qué?

—¿Quieres que pase aquí la noche de Acción de Gracias?

Abro la boca, dispuesta a decirle que no, pero por mi vida, la palabra se niega a salir.

—Cuando hicimos este trato, nunca hablamos de las vacaciones. Lo entenderé si prefieres pasarlas con la familia antes que conmigo —añade, con su mirada penetrante clavada en la mía.

En lugar de responder a su pregunta, vuelvo a centrar mi atención en el plato y me lleno la boca de deliciosos manjares en lugar de darle una respuesta.

—¿Qué tal si le ponemos un alfiler? —dice mientras se levanta de su taburete, incapaz de ocultar su decepción esta vez.

No digo una palabra mientras veo a Trent enjuagar meticulosamente su plato antes de cargarlo en el lavavajillas y luego limpiar metódicamente las ollas y sartenes que utilizó para preparar la cena.

Siempre supe que Trent era metódico y estratégico en los negocios. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que ese hábito arraigado también se ha trasladado a su vida personal. Casi parece un baile la forma en que coloca cada cosa en su sitio.

Hay algo maravillosamente trágico en esta nueva información.

Hermoso porque cada movimiento es perfecto en su ejecución.

Trágico porque deja poco margen para la discusión o la duda.

Si Trent cree que soy suya, dudo que haya alguien que pueda hacerle cambiar de opinión.

Puede que ni siquiera yo.

Trent se excusa para darse una ducha mientras yo finjo seguir comiendo. Después de verle organizar la cocina exactamente como a mí me gustaba, he perdido lo que me quedaba de apetito. En lugar de eso, cuando oigo abrirse la ducha, vuelvo hacia el fregadero y dejo mi plato sucio en él, sólo para poder empañar la perfección que él ha dejado.

Nada es perfecto.



Haría bien en recordarlo.

Me dirijo a la sala y me dejo caer en el sofá, buscando algo que ver. Necesito distraerme del hombre desnudo en mi ducha, que está decidido a conquistarme ocupando mi espacio de seguridad y cada pensamiento de mi cabeza. Por desgracia para mí, cuando Trent vuelve —con el torso desnudo y un pijama de seda negro— hace que mi mente deje de pensar en una cocina ordenada para pensar en todas las cosas sucias que podríamos estar haciendo en el dormitorio.

—¿Qué estamos viendo? —pregunta mientras se sienta a mi lado, colocando el brazo sobre el reposacabezas del sofá.

—Estoy viendo un documental de crímenes reales. No sé qué vas a ver tú —digo sin querer.

Ni siquiera me disculpo porque es su maldita culpa que estoy de mal humor.

Quiero decir, vamos.

Primero, me hace agua la boca.

Luego, limpia lo que ensucia.

Y ahora se atreve a presumir de su físico tonificado y musculoso como si nada.

¡Qué descarol!

¿No sabe que una mujer no puede aguantar mucho antes de quebrarse?

—Okey. —Se ríe, completamente ajeno a mi crisis—. El documental será. Me imaginé que te gustaría eso de todos modos.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada, amor. Sólo mira tu programa. Me quedaré callado a partir de ahora. —Sonríe.

—Bueno, si vas a ser tan complaciente al respecto, también deberías añadir dejar de sonreír a la lista de cosas que no se deben hacer. Es desconcertante.

—Lo que quieras, gatita. —Se ríe en voz baja.

Intento relajarme y concentrarme en el programa, haciendo todo lo posible por ignorar su presencia. Sin embargo, a través de mi periferia, echo un par de miradas furtivas a la tinta de su pecho, preguntándome si va contra las reglas pasar mi lengua por sus abdominales.

Aunque probablemente no he sido demasiado discreta al respecto, porque de vez en cuando Trent sonríe como si pudiera leerme la mente.

De algún modo, entre las miradas de Trent y las transcripciones de asesinatos en voz alta, consigo dormirme. Sólo me despierto cuando Trent me levanta suavemente del sofá y me lleva a la cama. Me acurruco en su abrazo, su olor mezclado con el calor de su piel como un cálido bálsamo para mi alma dolorida.

—Hueles bien —susurro, medio dormida.

—Tú también, gatita. Suficientemente buena para comer —gime.



—¿En serio? —ronroneo.

—De verdad —gruñe, y su respuesta parece más un sonido gutural que una palabra.

Trent me mete con cuidado en la cama, deslizándose rápidamente tras de mí y poniéndonos las sábanas encima.

—Buenas noches, Piper —arrulla, depositando otro beso en mi sien.

Echo la cabeza hacia atrás e intento abrir los ojos para mirarle a la cara una vez más antes de que el sueño me hunda.

—¿No vas a darme un beso de buenas noches?

—No creo que sea una buena idea en este momento.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—¿Porque ganaría? —me burlo.

—Porque te perdería —dice seriamente.

Se me arruga la frente al apoyar la cabeza en su pecho.

—No puedes perder lo que nunca has tenido —le explico mientras me envuelve en sus brazos, envolviéndome en su abrazo.

—Ya veremos —dice convencido.

—¿Por qué es tan importante para ti?

—Porque tú lo eres.

Dejo escapar una exhalación, sabiendo que tardará más de una semana en entender que el sexo es todo lo que podré darle.

Mi corazón no está sobre la mesa.

Pero justo cuando los ojos me vuelven a pesar, me oigo llamarlo.

—¿Trent?

—¿Sí, gatita?

—No te quedes en casa de Rex, ¿sí?

—¿Quieres que vuelva a casa? —dice, haciendo hincapié en la palabra casa.

—Sólo duermo mejor cuando estás aquí. No le des demasiada importancia.

—Claro, gatita. Lo que tú digas.

No insiste más, lo cual agradezco.

Ni siquiera yo entiendo por qué le pedí que viniera a mi casa la noche de Acción de Gracias, pero ahora que me ha dicho que estará aquí, siento como si la roca que tengo en el pecho se hubiera calmado, dejándome ligera y relajada. Tanto que me duermo escuchando los latidos de su corazón.



En mitad de la noche, me despierta el ruido de la ducha, Trent ya no está en la cama a mi lado. Agarro el móvil de la mesilla y veo que son las cuatro menos cuarto.

Mmm.

Trent suele levantarse de la cama sobre las cinco para poder pasar una hora en el gimnasio antes de ir a trabajar.

Me pregunto qué lo habrá despertado.

Todavía medio dormida, salgo de la cama y abro un poco más la puerta para encontrarme a Trent follando la polla con la mano como si quisiera someterla a golpes. Sus gruñidos graves y vibrantes me producen un escalofrío, pero lo que me inquieta es el dolor que se adivina en sus facciones.

Entro en el cuarto de baño con pies ligeros, me quito el camisón y las bragas antes de deslizar la puerta de la ducha lo suficiente para entrar. Los ojos de Trent se abren de par en par y su contorno se dobla al tenerme al alcance de la mano.

Pero en lugar de agarrarme, como tanto desea, cierra el puño mientras sigue acariciándose la polla.

—Piper —gruñe, dándome la espalda y agarrándose a la pared—. Vete a la cama, nena... ¿por favor?

Aprieto mi cuerpo desnudo contra su espalda, besándole el cuello y el hombro.

—Eso parece que duele —arrullo en lugar de obedecer su demanda—. ¿Puedo hacer algo al respecto?

—Joder —gime como si pudiera imaginar todo lo que podría hacer para que desapareciera el dolor.

Le rodeo la cintura con los brazos y miro por encima de su hombro, observando cómo su miseria coincide con la mía.

Todo este tiempo, pensé que era la única que sufría. Pero es evidente que Trent está sufriendo tanto como yo. De alguna manera, ese conocimiento me ablanda de una manera que nunca esperé que lo hiciera.

Vuelve a gemir cuando le doy otro beso húmedo en la espalda. Sabiendo exactamente lo que le va a llevar al límite, le enredo los dedos en el cabello y le giro la cara para que pueda mirarme. Sus ojos rasgados me miran a la cara antes de posarse en mis labios, como si estuviera desesperado por probarme un poco.

Sólo un poco.

No espero a que me aparte y aprieto mis labios contra los suyos, besándolo con todas mis fuerzas. Pongo todo lo que tengo en este beso.

Cada mirada robada. Cada mirada persistente.

Cada vez quería quedarme encerrada en su abrazo un poco más.

Cada vez deseaba que sus labios se detuvieran unos segundos más en los míos.

Está todo ahí.



rivals

pucking hearts • 2

Mi necesidad.

Mi deseo.

Mi anhelo.

Y mi...

Trent se viene con un beso, y no sé por qué, pero es la sensación más jodidamente estimulante que he experimentado nunca. Es como si tuviera cierto poder sobre él, pero en lugar de deleitarme con su brillo eufórico, me invade una profunda sensación de humildad.

Este hombre, esta bestia que hace temblar a los demás en su presencia, tiene una debilidad.

Una vulnerabilidad que sólo yo conozco.

Y esa debilidad soy yo.

Peor aún es que empiezo a darme cuenta de que quizá no soy tan inmune a él como creía.

Que tal vez... sólo tal vez... Trent también es mi debilidad.



227



power
play

IVY FOX

CAPÍTULO 23



PIPER

—Hola, Brigitte. ¿Está? —le pregunto a la secretaria de Trent cuando llego a su despacho para nuestro almuerzo.

—Me temo que en este momento está reunido con Rex arriba —explica ella, toda sonrisas.

—Oh —murmuro y echo un vistazo a mi reloj, comprobando que ya es la una menos cuarto.

Con mi retraso y la reunión improvisada de Trent con su jefe, será un milagro que hagamos nuestra reserva en Étoile d'Or.

—Pero puedes esperar dentro de su despacho si quieres. Sé que te está esperando —añade Brigitte, y no se me escapa el brillo de sus ojos que indica que sabe que su jefe y yo estamos follando.

Ojalá fuera cierto.

Ha pasado un mes desde que Trent empezó a retener el sexo para demostrar su punto de vista.

Para demostrar que lo necesito... emocionalmente.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal ante el escalofriante pensamiento.

Lo que pasa es que el cabrón podría tener razón.

No es que se lo admita, pero este último mes ha sido... agradable. No estoy segura de qué clase de magia negra usó conmigo, pero he empezado a esperar con ansia volver a casa con él. A veces, incluso salgo temprano del trabajo sólo porque sé que él estará allí esperándome.

Es como si, de un modo u otro, Trent siempre me estuviera esperando.

Siempre está ahí, en segundo plano, esperando su momento hasta salirse con la suya.



Siempre está ahí, joder.

Y lo peor es que echo de menos cuando no está.

Sé que tengo que poner fin a esto, y rápido, pero una parte de mí no quiere.

Y así es como sé que esta mierda se está volviendo demasiado real para mi gusto.

Así que, para adelantarme a esta mierda, propuse que saliéramos a comer hoy.

Almuerzo, no cena.

El almuerzo significa negocios, mientras que la cena puede hacerle creer que la invitación tiene un trasfondo romántico. Y eso es lo que menos quiero que piense. Ahora que nuestra apuesta ha llegado a su fin, creo que lo mejor es sentar a Trent — en una zona bien iluminada y llena de gente— y decirle que deberíamos volver a nuestro programa habitual de rollos de una noche y miradas persistentes en las fiestas.

Así es mucho más seguro.

—Piper, ¿te gustaría entrar? —grita Brigitte, alertándome del hecho de que, durante mi batalla de monólogos interiores, se levantó de su asiento detrás de su escritorio para abrirme la puerta del despacho de Trent.

—No lo sé. Quizá debería quedarme aquí contigo —respondo dubitativa.

—No seas tonta. Estoy segura de que bajará en cualquier momento. ¿Quieres agua o café mientras esperas? —pregunta amablemente.

—No, está bien. Gracias, Brig. —Finjo una sonrisa antes de entrar en el despacho de Trent.

Brigitte se apresura a cerrar la puerta tras de mí, dejándome un poco descolocada sobre qué hacer.

Antes de que Trent y yo empezáramos... diablos, no tengo ni idea de qué etiqueta ponerle a lo que empezamos a hacer, así que me decantaré por ser algo más que meros conocidos del trabajo. Pero antes de eso, me encantaba venir a esta oficina. Había algo en el hecho de entrar aquí con las armas en ristre que hacía que mi cuerpo sintiera un cosquilleo de anticipación. Siempre me he sentido muy poderosa entre estas cuatro paredes, como si no hubiera nada que no pudiera lograr. Siempre que había que negociar, sabía que Trent lucharía contra mí en todo momento. Aunque en aquel momento me fastidiaba que fuera el único gerente general al que no podía engatusar para que hiciera lo que yo quería, sentía un gran orgullo y satisfacción cuando cedía a algunas de mis exigencias.

A diferencia de su cueva de hombre de *Psicópata Americano*, a la que llama hogar, la decoración elegante y varonil de su despacho no me causa tanta apatía.

De hecho, aquí me siento como en casa.

Quizá sea porque el ambiente empresarial me parece seguro.

O tal vez es sólo porque todo aquí me recuerda a Trent.



El despacho destila sofisticación y elegancia por sus líneas limpias, sus muebles de madera oscura y su decoración minimalista. En el centro de la sala hay un gran escritorio de caoba y una silla de cuero con respaldo alto. Uno de los lados de la habitación está decorado con ventanales que dan al horizonte de la ciudad, mientras que el otro está adornado con estanterías cuidadosamente organizadas con libros y documentos importantes, además de algunos objetos cuidadosamente elegidos de los Boston Guardians para dar un toque de gerencia al espacio. En conjunto, el despacho de Trent es un santuario de productividad y estilo, perfecto para un hombre moderno que está en la cima de su carrera.

Hablando desde la experiencia, Trent siempre está en la cima de su juego aquí.

Siempre está tranquilo y calmado, sin dejar que nadie sepa lo que realmente pasa por su cabeza.

Pagaría mucho dinero por entrar en su cabeza y hurgar un poco para ver qué lo mueve.

Una sonrisa se dibuja en mis labios mientras empiezo a caminar hacia su escritorio, preguntándome si habrá dejado alguna pista sobre cómo funciona su perversa mente.

Pero justo cuando paso por detrás, me quedo estupefacta ante lo que encuentro: en un elegante marco plateado hay una foto mía tomada el día de mi cumpleaños, cuando él y yo fuimos a almorzar con mi madre. Tiene las huellas de mi madre por todas partes, lo que significa que los dos han estado hablando sin que yo lo supiera. Normalmente, me cabrearía que dos de las personas más importantes de mi vida estuvieran saliendo a mis espaldas, pero, por mi vida, no puedo reunir ni un gramo de rabia.

No cuando estoy mirando una foto mía riéndome de algo que habrá dicho mi madre, con Trent sentado a mi lado, mirándome como si hubiera colgado las estrellas y la luna sólo para él.

Mirándome como si no pudiera hacer nada malo.

Mirándome como si fuera su corazón.

—Piper —oigo decir a Trent desde el otro lado de la habitación, anunciando su presencia—. Siento llegar tarde. Rex y yo teníamos una reunión con los abogados del club y se nos ha ido el tiempo —dice, preocupado—. Joder. Siento mucho haberte hecho esperar, gatita.

—Cállate. Cállate —digo, corriendo hacia él y saltando a sus brazos, haciéndole callar con un beso apasionado.

—Vaya, qué bonito saludo —me susurra, sosteniéndome la cara entre las manos.

—Se va a poner mucho mejor —digo, pasando la mano por su espalda para cerrar la puerta—. Lo primero es lo primero, ¿alguna vez te has follado a alguien en esta oficina?

—Sabes que no mezclo los negocios con el placer —responde, ofendido.



—Lo hiciste conmigo, ¿recuerdas?

—Tú eres la excepción. *Mi única excepción* —dice, sus ojos negros se vuelven suaves.

—Más te vale —le advierto, besándole la barbilla y luego el cuello mientras me apresuro a desabrocharle el cinturón y bajarle la cremallera.

—No es que me queje, pero ¿es esta tu forma de decir que he ganado? ¿Estás admitiendo a la derrota?

—Nunca —sonríe una vez que consigo liberar su polla y rodear con mi mano su dura circunferencia.

—Gatita, tu mano no está de acuerdo —se burla.

—No te preocupes por mi mano, Trent. Preocúpate por mi boca. —Le guiño un ojo antes de arrodillarme y lamerle la gota de semen de la cabeza.

—Joder —gime Trent, golpeándose la nuca contra la puerta—. Debería invitarte a salir a comer más a menudo.

—Yo te invité, ¿recuerdas? —digo, dando un largo lametón a la protuberante vena del costado de su polla antes de rodear su corona con mis labios y succionarlo hasta que siento su punta golpear el fondo de mi garganta.

—Gatita, me cuesta hasta recordar mi puto nombre ahora mismo con tu boca sobre mí, y mucho menos que me importe quién invitó a comer a quién. Aunque me encanta verte tragarme la polla. Joder, qué bien se te ve de rodillas —dice mientras sus ojos negros se vuelven de ese precioso color oscuro de deseo.

Mantengo mi mirada fija en la suya mientras mi boca se abre camino con él. Respirando por la nariz, me meto su polla hasta donde me permite la garganta, relajándola aún más para poder tocar su base con los labios. Los fuertes gemidos que deja escapar Trent no hacen más que avivarme, incitándome a acelerar el ritmo.

Siempre me he sentido poderosa en esta oficina, pero ver a este hombre totalmente rendido ante mí, me hace sentir jodidamente invencible.

—Joder —grita y empieza a follarme la boca con abandono, sus dedos se enredan en mi cabello, tirando de las hebras.

Está cerca.

Tan cerca.

—Piper... —se esfuerza por decir.

Sonríe y empiezo a tararear con cada embestida, sabiendo que eso lo llevará al límite. No pasa ni un minuto antes de que sienta el pellizco de sus dedos clavándose en mi cuero cabelludo y el esperma caliente salpique toda mi lengua. Me lo trago, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Yo gano —digo triunfante, relamiéndome los labios.

—¿Quién dice que he terminado de jugar? —dice amenazadoramente.



Trent me levanta del suelo, lo rodeo con las piernas y me lleva hasta su escritorio. Me apoya en el borde y pulsa un botón del teléfono.

—¿Sí, Sr. Nichols? —Brigitte pregunta, sonando un poco incómoda por ser llamada después de oír a su jefe llegar al clímax.

—Cancela todas mis citas para el resto de la tarde. Mi reunión con la Srta. Lee va a exigir todo mi tiempo y atención. Y ya que estás, tómate el resto del día libre también.

—Muy bien, Sr. Nichols. ¿Necesita algo más?

—No, Brigitte. Tengo todo lo que necesitaré aquí en mis brazos.



—No quiero que te vayas. —Hace un mohín Trent, tumbado en el suelo de su despacho, mirando cómo me visto.

—Lástima porque, a diferencia de ti, yo aún tengo cosas que hacer. —Sonríe—. Toby me ha estado mandando mensajes sin parar, preguntando dónde estoy.

—Mmm, ¿Toby? Es tu ayudante, ¿verdad? —pregunta con curiosidad—. ¿Debería preocuparme que me dejes aquí solo, desnudo, debo añadir, para encontrarte con otro hombre?

—Pareces celoso —me burlo, aunque Toby debería ser la menor de sus preocupaciones si realmente lo pensara.

En mi profesión, suelo estar rodeada de más hombres que mujeres. Hombres que se creen un regalo de Dios sólo porque saben lanzar una pelota o golpear un disco. Toby, en cambio, no tiene esos delirios de grandeza. No sólo eso, sino que también está comprometido para casarse el año que viene con su novio de toda la vida, dos cosas que Trent no necesita saber, ya que me divierte bastante que intente ocultarme sus celos.

—Bueno, no lo estoy. Sólo triste de que no puedas quedarte un poco más.

—Son más de las cinco, Trent. Pero a este paso, mejor me voy a casa.

Se levanta como un gato como si acabara de oír la palabra mágica.

—Dame cinco minutos —dice, demasiado excitado, recogiendo su ropa del suelo y poniéndosela a toda prisa.

—Trent, para. Tengo que volver a la oficina. —Coloco mi mano sobre su pecho desnudo.

—Bien. Supongo que también tengo que ponerme al día con el papeleo. —Frunce el ceño.

—¿Ves? Miranos siendo tan responsables. —Sonríe y le doy un rápido beso en la mejilla.



Pero antes de que me gire hacia la puerta, Trent me agarra por detrás y me rodea con sus brazos.

—¿Eso es todo lo que obtengo después de hacerte venir cinco veces esta tarde? Creo que podrías hacerlo un poco mejor, ¿no? —Entonces me hace girar y presiona sus labios sobre los míos hasta que soy un charco de necesidad.

Maldito sea.

Por mucho que me cueste, coloco las palmas de las manos abiertas sobre su pecho y le empujo para que se aparte de mí antes de que me haga cambiar de opinión.

—Hasta luego —digo sin aliento, arremetiendo contra la puerta antes de que me arrastre con su sonrisa diabólica.

—Estaré en casa esperando —replica con una ligera risita ahora que estoy hecha un lío.

Pongo los ojos en blanco y cierro la puerta de un portazo, apoyándome en ella hasta que se me acelera el pulso.

En realidad, habría preferido irme a casa con Trent y luego volver a la oficina, pero eso sentaría un mal precedente. No tardaría mucho en tenerme encadenada a la cama, asegurándose de que nunca fuera a ninguna parte.

—Aunque hay peores formas de pasar los días —susurro para mí y suelto una risita.

Mierda.

Ahora me hace reír.

¿Qué demonios me pasa?

No tengo tiempo para analizar en qué momento de mi vida me convertí en una colegiala risueña con su primer flechazo porque oigo pronunciar mi nombre.

—Bueno, ¿mira a quién tenemos aquí? —Caleb comenta, su mirada esmeralda brillando como si acabara de ganar la lotería—. ¿Por qué no me sorprende lo más mínimo encontrarte aquí? ¿Han tenido un buen encuentro Nichols y tú? —dice, y luego procede a golpear el aire frente a él.

—Eres un mocoso —le regaño, dándole un fuerte puñetazo en la tripa antes de esquivarlo por completo.

—Oh, vamos, preciosa. Sabes que sólo estoy bromeando. —Se ríe, corriendo detrás de mí sin dejar de agarrarse el abdomen.

—Vete, Caleb. Los adultos tienen cosas más importantes que hacer que perder el tiempo hablando con un hombre con la madurez equivalente a un niño de diez años.

—Diez ¿eh? Jack siempre dice cinco. Me aseguraré de decírselo —continúa bromeando.

—¿Sabes qué? Tu hermano tiene razón. Estaba siendo generosa cuando dije diez. —Sonrío mientras pulso el botón del ascensor. Mientras miro alrededor de la

casi vacía zona de oficinas, me doy cuenta de algo—. ¿Por qué estás aquí, Caleb? Todo el mundo se ha ido a casa.

—Vine a hablar con el jefe. —Se encoge de hombros.

—¿Oh? —Cruzo los brazos sobre el pecho—. ¿No es ese mi trabajo?

—Sí, pero supuse que estarías muy ocupada con otras cosas, como jugar a las casitas y eso. —Mueve las cejas.

—¿De qué demonios estás hablando?

—¿Sabes? ¿Casa? —Y cuando va a hacer otro comentario otra vez, le doy una palmada en la cabeza.

»Dios, Piper. Habría pensado que, contigo y Trent viviendo juntos, serías menos mala.

—¿Perdón?! —casi grito por la idiotez que acaba de decir—. Trent y yo no vivimos juntos. ¿Dónde has oído ese absurdo?

—Oh, puede que escuchara al jefe hablando con el viejo hace unos días de pasada —explica, frotándose la nuca.

—Bueno, has oído mal. Trent y yo no vivimos juntos.

—¿Estás segura de eso? —Caleb pregunta, esta vez sonando serio.

Mi frente se arruga mientras contemplo su pregunta.

Como tardo demasiado en contestar, Caleb me pone la mano en el hombro y me da un apretón reconfortante.

—Para que lo sepas, si un hombre tiene algo más que un cepillo de dientes en casa de su novia, eso suele significar que vive con ella.

Entro en el ascensor negando la verdad, pero cuando llego a la planta baja, echo humo.

En lugar de volver a la oficina como debería, me voy a casa y escudriño mi apartamento en busca de pistas.

Y lo que encuentro es más que agravante.

En mi cocina, encuentro la nevera llena de comida de verdad en lugar de mi habitual comida para llevar de poliestireno. En mi salón, hay revistas deportivas en la mesita, junto con libros sobre gestión y negocios. Cuando entro en mi dormitorio y abro los cajones de mi cómoda, veo que en algunos de ellos hay pijamas, calzoncillos y calcetines suyos. Y cuando abro el armario, me sorprendo al ver que al menos una cuarta parte está llena de trajes y camisas caros. Incluso mi cuarto de baño está lleno de sus artículos de aseo personal.

¡El cabrón me engañó!

Estoy viviendo con Trent Nichols y ni siquiera lo sabía.

Nunca se trató de una apuesta tonta.



rivals

pucking hearts • 2

Era su forma de demostrarme que podíamos estar juntos sin que yo tuviera que salir corriendo.

Jugó conmigo.

Y como una tonta, caí en la trampa.

Tengo que poner fin a esta locura.

Cuanto antes, mejor.

Por el bien de ambos.



235



power
play

IVY FOX

CAPÍTULO 24



TRENT

Mientras leo los últimos cambios del contrato en los que insistió Lawrence, Rex recoge el único recuerdo preciado que tengo expuesto en mi escritorio.

—Es realmente encantadora —dice, colocando con cuidado la fotografía que Shelby nos hizo a Piper y a mí en mi escritorio.

—No hay nadie como ella —afirmo, mirando con nostalgia su foto.

—Ah, esa sonrisa. Creo que no te he visto sonreír así desde... bueno, creo que *nunca* te he visto sonreír así, hijo. Ni siquiera cuando te fiché como gerente del club —bromea Rex con una sonrisa de aprobación cosida en los labios—. El amor te sienta bien.

—Sí, ¿verdad? —respondo—. Aunque me gustaría que Piper sintiera lo mismo.

—Todavía te lo está haciendo pasar mal, ¿eh?

—No sería Piper si me pusiera las cosas fáciles, pero está bien. Necesita tiempo para procesar sus sentimientos. Ha pasado por mucho, y es normal que esté un poco conmocionada y no quiera salir lastimada.

—¿Significa eso que si le pidiera que cenara conmigo, también le daría reparo aceptar mi oferta? —pregunta preocupado.

—Depende. ¿Vas a hacer un movimiento con mi chica, viejo? —me burlo.

—No seas idiota, chico. Sabes muy bien que sólo había una mujer para mí. Además, es lo bastante joven como para ser mi nieta, por el amor de Dios —le suelta, insultado.

—Lo sé, viejo. Tranquilízate. Sólo te estoy tomando el pelo —le digo tranquilizadamente antes de que le dé un ataque—. Pero la cena, ¿eh? ¿Estoy invitado?

—Bueno, no serviría de nada que no vinieras —replica con indiferencia.

—El propósito es...

—El propósito es que quiero conocer a la chica que le ha robado el corazón a mi hijo. ¿Te basta con esa explicación? —replica como si yo debiera saberlo.

—Me parece justo. —Me río entre dientes—. Vamos a asistir a la fiesta de Navidad de su empresa esta noche, pero creo que puedo convencerla para que cene con nosotros antes de ir allí.

—Estupendo. Avísame y haré las reservas en el restaurante que le guste. —Rex aplaude entusiasmado antes de dirigirse hacia la puerta.

—Entonces, ¿eso significa que hemos terminado aquí? —Señalo los documentos que tengo en la mano y que aún tenemos que examinar.

—¿No te has enterado? Es Navidad. Es el problema de la semana que viene.

—Estás dando largas, viejo —le reprendo frunciendo el ceño—. Si no quieres vender el club, deberías decírselo a Preston.

—¿Quién dice que no quiero venderlo? A lo mejor disfruto dejando que Preston sude un poco. —Rex guiña un ojo.

—Bien. —Dejo escapar un suspiro—. Llamaré a los abogados y les diré que necesitamos más tiempo para analizarlo todo.

—Hazlo tú. Y ya que estás, llama antes a tu novia y cuéntale nuestros planes para cenar.

—Lo haré. —Me río mientras me hace señas para que vuelva a su despacho.

Tomo el teléfono y llamo a Piper, pero debe de estar reunida porque rechaza mi llamada. Así que, en lugar de dejarle un mensaje de voz, le mando un mensaje.

Yo: ¿A qué hora tenemos que estar en ESA esta noche? ¿Se espera que estés allí desde el principio?

Me sorprendo cuando veo los puntitos parpadeando en la pantalla, ya que habría supuesto que me enviaría un mensaje de texto o me llamaría después de cualquier reunión importante en la que estuviera.

Piper: La fiesta empieza sobre las nueve, pero puedo aparecer una o dos horas más tarde. ¿Por qué?

Yo: Rex nos ha invitado a cenar esta noche.

Piper: ¿Por qué?

Yo: Porque quiere conocerte.

Yo: ¿Puedo decirle que nos reuniremos con él sobre las ocho?

Piper: Bien.



Yo: ¿Qué te parece La Fleur? Llevas queriendo ir allí desde que abrió.

Piper: La Fleur funciona.

Yo: Puedo recogerte después del trabajo.

Piper: No es necesario. Nos encontraremos allí.

Yo: ¿Va todo bien? Pareces distante.

Piper: Todo va de maravilla. Ahora, ¿puedo volver al trabajo?

Mi sonrisa se desvanece con el frío comentario.

Hace apenas unos días, mi mujer gemía gritando mi nombre encima de este mismo escritorio, y ahora actúa como si el mero hecho de hablar conmigo fuera una molestia. Todo lo que digo o hago encuentra más resistencia que de costumbre. O bien me da la espalda o me responde con monosílabos, lo que me deja confuso y frustrado sobre qué podría haber hecho para que se volviera ártica conmigo.

Quizá sean las festividades.

Tal vez esta época del año la hace aún más cautelosa de lo que ya es.

Ojalá hablara conmigo.

E incluso después de enviarle un mensaje a Rex explicándole que Piper aceptó su invitación, una parte de mí se pregunta si esta cena no me morderá en el culo y me causará más problemas de los que ya tengo.

Rex y yo no tenemos exactamente la dinámica convencional de jefe-empleado. Para mí ha sido más una figura paterna que otra cosa, y lo mismo puede decirse de lo que él siente por mí.

Amo a Rex.

Es importante para mí.

Igual que Piper.

Nada me gustaría más que los dos se llevaran bien.

Sólo espero no estar presionándola con algo antes de que esté preparada.

Dios sabe cómo reaccionaría Piper si se sintiera acorralada.



Cuando Piper llega a La Fleur, me levanto de mi asiento y le doy un tierno beso en la mejilla.

—Estás preciosa esta noche, gatita —le susurro al oído mientras le acerco una silla para que se siente.

Piper no me dice nada a cambio, prefiere dirigir toda su atención a nuestro anfitrión.



—Muchas gracias por invitarme a cenar, Rex. No todos los días una agente deportiva puede compartir una comida con el ilustre dueño de los Boston Guardians.

—Crucemos los dedos, no será por mucho tiempo. —Rex se ríe.

—¿Oh? ¿Tan ansioso estás por deshacerte de los Guardians? —Piper frunce el ceño, molesta por el entusiasmo de Rex en separarse del club.

—Ten cuidado con lo que dices, viejo. Piper es fan de los Guardians primero y agente deportiva después —le explico con una sonrisa.

—¿Es eso cierto? —responde Rex, intrigado—. Una de las muchas cosas que me gustan del hockey es cómo este deporte une a tanta gente de diferentes orígenes. Aunque sólo recientemente he visto a más mujeres disfrutar del juego, tengo curiosidad por saber qué te hizo interesarte por él.

—Bueno, mi padre me llevó a mi primer partido cuando apenas tenía cinco años. Le encantaban todos los deportes, pero su corazón estaba siempre en el hielo. Siempre que no estaba desplegado en el extranjero, me llevaba a un partido. Se podría decir que crecí en el estadio de los Guardians.

—¿No es increíble? —engatusa Rex, completamente cautivado por ella—. ¿Tu padre probó alguna vez suerte jugando?

Ella sacude la cabeza.

—Lo deseaba. No, a papá le gustaba darle al disco de vez en cuando, pero lo que más le gustaba era ver a los verdaderos talentos dentro de una pista. De hecho, estaría encantado si supiera que voy a cenar contigo. Siempre decía que eras un propietario ejemplar, que nunca te llevabas el protagonismo, sino que lo centrabas todo en el equipo. Te respetaba mucho. Yo también.

—Eres muy amable, Piper. Me hubiera gustado mucho conocerle. Sin embargo, Trent me contó del fallecimiento de tu padre. Mis más sinceras condolencias.

—Murió hace años. Ya no me molesta tanto —dice Piper con demasiada rotundidad para que no nos demos cuenta de la mentira descarada.

—Ah, chica, no hace falta que me eches arena a los ojos, por mi bien. Yo perdí a mi Martha hace más de un año y todavía me duele como si fuera ayer. No hay ninguna regla que diga que no podemos echarlos de menos por mucho tiempo que haya pasado.

Piper le dedica una sonrisa comprensiva pero no dice nada a cambio para evitar seguir con el tema. Rex se da cuenta rápidamente de su incomodidad y empieza a hacerle preguntas sobre su trabajo y sus intereses. Ahora que la conversación ha vuelto a temas más seguros, Piper se relaja y responde con entusiasmo a todas las preguntas de Rex.

Antes de esta noche, puede que compartieran alguna anécdota en alguna fiesta, pero nada más. Por eso me siento a ver cómo se conocen mejor las dos personas más importantes de mi vida.

Cuando llega el postre, Rex está tan enamorado como orgulloso de mi elección.

—Tengo que decir que hiciste maravillas con el chico Wilder, Piper —continúa elogiando—. Siempre me cayó bien y habría odiado verlo marchar. Gracias a Dios me salvaste de hacer tal cosa. Ver a un talento como él traspasado a un equipo menor por culpa de la mala prensa no me habría sentado bien.

—Ojalá pudiera atribuirme todo el mérito, pero Nathan fue quien realmente hizo el trabajo de rehabilitar su imagen. La terapia le ayudó mucho con sus problemas de ira, al igual que la casamentera que le conseguí.

—¿Casamentera? —cotorrea Rex con una risita—. ¿Eso sigue existiendo?

—En realidad, Piper se refiere a su mejor amiga, Charlotte Moore. Su agencia está considerada una de las mejores de la costa este —digo yo.

—¿No me digas?

—Son muy unidas. De hecho, Piper pasará las navidades con ella y su familia en Cape Cod.

—Ah, ya veo. —Rex frunce el ceño, pensando que tendrá que pasar las vacaciones solo—. ¿Y cuándo partirán hacia el cabo?

—Me iré mañana por la tarde y volveré la semana después de Año Nuevo. Aunque Trent no me acompañará —corrige Piper demasiado rápido para mi gusto.

—Supongo que te quedas conmigo por navidad —le explico, sin disimular mi decepción por tener que pasar tantos días sin ella.

No me importó que no me invitara a Cape Cod con ella, ya que no quería dejar a Rex solo en Navidad, pero me molestó un poco cómo lo expresó.

—No. —Rex sacude la cabeza, la culpa marcando sus rasgos—. No podría pedirte eso. Deberías pasarlo con Piper y su familia, no con un viejo que se dormirá antes de la hora de cenar.

—Eso habría estado muy bien, pero como Piper acaba de insinuar educadamente, no me invitaron a pasar las navidades con ella, así que tendrás que aguantarme de cualquier manera.

Las palabras mordaces salen antes de que pueda detenerlas.

Joder.

Veo a Piper retorcerse en su asiento, incómoda con toda la interacción y conmigo poniéndola tan cruelmente en un aprieto.

Maldita sea.

Yo y mi maldito corazón magullado tuvimos que meter la pata hasta el fondo.

Le sonrío y le pongo la mano en la rodilla para controlar los daños, esperando que no piense que he querido decir nada con esa indirecta.

—Está bien, gatita. Tendremos muchas vacaciones para pasar juntos.

Piper ni siquiera me mira, me quita la mano de encima y mira el reloj.



—Siento interrumpir la cena, pero tengo que volver a ESA para la fiesta anual de Navidad —se apresura a explicar.

Se levanta rápidamente de su asiento, con un gesto de sorpresa en la cara cuando me ve levantarme también.

—Puedo encontrar mi propio camino a la puerta, Trent. No tienes que seguirme como un cachorro perdido.

Dejo pasar el comentario de “cachorro perdido” porque está enfadada.

—Soy muy consciente de ello, amor. Sin embargo, ¿cómo si no voy a estar a tu lado en la fiesta de Navidad de tu agencia si no te acompaño hasta allí?

Piper aprieta los dientes en una sonrisa forzada, señal reveladora de que se imagina cortándome en pedacitos y arrojando mis restos al río Charles.

Pero en lugar de decir lo contrario, se vuelve hacia Rex, que ahora parece preocupado, y le dedica una de sus serias sonrisas.

—Rex, gracias por la cena. Ha sido un placer conocerte mejor.

—El placer ha sido todo mío, dulce niña —dice Rex, levantándose de su asiento y dándole un amistoso abrazo.

Me mira confundido, pero niego con la cabeza, no quiero hablar con él del repentino mal humor de Piper. Cuando se separan del abrazo, me despido de mi querida amigo y sigo a Piper fuera del restaurante, dándole las llaves del auto al aparcacoches para que me lo traiga.

—Estás enfadada —le digo con naturalidad, ya que se niega a mirarme.

No es que lanzara más que unas cuantas miradas fulminantes al interior del restaurante en toda la noche.

—Qué perspicaz eres —gruñe.

—¿No quieres que vaya?

—Si lo quisiera, te habría invitado.

—Tenía la impresión de que me habías invitado, Piper. No hace ni dos semanas que decías que hubieras preferido quedarte en casa conmigo, tumbada en el sofá, en vez de tener que ir a la estúpida fiesta de la oficina. Te pido disculpas si te confundí por preferir mi compañía a la de tus colegas. Supuse que querías que te acompañara.

—Bueno, supusiste mal —replica, con las fosas nasales encendidas.

—Piper —empiezo, necesitando entender de dónde ha venido toda esta hostilidad, pero entonces el aparcacoches vuelve con mi auto, interrumpiéndome de obtener cualquier respuesta.

—Vámonos y acabemos de una vez —murmura, subiéndose al asiento del copiloto.

Frustrado, le doy la propina al aparcacoches y me dirijo al otro lado del auto. Pero antes de que apoye el culo en el asiento, Piper ya está consultando su teléfono, prefiriendo ocuparse de correos importantes antes que hablar conmigo.

Cuando llegamos a ESA, mi estado de ánimo ha empeorado y su rabieta no ha disminuido ni un ápice.

—Piper —la llamo cuando sale del auto, sin esperar a que le abra la puerta.

Salgo corriendo de mi asiento y arrojo las llaves a alguien —que espero que sea el puto aparcacoches de turno para esta fiesta— y corro detrás de ella. Consigo alcanzarla cuando las puertas del ascensor están a punto de cerrarse.

—Joder, Piper. ¿Qué se te ha metido esta noche?

—Oh, no lo sé. Tal vez porque insististe en venir a un evento de trabajo. La gente habla, Trent. Me ven contigo, y asumirán que estamos juntos.

—¡Pero estamos juntos!

—¡No, no lo estamos! —Me señala con el dedo a la cara—. Y por más que digas que lo estamos o me engañes para que mudes tus cosas a mi casa, no lo harás.

—¿Esto es lo que es? ¿Estás toda enfadada porque moví algunas cosas personales mías a nuestra casa?

—¡Mi casa! —grita—. Y no eran sólo unas pocas cosas. Te mudaste y yo, como una idiota, no me di cuenta hasta que ya era demasiado tarde.

—Bien. Si esto va demasiado rápido para ti, me llevaré mis cosas a mi casa hasta que estés lista. Sin embargo, déjame decirte que no has tenido ningún problema con que viva en tu casa durante más de un mes. Así que por qué esto es un problema ahora está más allá de mí.

—¡Porque me engañaste! —me grita en la cara.

—No hice tal cosa.

—Deja de embaucarme, Trent. Eso es exactamente lo que hiciste, y lo sabes.

Nos miramos fijamente, muy conscientes de que este horrible momento amenaza con joder y sustituir el bonito recuerdo de la primera noche que pasamos juntos en un ascensor. No dispuesto a dejar que ocurra, intento ponerme en su lugar, ya que uno de los dos debe tener la cabeza fría al respecto.

Pienso largo y tendido sobre lo que está diciendo.

Sobre cómo siente que la he engañado de alguna manera.

No importa si hice o no hice algo con intención ya que sus sentimientos son válidos de cualquier manera.

Pero quizá tenga razón.

Quizá sí hice todas esas cosas de las que me acusa.

Tal vez intenté ir más allá con ella y ver hasta dónde podía llegar.

Y ahora lo estoy pagando porque Piper está furiosa conmigo.

—Tal vez... inconscientemente, me mudé a tu apartamento sin darme cuenta —admito finalmente ante ella y ante mí mismo—. No fue algo que planeé estratégicamente si eso es lo que te molesta. Sólo quería estar contigo, Piper. Sólo



quería acercarme a ti y hacerte sentir que tú también podías acercarte a mí, en un entorno familiar y seguro. ¿No lo entiendes?

—Lo que entiendo es que has estado jugando conmigo desde el principio. No sé lo que buscas, pero se acaba ahora.

—¿Qué *busco*? —imito, exasperado—. Todo lo que busco eres tú. Todo lo que quiero eres tú. Te amo, Piper. ¿Cómo puedes no verlo?

En lugar de responder, se me queda mirando horrorizada, como si le hubiera clavado un cuchillo en el pecho, donde tiene el corazón.

—Piper...

—No —dice ella, levantando las manos en fingida rendición—. No digas nada más. No quiero oírlo.

—¿No quieres oír que te amo? ¿Que te amo desde la distancia desde hace más de dos años? ¿Que todos mis pensamientos empiezan y terminan contigo?

Cierra los ojos como si cada palabra le clavara más el cuchillo, causándole un dolor atroz.

—Piper, contéstame. —Agarro sus manos, apretándolas suavemente—. Dime que no estoy solo en esto.

Sólo cuando se abre el ascensor, levanta los párpados y me suelta las manos.

—Lo siento. Sólo quería divertirme un poco. No me apunté para esto —dice secamente, dejándome dentro del ascensor, con la mandíbula desencajada, viéndola alejarse de mí.

Tardo un minuto en espabilarme, pero salgo de un salto del ascensor y la sigo hasta la oficina abierta, llena hasta los topes de sus compañeros de trabajo y de fiesta. Cuando la tengo al alcance de la mano, la agarro de la muñeca y la hago girar para que me mire.

—No. No puedes dejarnos sin que yo luche primero por ti. Eres mía, Piper, quieras reconocerlo o no. Esto... tú... yo... es jodidamente real. Y sé que eso te asusta, pero no voy a ir a ninguna parte. No hasta que tú me lo digas.

—Sigues diciendo estupideces como si significaran algo, pero no es así —dice con vehemencia—. No te pertenezco. No le pertenezco a nadie —me grita y me suelta la muñeca justo cuando uno de sus colegas viene a saludarla.

—¡Jefa, lo ha conseguido! —le saluda un muchacho pelirrojo que parece que a estas horas debería estar metido en la cama.

—Hola, Toby —dice ella antes de levantar la vista, dándose cuenta de que él ha pasado bajo el muérdago.

—Piper, no lo hagas, joder —le advierto justo cuando me mira por encima del hombro.

—Feliz Navidad, Toby. —Ella sonrío, tirando de su camisa y besando sus labios.



Quiero matar al chico, pero no puedo porque Piper le ha pillado en un tiroteo, pensando que besar a un hombre cualquiera le daría la razón y haría que me fuera.

—Ah, ¿jefa? —dice Toby, con cara de confusión y vergüenza.

—Tengo ganas de bailar. ¿Quieres bailar conmigo? —le dice, tirando de él hacia la improvisada pista de baile que hay en medio de la sala.

Pero antes de que llegue muy lejos, levanto un dedo hacia un mortificado Toby.

—Dame un segundo, Toby. Traeré a tu pareja de baile enseguida.

Antes de que ninguno de los dos pueda decir nada, levanto a Piper y la pongo sobre mi hombro.

—¡BÁJAME! —grita, sin importarle ya que todos en su despacho nos vean juntos.

Patalea y maldice todo el camino hasta la puerta que da a la escalera.

—Ahora tenemos algo de intimidad. ¿No es mejor? —pregunto con una sonrisa de suficiencia, poniéndola de nuevo en pie.

—¿Qué te pasa?! —grita, apartándose cuando intento rodearla con mis brazos.

—¿Yo? ¿Qué me pasa? —Me sobresalto, mi propia rabia empieza a burbujear—. Me estoy esforzando al máximo y tú actúas como si nada. Como si yo no fuera nada.

Cuando entrecierra los ojos como si mis palabras le hubieran causado más dolor, sé que mi Piper está en algún lugar escondido dentro de este demonio de mujer cuya única intención es volverme loco.

Me atrevo a dar un paso más cerca de Piper, y ella gira la cabeza, intentando disimular las lágrimas que empiezan a formarse en sus ojos.

—Sólo hámblame, amor. Dime qué pasa por tu cabeza. ¿De qué tienes miedo?

—¡TÚ! Me das miedo —responde, con lágrimas en los ojos—. ¿No lo ves? No quiero esto. No quiero nada de esto.

—Piper —le suplico, sujetándole la cara con las manos solo para que me las aparte de un manotazo.

—Sólo... déjame en paz, Trent. Recoge tus porquerías de mi casa y déjame en paz de una puta vez —ordena, dirigiéndose a la puerta de salida.

—No lo dices en serio, Piper. Quédate aquí conmigo y hablemos de ello.

Con los ojos cerrados, Piper apoya la frente en la puerta y sacude la cabeza.

—No me estás escuchando —susurra—. No quiero esto. Nada de esto. ¿Por qué no puedes respetarlo?

Se me hace un nudo en la garganta al oír lo derrotada que suena.

—Piper, hablemos de esto —le ruego.

Gira la cabeza hacia un lado, sus ojos azules cristalinos están tan llenos de desesperación que duele físicamente presenciarlo.



rivals

pucking hearts • 2

—Se acabó —balbucea ella, secándose las lágrimas—. He terminado de hablar, Trent. Simplemente... hemos terminado.

Y con ese comentario de despedida, sale de la escalera, dejándome solo en el frío para recoger los pedazos del corazón que acaba de romper con una palabra.

Terminado.



245



power
play

IVY FOX

CAPÍTULO 25



PIPER

Siempre me ha gustado venir al cabo a pasar las fiestas con los Moore. Pero este año, mi corazón no está en ello.

Cada risa alegre que resuena en la casa de la playa se siente como clavos en una pizarra.

Me duele el pecho con un dolor que no puedo explicar cuando los recuerdos de sus tristes ojos negros inundan mi mente. Sonríó a pesar de la incomodidad, ocultando mis verdaderos sentimientos tras una fachada de estar demasiado ocupada con el trabajo para unirme a su alegría navideña.

Por supuesto, soy capaz de engañar a casi todo el mundo excepto a una persona: mi madre.

Llevo unos días sintiendo su mirada interrogante sobre mí cada vez que levanto la cabeza del teléfono, como ahora mismo.

Está fingiendo regar las diversas plantas del porche, pero noto que me lanza miradas, esperando a que me sincere con ella sobre por qué estoy aquí y Trent se ha quedado en Boston.

—¿Qué? —pregunto cuando ya es demasiado para ignorarlo—. ¿Qué pasa, mamá?

—Yo debería hacerte esa pregunta —hace señas frunciendo el ceño—. Normalmente no trabajas en vacaciones. ¿Qué ha cambiado este año?

Nathan y Lottie.

Eso es lo que ha cambiado.

En todos los años que Lottie lleva saliendo con Cooper, nunca le ha pedido que pase las Navidades con su familia. Todo era muy de iglesia y estado con ella.



Pero entonces Nathan entró en la agencia Love Moore, desesperado por su ayuda, y de repente Lottie se saltó todas las normas que se había impuesto a sí misma, invitándole a pasar las festividades con nosotros incluso cuando su novio actual nunca recibió una invitación para hacerlo.

Si eso no es decir que los días de Coop están contados, no sé lo que es.

Pero tener que verlos tan locamente enamorados y no poder estar juntos ha sido demasiado desgarrador de ver.

Se notaba el tira y afloja entre ellos.

Siempre que Lottie pensaba que Nathan no estaba mirando, le echaba miraditas a hurtadillas como si, a sus ojos, él no pudiera hacer nada malo. Y luego, cuando finalmente la pillaba en el acto, él le lanzaba una tímida sonrisa como si fuera la mujer más hermosa que jamás hubiera visto.

Hace unos meses, me habría puesto como una fiera al ver que mi mejor amiga por fin había encontrado a un hombre con el que valía la pena estar, pero ¿ahora? Ahora, me entristece ver cómo las pequeñas cosas pueden interponerse en el camino de la verdadera felicidad.

Cómo me interpongo en el camino de mi propia felicidad.

La forma en que Nathan miraba con adoración a Lottie me hizo echar de menos esa misma chispa en los ojos de Trent cuando me miraba a mí.

Joder.

Me ama.

Me ama de verdad.

¿Y qué hice?

Lo aparté, aterrorizada de devolverle el amor.

Es tan jodido.

¿Por qué soy así? ¿Por qué no puedo disfrutar de lo que tengo mientras lo tenga?

Porque la miseria de perder un amor así es demasiado dolorosa incluso para pensar en ello, y mucho menos para sobrevivir a su pérdida.

Ese solo pensamiento es como un puño que me estrangula las vías respiratorias y me dificulta la respiración.

—Me voy a dar un paseo por la playa —le digo por señas a mi madre mientras salto del porche, necesitada de un rato a solas para procesar cómo va a ser mi vida cuando vuelva a Boston dentro de un par de días.

Trent no ha llamado.

Ni siquiera me ha enviado un mensaje deseándome Feliz Navidad.

Demasiado herido para acercarse a mí de alguna manera.

Lo rompí.



Lo vi en sus ojos cuando me alejé de esa escalera.

Le arranqué el corazón del pecho y básicamente lo pisoteé con mis Louboutins, haciéndole pequeños agujeros con el tacón, asegurándome de que su amor por mí quedaba hecho pedacitos. Por lo que sé, hice volar esos mismos trocitos minúsculos como confeti triturado por el suelo cuando me apresuré a emprender mi gran huida de allí.

Pero no podía quedarme allí ni un segundo más.

No cuando ese hermoso hombre, cuya fuerza de voluntad desafiaba toda lógica, parecía tan jodidamente roto allí de pie, perdido y solo en un mar de miseria de mi creación.

No es que me vaya mejor.

Desde aquella noche, siento que me falta una parte de mí.

Que me dejé algo en esa escalera con él que nunca recuperaré.

Y lo peor es que soy el villano de mi propia historia.

Yo.

Soy yo quien me ha hecho sentir así.

Yo.

No puedo culpar a nadie más que a mí, lo has adivinado.

Y eso es lo trágico de todo este asunto, ya que sufrir por amor era exactamente de lo que había estado protegiendo mi corazón todo el tiempo.

¡Felicidades, Piper!

Has hecho un trabajo estupendo.

¡Idiota!

—¡Joder! —grito furiosa al viento, la brisa marina no hace nada por reducir mi dolor.

De repente siento un tirón en mi suéter navideño, que me saca de mi ensoñación y me alerta de que no estoy sola en esta playa como creía.

—Mamá —hago una seña exasperada cuando veo a mi madre detrás de mí. Ahora mismo no tengo fuerzas para hablar con nadie. Y menos con mi madre, que me va a insistir hasta que le diga qué me pasa.

—Sólo quiero caminar contigo. Nada más —señala, manteniendo su expresión lo más inexpresiva posible—. Lo prometo. Sólo quiero pasear por esta playa con mi hija. Nada más.

Arrugo la nariz, no me lo creo ni por un segundo.

Mi madre es una mujer llena de opiniones firmes y emociones aún más fuertes, así que sé que esta última semana le ha estado matando no preguntarme por Trent. Sabía que no me lo preguntaría en una habitación llena de gente donde los Moore pudieran vernos. Si Harold o Lorelei sospecharan siquiera que estoy saliendo con

alguien, dejarían de lado la Navidad y preferirían sentarse a la mesa de la cocina y tomar todo el té, obligándome a contarles cada pequeño detalle de mi relación con el magnético gerente.

A esos dos les encanta chismosear.

Pero también lo hace mi madre.

Mierda.

Apuesto a que ya lo saben y sólo están actuando como si no lo supieran, por mi bien.

Estupendo.

Jodidamente genial.

Aún no se lo he dicho a Lottie.

Por lo que ella sabe, sólo estamos saliendo.

No sabe que me...

—Sólo caminar. ¿Sin hablar? —cuestiono, sacudiendo ese pensamiento lejos de mi cabeza tan rápido como entró.

Mamá asiente emocionada e incluso finge cerrar los labios.

Pero después de caminar por la playa durante unos cinco minutos en total silencio, mi madre rompe su promesa invocando viejos fantasmas que sólo traen más sufrimiento.

—A tu padre le encantaba la playa —dice con señas—. Había algo en el agua que le llamaba. Creo que por eso se hizo marine. Para poder estar cerca del agua. Dios, cómo le gustaba venir aquí al cabo.

—Lo recuerdo.

—Yo también. Me acuerdo de todo. Cómo le gustaba venir aquí con los Moore y jugar contigo y con Lottie, construir castillos de arena y enseñarles a nadar a las dos.

Sonríó porque todos son buenos recuerdos.

»Aquí pasamos unos días maravillosos. Muchos de mis recuerdos más preciados de tu padre se hicieron en esta playa —señala con una sonrisa tan amplia que me sorprende un poco.

—Habría pensado que recordar aquellos tiempos sería demasiado doloroso para ti.

Ella sacude la cabeza.

—No. Esos son los recuerdos a los que me aferro porque me hacen feliz. Cada día que pasé con tu padre fue una verdadera bendición. No mucha gente puede presumir de tener el tipo de felicidad que compartimos. Aprecio todos y cada uno de esos recuerdos. Ninguno de ellos me produce dolor. Todo lo contrario. Soy muy afortunada por tenerlos.

—No lo entiendo —respondo, incapaz de comprender la sonrisa de su rostro.

—Ya me lo imaginaba —suspira—. Y eso me entristece enormemente. Sé que te hice pasar por un calvario con la muerte de tu padre. Nunca podré compensarte por lo que te hice pasar, Piper. Eso es culpa mía. Pero no deberías agobiarte por el pasado. Especialmente cuando tu futuro está golpeando a tu puerta, gritando que lo dejes entrar.

—Mamá —intento interrumpir, sin ganas de llegar a eso.

—¿Lo amas? —interviene ella.

—¿Qué? Me ahogo.

—¿Lo amas? —vuelve a hacer señas.

—No puedo responder a eso.

—¿No puedes o no quieres, cariño?

—Mamá —señalo—. Realmente no quiero hablarte de mi vida amorosa.

—¿Qué vida amorosa? —replica, levantando los brazos—. Una vida amorosa implicaría que dejas entrar al amor por la puerta, pero sigues cerrándole el paso. Esa no es forma de vivir, y mucho menos de llamarla vida amorosa.

—Ahora sueñas como Lottie —refunfuño.

—Eso espero, ya que Lottie cree en un milagro que he experimentado de primera mano... Encontrar tu alma gemela no es una carga, Piper. Es una bendición. Debería celebrarse, no esconderse e ignorarse. Trent te ama. Lo supe en cuanto le vi por primera vez. El hombre está dedicado a ti en todos los sentidos que importan. Y tú, mi dulce, dulce niña, estás enamorada de él. Aunque no quieras admitirlo. Aunque te dé un miedo de muerte.

Me detengo en seco y la miro de frente.

—¿Y qué si lo estoy? ¿De qué me serviría? Tú, más que nadie, sabes lo que hace el amor. Cambia el tejido mismo de lo que somos.

—Sí, así es, y somos mejores por ello.

Sacudo la cabeza, sin querer ver ni una palabra más.

No cuando el amor no la cambió para mejor.

El amor casi la destruye.

Y a mí.

—Cuando perdimos... a papá... casi te pierdo a ti también. ¿Cómo es eso para mejor? —pregunto, sintiendo una punzada en el rabillo del ojo.

—Te estás centrando en las cosas equivocadas, cariño. Cuando encontré a tu padre, también me encontré a mí misma. Cada día que pasaba a su lado era un día en el que yo también descubría algo nuevo sobre mí misma. Y viceversa. Nunca sabes realmente quién eres como persona hasta que amas a otra persona incondicionalmente. Hasta dónde llegarías para protegerla y amarla. Así que, cuando murió, una parte de mí murió con él. Sin embargo, fue su amor y el recuerdo de nuestra vida juntos lo que me devolvió a la vida. Y fuiste tú, Piper, la que me hizo



querer vivir un día más porque eras la encarnación misma de lo que el amor verdadero puede manifestar. Eres nuestro milagro. Nuestro amor en forma humana. Un recordatorio andante y parlante del amor que tuve la bendición de llamar mío.

—Pero si pudieras volver atrás y no conocer nunca a papá, sólo para ahorrarte todo el dolor por el que pasaste, ¿no lo harías?

—No. Nunca —señala horrorizada—. Volvería a pasar por todo eso si eso significara que tengo un día más con él. El amor no es un castigo, Piper. Es un regalo. —Añade, su mirada suave y cariñosa—. No desperdicies ese regalo, cariño. Vivirás toda tu vida lamentándolo. Lo único que lamento es que mi pena te haya causado tanto dolor. Aparte de eso, no me arrepiento de nada. No cuando se trata de enamorarme de tu padre. Lo haría todo de nuevo sin pensarlo.

—¿Cómo puede alguien alegrarse de algo como el amor cuando el desamor es el único resultado? —pregunto, abrumada y confundida.

—Prefiero que pases por ese tipo de sufrimiento después de pasar cada segundo de tu vida amando ferozmente y de todo corazón a que nunca hayas sido lo suficientemente valiente como para intentarlo. Tu padre y yo no criamos a una cobarde, Piper. No nos demuestres lo contrario.

—Caray, gracias, mamá, por el voto de confianza.

—No hay problema. A veces una buena patada en el culo funciona mejor que cualquier palabra de confianza. —Ella guiña un ojo—. Ahora, volvamos a la casa. A Lottie parece que le vendría bien una amiga ahora mismo. Y francamente, cariño, tú también. ¿Sabe Lottie ya lo de Trent?

Sacudo la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque... porque entonces se vuelve... real.

Mi madre asiente con la cabeza en señal de comprensión y luego me dice por señas:

—Siento decírtelo, cariño, pero ya es real. Depende de ti dar el primer paso para que sea *extraordinario*.



CAPÍTULO 26



PIPER

— ¡Ese hijo de puta! —grito, ganándome un amén de Harold y un “shh” de Lorelei y mi madre mientras intentan escuchar la llamada unilateral de Lottie con el cabrón de su ex.

Hemos pasado la mayor parte de la noche acurrucadas alrededor de la isla de la cocina en albornoz y pijama mientras Lottie acababa con ese desperdicio de esperma. Si alguna vez hubo una persona que debería haber sido eyaculada en un calcetín, Cooper sería la misma.

Okey, es verdad que nunca ha habido amor perdido entre el idiota del novio de Lottie y yo. Sabía que no era bueno desde que se juntaron en la secundaria. Apestaba a imbécil.

Pero este... infiel... ¡ese hijo de puta!

Tendré sus bolas.

Los cortaré en trocitos y se los daré de comer a los peces del río Charles.

¡Ese bastardo!

Aquí estaba Lottie, sintiendo todo tipo de culpa por haberse desenamorado de él y enamorado de Nathan mientras este imbécil la ha estado engañando a sus espaldas todo el tiempo.

No me importa lo que el cabrón le diga. De ninguna manera fue una cosa de una sola vez.

El vídeo que Caleb me envió de él con dos chicas en esa fiesta de NYC es toda la prueba que necesito.

Parecía demasiado cómodo con que le chuparan su pequeña polla en público como para que no fuera algo recurrente.

Camino por el suelo de la cocina mientras Lottie le dice exasperada a Coop — por millonésima vez esta noche— que han acabado.



Si yo estuviera en su lugar, dejaría al cabrón por mensaje de texto.

Pero, de nuevo, Lottie siempre tuvo una brújula moral más refinada que yo.

Por eso nunca se le ocurriría colgar en internet un vídeo de su minúscula polla y enviar el enlace a todas las personas que trabajan con él, incluido su jefe.

Ups.

Debería contar sus bendiciones, eso es justo lo que hice.

Sigo dudando entre quedarme aquí o ir a Nueva York a hacerle una visita con un bate en una mano y unos alicates en la otra.

—Ya está. Ya está —dice Lottie, exhausta, colocando el teléfono sobre la encimera de la cocina.

—Lo siento mucho, cariño —le dice su madre, masajeándole los hombros doloridos—. No te merecías esto.

—Lo único que no se merecía era perder diez años con ese imbécil —murmuro cabreada.

—Eso también —dice su padre—. Nunca me gustó, para ser sincero. Siempre hubo algo que me cayó mal.

—¿Quieres decir como frotó su polla sobre la mitad de Nueva York?

—¡Piper! —hace señas mi madre, lanzándome una mirada regañona.

—¿Qué? ¿Estoy equivocada? El imbécil se salió con la suya. Si yo fuera Lottie, estaría de camino a su casa y sólo me iría después de asegurarme de que nunca usará esa polla de lápiz por el resto de su vida.

—¡Piper! —Lottie y nuestras madres gritan al unísono.

—Estoy de acuerdo contigo, chiquilla. Quizá tú y yo podamos hacerle una pequeña visita —me susurra su padre al oído con un guiño.

—Nadie va a salir de esta casa para hacer Dios sabe qué —dice la madre de Lottie, señalándonos con el dedo a su marido y a mí.

—En realidad, tengo que irme —dice Lottie, sorprendiéndonos a todos.

—¿De verdad? ¿De verdad vamos a hacer esto? —pregunto emocionada.

—No voy a enfrentarme a Coop, Piper. En lo que a mí respecta, Coop es historia antigua. Ni siquiera quiero perder más tiempo pensando en él. Ya me ha robado suficiente.

—Amén —añade Harold.

—Entonces, ¿a dónde vamos? —le pregunto, confundida.

—Bueno, en primer lugar, debo volver a la casa antes que él. Conozco a Coop. Puede que odie Boston, pero odia más perder. Volverá a casa y tratará de hacerme cambiar de opinión —explica Lottie, cabizbaja por haber estado tan ciega ante la persona que realmente era todo el tiempo.

—Pero no lo harás, ¿verdad? —pregunto, sólo para asegurarme de que el cabrón no puede salirse con la suya.

No es que se lo permitiera.

—De ninguna manera. Hemos terminado —dice Lottie asertivamente, sin dejar lugar a dudas—. Y para demostrarlo, necesito sacar todo lo posible de la casa antes de que tenga tiempo de llegar.

—Puedo llevarte de vuelta a Boston y ayudarte a hacer las maletas —ofrezco—. Incluso puedes quedarte en mi casa hasta que encuentres un apartamento.

—Eso... no será necesario. No creo —responde tímidamente.

—¿De verdad? ¿Dónde te vas a quedar?

—Se va a quedar en casa de Nate —responde su padre por ella—. Presta atención, niña. ¿No ves que los dos están hechos el uno para el otro?

Las mejillas de Lottie se sonrojan de vergüenza mientras baja la cabeza, dándose cuenta de que incluso sus padres podían sentir la innegable química entre Nathan y ella después de sólo unos días de estar cerca de ellos.

—Bueno, entonces, ¿por qué estamos paradas por aquí? Agarra tus cosas, Lottie, ¡y pongámonos en marcha! —grito, mareada de que mi mejor amiga por fin haya encontrado un ganador.

Para ser una casamentera de éxito, tardó un buen rato en encontrar a su pareja perfecta.

Todo el mundo sale corriendo de la cocina y sube corriendo a la habitación de Lottie, recogiendo sus cosas para que no pierda ni un segundo. Quince minutos más tarde, Lottie y yo estamos recién duchadas y vestidas, con las maletas hechas y perfectamente alineadas junto a la puerta principal, listas para emprender el largo camino de vuelta a Boston.

Cuando salimos al porche, Lottie me agarra de la muñeca y me mira.

—¿Estoy loca, Piper? ¿Quizás debería ir a tu casa en su lugar? —dice, acobardándose.

—¿Lo amas? —repito la pregunta que me hizo mi madre en la playa.

—Con todo corazón —responde, con el rostro iluminado.

—Entonces no estás loca. ¿No eres tú la que siempre dice que todo el mundo merece amor? Entonces, si eso es cierto, no conozco a nadie que lo merezca más que tú —respondo con sinceridad.

Lottie es la mejor persona que conozco.

Si es verdad lo que dice mi madre —que el amor es un regalo—, no conozco a nadie que lo merezca más que Lottie.

—Gracias. Y espero que algún día conozcas a alguien tan maravilloso como Nathan, que te haga sentir tan amada como él me hace sentir a mí —me dice con efusividad, completamente ajena al hecho de que sus palabras acaban de meter una



barra de hierro caliente por el enorme agujero que llevo en el pecho desde que llegué aquí—. Ya lo verás, Piper. Cuando encuentras a la persona que siempre ha estado destinada a ser la tuya, nada más se compara.

Ya lo he hecho.

Y lo dejé ir.

Pero, como siempre, esas palabras se niegan a salir.

—¿He dicho algo malo? —pregunta Lottie, confundida por mi arrugado ceño.

—No, nena. Lo has dicho perfectamente. —Finjo una sonrisa, aunque puedo sentir que mi corazón se rompe dentro de mí—. Pongámonos en camino.

—¡Vamos! —grita Lottie con entusiasmo.

Pero a diferencia de mi optimista mejor amiga, mi mente está en total desasosiego durante todo el trayecto de vuelta a Boston.

Aquí está Lottie, luchando por el hombre que ama mientras yo intento hacer todo lo que está en mi mano para alejar al mío.

Rayos.

No me cabe duda de que Nathan tratará a Lottie como la reina pin-up que es.

Le será leal y fiel el resto de sus días.

Y Trent... movería cielo y tierra si le diera la oportunidad de hacer lo mismo por mí.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuro en voz baja.

—¿Qué? —Lottie pregunta.

—Nada —murmuro.

—¿Estás bien, Piper? Has estado apagada todas las vacaciones de navidad. Sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa, ¿verdad?

—Lo sé.

—Entonces, ¿vas a decirme qué te preocupa últimamente? Y no me digas que tiene algo que ver con la venta de los Guardians porque me doy cuenta de que hay algo más en tu cabeza aparte del trabajo. ¿Qué es lo que realmente te preocupa? Háblame —insiste.

—¿Crees que dos personas están realmente destinadas a estar juntas? ¿Que, por mucho que luches contra tus sentimientos, al final son con los que siempre has estado destinado a estar?

—¿Quieres decir almas gemelas? —pregunta pensativa.

—Sí. —Trago en seco.

—Sinceramente, antes odiaba esa palabra —admite encogiéndose de hombros—. Es como destino y suerte. Siempre pensé que ese tipo de palabras caprichosas tenían demasiado peso. Como si se esperara que creyéramos que una fuerza divina interviene en todo lo que hacemos, sin tener en cuenta nuestro libre

albedrío. Era como si no hubiera forma de eludirla, por mucho que planificáramos o trazáramos estrategias para moldear nuestras vidas como siempre habíamos imaginado. Que, de algún modo, la misma fuerza silenciosa e invisible sabe mejor que nosotros lo que queremos en nuestras vidas —afirma, riendo suavemente en un momento, como si la idea le pareciera completamente descabellada de concebir, y volviéndose sería al siguiente.

»¿Pero ahora? No estoy tan segura. Quizá fue el destino el que te hizo pedirme ayuda cuando Nate más la necesitaba. De otro modo, no creo que nos hubiéramos conocido. Y no puedo ver mi vida sin él en ella. Es como si siempre hubiéramos estado destinados a encontrarnos, aunque el universo tuviera que mover algunos hilos para que sucediera.

—Soy más del tipo de chica que tiene los pies en el suelo. Eso suena demasiado irreal para mí.

—También creo que la esperanza desempeña un papel importante. Si no esperas lo mejor de la vida, siempre estás preparada para lo peor. ¿Te suena? —Me da un codazo.

Meticulosamente familiar.

Desde mi periferia, puedo decir que ella quiere tratar de persuadirme para que me una a Love Moore sólo para que ella me pueda ayudar en una la búsqueda del indicado, totalmente inconsciente de que el indicado ya me ha encontrado.

Por suerte, llegamos al edificio de apartamentos de Cooper en ese mismo momento, distrayéndola de mi vida amorosa y volviendo a la suya. Nos apresuramos a subir las escaleras, temiendo que Cooper ya nos hubiera adelantado hasta aquí, pero nos sentimos inmediatamente aliviadas al ver que no lo ha hecho. Encontramos el apartamento exactamente como Lottie lo había dejado antes de irse a Cape Cod.

Después de hacer un par de maletas con las posesiones y la ropa más preciadas de Lottie, la llevo rápidamente de vuelta a casa de Nathan para que pueda tener el momento feliz que siempre soñó.

—Ya está. —Me sonrío—. Deséame buena suerte.

—Buena suerte —le respondo, pero antes de que Lottie salga del auto, algo hace que me agarre a su brazo, impidiéndole salir.

—¿Qué? —pregunta

—¿Y si te equivocas?

—¿Sobre qué? ¿Romper esto con Cooper?

—No, eso no. —Sacudo la cabeza—. La rata bastarda se merece todo lo que se le viene encima. Me refiero a esto —intento explicar señalando la puerta de Nathan.

—¿Qué pasa con eso? —replica, aún sin saber a dónde quiero llegar.

Me muerdo el labio inferior y saco las palabras.

—¿No tienes miedo?



—¿De Nate? —Arquea una ceja—. No. Nunca. Nate nunca me haría daño. Me ama.

—Incluso el amor puede doler a veces. Quiero decir, ¿no tienes miedo de que te rompan el corazón?

—Sé lo que intentas hacer, Piper. —Sonríe cálidamente—. Pero no tienes que preocuparte por mí. Soy una chica grande. Sé lo que hago. No necesitas protegerme.

—Entonces, ¿no tienes miedo? ¿Ni siquiera un poco? —Me ahogo.

—¿Estás de broma? Estoy aterrorizada. —Se ríe como si no fuera para tanto—. Pero tengo más miedo de no llamar a su puerta que de que él la abra. Prefiero arriesgar mi corazón por un momento en sus brazos que malgastarlo en tener miedo. La vida es demasiado corta para desperdiciarla en el miedo. Prefiero tener amor en mi vida. —A continuación, me da un beso en la mejilla, recoge las maletas del maletero y se dirige hacia la puerta de Nathan con intrépida determinación.

Me siento en mi auto, observando la nieve caer sobre la cabeza azabache de Lottie mientras llama al timbre de su puerta. No pasan ni unos segundos hasta que Nathan le abre la puerta. Momentos después, la tiene abrazada, besándola como un hombre enamorado, dispuesto a pasar la vida con su alma gemela.

Apoyo la cabeza en el reposacabezas, frotándome el pecho con la mano, ansiando acabar con este dolor que no parece desaparecer.

Pero sé que nunca desaparecerá.

No hasta que vea a Trent y compense toda la mierda que le he hecho pasar.

Tal vez todo lo que necesitaba ver era la valentía de Lottie para ganar un poco de ella para mí.

La siguiente hora transcurre en una nebulosa total mientras conduzco como una loca hasta el edificio de apartamentos de Trent primero, pensando en todas las cosas que le voy a decir. Pero cuando veo que no está en casa, se me revuelve el estómago.

Lo llamo y le envío un mensaje tras otro, en vano, ya que es evidente que lo ha apagado.

Quizá esté en casa de Rex.

Al fin y al cabo, es Nochevieja.

Sin pensarlo dos veces, llamo a Rex.

—¿Piper? Vaya, qué agradable sorpresa. ¿Va todo bien? —Rex pregunta.

—Sí, todo está bien. O todo lo estará. Me preguntaba si sabes dónde está Trent. ¿Está contigo?

—No, querida. Desgraciadamente, no está de muy buen humor —me explica, con un deje de tristeza en la voz que me destripa por dentro.

—Yo... um... fui a su apartamento, pero él no está allí. Realmente necesito hablar con él.

—Ya lo veo. —Deja escapar una exhalación.



—¿Sabes dónde puede estar? Por favor, Rex. No te estaría llamando si no fuera importante que lo vea.

—Puede que tenga una idea.

—Okey —suelto un suspiro aliviada, pero cuando Rex tarda demasiado en contestar, se me levantan los pelos de punta—. ¿Y bien? ¿Me lo vas a decir?

—Trent es un buen hombre —dice Rex en lugar de darme una dirección.

—Sé que lo es.

—No tuvo la mejor infancia, ¿sabes?

—Lo sé. —Asiento con la cabeza.

—Ha pasado por muchas cosas en su vida. Sé que actúa como si estuviera por encima de todo, pero es más de lo que parece. Es más que esos trajes elegantes que le gusta llevar. Debajo de todos esos tatuajes de los que le gusta presumir hay un gran corazón, uno que puede resultar fácilmente magullado por la gente a la que deja entrar en él —dice con una advertencia subyacente en su tono—. ¿Vas a hacer lo correcto por mi chico, Piper? Porque mi corazón no puede soportar verlo tan angustiado. Se merece más que eso. Se merece a alguien que lo arriesgue todo por él. ¿Lo harás? ¿Harás lo correcto por él como él ha jurado hacer lo correcto por ti?

Otra punzada golpea mi pecho a causa de sus palabras.

Palabras que debió decirle en confianza el propio Trent.

—Voy a intentarlo, Rex. Eso es todo lo que puedo prometer ahora mismo. Que voy a intentar con todas mis fuerzas hacerlo feliz. Como él me hace a mí.

Rex se queda un rato en silencio, como pensando si mi respuesta es lo bastante buena para él.

—Probablemente esté en el estadio. Comprueba la pista de hielo. Si está en algún lugar allí, ahí es donde estará.

—Gracias. Gracias. Gracias —repito, aliviada.

—De nada —dice en tono alegre—. Avisaré a seguridad de que vienes y te darán el visto bueno. Mucha suerte, querida.

—Gracias. Voy a necesitarla.

Arranco el auto y conduzco hasta la Arena de los Guardians, con el corazón latiéndome como loco en el pecho por lo que estoy a punto de hacer.

El riesgo que estoy a punto de correr.

Pero no importa.

Rex tiene razón.

Trent lo vale.

Nosotros lo valemos.

Cuando llego a la puerta, me esperan dos guardias de seguridad, uno de ellos con un par de patines de hielo en las manos.

—El Sr. Jones me pidió que le diera esto.

Frunzo el ceño, pero acepto los patines y me apresuro a entrar en el estadio. No tardo mucho en encontrar a Trent. Tal y como predijo Rex, está dentro de la pista de hielo.

Parece un hombre ensimismado en sus pensamientos y veo cómo Trent golpea el disco con el palo sin esfuerzo y lo envía a la red con precisión. Está tan concentrado en su tarea que ni siquiera me oye caminar hacia él por las gradas.

Ahora entiendo por qué Rex tenía un par de patines esperándome.

Si quiero hablar con Trent, tendré que hacerlo en el hielo.

Por suerte, Rex ha acertado con mi talla. Me pongo los patines y me deslizo silenciosamente sobre el hielo. Cuando me acerco lo suficiente, me aclaro la garganta y digo:

—Eres muy bueno. Le has quitado importancia a lo bueno que eres. Nunca te tomé por un tipo humilde. Me pregunto cuántos otros talentos me estarás ocultando.

Cuando se da la vuelta, se me parte el corazón al ver las bolsas oscuras bajo sus ojos.

Parece que no ha dormido en días.

Sin embargo, si he de ser sincera, yo tampoco. Mi corrector está haciendo el trabajo pesado de ocultar mis noches inquietas a todo el mundo.

—¿Piper? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encon...?

Pero antes de que pueda terminar la frase, patino hacia él y me detengo a escasos centímetros de su cara.

—Lo siento —susurro, avergonzada—. Joder...lo siento mucho.

Sus ojos escrutan mi cara como si intentaran ver si hay algún cambio desde que nos separamos hace una semana entera.

—¿Por qué lo sientes?

—Por todo —confieso con seriedad, poniendo las palmas de las manos en sus mejillas.

Cierra los ojos y me inspira.

—Te perdono. Lo que sea que lamente, estás perdonada.

—¿Me vas a dejar libre tan fácilmente? —intento bromear para disminuir la pesadez de este momento.

—Sí.

—Trent. —Sacudo la cabeza, no quiero que empecemos con esta nota.

Si esta relación va a funcionar, tenemos que estar en paz.

No siempre puede perdonarme cuando meto la pata, igual que yo siempre lo haré responsable de sus errores. Quiero crecer con él, no forzarlo a estar siempre a mi alrededor.



—Espera... sólo espera —suplica antes de que tenga oportunidad de hablar—. Antes de que digas nada, escúchame. Por favor —insiste con tanta miseria en la voz que sería un monstruo sin corazón si no lo escuchara.

—Lo hice todo mal. Todo jodidamente mal —me explica mientras sus ojos siguen recorriendo cada centímetro de mi cara antes de posarse en los míos—. Esta última semana sin ti ha sido una agonía, Piper. Una puta agonía. Ahora entiendo por qué eras tan reacia a entregarte por completo a mí. Esta mierda del amor... es dura y dolorosa. Preferiría morir antes de querer que sufieras así, nunca. Así que si esto es todo lo que puedes darme, es suficiente. Iremos a tu propio ritmo. A cualquier ritmo que sea cómodo para ti. Porque lo que este tiempo separados me ha demostrado es que yo también la cagué. Me obstiné tanto en querer que fueras mía que perdí totalmente de vista la única cosa que debería haberte dicho desde el principio.

—¿Qué?

—Que soy tuyo. Total e irrevocablemente tuyo. Te amo, Piper. Con todo mi puto corazón, estoy *enamorado* de ti —se atraganta, sus emociones sacando lo mejor de él.

Se me humedecen los ojos ante su confesión y me dejo caer en su abrazo, llorando en cuanto oigo los latidos de su corazón gritando mi nombre.

Golpeando sólo para mí.

Porque es mío.

Total e irrevocablemente mío.

—Entonces, ¿supongo que sería descortés por mi parte no quedarme contigo?

Suelta una risita ahogada y me acerca la barbilla a su cara.

—¿Estás bien con esto? ¿Ser amada por mí?

—Lo único que quiero eres tú —respondo, sabiendo que es la única verdad que soy capaz de vocalizar ahora mismo, con tantas emociones nuevas golpeándome a diestra y siniestra.

—Bien, bien, amor. Porque me tienes, joder. Tienes mi corazón y mi alma en tus manos, Piper. Y mientras me lo permitas, te prometo que ahí se quedarán.



CAPÍTULO 27



TRENT

—S í, justo así. Mmm —gime Piper, clavándome las uñas en el pecho mientras rebota sobre mi polla.

Desde Nochevieja, cuando volvió conmigo, nos encerramos en su habitación, recuperando el tiempo perdido.

—Oh, Dios. Sí, sí, así —gime cuando le agarro un puñado de sus pechos y se los aprieto.

Mi Piper es muy vocal en el dormitorio, no es tímida a la hora de decirme lo que le gusta y lo que no.

Supongo que es bueno que una de las cosas que le encanta sea cabalgar mi polla en cuanto se despierta.

A la mierda el café de la mañana.

Esta es la mejor manera de empezar el día.

—Jesús, joder —gimo cuando su coño empieza a estrangularme la polla después de pellizcarle los pezones.

—Ya casi estoy. Ya casi estoy, amor. Aguanta —gime con los ojos cerrados, mientras sus cabellos dorados se mecen en todas direcciones.

Para ser una mujer que al principio odiaba que la llamaran nena o cariño o amor, Piper no tiene reparos en lanzar apelativos, a diestra y siniestra, cuando trata de montarse mis veintidós centímetros.

—¡Trent! —grita mientras aprieto los dientes, tratando de resistir que la hermosa mujer me folle hasta el olvido para que ella pueda correrse primero.

Porque conmigo, Piper siempre es lo primero.

En todo.

Especialmente cuando me estoy follando sus sesos.



O, en este caso, cuando se folla los míos.

—¡Oh, Dios! ¡Sí! ¡Así! ¡Sí! —grita cuando empiezo a penetrar su coño empapado, soltando mis manos de sus pechos para agarrarla por las caderas y mantenerla firme.

Los gemidos de su éxtasis me desencadenan cuando su dulce coño se aprieta alrededor de mí, ordeñando mi polla por todo su valor.

—¡Sí! —grita, encontrando por fin su nirvana mientras yo me aferro al mío.

Nos corremos al unísono, con las sienes sudorosas y la respiración agitada como testimonio del esfuerzo combinado que nos ha costado llegar a nuestro pequeño rincón del paraíso.

Y joder, si no es el lugar más bonito en el que estar.

Una vez pasada la euforia, Piper cae encima de mí, sin aliento y completamente saciada.

—Eso fue...

—Jodidamente increíble —termino para ella, besando la parte superior de su cabeza.

Se acurruca contra mí, apoyando la cabeza en mi pecho para oír cómo mi corazón empieza a latir más despacio.

Cada vez que hemos hecho el amor —y, sí, follar con la persona de la que estás enamorado es sinónimo de hacer el amor en mi libro—, Piper siempre encuentra la forma de apretar su oreja contra mi pecho, como si necesitara la seguridad de que mi corazón late sólo para ella.

Nunca le dije nada cuando lo hizo en el pasado porque Piper ya temía sus crecientes sentimientos hacia mí, pero ahora no se lo digo porque me gusta tener este secreto para mí solo.

Es mi forma de saber que me ama, aunque aún no se sienta cómoda diciéndolo.

La rodeo con mis brazos y la respiro, odiando que el mundo real nos espere fuera y que, tarde o temprano, tengamos que abandonar esta pequeña burbuja de amor que hemos creado para nosotros.

—Ja —dice en voz baja.

—¿Tienes algo en mente, gatita? Parece que acabas de tener una especie de epifanía. —Me río entre dientes, pasando los dedos por sus suaves mechones rubios.

—Algo así. Acabo de darme cuenta de que no he faltado ni un día al trabajo desde que empecé en ESA.

Mis cejas se pellizcan de confusión.

—¿Debería sentirme insultado de que mi polla a media asta siga dentro de ti y ya estés pensando en trabajar?

—No, idiota. —Suelta una risita, me da una palmada en el pecho y coloca la barbilla en el centro para mirarme—. Estaba aquí tumbada pensando que, aparte de los días de vacaciones obligatorios, nunca he faltado ni un solo día al trabajo. Ni



siquiera puse un día libre por enfermedad, ya que no había otra cosa que prefiriera hacer que ir a trabajar.

—Okeey —digo, aún sin entender lo que quiere decir con ese comentario improvisado.

—Pero ahora mismo... aquí en la cama contigo... ya no me siento así. No quiero ir a trabajar hoy. Prefiero quedarme aquí... contigo... en nuestra cama.

El corazón se me hincha en el pecho cuando su mirada penetra en mi alma.

Puede que Piper no tenga el valor de decir que me ama, pero me lo demuestra cada día.

Todo está en los pequeños detalles.

Cuando siento que mi polla vuelve a endurecerse, sólo con la mirada melancólica de sus ojos, gimo.

—Gatita, tendrían que sacar mi cuerpo frío y muerto de esta cama antes de que quisiera dejarla.

—Puaj. Entonces estaría saliendo con un tieso. Eso no es sexy —bromea juguetona.

—Gatita, lo único tieso aquí es mi polla. ¿Quieres que te folle en la ducha o aquí y ahora? Porque no puedes decirme cosas tan dulces como esa y no esperar ser recompensada adecuadamente por ello.

—Qué caballeroso por tu parte darme opciones. —Se ríe.

—Soy un caballero, después de todo —sonríe.

—En la cama, no.

—¿No? ¿Entonces qué soy?

—Una bestia que habla sucio —me incita, moviendo el culo, sabiendo muy bien que eso sólo me pone la polla más dura.

—Tic-tac, gatita. Esta bestia está empezando a perder la paciencia. ¿Ducha? ¿Cama? Elige.

—Si fueras un caballero de verdad, no me meterías prisa. —Finge inocencia mientras empieza a lamerme el pecho y me pestañea cuando me muerde la barbilla.

—Se acabó el tiempo —gruño, dándole la vuelta para que sea yo quien esté a horcajadas sobre ella.

—Eso no fue muy amable. —Se ríe de mi impaciencia.

—Y lo que voy a hacer a continuación tampoco lo es —replico bruscamente—. Ahora, sé una buena gatita y dame tu teléfono.

Aparta el brazo para alcanzar el teléfono de la mesilla y me lo lanza, dejándolo caer justo al lado de mi pierna.



La dejo donde está, relamiéndome los labios, pensando en todas las formas en que podría mancillarla. Cuando por fin me decido por una postura, mi sonrisa se dibuja ampliamente en mis labios.

—Oh, no. Conozco esa mirada. Tienes ese brillo travieso en los ojos. Estás tramando algo —afirma, familiarizada ya con todas mis expresiones—. ¿Debería preocuparme? —pregunta cuando fijo la almohada detrás de su cabeza para evitar que se golpee contra el cabecero.

—¿Confías en mí? —pregunto bruscamente.

—Por supuesto —me dice dulcemente.

Mi sonrisa de tiburón se ensancha cuando la agarro por los tobillos y le aprieto los pies antes de empujar sus piernas todo lo que puedo, feliz de verlas llegar justo detrás de sus orejas.

—Trent —dice, abriendo los ojos—. Trata de no romperme, ¿quieres?

—Shh, gatita. Tengo que hacer una llamada —me burlo, pulso unos botones y pongo el altavoz.

—¿Una llamada? ¿Ahora? —bromea, ya que ahora se encuentra en una posición bastante vulnerable.

—Se llama multitarea. —Le guiño un ojo mientras lubrico mis dedos con la combinación de sus jugos y mi semen y empiezo a jugar con su clítoris al sonar el timbre de su teléfono.

—Elite Sports Agency. ¿En qué puedo ayudarle? —responde la recepcionista.

—Trent —maúlla Piper suavemente mientras yo sigo acariciándole el clítoris y penetrando lentamente en su húmedo coño.

—¿Podría ponerme en contacto con Piper Lee? —pregunto sin perder el ritmo, ganándome una mirada confusa de mi mujer.

—¿Y quién puedo decir que llama?

—Trent Nichols.

—Muy bien, Sr. Nichols. Déjeme pasar la llamada a su oficina.

—Trent, no lo hagas —balbucea, con las mejillas sonrojadas al darse cuenta de lo que estoy tramando.

Me pongo un dedo en los labios para que guarde silencio, mientras los dedos índice y medio de la otra mano empiezan a acelerar su clítoris, al ritmo de mi polla.

—Oh, joder —maúlla, sus ojos vuelven a sus órbitas mientras su coño se contrae alrededor de mi dura longitud.

—Eso es, gatita. Toma. Tómallo todo —gruño, con las gotas de sudor empezando a caerme por los ojos a cada embestida.

—Oficina de Piper Lee. Toby al habla. La Srta. Lee no está en este momento, pero ¿en qué puedo ayudarle hoy, Sr. Nichols?



—Justo el hombre con el que quería hablar —sonríó siniestramente.

Piper sacude la cabeza, mordiéndose los nudillos para que Toby no oiga sus fuertes gritos de éxtasis.

—¿En serio? ¿Yo? —pregunta sorprendido.

—Sólo llamo para decir que la Srta. Lee no vendrá hoy a la oficina. Está... indispuesta.

—¿Oh? —replica preocupado—. ¿Está enferma? ¿Necesita algo?

—No, puedo garantizarte que está muy bien. De hecho, nunca se ha sentido mejor —gruño, penetrándole el coño sin piedad.

—De acuerdo —dice, confundido.

—Sólo pasa la nota. Y Toby, perdonaré ese besito en la fiesta de Navidad, pero si vuelvo a oír que tus labios se acercaron a mi mujer, te los arrancaré de cuajo. ¿Entendido?

—Yo... um... ¿sí? —tartamudea.

—¿Me lo preguntas o me lo dices? —gruño.

—Quiero decir, sí. Sí, señor. Seré extraprofesional para que el incidente no se repita.

—Asegúrate de que no lo haga, por tu bien. —Cuelgo el teléfono y lo tiro en algún sitio sobre el colchón.

—Es gay, idiota celoso —gime Piper en un gemido chillón, justo cuando meto mi polla tan dentro de ella que ya no sabe lo que es arriba o abajo.

—¿Es así? No importa. Lo has besado igual —le digo, acercándome a su cara—. Así que tenía que dejar claro que tus labios, los de arriba y abajo —recalco, dándole una palmada en el coño con la mano libre para asegurarme de que lo entiende—, son míos y de nadie más.

—Mmm —gime Piper, incapaz de arquear la espalda conmigo encima de ella y follándola contra el colchón.

En esta posición, sé que siente cada centímetro de mí. Atrapada y enjaulada así, tragándose mi polla hasta la empuñadura, está más allá de la puta perfección.

—Trent —suplica, perdida en un mar de sensaciones—. Deja de hablar y bésame de una vez.

—No hasta que tú lo digas —rujo, a punto de perder el control.

—Tú primero —aún tiene fuerza de voluntad para desafiarme.

Con mis dedos en su clítoris y mi polla todavía volviéndola loca de lujuria, digo las palabras que siempre fueron suyas, para empezar.

—Soy tuyo, Piper. Todo tuyo. Tienes mi cuerpo. Mi corazón. Mi puta alma. Tienes todo de mí. Sin ti, no soy nada.

Con mis palabras de amor cantando en su oído, su coño aprieta mi polla, apretando su agarre de la más gloriosa de las maneras dolorosas.

Joder.

Aprieto los ojos, me encanta cómo Piper se excita cada vez más cuando le digo lo mucho que significa para mí. Antes, mis palabras la habrían hecho huir, pero ahora le provocan una desesperación que solo puede saciarse con un polvo duro y unos dulces preliminares.

—Tu turno, gatita.

Utiliza todas las fuerzas que le quedan para abrir los párpados y poder mirarme directamente a los ojos.

—Soy tuya. Ahora y siempre. Tuya.

—Joder que sí —gruño, chocando mis labios con los suyos mientras conduzco hasta casa.

No tardamos en deshacernos al arrojarnos por el precipicio, sabiendo que cuando volvamos a nuestra llanura terrenal, estaremos allí para agarrarnos cuando caigamos.

Ahora y siempre.

Para siempre mía.

Siempre suyo.



Observo preocupado cómo Piper se pasea por la sala, pegada al teléfono, escuchando lo que Lottie dice al otro lado de la línea.

Sé que debe ser algo bastante grave, porque cuando oigo a mi mujer decir que va a matar a un hombre, no me cabe duda de que, si tiene la oportunidad, piensa hacerlo.

Y cuando mi Piper palidece y se le llenan los ojos de lágrimas, me encuentro deseando saber quién es ese cabrón para poder matarlo yo mismo.

—Sí, ve a la comisaría —solloza—. Voy para allá. Nos vemos allí. Yo también te quiero —dice antes de colgar el teléfono mientras sus rodillas ceden, haciéndola caer al suelo.

—¡Joder! ¡Piper! —grito, corriendo hacia ella y envolviéndola con mis brazos mientras llora en sus palmas—. ¿Qué te pasa? Dime qué está pasando.

—Coop... él... intentó... Oh, Dios mío... todo es culpa mía... todo es culpa mía —solloza, dándose la vuelta para rodearme con sus brazos y llorar en mi hombro.

—Shh, cariño. Lo que sea que esté mal, podemos resolverlo —susurro, besando el lado de su cabeza y apretando mi abrazo alrededor de ella.



—Si lo hubiera hecho... si ese monstruo hubiera herido a Lottie... por mi culpa... nunca me lo perdonaría —llora histérica.

La dejo llorar, sabiendo que no podrá explicar lo que le ha causado tanto dolor hasta que haya derramado todas sus lágrimas.

—Ayúdame a levantarme del suelo, Trent —dice en tono débil después de unos minutos—. Tenemos que reunirnos con Lottie en la comisaría del distrito A-1. Nathan ha sido arrestado.

—¿Qué? ¿Cómo? —pregunto, ayudando a mi amor a ponerse en pie mientras simultáneamente me pregunto qué habrá hecho Wilder para que le encierren.

Pensaba que había pasado página, pero si está en la cárcel, significa que ha vuelto a dejarse llevar por la ira. Y si Charlotte Moore está involucrada, la persona con la que descargó su ira probablemente ya esté en una bolsa para cadáveres.

Le quito las lágrimas de la cara a Piper, que se tranquiliza lo suficiente para explicarme lo que ha pasado.

—¿Recuerdas cuando te dije que Lottie dejó a ese bastardo, Coop, para estar con Nathan?

Asiento con la cabeza, sin querer interrumpir sus pensamientos.

—Bueno, el cabrón la emboscó en su antiguo apartamento cuando estaba recogiendo el resto de sus cosas esta tarde. Y él... y él... la agredió.

—Mierda —rujo, agarrando a Piper por la nuca para poder abrazarla con fuerza—. Lo siento mucho, cariño. Lo siento mucho. ¿Está bien?

Piper sacude la cabeza, sus lágrimas se filtran a través de la tela de mi camisa.

—Nathan pudo llegar a tiempo antes de que pudiera...

—Shh, amor. Lo entiendo —le susurro, sin querer que piense en esa palabra y mucho menos que la diga en voz alta.

—Han llevado a Cooper al hospital después de que la policía arrestara a Nathan.

—¿Así que el ex de Lottie sigue vivo? —pregunto, sorprendido, ya que habría matado a cualquiera que se atreviera a poner una mano maliciosa sobre mi Piper.

—Lo está. O al menos creo que lo está. Lottie no está segura. Está demasiado molesta porque Nathan está encerrado como para preocuparse por otra cosa.

Asiento con la cabeza porque es comprensible que su amiga siga en estado de shock después de la terrible experiencia que ha pasado.

Mi Piper parece igual de conmocionada, y recuerdo que mencionó sentirse responsable de la agresión de su amiga.

—¿A qué te referías cuando dijiste que era culpa tuya? —pregunto con cautela.

—Porque lo es —solloza de nuevo—. Coop culpa a Lottie por ese estúpido vídeo que subí a Internet, que también envié a sus padres y a su oficina. Le echó la culpa porque en el vídeo aparecía metiéndose coca con dos prostitutas, y por eso

perdió su trabajo, y sus padres le cortaron el grifo para siempre. ¡Yo hice esto! ¡Yo! Yo y mi temperamento hicimos esto. Y ahora mi mejor amiga está herida mientras el amor de su vida está entre rejas. Nunca me lo perdonaré. Nunca —grita, y la culpa vuelve a ella con toda su fuerza.

—Shh, cariño —le arrullo, rozándole la nuca mientras sigue llorando en mi hombro—. Esto no es culpa tuya. Es culpa suya. Él es el monstruo culpable, no tú. Sólo actuabas en defensa de tu amiga. La forma en que proteges a las personas que amas fue una de las razones por las que me enamoré de ti. No hiciste nada malo, Piper. Él lo hizo. Él es el único culpable.

—Pero si... yo no hubiera publicado ese vídeo —balbucea.

—Entonces habría encontrado otra excusa para herir a Lottie. Los hombres así, con grandes y frágiles egos, no toman bien el rechazo. No tienes más culpa de tus acciones que Lottie de las suyas. Él es el verdadero monstruo en esta ecuación. Nadie más.

Espero pacientemente a que mis palabras calen y empiecen a tener sentido para ella.

Conozco a mi mujer.

En el fondo de su mente, siempre se preguntará, ¿y si...?

Pero también es lo suficientemente inteligente como para saber que mi razonamiento también es válido.

Me admitió que nunca le agradó el ex de Lottie. Que su intuición siempre le dijo que era un mal tipo.

Sólo que nunca imaginó hasta qué punto.

Ahora, todo el mundo lo sabrá.

Si Nathan no fue capaz de matar al bastardo con sus propias manos, me reconforta saber que hay otras formas de arruinarlo.

Cooper ya ha perdido su trabajo y el apoyo de su familia.

Como la dignidad no es algo que un hombre así haya tenido nunca, lo único que le queda por perder es su libertad.

Sea cual sea el resultado de Nathan con la policía, Charlotte tiene que presentar una denuncia oficial por agresión contra ese cabrón. Será algo insoportable para ella si va a juicio, comparecer ante el tribunal para dar testimonio de todo lo que él le hizo, pero la justicia tiene que prevalecer. Si Charlotte se parece en algo a mi Piper, y estoy seguro de que así es teniendo en cuenta que las dos son tan unidas, hará acopio de todo su valor para asegurarse de que Cooper no vuelva a ver la luz del día.

Y si la justicia falla y sale impune, estoy seguro de que Wilder no necesitará que lo anime cuando me ofrezca a ayudarlo a ajustar cuentas.

Puede que haya ido ascendiendo con los años, pero nací y me crié en Roxbury.

Y de donde yo vengo, toda deuda tiene que ser pagada, de una forma u otra.



rivals

pucking hearts • 2

Este supuesto Cooper hirió a Charlotte y, a su vez, causó dolor a mi Piper.

De ninguna manera lo dejaré pasar.

Y con la ayuda de Nathan, no tendré que hacerlo.



269



power
play

IVY FOX

CAPÍTULO 28



PIPER

En cuanto veo a Lottie saludar desde nuestra mesa, me invade una sensación de déjà vu. Inmediatamente corro hacia ella, sin importarme si tropiezo con algunas personas por el camino, ansiosa por abrazar a mi mejor amiga.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto con auténtica preocupación, teniendo en cuenta que sólo han pasado unos días desde aquel horrible incidente.

—Estoy bien. Aunque eso podría cambiar, ya que siento que estás a punto de romperme una costilla con lo fuerte que me estás abrazando ahora mismo —bromea juguetonamente.

—Lo siento —le contesto, soltándola—. Aún estoy tratando de procesar todo lo que ha pasado recientemente, así que me siento un poco protectora contigo.

—¿Quieres decir más de lo habitual? —Ella sonríe ampliamente.

—Dios, eres increíble —digo, incapaz de contener mi asombro ante ella—. Acabas de tener que soportar algo insoportablemente traumático, y aun así, de alguna manera te las arreglas para mantener una sonrisa en la cara. ¿Cómo carajos lo haces, Lottie? Porque, sinceramente, estoy perdiendo la cabeza.

—¿Qué tal si primero nos sentamos y tomamos un poco de vino? —sugiere con calma, deslizándose hacia su lado del reservado mientras yo me siento frente a ella.

—¿Es ese el secreto para que estés tan tranquila? ¿El alcohol? Porque si es así, voy a pedir dos botellas de Merlot ahora mismo. —Me río torpemente, estirando los brazos por encima de la mesa para tomar sus manos entre las mías.

—El vino ayuda —sonríe suavemente—, pero saco fuerzas del amor y el apoyo de todos mis seres queridos: tú, tu madre, mis padres, mi familia y, sobre todo, Nate. Él ha sido mi roca durante todo esto. Si te soy sincera, probablemente sería un caso perdido sin él.



—Me alegro por ti, Lottie. De verdad. Tú y Nathan están hechos el uno para el otro —respondo con seriedad.

Vi cuánto la amaba cuando volvimos a Cape Cod y cuando la llevé a su casa en Nochevieja. Pero si quedaba alguna duda de que era el hombre adecuado para ella, se disipó el día que esperamos su liberación en la comisaría. La forma en que cargó por ella y la abrazó como si fuera lo más preciado en esta tierra... se parecía demasiado a la forma en que Trent me trata. Nathan no parecía un hombre que se arrepintiera de lo que le había hecho al idiota de su ex. Parecía un hombre que quemaría el mundo entero si alguien se atreviera a herir a su amor de nuevo.

Y por la expresión de ira en la cara de Trent, mi hombre no se lo pensaría dos veces antes de darle el queroseno y las cerillas para hacerlo.

Después de que el camarero toma nota de nuestro pedido y trae el vino, empezamos a discutir en detalle el caso de Lottie y Nathan. Por suerte, ambos tienen a Laurie en su esquina, con la mejor representación legal que el dinero puede comprar. Su abogada prácticamente ha garantizado que la acusación de Nathan por agresión con lesiones no llegará a ninguna parte. Teniendo en cuenta las circunstancias que provocaron su ira ciega en primer lugar, incluso si el caso llega a los tribunales, es muy probable que sólo reciba un tirón de orejas, seguido de libertad condicional y clases de control de la ira ordenadas por el tribunal.

Aun así, es algo muy pesado que pende sobre sus cabezas.

Especialmente con la forma en que los medios de comunicación están dando vueltas a todo este calvario.

Lottie ha intentado aclarar las cosas hablando con algunos periodistas. Sin embargo, algunos medios de comunicación siguen presentando a Nathan como el villano de todo este asunto en lugar del bastardo de Cooper. Tal y como están las cosas, parece que serán los fans los que tengan que decidir sobre el jugador estrella de los Guardians, lo que no augura nada bueno, teniendo en cuenta lo que tardaron en perdonarlo por aquella pelea en el bar.

—Basta de hablar de mí. —Lottie se aleja, poco dispuesta a hablar de cosas fuera de su control—. Quiero oír hablar de ti.

—¿De mí?

Ella asiente.

—Así es, señorita. De ti. Me has estado ocultando cosas, y creo que ya es hora de que me digas qué pasa realmente entre tú y el gerente de los Guardians, Trent Nichols.

—Creo que ya tienes bastante con lo tuyo como para preocuparte por mí, Lottie —intento desviar la atención, ya que me parece mal presumir de mi felicidad cuando su vida está tan desordenada.

—Pero estoy preocupada —dice, suavizando su mirada—. ¿Qué está pasando realmente entre ustedes? Y no me digas que es sólo sexo porque sé lo que vi en la comisaría.



—¿Qué has visto? —indago, preguntándome hasta dónde llega su intuición.

—¿De verdad quieres que lo diga? —Arquea una ceja—. De acuerdo. Entonces, creo que estás enamorada de él. —No puedo ocultar mi sonrisa cuando las palabras salen de su boca—. ¡Dios mío, lo estás! —chilla sorprendida, tapándose rápidamente la boca con las manos.

—Todo el mundo nos está mirando —comento sin poder evitar sonreír como una tonta enamorada.

—No me lo puedo creer —dice, desconcertada y asombrada—. Sólo lo dije para ver si confesabas, pero nunca imaginé que realmente estuvieras enamorada.

—Técnicamente, aún no he confirmado ni desmentido nada.

—No hace falta. Esa sonrisa bobalicona lo dice todo. Vaya. Piper Lee. Enamorada. Juro que pensé que nunca vería el día.

—Créeme, para mí también fue un shock total. —Me río.

—¿Es bueno contigo? —pregunta, repentinamente aprensiva—. Quiero decir, ¿es el hombre adecuado para ti?

—Dímelo tú —digo antes de entrar en un relato prolijo y detallado de todo lo ocurrido desde el verano pasado.

Cuando termino, Lottie tiene los ojos llenos de lágrimas de felicidad.

—Retiro lo que dije. Trent merece una medalla después de todo lo que soportó para ganar tu corazón.

—Realmente no le hice la vida fácil, ¿verdad? —Sonrío tímidamente.

—Nop —hace saltar la 'p' al final—. Sólo te demuestra que debe estar realmente enamorado de ti si luchó tanto para que te enamoraras de él. ¿Le has dicho ya lo que sientes?

—De un modo u otro —me muerdo el labio inferior.

—Jesús, Piper. Por favor, dime que al menos le has dicho que lo amas.

—Todavía no estoy preparada. Sé que lo amo y lo siento en el corazón cada vez que lo miro, pero aún no estoy ahí —le digo sinceramente.

Su mirada se suaviza ante el miedo persistente que aún ve en mi mirada.

—Está bien, Piper. Supongo que la gente ama de forma diferente, y eso está perfectamente bien. No hay un libro de reglas para el amor. Quiero decir, míranos a mí y a Nate, por ejemplo. Tardé menos de veinticuatro horas en mudarme con él y comprometerme. —Se ríe—. No te sientas presionada a vivir la vida como la sociedad espera que lo hagas. Vive la vida a tu manera. Pero créeme, una persona que no pudo expresar su amor por el hombre que amaba sólo porque se sentía obligada a ser leal a alguien que no se lo merecía. Mi consejo es que cuando ames a alguien, no esperes demasiado para decírselo. La vida es demasiado corta, Piper. Nunca sabes si perderás tu oportunidad.

Asimilo su sabio consejo y reflexiono sobre él un momento.



Sé que tiene razón.

Sé que Trent merece escuchar las palabras que anhela.

Pero también me conozco a mí misma.

No quiero forzar las palabras si no estoy preparada para decirlas.

No quiero forzar nada entre nosotros, mucho menos mi profesión de amor.

Cuando llegue el momento, se sentirá bien.

Hasta que lo haga, tendré que demostrarle a Trent lo mucho que significa para mí de otras maneras.

Después de comer con Lottie, decido visitar a Trent antes de volver a ESA. Aunque tendrá que ser una visita rápida, ya que esta semana me falta un asistente. Le di a Toby el resto de la semana libre para compensar el fiasco del beso en la fiesta de Navidad y la no tan sutil llamada amenazadora de Trent. Tenía que compensarle de alguna manera. Así que organicé unas pequeñas vacaciones para él y su novio en una bonita posada en Martha's Vineyard, totalmente pagadas por mi servidor. Era lo menos que podía hacer por involucrarlo en nuestro drama.

—Hola, gatita. ¿Cómo lo lleva Charlotte? —me pregunta Trent cuando entro en su despacho.

—Lo mejor que se puede esperar. Está aguantando —le digo, acercándome a su mesa y sentándome en su regazo.

Trent me rodea con un brazo protector y me levanta la barbilla para que sus ojos se encuentren con los míos.

—¿Y qué hay de ti, amor? ¿Cómo te sientes?

—Me sentiría mucho mejor si recibiera un beso de mi hombre.

—Qué grosero por mi parte —replica, su mirada se ensombrece mientras se inclina y presiona sus labios sobre los míos.

Me derrito dentro de él cuando su lengua me roza el labio inferior antes de romper su sello y encontrarse con su contraparte. Le tiro del cabello negro y él me agarra suavemente por el cuello, llevando nuestro inocente beso a terrenos más salados.

Nos interrumpe Brigitte llamando al teléfono de su mesa, obligándonos a no ceder a nuestro deseo.

—Más vale que sea a vida o muerte, Brigitte —gruñe una vez que responde a su llamada.

—Tengo a Nathan Wilder aquí fuera queriendo hablar con usted, Sr. Nichols. ¿Le digo que vuelva?

Trent me mira esperanzado, pero yo niego con la cabeza y me bajo de su regazo.

—No. Que pase —gime Trent decepcionado, arreglándose los pantalones para ocultar el duro bulto que le ha salido con un besito.



Un segundo después, entra Nathan, con cara de haber pasado por un mal trago.

—Nichols. Lee. ¿Es un buen momento? —pregunta, su mirada rebota en nuestros rostros sospechosamente—. Espero no interrumpir.

—Para nada. —Sonrío.

—Lo haces. —Trent frunce el ceño.

—Puedo volver en otro momento —dice vacilante, dando ya un paso atrás hacia la puerta.

—No seas tonto. —Agito la mano mientras mi hombre parece que nada le gustaría más que echar a Nathan de su despacho para continuar nuestro beso.

—No le robaré demasiado tiempo —explica, caminando hacia las sillas situadas frente al escritorio de Trent.

Permanezco pegada a mi sitio, de pie junto a Trent, ya que sus dedos recorren mi pierna desnuda de arriba abajo.

Por suerte, el gran escritorio de Trent oculta el cariño, pero apuesto a que Nathan sospecha que su gerente está preocupado por otra cosa.

—En primer lugar, me gustaría agradecerles a ustedes y al club todo el apoyo que me han mostrado. Aprecio profundamente todo lo que han hecho, incluido el anuncio oficial del club apoyándome y disipando el rumor de mi suspensión tras los recientes acontecimientos.

—No hay problema —responde Trent—, aunque mi oferta sigue en pie si quieres pedir una excedencia para cuidar de Charlotte. Sé que el equipo tiene un partido importante con los Chicago Titans este fin de semana, pero estoy seguro de que tus compañeros y el entrenador Byrne entenderán si necesitas algo de tiempo para ti y tu novia.

—En realidad, es por Lottie que estoy aquí.

—¿Oh? —interrumpo, preguntándome qué podría necesitar de Trent con respecto a Lottie.

—Yo... hace poco le pedí que se casara conmigo —dice, con las mejillas sonrosadas.

—Sí, Piper me lo dijo —sonríe Trent, apretando mi pantorrilla—. Supongo que hay que felicitarte. Has tenido una semana muy ocupada.

—Mmm. —Nathan asiente—. Pero lo hice todo mal, y me gustaría hacerlo bien.

Estoy a punto de preguntarle qué quiere decir con eso, pero Trent se me adelanta y me pregunta:

—¿Qué necesitas?

—Si te parece bien, me gustaría que me dieras permiso para usar la pista de hielo la semana que viene y así poder pedirle matrimonio como es debido. Esta vez, con toda la familia y amigos de Lottie presentes —explica con emoción.



—¿Estás seguro de esto? —interrumpo, sintiendo que tengo que ser la voz de la cautela—. Acaban de conocerse y no han tenido precisamente el mejor comienzo.

—No importa cómo empezamos. Lo que importa es cómo terminamos. Lottie es mi todo. Y aunque ella ya dijo que sí a casarse conmigo, quiero hacer mi propuesta bien, delante de toda su familia y amigos, como ella se merece. Porque Lottie... se merece todo y más.

Lo dice con tanta convicción que me impresiona lo mucho que siente cada una de sus palabras.

—Guau. Bien. Realmente vas por ello, ¿eh?

—No hay otra forma de ser. Cuando lo sabes, lo sabes. ¿No? —Se encoge de hombros.

—A Nathan siempre le ha costado encontrar las palabras adecuadas —bromeo, mirando a un silencioso Trent.

—Oh, no lo sé. Creo que lo ha dicho perfectamente —defiende Trent, mirándome fijamente a los ojos con tanto amor incrustado en ellos que me deja sin aliento. Luego vuelve a centrar su atención en Nathan y le da su pleno consentimiento—. Tienes la pista a tu entera disposición. Si necesitas algo más para la ocasión, dímelo.

—Gracias. —Sonríe, extasiado, mientras se levanta de su asiento—. Y Piper, si pudieras no decirle nada a Lottie, te estaría eternamente agradecido. Quiero que sea una sorpresa.

—Por supuesto. Aunque odio guardarle un secreto tan grande, me alegro de guardar éste. —Sonríe—. Dime cuándo va a ser la gran proposición para que no me pierda ni un segundo.

—No te preocupes —sonríe ampliamente—. No se me ocurriría no invitarlos a ti y a Trent.

—¿A mí? —pregunta Trent, sorprendido.

—Bueno, sí —replica, su amplia sonrisa se estira aún más mientras su mirada rebota una vez más de mi cara a la de Trent—. Piper y tú son familia. No se puede hacer esto sin la familia. —Me guiña un ojo y se marcha, sin darse cuenta de que acaba de tirar de la manta bajo los pies de Trent.

—Bueno, ¿mira eso? —susurra Trent con asombro.

Estoy a punto de burlarme un poco de él porque tiene la sonrisa más boba en los labios cuando siento que mi teléfono vibra en el bolso.

—Maldita sea, tengo que volver a la oficina —gimo antes de leer el texto, suponiendo que sólo puede estar relacionado con el trabajo.

Pero mi ceño se frunce aún más cuando veo un mensaje de Ethan Flynn, mi némesis ProStar.

Ethan: Vamos a ver cómo le das la vuelta esto, perra.

Debajo del crudo texto hay un enlace nada menos que al sitio web que se ha empeñado en difamar a Nathan durante los últimos meses.

Abro el enlace y veo un enorme artículo sobre su distanciada madre y cómo lo describe como un hijo insensible y frío, indiferente incluso a visitar a su propio padre en su lecho de muerte.

—¡Maldita sea! —grito, estrangulando mi teléfono en la mano.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando? —pregunta Trent preocupado, levantándose de su asiento y quitándose el teléfono de las manos para leer el artículo.

—¡Dios, soy estúpido! Debería haber sabido que esa rata bastarda estaba detrás de esto. Voy a matarlo —escupo, ahora caminando como una loca sobre la alfombra de Trent.

—Tranquila, gatita. Guarda las garras —dice Trent con calma mientras sigue leyendo cada línea del artículo—. Hay más de una forma de despellejar a un gato, o en este caso, a una comadreja. Aunque el daño corporal puede satisfacer tus ansias de sangre, no te conseguirá lo que quieres.

Aunque estoy más que enfurecida, me tomo un momento para pensarlo.

¿Qué quiero aparte de ver la cabeza cortada de Ethan Flynn flotando en el Charles?

¿Qué es lo que quiero?

—Quiero que sienta lo que se siente cuando otro va por sus clientes —digo finalmente, ganándome una sonrisa orgullosa de mi hombre.

—¿Y cómo lo harás?

—De la manera honesta. No voy a rebajarme a su nivel. No. Pero le daré una lección que nunca olvidará.

—¿Y qué lección es esa? —Trent pregunta, envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura.

—Que cuando vienes por los míos, yo voy por los tuyos.

—Así es, nena. —Los ojos oscuros de Trent brillan de orgullo—. Demuéstrale que jodió con la mujer equivocada. *Mi mujer*.

Su confianza en mí me hincha el corazón al doble de su tamaño y, de repente, siento el impulso de decirle que le amo con todo mi corazón.

Estoy a punto de abrir la boca y decir exactamente eso cuando Brigitte llama a la puerta.

—Siento mucho interrumpir, pero el publicista del club ha solicitado una reunión urgente con la dirección.



—Estoy bastante seguro de que ya sé de qué va. —Trent deja escapar una exhalación exagerada antes de darme un rápido besito en los labios para seguir a Brigitte por la puerta.

—¿Trent? —lo llamo antes de que se vaya.

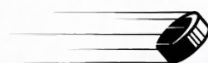
—¿Sí, gatita? —replica expectante.

Pero el nervio me abandona.

—Nada. ¿Nos vemos en casa?

—Cuenta con ello. —Guiña un ojo—. Ahora vete y dale un infierno a ese cabrón. Te amo.

—Yo también te amo —susurro cuando se ha ido.



—Señorita Lee —saluda Benjamin Flynn con entusiasmo, levantándose de su silla cuando me acerco a su mesa.

—Hola, Sr. Flynn —respondo, estrechándole la mano.

—¿Cuántas veces debo insistir en que me llames Benjamin? —Sonríe ampliamente—. Qué alegría verte aquí. ¿Estás cenando sola? —pregunta mientras observa el concurrido restaurante, concluyendo que estoy sola cuando parece que nadie me está esperando—. ¿Te gustaría cenar conmigo y con mi hijo? Ethan está atendiendo una llamada fuera, pero estoy seguro de que no le importará que nos acompañes.

—Es muy amable de su parte, Benjamin, pero me temo que tendré que declinar —respondo cortésmente—. Sin embargo, me gustaría un momento de su tiempo, si le parece bien.

—Claro que sí. Por favor —dice, señalando la silla vacía frente a él—. Toma asiento.

Le doy las gracias de nuevo y me siento.

—Por casualidad, ¿esta visita improvisada significa que has considerado mi oferta? —Sus ojos amistosos brillan—. Como he dicho antes, podrías llegar muy lejos en ProStar. Nos vendría bien una agente de tu calibre.

—Gracias por la generosa oferta, pero como ya le he explicado en ocasiones anteriores, estoy muy contenta con mi actual puesto en ESA. Aun así, siempre es halagador oír que otras agencias también aprecian mi duro trabajo.

—¿Cómo podrían no hacerlo? —suelta con seriedad—. Todo el mundo sabe que Piper Lee es la agente deportiva a contratar en esta ciudad. Acabo de oír que le conseguiste a Jack Donavan casi cien millones por un contrato de ocho años con los Boston Guardians. Muy impresionante. ESA tiene mucha suerte de tenerte, pero si alguna vez no te sientes apreciada allí, sabes que mi puerta está siempre abierta.



Sonríó agradecida por sus amables palabras, sobre todo porque sé que son sinceras.

Aunque desprecio a Ethan, siempre me ha agradado Benjamin.

A diferencia de su hijo sin escrúpulos ni ética, Benjamin construyó su agencia desde los cimientos siendo honorable y trabajador. Siento un inmenso respeto por él, aunque no tenga ningún deseo de trabajar para ProStar. Elite Sports Agency me dio una oportunidad cuando la mayoría de las agencias ni siquiera me dejaban pasar por sus puertas. Incluso hoy en día, muchas agencias siguen despreciando que las mujeres tengan algún tipo de papel en el mundo del deporte, y mucho menos que les dejen representar a sus clientes de renombre. Sí, con los años, las cosas han mejorado. Sin embargo, aún queda mucho camino por recorrer para que las mujeres desempeñen un papel activo en el mundo de la gestión deportiva. Aún quedan muchos techos altos por romper.

ESA creyó en mí y en mis habilidades antes que nadie. Y por esa razón, siempre les seré leal, no importa cuántas veces Benjamin Flynn me ofrezca unirme a ProStar.

—Ahora bien, si no es un trabajo lo que te interesa, ¿a qué debo el placer de este encuentro inesperado?

—En primer lugar, me gustaría disculparme por tenderle una emboscada en la cena, pero cuando llamé a su despacho, su secretaria me dijo que le encontraría aquí —empiezo a explicar—. Si prefiere que organice una reunión con usted mañana en la sede de ProStar, estaré encantada de hacerlo. Pero por respeto a usted y a su empresa, he pensado que es mejor que le revele una información preocupante en un ambiente más informal.

—Querida Piper, me tienes intrigado —dice, con una gran sonrisa en la cara, haciéndome sentir un poco culpable de que, en un segundo, no tenga motivos para quedársela.

—Me temo que tiene que ver con su hijo, Ethan.

Las palabras apenas salen de mis labios cuando Benjamin adopta una nueva actitud más severa, su sonrisa no está a la vista como sospechaba.

—¿Qué ha hecho ahora el idiota de mi hijo? —refunfuña.

Empiezo a explicarle con todo detalle cómo Ethan creó un sitio web con el único propósito de difamar a mi cliente, Nathan, para que perdiera su trabajo con los Guardians. Le enseño el artículo que subió hace unos días, lleno de falsas declaraciones inculpativas de la madre de Nathan, de la que está separado, y de otras fuentes desconocidas, con el objetivo de destruir la reputación de Nathan.

—¿Eso no tiene ningún sentido? ¿Por qué se tomaría Ethan tantas molestias? Nathan Wilder no es nada para nosotros —lo defiende rápidamente Benjamin.

—En realidad me hice esa misma pregunta. ¿Qué ganaría Ethan con que mi cliente perdiera su trabajo? —pregunto—. Pero entonces recordé cierta conversación que tuvo conmigo el verano pasado. Se regodeó en el fichaje de Henri “La Pared” Girard por ProStar y en que su nuevo cliente quería dejar los Blizzards de Ontario



para mudarse a Estados Unidos. También insinuó que Henri sería un fichaje perfecto para los Guardians y lo fortuito que era, ya que Nathan iba a perder su puesto en el equipo de todos modos. Así que hice lo que haría cualquier buen agente deportivo.

Cuando la mandíbula de Benjamin empieza a temblar, sé que se da cuenta de a dónde quiero llegar.

—Llamé a Henri —digo claramente.

—Claro que sí —Benjamin exhala bruscamente—. ¿Y déjame adivinar? Henri te dijo que sólo firmó con ProStar porque Ethan le prometió los Guardians, ¿correcto?

—Me temo que sí.

—Idiota. —Benjamin sacude la cabeza con disgusto—. Regla básica en ser agente deportivo: nunca ofrezcas algo a tu cliente a menos que estés absolutamente seguro de que puedes cumplirlo. Consigue siempre la oferta por escrito antes de decirle nada a un cliente.

—Oh, Ethan lo tiene por escrito, de acuerdo —interrumpo—. Si revisa el contrato de Henri, verá una cláusula de seis meses en él. Una cláusula que dice claramente que si Ethan no puede conseguir un contrato para Henri en un equipo de hockey estadounidense dentro de su periodo de prueba de seis meses, entonces el contrato queda anulado. No sólo eso, sino que también hay otra cláusula que obliga a ProStar a pagar un millón de dólares a Henri por daños punitivos, en compensación por el tiempo que perdió con Ethan cuando podría haber estado con un agente más experimentado que le hubiera conseguido el contrato que quería.

—¿Me estás tomando el pelo? —Los ojos de Benjamin se abren de par en par por el asombro.

—Me temo que no. —Sacudo la cabeza, sintiendo un poco de pena de que tenga que lidiar con este desastre de situación.

Pero, por otra parte, nunca debería haberle dado a Ethan las llaves de su reino si pensaba que su hijo no podría soportar la presión.

—Por desgracia, tengo más malas noticias.

—Me da miedo preguntar —murmura, clavándose los dedos en el cabello canoso con frustración—. Continúa, Piper. Aunque ya sospecho lo que vas a decir.

—Durante nuestra llamada, me enteré de que el único deseo de Henri de trasladarse a Estados Unidos se debe a que su nueva esposa es estadounidense, de Chicago, para ser más exactos, y le gustaría vivir más cerca de su familia. Como Henri no se inclinaba por ningún equipo en concreto, me tomé la libertad de ponerme en contacto yo mismo con los Chicago Titans. Resulta que tienen un puesto para Henri la próxima temporada si él lo desea, y se lo han garantizado por escrito —explico con rotundidad—. Después de discutir este posible acuerdo con él, Henri afirmó que dejará que expire el periodo de seis meses con ProStar, y entonces firmará conmigo y con ESA para que lo representemos.

—Como he dicho, impresionante —gime Benjamin con una débil sonrisa—. Supongo que también te pondrás en contacto con los otros clientes de Ethan.



Asiento con la cabeza.

—Ethan siempre ha tenido muy claro que no tiene en cuenta los intereses de sus clientes. Y ahora que su desviación y deshonestidad van a salir a la luz, creo que es justo que ofrezca mis servicios a sus clientes para que puedan estar lo más lejos posible de la tóxica y mala prensa que su hijo está a punto de adquirir.

—Salir a la luz ¿eh? Déjame adivinar. ¿Vas a llevar a mi hijo a juicio por difamación?

—He dado instrucciones a Nathan para que lo haga, sí. —Asiento, manteniendo el contacto visual con él en todo momento.

—Eres todo un tiburón, señorita Lee. Honorable, sí, pero no por ello menos mortífera —reprende con un deje de admiración en la mirada y una pequeña sonrisa en los labios. Cuando su mirada pasa de la estima a la decepción, sé que ya no me mira a mí, sino al hijo pródigo que ahora camina hacia nosotros.

Me levanto rápidamente de la silla de Ethan cuando pasa a mi lado con esa sonrisa de suficiencia, pensando que me ha superado con ese maldito artículo.

—Bueno, hola, Piper. ¿Eres la camarera de turno esta noche? ¿Finalmente ESA patear el culo a la calle? —Ethan se ríe burlonamente.

—¡Cállate, Ethan, y siéntate! —Benjamin frunce el ceño.

La sonrisa de suficiencia de Ethan se desvanece cuando su mirada confusa rebota en mí y en su enfurecido padre.

—¿Qué está pasando?

—Tenemos algunos asuntos urgentes que discutir. Estás en una posición precaria en ProStar, por un lado, y tu inminente acción legal, por otro. ¿En qué estabas pensando? Debería echarte a los lobos yo mismo en vez de lidiar con tu incompetencia.

—¿Espera? ¡¿Qué?! —Ethan se atraganta—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué coño está pasando?

—Te dejo manejar esto, Benjamin. Y de nuevo, espero que esto no cambie tu opinión sobre mí. Solo hago lo que haría cualquier buen agente deportivo en mi lugar —interrumpo, sabiendo que es mi señal para irme.

—Puedo respetarlo, aunque no me guste —afirma Benjamin con frialdad—. Gracias por alertarme de esto. Puedo garantizar que el asunto será rápidamente resuelto.

Antes de dejar que padre e hijo se ocupen del desastre que acabo de dejar a sus pies, me inclino hacia el oído de Ethan y le susurro las palabras que me moría por decirle desde que vi su cara de suficiencia:

—¿Quién es la perra ahora, perra?



CAPÍTULO 29



TRENT

Tengo que reconocérselo a Wilder. Cuando quiere algo, no hay nada que no haga para conseguirlo.

Por suerte para él, Charlotte parece compartir su creencia de que la vida es demasiado corta para no vivirla al máximo.

No había pasado ni un mes desde que le propuso matrimonio oficialmente sobre el hielo, con la presencia de todos sus amigos y familiares, y ya habían decidido casarse, nada menos que el día de San Valentín.

No suelo ser el tipo de persona que se emociona con gestos tan románticos, pero incluso yo tengo que admitir que toda la ceremonia fue muy conmovedora.

Para un hombre del que Piper dice que no es muy bueno con las palabras, seguro que expresó perfectamente su amor a Charlotte en ese altar.

No hubo un ojo seco después de ese romántico discurso.

Pero mientras todos se concentraban en la novia y el novio declarándose su amor eterno, mi atención se centró únicamente en la impresionante mujer que estaba de pie junto a la novia, con cara de llorar de felicidad por su amiga.

Piper fue todo lo que vi.

Pero en ese momento, la vi con un vestido blanco vaporoso, una magnolia blanca y rosa enhebrada en su cabello rubio y mi anillo en su dedo.

Nunca he sido un envidioso, ya que aborrezco ese sentimiento mezquino, pero incluso yo sentí una punzada de envidia de que Wilder pudiera conseguir su “felices para siempre” tan rápidamente.

No es que le haya resultado fácil. Tanto él como Charlotte han sufrido grandes obstáculos para llegar a donde están ahora.

Pero aun así...

Hubiera sido bonito estar en el camino que están ahora.
 No es que me queje.
 Estar con Piper ha sido lo mejor que me ha pasado nunca.
 Amarla cada día es una jodida bendición, y no cambiaría ni un solo momento de los que hemos compartido.
 La vida es buena.
 La vida es más que buena.
 Es jodidamente perfecta.
 Entonces, ¿por qué siento que quiero más?
 —Deberíamos irnos a vivir juntos —suelto entre el mar de gente que baila en la recepción del hotel.
 —Tenía la impresión de que ya lo hacíamos —bromea Piper, balanceándose al ritmo de la música con la cabeza apoyada en mi pecho.
 Le levanto la barbilla y la miro a los ojos.
 —Lo que quería decir es... —Trago saliva vacilante porque sé que presionar a Piper antes de que esté lista podría volverse en mi contra—, que deberíamos comprar una casa. Una que sea sólo nuestra.
 Me mira como si de repente estuviera hablando en un idioma extranjero, lo que me hace respirar hondo y explicarle todo mi proceso de pensamiento.
 —Mi penthouse ya debe tener telarañas ya que pasamos todo el tiempo en tu casa. Estaría bien que empezáramos a pensar en nuestro futuro y en cómo podría ser. Podría vender el penthouse y trasladarlo todo a tu casa si eso es lo que quieres. Pero pensé en decirlo para que sepas dónde tengo la cabeza.
 Cuando una lenta sonrisa comienza a formarse en sus labios, mi ansiedad disminuye un poco.
 —¿En qué estás pensando? —le pregunto cuando tarda en contestar.
 —Estoy pensando en cómo reorganizar mi agenda para la semana que viene para que podamos reunirnos con un agente inmobiliario —dice, con su amplia sonrisa ya completamente formada.
 —¡Joder, te amo! —gimo, agarro sus mejillas con la mano y le doy un beso apasionado.
 —Ejem —oímos a alguien aclararse la garganta a nuestro lado—. No se paseen, chicos. Mis sobrinitas están aquí —interrumpe Caleb con una sonrisa socarrona—. Saben, siento que tuve algo que ver en la unión de ustedes, tortolitos. Así que tal vez... debería ser recompensado por las molestias.
 —¿Ah, sí? —Sonrío, manteniendo mi mirada fija en la de Piper.
 —¡Oh, definitivamente! Si lo piensas bien, te ayudé a alejar a Piper de Preston en Roy's aquella noche, y luego te ayudé a ti, Piper, cuando necesitaste ausentarte de

tu fiesta de cumpleaños para ver a tu hombre. Parece que hice de cupido en su historia de amor. No me digan que no merezco algo por mi ayuda.

—Tiene razón —le digo a mi mujer.

—Caleb nunca tiene razón. Si no le das el gusto, se irá. —Se ríe.

—¡Oye! —Caleb se enfurruña—. Vamos, ¿ahora? Después de todo lo que he hecho, ¿me lo vas a hacer así? Y yo que pensaba que tú y yo éramos íntimos —le dice a Piper.

—Me encanta el idiota. —Piper se encoge de hombros—. Es un grano en el culo, pero nos ayudó cuando más lo necesitábamos.

—Cierto —me burlo, mirándolo de arriba abajo—. Dio un paso al frente por nosotros cuando era importante. Tal vez debería ser recompensado.

—¿Ahora es de lo que estoy hablando?! —Caleb aplaude emocionado—. Así que estaba pensando que quizá en nuestro próximo partido podría conducir el Zamboni llevando sólo calzoncillos con el logo de los Guardians para dar a las chicas algo de lo que hablar. Quizá incluso escribir mi número de teléfono en la espalda para que las conejitas más valientes puedan llamarme, ¿me entiendes? —Mueve las cejas de forma sugerente.

Piper pone los ojos en blanco y yo me meto la mano en el bolsillo.

—Creo que puedo hacerlo mejor —replico, lanzándole las llaves del auto.

—¿Espera? ¿Le vas a dar tu auto? —pregunta Piper asombrada—. Pero si amas ese auto.

—No, te *amo*. A mi auto no. —Le sacudo la cabeza antes de volver mi atención al hombre que sigue mirando las llaves del auto en la mano—. Disfruta, Caleb. Es todo tuyo.

—Espera, ¿estás hablando en serio? ¿Me estás dando tu Aston Martin? ¿El auto de James Bond?

—Así es. ¿Es suficiente para pagar mis deudas contigo? —Arqueo una ceja.

—¿Me estás jodiendo?! Es más que suficiente —dice, apartando a Piper de mí para darme un abrazo.

Piper da un paso atrás y suelta una risita en su mano mientras observa mi cara de horror mientras Caleb me abraza como si de repente fuéramos los mejores amigos.

—¡Hombre, me acabas de alegrar el puto día! —Salta de emoción mientras lo empujo para que se aparte de mí—. ¿Cómo se llama?

—¿Cómo dices? —pregunto, desorientado mientras me arreglo el esmoquin.

—¿El auto? ¿Cómo se llama la chica?

—No tiene nombre —respondo, confundido.

—¡Joder! ¿Así que me quedo con esa belleza y le pongo un nombre? ¡Carajos!
—Los ojos de Caleb se abren aún más—. ¡Ahora te debo una! La llamaré Moneypenny.
¿Lo pillas? ¿La secretaria de M en James Bond?

—Lo que quieras —replico desconcertado, pues nunca había conocido a alguien que se volviera tan loco por un simple auto—. ¿Estamos bien ahora?

—Estamos más que bien. Ahora somos una puta familia —dice, golpeándose el pecho—. Un placer hacer negocios contigo. —Caleb guiña un ojo mientras empieza a alejarse antes de que cambie de opinión—. Oh, mierda —dice, deteniendo su paso—. Olvidé decírtelo, Piper. Adivina quién tiene otro bollo en el horno.

—¿No?! —Piper se queda boquiabierta—. ¿Erin? Acabo de bailar con Jack, ¡y no me ha dicho nada!

—Sí. Te juro que mi hermano no lo dejará hasta que tenga un equipo entero de hockey de bebés paseándose por casa. —Sonríe—. Pero mantenlo en secreto. Jack no quiere decírselo a nadie todavía, siendo que es el día de nuestro chico Nate y todo eso.

—No diré ni una palabra. —Piper se ríe.

—Bueno, los dejo solos, tortolitos. —Guiña un ojo y se aleja pavoneándose mientras mueve las llaves de su auto nuevo en el aire.

—Ese chico necesita que le examinen la cabeza. Te juro que se emociona demasiado con las cosas equivocadas —se burla Piper mientras le rodeo la cintura con los brazos para continuar nuestro baile lento.

—Estoy seguro de que eso cambiará muy pronto —le digo antes de acribillarla a besos en la barbilla y el cuello.

—¿Sí? ¿Te parece?

—Cuando encuentre a la mujer adecuada, la que siempre estuvo destinada a ser suya, esas pequeñas cosas como los coches y los cotilleos dejarán de importar. Lo único que le importará será ella.

Los párpados de Piper se vuelven pesados mientras su cuerpo se enrojece contra el mío.

—Realmente eres bueno en eso, ¿sabes?

—¿Bueno en qué? —pregunto.

—Decir lo correcto en el momento perfecto —susurra sin aliento.

—¿Ah, sí? —respondo, mordisqueando la pendiente de su cuello y luego hasta el lóbulo de su oreja.

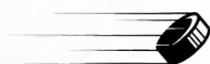
—Mmm —gime.

—Entonces, ¿qué tal si tú y yo buscamos un rincón oscuro para que pueda volver a decirte todas esas cosas bonitas mientras te follo por detrás?

Sus ojos azules brillan mientras se lame los labios.

—¿Pensé que nunca lo preguntarías?





—Mmm —ronronea Piper perezosamente mientras le doy dulces besos en la cara—. No te vayas —suplica somnolienta—. Es demasiado temprano para que te vayas.

—Aunque preferiría quedarme aquí contigo, tengo que irme, gatita. Hoy es el día en que Rex finalmente vende el club a Preston. Quiero estar allí cuando suceda.

—Pero si aún no ha salido el sol —pone mala cara, tirando con éxito de mi fibra sensible.

—Primero quiero pasar una hora en el gimnasio.

—¿No te di suficiente trabajo anoche? —Sonríe, con los ojos cerrados.

—Eso hiciste, amor. —Le sonrío, pensando en todas las formas en que follamos anoche tras volver a casa de la ceremonia nupcial.

Incluso hice una nota mental para que me invitaran a más bodas ya que, al parecer, es uno de los afrodisíacos secretos de Piper.

Puede que mi mujer aún no esté preparada para dar un paso tan grande, pero seguro que está lista para la fase de luna de miel.

—Bien, vete. —Ella frunce el ceño, abrazando mi almohada contra sí y envolviendo su cuerpo desnudo alrededor de ella.

Me inclino y le doy un tierno beso en los labios y otro en la sien.

—Llámame cuando te despiertes, amor —susurro y luego digo las palabras que ella ya se sabe de memoria—: Te amo.

Su ceño fruncido se transforma en una hermosa sonrisa, abrazando aún más fuerte mi almohada.

De mala gana, me obligo a apartarme y marcharme, incapaz de resistirme a lanzar una mirada más a mi mujer.

Algún día me casaré con ella.

Quizá ahora no.

Quizá ni siquiera dentro de un año.

O incluso cinco años.

Pero pronto estará en un lugar en el que no temerá que algo me arranque de su vida y me obligue a desaparecer.

Porque nada podría impedirme amarla.

Encontraría la forma de salir de mi propia tumba para demostrarle que ni siquiera la muerte podría separarnos.

Pronto comprenderá lo mismo que yo.



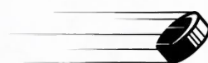
Que nuestro amor trasciende esas creencias limitantes. Que nuestro amor es eterno.

Sólo tengo que ser paciente.

Y por ella... esperaré.

Aunque tenga que esperar el resto de mi vida, merecerá la pena.

Porque ella lo vale.



Salgo de la ducha y me enjuago con una toalla, sintiéndome renovada después de un buen entrenamiento.

Normalmente, a estas horas, el gimnasio del club está lleno hasta los topes de jugadores, pero como anoche fue la boda de Wilder, el entrenador Byrne y yo decidimos que se merecían un día libre para descomprimirse.

Esta temporada ha sido un espectáculo de mierda tras otro, y todos merecemos tener un día para relajarnos y celebrar la alegría que su boda nos trajo a todos.

Fue mala suerte que cayera el mismo día que la venta del club.

O quizá sea lo mejor.

Laurie —como he sucumbido a llamarle— ayudó de verdad a Wilder cuando surgió toda esa mierda con el ex de Charlotte. Está demostrando que aportará algo más que sus miles de millones. También va a aportar su lealtad al club.

Este acuerdo no ha sido fácil, con muchos altibajos entre él y su padre. Al final, Laurie ha vencido a su prejuicioso padre y ha invertido su propio dinero en la empresa. Es un riesgo considerable, y lo felicito por haber puesto su dinero donde está su boca. Y como soy el segundo mayor accionista del club, haré todo lo que esté en mi mano para que la operación se desarrolle sin problemas.

Mientras termino de abrocharme la camisa, mi teléfono empieza a sonar, mostrando el nombre de Piper en la pantalla.

—Buenos días, gatita —saludo con una sonrisa—. No esperaba que me llamaras tan temprano. ¿No podías volver a dormirte sin mí?

Pero en lugar de la respuesta ingeniosa que esperaba oír de ella, lo único que oigo son sollozos.

—¿Piper? ¿Qué pasa? —pregunto apresuradamente, ahora en alerta máxima.

—Es que... yo... hubo... un accidente —balbucea entre llantos.

—¿Estás herida? ¿Dónde estás? Piper, ¿estás herida? —pregunto frenéticamente, ya recogiendo mi chaqueta y saliendo a toda prisa de los vestuarios.

—Estoy... bien.



—Nena, voy a necesitar un poco más que eso. Estás llorando, joder. Dime qué ha pasado.

—Son... Jack y Caleb. Ellos... tuvieron un accidente de auto. El hospital me llamó. Caleb nos puso a Jack y a mí como sus contactos de emergencia. Pero ya que Jack... —Ahora rompe a llorar aún más fuerte.

—¿Dónde estás ahora? —pregunto, corriendo por el gran pasillo que conduce a la puerta de salida.

—Estoy atrapada en un atasco —admite entre gemidos.

Joder.

No debería conducir en ese estado, pero no me atrevo a decirle nada porque ya está muy frágil.

—Bien, ¿dónde están Jack y Caleb ahora?

—En el hospital Mass General —consigue decir.

—Okey. Voy de camino. Nos vemos allí.

—Bien —solloza antes de colgar.

¡Mierda!

¡Mierda!

¡Mierda!

Corro como un loco mientras llamo a mi chófer para que venga a recogerme cuanto antes. Después llamo a Rex para explicarle que es mejor retrasar la venta porque no voy a estar allí.

—Jesús —se lamenta Rex en la línea—. No hay problema, hablaré con Preston. Sé que está ansioso por hacer este trato, pero estoy seguro de que lo entenderá. Aunque sólo sea para evitar la perjudicial óptica de comprar un club cuyos jugadores estrella acaban de sufrir un horrible accidente. ¿Sabes si están bien?

—Honestamente, sé tanto como tú ahora mismo. Pero cuando llegue a Mass General, te haré saber su estado.

—Hazlo, hijo. Déjame hablar con Preston, y luego iré yo mismo a verte allí.

—¿Estás seguro? —pregunto, sabiendo cuánto odia ese hospital desde que Martha falleció allí.

—Tengo que estar ahí para todos mis chicos. Especialmente en sus momentos de necesidad.

—Okey, hasta pronto.

Entonces cuelgo el teléfono justo a tiempo para que aparezca mi auto.

—¡Mass General! —grito—. ¡Y pisa a fondo!

—Lo siento, Sr. Nichols, pero no puede ser. Ha habido mucho tráfico toda la mañana en los alrededores del hospital. Al parecer, alguien destrozó un flamante Aston Martin de madrugada tras venir de una boda.



Me golpeo repetidamente la frente con el puño.

Maldito Donovan.

—Bien. Date prisa —le digo al conductor.

Por desgracia, darse prisa para llegar al Mass General se hace imposible, ya que la hora punta del lunes por la mañana, unida al atasco provocado por el accidente, nos hace avanzar a paso de tortuga.

Tardo una hora entera en llegar, y cada segundo que paso sin estar al lado de Piper me parece una puta eternidad.

Cuando por fin llego, corro a la recepción y pido información sobre Jack y Caleb. Pero, lo más importante, necesito encontrar a Piper.

—¿Son familiares? —pregunta el enfermero, sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador que tiene delante.

—¡Soy su puto gerente general! Por supuesto, soy de la familia —bramo, y siguiendo el ejemplo del libro de reglas de Piper, le pongo los ojos en blanco.

—¡Trent! —Oigo la voz de Wilder llamarme antes de que el enfermero tenga oportunidad de responder—. ¡Por aquí! —Me hace señas para que me acerque a una puerta doble.

—Ha sido de gran ayuda —refunfuño al enfermero antes de correr hacia Wilder.

—¿Dónde está? —pregunto con urgencia.

—Las chicas están en la habitación de Caleb. Como todos están apiñados alrededor de Erin, esperando noticias sobre Jack, Piper decidió quedarse con Caleb. No quería que se despertara en una habitación de hospital vacía, sin saber dónde estaba.

Claro que sí. No sería Piper si sus instintos protectores no se activaran en tiempos de crisis.

—Y como Piper no se irá del lado de Caleb, Lottie no se irá del suyo. Lo que significa que yo tampoco puedo —añade.

En otras palabras, Wilder preferiría estar junto a la cama de Jack que junto a la de Caleb.

—¿Quién conducía el auto? —pregunto mientras caminamos por el concurrido pasillo del hospital.

—No estoy seguro. Estamos recibiendo información contradictoria. La policía dice que era Caleb quien conducía, pero Erin dice que la única razón por la que Jack salió de casa esta mañana fue porque Caleb estaba demasiado borracho para conducir. Sinceramente, no sé qué creer —explica, apesadumbrado—. No es exactamente como me había imaginado empezar mi luna de miel, te lo aseguro.

Joder.

Tiene razón.



Charlotte y Wilder deberían haber estado de camino a una isla paradisíaca y, en cambio, están aquí, en un lugar que apesta a antiséptico y muerte.

—Por aquí —dice, acelerando el paso, pero en cuanto doblamos una esquina, veo a mi amor.

—¡Piper! —grito, haciendo que se gire de su asiento junto a Caleb. Se levanta a toda prisa, derriba la silla y se precipita a mis brazos.

—Estoy aquí. Estoy aquí —intento consolarla, peinándola y besándole la cabeza mientras llora en mi pecho.

—Los dejo solos —dice Wilder, con su novia de aspecto desamparado abrazada a su brazo.

—En realidad, ¿por qué no van ustedes dos a ver cómo está Jack? Piper y yo nos quedaremos aquí con Caleb.

—¿No se lo has dicho todavía? —pregunta Charlotte, mirando a su marido.

—No tuve ocasión de hacerlo —replica, con cara de estar a punto de que se acabe el mundo.

—¿Decirme qué? —pregunto, sólo para que Piper me abrace más fuerte, sus suaves gemidos ganando velocidad.

—Caleb está bien. Ha sufrido algunos cortes y contusiones, pero aparte de un brazo roto y algunas costillas, se pondrá bien —explica Wilder, con una expresión premonitoria dibujada en todo el rostro.

—¿Y Jack?

Cuando sus ojos bajan al suelo, siento como si alguien me hubiera dado un puñetazo en las tripas.

—Los... —empieza a decir Piper, levantando la cabeza por primera vez desde que llegué—. Los médicos creen... que no va a sobrevivir.

Joder.

Ahora entiendo por qué Wilder desea tanto estar al lado de su capitán en lugar de al de su hermano menor.

Puede que sea la última vez que pueda.

—Vayan —ordeno—. Nos quedaremos aquí. Vayan y manténganme informado.

—Lo haré —asiente, envolviendo a su mujer con un brazo.

—¿Vas a estar bien? —le pregunta Charlotte a Piper, agarrándola de la mano antes de que den otro paso.

—No creo que ninguno de nosotros vaya a estar bien después de esto —susurra Piper, secándose las lágrimas—. Pero Trent está aquí ahora. Mientras esté conmigo, estaré bien.

La rodeo con mis brazos mientras se despide de sus amigos.

Vuelvo a levantarle la barbilla para perderme en sus ojos.



—¿Cómo estás, mi amor? —pregunto suavemente.

—¿Sinceramente? Soy un desastre. —Se ríe con un sollozo estrangulado—. Cuando pasa algo bueno, parece que el universo nos lanza una bola curva con algo terrible.

—Sé cómo te sientes —digo con seriedad—. Pero superaremos esto.

—No estoy seguro de que Caleb y Erin sientan lo mismo. O las chicas de Jack. Él es el centro de su mundo. Sin él...

No puede encontrar el valor en sí misma ni siquiera para terminar una frase tan horrible.

Ni siquiera me atrevo a recordarle que Jack es el capitán de los Guardians y que los jugadores le buscan para que les guíe. Esto será un golpe para todos nosotros.

—Ven aquí, gatita —le digo, necesitando abrazarla para quitarle el dolor.

—¿Alguien quiere explicarme por qué llevo una puta bata de hospital? —dice Caleb, agarrándose con una mano al soporte de la intravenosa para mantener el equilibrio mientras se acuna las costillas rotas con la otra.

—¡Maldita sea, Caleb! —Piper reprende—. No deberías andar por ahí así. Trent, ayúdame a llevarlo a la cama antes de que a este tonto se le reviente un punto o algo —suplica, corriendo a ayudar a Caleb por un lado mientras yo lo ayudo por el otro.

—Bien. Volveré a la cama, pero será mejor que alguien empiece a hablar. ¿Qué coño ha pasado y por qué estoy en el maldito hospital? —Caleb gruñe mientras intenta volver a la cama.

—¿No recuerdas nada de anoche? —pregunta Piper con preocupación.

—Recuerdo que llevabas ese sexy vestido rosa. —Le guiña un ojo coquetamente, sólo se acuerda de mi presencia cuando me aclaro la garganta—. Lo siento, jefe. Los viejos hábitos no mueren. —Se atreve a sonreír.

—Esfuézate más la próxima vez —le advierto con benevolencia.

No puedo golpear al pobre cabrón por su coqueteo ya que todo su mundo está a punto de ser destruido en unos segundos.

Me hace un pequeño saludo y luego vuelve a centrar su atención en mi Piper, sólo que esta vez, registra la angustia en su rostro, haciendo que sus coqueterías sean lo último en lo que piensa.

—Tienes un aspecto horrible, chica. ¿Todas esas lágrimas sólo por mí? —pregunta con suspicacia.

Cuando Piper se muerde los labios inferiores para contener los sollozos, se le ponen los pelos de punta.

—¿Qué mierda está pasando? —pregunta asertivamente.

—¿Qué recuerdas? —contraataco.



Me mira fijamente durante un segundo y luego cierra los ojos como si escudriñara su mente en busca de algún recuerdo que le ayudara a averiguar la razón por la que está en el hospital.

—Recuerdo que me regalaste ese auto tan bonito... Moneypenny —suelta, recordando el acontecimiento en la recepción de la boda—. Recuerdo que me pasé un poco de fiesta para celebrar mis nuevas ruedas. Luego tuve que llamar a Jack para que me recogiera.

—¿Algo más? —pregunta Piper mientras las lágrimas siguen cayendo por sus mejillas.

Los mira fijamente y se le arruga la frente al verlos.

—Piper, ¿por qué lloras? En todos los años que hace que nos conocemos, nunca habías llorado —le dice, secándole las lágrimas de la cara.

—¿Puedes intentar recordar, Caleb? —solloza, incapaz de darle ella misma una noticia tan horrible.

—Recuerdo que Jack y yo tuvimos una gran pelea. Quería que me subiera a su auto para llevarme a casa, pero yo no quería dejar a Moneypenny durmiendo en la calle. Le dije que si no iba a llevarla a mi casa, tendría que hacerlo yo mismo. —Caleb frunce el ceño—. Cedió a mis exigencias, porque siempre lo hace, pero aun así no dejó de parlotear durante todo el trayecto de vuelta a casa sobre que yo era un irresponsable y esas mierdas. Se puso feo por un segundo, pero luego lo hice reír y volvimos a estar bien.

—¿Algo más? —Sigo indagando.

—No, hombre. No recuerdo nada después de eso —responde con frustración, mirando alrededor de la habitación vacía del hospital cuando por fin se da cuenta—. ¿Dónde está Jack? —pregunta apresuradamente—. ¿Dónde está mi hermano? Nunca me dejaría aquí solo. ¿Dónde está? —añade frenéticamente, intentando levantarse de nuevo de la cama.

—Caleb...

—¡No! ¡No! ¡Joder, no! ¡No digas lo que creo que estás a punto de decir! —Me señala con un dedo amenazador.

—Caleb —solloza Piper suavemente, agarrándose a su mano.

—No... joder, no... no lo digas —empieza a gemir—. ¡Joder, Piper, no lo digas!

—Lo siento mucho. Lo siento mucho.

Observo desde la barrera cómo todo el mundo de Caleb se derrumba sobre él mientras mi protectora mujer se aferra a él para salvar su vida.

Piper tenía razón.

Después de hoy, ninguno de nosotros volverá a ser el mismo.



CAPÍTULO 30



PIPER

Dos meses después.

—Muy bien, viejo. Ya estás listo para tu aventura tejana. —Trent se burla de Rex después de cargar la última caja que contiene las posesiones más preciadas de Rex.

—Buen trabajo, hijo —le da Rex a Trent unas palmaditas en la espalda con orgullo—. Sólo tardaste dos semanas en hacerlo, además. Me tenías preocupado porque no querías verme ir allí ni por un segundo.

—Tú eres el tacaño que no quiso contratar a los de la mudanza para que hicieran esto por ti —replica Trent.

—¿Por qué lo haría cuando tienes dos manos perfectamente buenas para el trabajo?

Me quedo mirando cómo se pelean, sabiendo que lo hacen con amor. Es innegable que ambos se echarán mucho de menos cuando Rex regrese a Texas, pero ninguno de los dos quiere ser el primero en admitirlo.

He llegado a disfrutar viendo el bailecito de Trent y Rex evitando hablar de sus sentimientos, tratando de ser alfa y macho al respecto. Pero creo que Rex tiene razón al pensar que Trent tardó más de lo necesario en ayudarlo a empacar sus cosas para poder retrasar un poco más la marcha de Rex. Estoy segura de que la única razón por la que Rex no contrató a profesionales de la mudanza fue porque también quería pasar todo el tiempo que pudiera con Trent.

Aunque Trent puede haber perdido el contacto con su propio padre debido a la adicción, ganó uno cuando Rex le fichó como gerente de los Guardians. Y viceversa. Puede que Rex nunca haya tenido hijos propios, pero no me cabe duda de que quiere a Trent como si fuera de su propia sangre.



La familia es así de divertida.

A veces, los lazos más fuertes son con la familia que se forma en el camino, en lugar de con la que se ha nacido.

—A este paso, también querrás que vuele a Texas para ayudarte a montarlo todo en el rancho, tacaño.

—Bueno, ahora que lo mencionas... —Rex se ríe.

—¿Puedes creer a este viejo, Piper? Acaba de vender el club por casi mil quinientos millones de dólares, ¿y todavía es demasiado tacaño para contratar ayuda? —Trent se ríe.

—En realidad, regalé mil millones. —Rex se encoge de hombros tímidamente—. Le prometí a Martha que me ocuparía de sus obras benéficas, así que cumplí mi promesa.

—Eres un buen hombre, Rex. Martha estaría orgullosa —alabo, dándole un pequeño abrazo en el brazo.

—Eres una chica dulce. —Me da unas palmaditas en la mano—. Gracias a Dios que apareciste cuando lo hiciste. No creo que hubiera podido dejar a Trent a su suerte de otra forma. Al menos ahora sé que cuidarás de él y te asegurarás de que no se meta en líos —añade, empezando a poner los ojos llorosos al mirar a un Trent entristecido.

—Ahora, basta de eso, ustedes dos —me burlo—. No querrán desperdiciar sus últimos días juntos lloriqueando.

Trent se aclara la garganta al mismo tiempo que Rex, ambos cuadrando los hombros como si pudieran embotellar así sus sentimientos.

—Si hablabas en serio sobre necesitar ayuda en el rancho, tengo algo de tiempo libre antes de que el equipo entre en el torneo de eliminatorias por la Stanley Cup —dice Trent, dando patadas al aire a sus pies.

Es verdad.

Contra todo pronóstico, los Boston Guardians se han metido de lleno en las eliminatorias, ya que somos el mejor equipo de la Conferencia Este. Incluso sin nuestro querido capitán y portero, se espera que ganemos la conferencia en las próximas semanas. Tenemos que agradecerse a Nathan, que ocupó el puesto de Jack, aunque a regañadientes, y guió al resto de los jugadores a una merecida victoria. Aunque si había un año en el que necesitábamos una victoria, era éste.

—La mejor época para visitar Texas es la primavera —dice Rex esperanzado, sacándome de mi ensimismamiento—. Como Piper y tú son grandes amantes de la música, les alegrará saber que los mejores festivales se celebran en abril. Puedes llevarte a tu chica a Austin o Houston para asistir a un espectáculo. Mi rancho en San Antonio está a un paso de allí.

—Entonces está decidido —aplauzo—. Después de llevarnos a casa el trofeo de la Conferencia Este, nos iremos de vacaciones a San Antonio para asegurarnos de que te adaptas bien. Y luego, en junio, volverás con nosotros a Boston, ya que el

equipo espera verte en las gradas durante las eliminatorias de la Stanley Cup. No sería lo mismo sin ti allí.

Sus ojos se iluminan con una mezcla de felicidad y orgullo.

—Realmente tienes una buena mujer a tu lado, chico.

—Qué bien lo sé —dice Trent antes de tirar de mí de la mano hasta que mi espalda queda pegada a su pecho, rodeándome con sus brazos.

Rex nos mira fijamente y sonríe como si no pudiera alegrarse más por nosotros.

—¿Ya han encontrado casa? —pregunta con curiosidad.

Trent me balancea de izquierda a derecha mientras sacude la cabeza.

—Aún no hemos encontrado nada que nos guste —me lamento—. Como Lottie vive ahora en Beacon Hill, me encantaría vivir cerca. Sin embargo, la mayoría de las buenas casas de por aquí no están a la venta o simplemente son demasiado caras.

—¿Sabes que tu novio ahora es dueño de casi la mitad de los Guardians? —Rex levanta una ceja inquisitiva—. ¿Y yo soy el tacaño?

—Sé que lo hace. —Me río—. Pero quiero que nuestra nueva casa sea algo que podamos permitirnos ambos. No voy a vivir de mi hombre, por mucho que se queje y ponga mala cara. —Le doy a Trent un codazo en la tripa.

—¿Ves con lo que tengo que lidiar? —Trent se ríe entre dientes.

—No, entiendo su punto de vista. Ahora son compañeros y deberían estar a la par en todo —aconseja Rex, echando un buen vistazo a su salón vacío—. ¿Puedo sugerirles algo? ¿Estarían dispuestos a recibir un regalo de este viejo en forma de casa? —pregunta, metiéndose la mano en los bolsillos y lanzando un par de llaves al aire.

Trent suelta su agarre sobre mí para atrapar las llaves, mirándolas incrédulo sobre su palma abierta.

—Esta casa ha recibido mucho amor —reflexiona Rex, observando las paredes vacías y los techos altos—. Creo que es hora de que lo vea de nuevo, ¿no?

—¿Espera? ¿Estás diciendo...? —jadeo emocionada, ya que la casa de Rex es más que hermosa.

Con cinco dormitorios y seis baños, tiene más espacio del que jamás podría haber esperado. Los dos niveles de la casa están conectados por una escalera flotante de madera y acero rodeada de cristal. El salón principal tiene puertas correderas de cristal del suelo al techo que dan directamente a una terraza en la azotea, con jacuzzi y piscina de borde infinito. Toda la casa es un faro de luz y confort moderno. Si tuviera que aventurar una cifra, el precio supera los veinte millones de dólares.

No podría permitirme una casa así incluso después de aceptar a todos los clientes de Ethan Flynn.

Bueno, al menos no ahora. En un año o dos, tal vez.



—¿Estás seguro de esto? —Trent pregunta, pareciendo tan feliz como me siento yo.

—¿Por qué no? —Rex sonríe—. Iba a estar vacía porque no me atreviera a ponerla a la venta. Creo que darles esta casa a los dos tiene mucho sentido para mí. De este modo, siempre que quiera podré volver y estar cerca de mi Martha. Eso, si ustedes lo aceptan, claro —añade expectante.

—¿Qué piensas, amor? ¿Deberíamos quitársela de las manos al viejo? —Trent pregunta, sus ojos brillan con esperanza.

—¡¿Estás bromeando?! ¡Es perfecta! —chillo emocionada, abrazando primero a Rex y luego saltando a los brazos de Trent con total regocijo.

—Bien. Entonces los dejaré celebrarlo en privado, chicos locos —sonríe Rex, saliendo rápidamente de la habitación para darnos algo de intimidad.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tenemos una casa! —Sigo chillando de emoción.

—Exacto, gatita. ¿Estás lista para echar raíces aquí? ¿Conmigo? —pregunta Trent, apartándome el cabello de la cara. Luego me sujeta las muñecas a la espalda para que mi pecho quede apretado contra el suyo.

—Estoy más que lista —susurro, parpadeando una vez, luego dos, mientras miro fijamente al increíble hombre que tengo delante y que es total e irrevocablemente mío.

—¿Sí?

—Sí —sonríe—. Llenemos esta casa con nuestro amor, como dijo Rex.

—Mmm, no sé, gatita. ¿Crees que esta casa es lo bastante grande para albergar todo eso? —se burla.

—Tienes razón. No la hay. No hay un hogar o una ciudad lo suficientemente grande como para contener mi amor por ti. Dudo que algo lo sea. Supongo que tendrás que conformarte con mi corazón. Porque contiene todo el amor que siento por ti. Hasta la última molécula.

A Trent se le humedecen los ojos mientras me mira fijamente.

—Gatita, ¿acabas de decir lo que creo que has dicho? —me pregunta, soltándome las muñecas para que pueda rodearle el cuello con los brazos.

—Si te refieres a si acabo de decirte que te amo, entonces sí. ¿No estás prestando atención? —me burlo, pero mi bello hombre se limita a cerrar los ojos como si se deleitara con mi declaración de amor.

—Dilo otra vez, Piper. ¿Por favor?

—Te amo, Trent. Estoy enamorada de ti. Siempre lo he estado, y siento mucho haber tardado tanto en decírtelo. Supongo que siempre estaba esperando el momento perfecto, pero no podemos planear esos momentos especiales de antemano. Fue estúpido por mi parte siquiera pensarlo. Estoy lista para que empecemos nuestra vida aquí. En esta casa. Amándote cada día que vivamos aquí y cada otro que no. Pasaré toda mi vida amándote mientras me lo permitas.



rivals

pucking hearts • 2

Entonces Trent abre los ojos, el abismo negro y oscuro ya no está vacío, sino lleno de amor por mí.

—¿Qué tal suena la eternidad? —pregunta con lágrimas de felicidad no derramadas en la voz.

—Me parece perfecto.



296



power
play

IVY FOX

EPÍLOGO



TRENT

Tres años después.

Si hace unos años me hubieras dicho que mi lugar preferido de vacaciones sería San Antonio, Texas, habría pensado que tenías unos cuantos tornillos flojos.

No porque Texas no fuera un gran destino de vacaciones, sino porque yo no *hacía* vacaciones, y punto.

Trabajar. Eso es todo lo que hacía.

Veinticuatro-siete.

Trescientos sesenta y cinco días al año.

Y me conformaba con vivir mis días así.

Hasta que cierta zorrita rubia puso mi mundo patas arriba y me recordó que la vida es demasiado corta para no pasar cada minuto con las personas que más te importan.

Los trabajos van y vienen, pero crear recuerdos con tus seres queridos es eterno.

Así que aquí estoy, en el rancho de Rex, disfrutando de mi tiempo libre de pie detrás de una valla de madera, viendo cómo mi querido amigo intenta domar a otro de sus caballos salvajes en la polvorienta arena.

Aunque ya lo he visto hacerlo cientos de veces, mis manos siguen aferrándose a la áspera superficie de la valla protectora, observando cómo el majestuoso animal intenta corcovear y apartar a Rex de él a patadas en señal de desafío.



Una vez más, no puedo evitar recordar a otra criatura feroz que me dio una carrera por mi dinero, muy parecida a la que su semental salvaje le está dando a Rex ahora mismo.

—¡Maldita sea, Rex! Algún día conseguirás que te maten. —Oigo a mi amor gritar detrás de mí, mientras sale corriendo de la casa y empieza a correr hacia mí.

—Creo que ese es el plan. —Me río, en voz baja.

Aunque lo dije en broma, hay algo de verdad en ello.

Rex no se aferra a la vida con las dos manos como ese caballo. Está deseando que llegue el día de conocer a su creador.

Porque cuando llegue ese día, se reunirá con su querida Martha.

Y eso es suficiente para que el viejo viva su vida con temerario abandono, rezando para que sus payasadas lo acerquen al día en que por fin se reúna con el amor de su vida.

Antes no lo entendía.

Pero ahora sí.

Si Piper alguna vez me dejara, aunque fuera por un día, me aseguraría de seguirla, haciendo un hogar en su tumba y esperando a que se llevara mi alma con ella.

No podría imaginarme un mundo sin mi Piper. Dejaría de existir para mí.

Pero nunca comparto estos pensamientos con mi amor.

Prefiero que se concentre en la hermosa vida que tenemos juntos, apreciando cada día, que temer que llegue a su fin.

Ya perdimos bastante tiempo al principio de nuestra relación concentrándonos en el miedo.

Ahora, lo único en lo que quiero que se centre es en lo querida que es. Lo querido y dedicado que soy a ella.

—Eres un pésimo amigo por animarle así —dice Piper antes de rodearme la cintura con los brazos y apoyarme la mejilla en la espalda.

—Sería un pésimo amigo si le impidiera hacer algo que le gusta. Déjalo, Piper. Te preocupas por él lo suficiente por los dos.

Es verdad. En algún momento, Piper añadió a Rex a la bolsa de gente que necesitaba proteger. Así es como mi mujer demuestra que los quiere.

—Bueno, alguien tiene que vigilarlo. Sólo Dios sabe lo que hace cuando no estamos aquí.

La atraigo hacia mi pecho y la abrazo porque sé lo que va a decir a continuación. Últimamente es un tema recurrente en nuestra casa.

—Rex no va a volver a Boston. Deja de insinuarlo —le digo, dándole un pequeño beso en la punta de la nariz.



—¿Por qué no? —se enfurruña.

—Porque es feliz aquí.

—¿Lejos de su familia? —replica, haciendo que mi corazón doble su tamaño cada vez que incluye a Rex en nuestra pequeña familia.

—Está en paz aquí.

—No me gusta que pase tanto tiempo solo —dice, rozando con sus dedos mi sombra de las cinco en punto.

—Si tanto te molesta, podemos venir más a menudo —respondo, aunque ya pasamos aquí la mayor parte de nuestro tiempo libre. La única vez que no venimos son las grandes fiestas, como navidad y Acción de Gracias. Solemos pasarlas con su madre, los Wilders, los Donovan y los Moore en su casa de la playa de Cape Cod. Pero incluso en esas ocasiones festivas, Rex siempre está presente. Ni Piper ni yo lo haríamos de otra manera.

—Okey, pero tendremos que convencerlo para que nos visite dentro de nueve meses o así. Acabo de hablar por teléfono con Lottie y está embarazada otra vez —dice Piper emocionada.

—Jesús. Esos dos no se toman las cosas con calma, ¿verdad? ¿Tres hijos en tantos años? —Me río—. ¿Wilder la esposa a la cama hasta que la embaraza o algo así?

—No creo que haya ese tipi de perversión involucrada. —Piper se ríe—. El Señor sabe que Nathan tiene razones para que no le guste el sonido del tintineo de las esposas.

—No sabe lo que se pierde. —Le guiño un ojo—. De hecho, creo que he metido las nuestras en la maleta. ¿Quieres darles una vuelta?

—¿Y dejar a Rex aquí solo? —pregunta, lanzando una mirada a mi viejo.

—Estará bien —digo, señalando a los dos rancheros que vigilan atentamente a su jefe para domar a la bestia—. Vamos, gatita. ¿Qué me dices? Tenemos la casa para nosotros solos durante unas horas más, y te he traído una venda nueva que quedaría genial con nuestras esposas.

—¿Ah sí? ¡Qué curiosa coincidencia! Yo también empaqué algo especial para ti. —Menea las cejas.

Mi mente piensa inmediatamente en lencería de encaje, aceites perfumados y montones y montones de juguetes a pilas.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí parados? Vamos a deshacer las maletas, mujer —rujo, cargándola en brazos y corriendo hacia la casa.

Las sonoras risitas de Piper suenan como música para mis oídos cuando atravieso corriendo los pasillos y abro de una patada la puerta de nuestro dormitorio. La dejo caer en la cama y salto rápidamente sobre ella.

—¿No vas a esperar al menos a que recoja tu regalo? —Se ríe mientras la acribillo a besos.



rivals

pucking hearts • 2

—Sinceramente, preferiría quitarte la ropa ahora mismo con los dientes y guardar los regalos para el segundo asalto —digo entre besos.

—Paciencia —dice, apartándose de ella y escabulléndose rápidamente de la cama.

—La paciencia nunca fue mi fuerte —refunfuño, llevándome las manos a la nuca.

—Mentiroso. Fuiste extremadamente paciente cuando te propusiste ganar mi corazón. —Me pestañea, sabiendo que no puedo negárselo cuando se muestra así de dócil y dulce.

He visto a Piper en todas sus gloriosas facetas.

La he visto convertirse en la personificación de la profesionalidad y la sofisticación.

He visto cómo su ira alcanzaba niveles tan intensos que instintivamente tenía que agacharme para evitar que me golpeará en la cabeza cualquier objeto que lanzara.

La he visto vulnerable y rota y he besado cada lágrima perdida con mis labios. Y he visto todas las facetas de Piper y me han encantado todas y cada una de ellas.

Y ahora mi mujer está emocionada por algo. Realmente emocionada.

Sería un idiota si no lo disfrutara.

—Muy bien, esperaré. Esperaré, pero si esto no termina contigo montando mi polla, estilo vaquera, entonces estaré realmente decepcionado.

—Tomo nota. —Se ríe, va a su mesilla de noche y saca una caja de terciopelo del cajón.

—¿Qué es esto? —le pregunto mientras se arrastra hacia la cama y se sienta a horcajadas sobre mí.

—Es un regalo de aniversario —afirma con naturalidad.

—¿Aniversario? —repito, desconcertado.

—Mmm. —Ella asiente—. Han pasado tres años desde la primera noche que te llevé a casa conmigo.

—El concierto de Hozier —susurro.

—Te has acordado. —Sonríe ampliamente.

—No hay un momento de nuestra vida juntos que pueda olvidar, Piper. Pero por esa lógica, creo que te equivocas. Nuestro aniversario fue hace una semana. ¿Te acuerdas? Esa noche, querías llevarte a esa camarera a casa... ¿ya sabes el que interrumpí e hice que te corrieras sobre mi mano y mis dedos? ¿Te suena?

—Me niego a contar esa historia a nuestros nietos. No. El concierto de Hozier es mucho más romántico —me reprocha como si yo debiera haberlo sabido.



300



power
play

IVY FOX

Se me habría ocurrido una respuesta ingeniosa diciendo que nada de lo que hicimos aquella noche fue ni remotamente romántico, ya que follamos como dos conejos voraces. Sin embargo, estoy demasiado aturdido para decir nada, porque sigo aturdido al oír la palabra “nietos” salir de la boca de Piper.

No mentía cuando decía que siempre he sido paciente con ella. Aprendí por las malas que pedir algo demasiado rápido, demasiado pronto, no me haría ningún favor cuando se trataba de Piper. Ella tiene que tomar sus propias decisiones a su propio ritmo. Nunca la empujo fuera de su zona de confort a menos que esté preparada.

De ahí que el tema del matrimonio y los hijos lleve mucho tiempo aparcado hasta que ella sienta que es lo que debe hacer.

Estoy completamente contento de vivir en pecado con ella por el resto de mis días. Sólo nosotros dos. Pedir más se siente codicioso de mi parte ya que la vida es perfecta, tal como es.

Pero mentiría si no tuviera una pequeña esperanza de que algún día lleve un anillo en el dedo.

—Bueno, ¿no vas a abrirla? —Me señala la caja de terciopelo que me puso en la mano sin que me diera cuenta.

Me trago el nudo que se me hace en la garganta y asiento con los dedos temblorosos al abrir la caja.

Dentro hay un precioso Rolex de oro hecho a medida con diamantes incrustados en forma de magnolias, que recuerda a la pulsera que mi amor aún lleva en la muñeca.

—Esto es... es impresionante —grazno.

—Mira la inscripción de detrás —ordena en voz baja.

Le doy la vuelta y las palabras grabadas me oprimen el pecho.

Me traspasas el alma.

Soy mitad agonía, mitad esperanza...

No he amado a nadie más que a ti.

P.

—Cuando llegaste a mi vida, así es exactamente como me sentí, como en una vieja cita de Jane Austin. Tu amor me aterrorizaba, pero también me diste algo que perdí hace mucho tiempo: la esperanza de que el amor podía perdurar y florecer en lugar de morir y marcharse. Nunca había amado a nadie antes de conocerte. Ni siquiera me atrevía a hacerlo. Y aparte del miedo, creo que había otra razón por la que nunca me dejé enamorar. Creo que mi corazón siempre supo que te pertenecía,



mucho antes de conocernos. Supongo que lo que trato de decir es que ya no dejaré que el miedo guíe mi vida. Prefiero que nuestro amor lleve el timón.

—Piper —me atraganto, sintiendo que el corazón está a punto de salirse del pecho—. ¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

Ella asiente.

—Trent Alexander Nichols, ¿me harías el honor de ser mi esposo?

La agarro por la cintura y la hago girar hasta que queda tumbada debajo de mí.

—¿No es esa mi línea? ¿No debería ser yo quien te lo propusiera?

—Has tardado demasiado, Nichols. —Sonríe ampliamente y me rodea el cuello con los brazos—. Una chica sólo puede aguantar hasta cierto punto.

—Tomo nota. —Me río antes de darle un beso apasionado en los labios—. Así que nietos, ¿eh? —pregunto, rompiendo nuestro beso para lamer y mordisquear la pendiente de su cuello y hombro—. ¿Eso significa que quieres intentar tener un bebé? —le pregunto, presionando mi erección contra su coño para que se dé cuenta.

—No voy a hacer ningún bebé hasta que me pongas un anillo en este dedo —replica antes de retorcerme el cabello para que vuelva a mirarla—. Entonces, ¿qué me dices? ¿Te casas conmigo o no?

—¿Te viene bien mañana? Porque me casaré contigo aquí mismo, ahora mismo, si me dejas —digo, necesitando desesperadamente besar cada centímetro de su cara.

—No estoy segura de que Lottie y mi madre aprobarían que nos casáramos sin ellas. Además, quiero casarme contigo en Boston. Ahí es donde está nuestro hogar.

—No, gatita. Mi hogar está aquí. En tus brazos. Te amo tanto, joder. Jodidamente tanto.

—Yo también te amo —repite, su mirada se suaviza con el amor que siente por mí.

—Voy a hacerte tan feliz. Tan jodidamente feliz —digo, sin importarme que las lágrimas empiezan a formarse en la comisura de mis ojos.

—Ya lo haces. Mi vida no significaría nada sin ti en ella.

—Joder, gatita. Me vas a hacer llorar. Deja esa mierda —murmuro, secándome las lágrimas de los ojos.

—Bueno, que me aspen. Nunca pensé que vería el día en que Trent Nichols derramaría por fin una lágrima —bromea, incluso cuando sus propias lágrimas silenciosas corren por sus mejillas.

—Debe ser el amor, esposa. Te hace hacer las cosas más locas.

—¿Esposa? Me gusta cómo suena eso.

—A mí también. Ahora, ¿qué tal si consumamos esto y lo hacemos oficial?

—Después de ti, esposo.

—No te preocupes si lo hago, esposa.

rivals

pucking hearts • 2

FIN.



303



power
play

IVY FOX

rivals

pucking hearts • 2

PENALTY TO THE HEART

PUCKERED HEARTS 3

Coming Soon

penalty
to the
heart

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
IVY FOX

Esta es la historia de amor de Caleb y Roxanne.
Sinopsis completa próximamente.

¿Qué puedes esperar de Penalty to the Heart?

Romance Prohibido

Diferencia de edad inversa

El héroe se enamora primero

Heroína fuerte

Muchas lágrimas

¡Y mucha angustia!



304



power
play

IVY FOX

ACERCA DE LA AUTORA



IVY FOX es una autora superventas de USA Today de romances contemporáneos llenos de angustia, algunos de ellos con un giro poco convencional de #porquéelegir.

Ivy vive una vida dichosa, rodeada de sus dos hombres más importantes: su marido y su hijo, pero tampoco le importa vivir con los personajes de ficción que tiene en la cabeza y que parecen no poder callarse hasta que ella escribe su historia.

Los libros y el romance son su pasión.

Una firme creyente en los finales felices y en que el amor siempre prevalecerá al final, tanto en la vida como en la ficción.



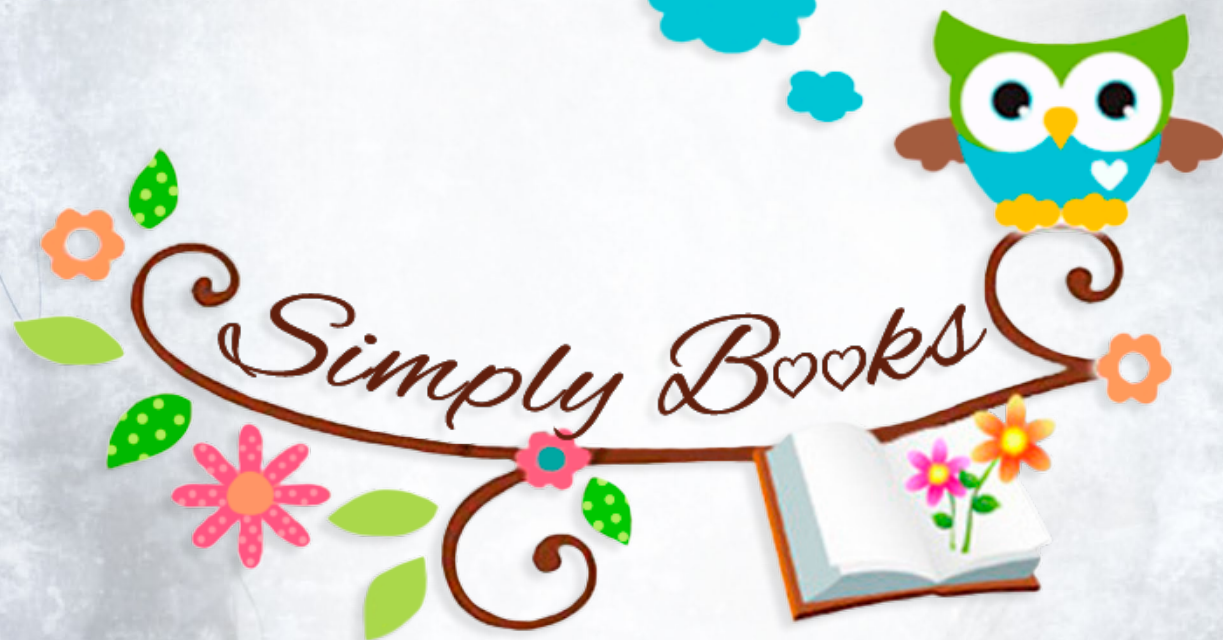
305



rivals

pucking hearts • 2

SIMPLYBOOKS TE INVITA A APOYAR
LA LECTURA Y COMPRAR LOS
LIBROS DE TUS AUTORAS
FAVORITAS



306



power
play

IVY FOX